István Rudas

# Luego estaba el asunto del Faisán.



Mösslacher Publishers

# El asunto del faisán




Rumbo a América
Entonces
La huida
Mi amigo Patroclo
Córcega
El examen de boxeo
Acantilados bretones
Aventuras en el mar Rojo
Un año como cualquier otro
Jefe Tecumseh
Fragmentos irlandeses
De Administrationibus
Feliz Navidad
Sudoroso
Viaje nocturno
Fiebre de diamantes
El asunto del faisán
Epílogo

# ¡Rumbo a América!

A principios de la década de 1950 —yo tenía unos cuatro o cinco años—, la zona de Budapest donde vivía mi familia era un pueblecito tranquilo e inocente; quizás comparable al actual distrito 19 de Viena, donde las casas unifamiliares con amplios jardines y abundante vegetación dominaban el paisaje. Para nosotros, los niños, era un paraíso, donde podíamos jugar a policías y ladrones, vaqueros e indios, o rusos y partisanos a nuestro antojo. ¡Si el Gran Hombre de Acero (Visavoyonovich Dzhugashvili, alias Stalin) lo hubiera sabido! Pero él estaba sentado en el Kremlin, fumando sus horribles makhorkas y jadeando mientras se acercaba a su último año de vida...

Para mi disgusto, todas mis compañeras de entonces eran mujeres y completamente inútiles; por suerte, eso cambiaría más tarde, pero quizás esa sea otra historia... En cualquier caso, no tuve más remedio que unirme a la pandilla de mi hermano mayor, János (1945-1977), que era entre dos y cuatro años mayor que yo. Quizás debería presentar brevemente al grupo.

János, de unos ocho años, de pelo negro e increíblemente fuerte. Más tarde, lo apodarían, con razón, “el tanque ruso”. Luego estaba Árpád, de la misma edad, hijo del juez que vivía al lado. Viajaba al extranjero varias veces al año para asistir a conferencias —algo poco común en Hungría por aquel entonces— y nos traía a los niños sombreros de vaquero, chicles Chicklets y tiras cómicas. Era, sin duda, el anciano más querido del barrio. Árpád ahora vive en Estados Unidos y ejerce como abogado. Zoltán era el miembro mayor, serio y taciturno de nuestra pandilla, y a menudo espiaba a las chicas vecinas mientras se mordía las uñas. Hoy también es abogado y abuelo de varios nietos, algo que yo —probablemente de forma errónea— atribuyo a su manía de morderse las uñas. Los hermanos András y Gábor eran primos, hijos de un intrépido héroe de guerra, y estaban en camino de convertirse en héroes igualmente intrépidos. Actualmente residen en Estados Unidos, tienen hijos, esposas y otros logros; uno, como era de esperar, es jefe de bomberos, el otro, profesor de educa-

ción física, entre otras cosas. Recorrer todas estas trayectorias vitales daría para otro libro.

Bueno, y luego estaba el pequeño István, yo, el futuro maestro espía de nuestra pandilla. Por aquel entonces, un ángel rubio, bastante capaz de imponerme en la realpolitik con un puchero infantil. Al principio, claro, me costaba seguir el ritmo de los adultos y hacerme indispensable. Pero poco a poco, la pandilla se dio cuenta de que una carita tan pequeña y angelical a veces podía ser muy útil. Me dejaban participar en todas partes —o casi en todas—, aunque este colegio era muy duro; el angelito a veces tenía que esforzarse mucho para no quedarse atrás. Como era de esperar, esto solo me hizo aún más fuerte y resistente.

Bueno, lo de Stalin no fue un comentario casual. No solo nos ocupábamos de nuestros propios asuntos; no, a veces nos juntábamos con los adultos, intentando desentrañar los temas que tanto les preocupaban (o que mantenían en secreto, aunque la autocensura también funciona en este caso). Y la creciente presión del Este, el hedor del Telón de Acero que amenazaba con engullir Hungría, quizás a toda Europa, en cuerpo y alma, era el tema central de sus debates; al fin y al cabo, eran burgueses, católicos y de mentalidad occidental.

Claro, ya no sé quién tuvo la idea; solo puedo asegurar que no fui yo, ¡de verdad! En cualquier caso, cada vez jugábamos más a la "emigración" o a "escaparnos", y naturalmente, a Estados Unidos. No teníamos ni idea de la realidad, pero el hecho de que el padre de Árpád trajera los mejores chicles y cómics, y por supuesto los sombreros de vaquero más chulos, era un argumento irrefutable a favor de Estados Unidos. Al fin y al cabo, allí todo el mundo llevaba esos sombreros y tenía un aspecto genial, masticaba chicles Chicklets y leía cómics. Así que nos paseábamos con nuestros sombreros de vaquero de papel maché, mascábamos chicles Chicklets hasta que se convertían en una masa crujiente y gris, y leíamos cómics donde la gente también masticaba chicles Chicklets, llevaba sombreros de vaquero chulos, etcétera. Wham, Bang y Zoing entraron en mi vocabulario hace poco como "ho mee dareis anthropos", "jus primae noctis" o "se ha producido un error digital y su ordenador debe apagarse inmediatamente; ¿Cancelar (C) o Continuar (C)?".

Quizás podría contarles dos cosas más que también se incorporaron a mi vocabulario por aquel entonces: «Atlántico» y «Operencia», que requieren una breve explicación. Me impactó profundamente, siendo yo un niño pequeño, cuando mi padre expresó la opinión de que la apisonadora rusa de acero, una vez puesta en marcha, no se detendría en Hungría, sino que rodaría directamente hacia el Atlántico. Como sabía que las apisonadoras rodaban cuesta abajo, pero nunca cuesta arriba, me quedó claro que ese ominoso Atlántico debía estar muy por debajo del horizonte. — Y la canción infantil «Túl az Operención...» (Más allá del Alto Enns, más allá del gran mar...) a veces la silbaban también los adultos, por ejemplo, cuando querían hablar de emigración e indicaban a los demás que se reunirían en la trastienda. El pequeño István estaba seguro de que la Operencia debía ser un vasto mar que un emigrante tendría que cruzar con gran esfuerzo. Por supuesto, los etimólogos entre ustedes reconocieron de inmediato que la Operencia no es otra cosa que el curso superior del río Enns, y "el mar" es el lago Neusiedl... Aunque yo sospechaba vagamente algo: el océano Atlántico, o la Operencia, o América. Por los sombreros de vaquero y todo eso.

Por supuesto, fui el último en enterarme. Para ser más precisos, se lo debo enteramente a mi excepcional atención suspicaz que no me abandonaran, dejándome varado en la atrasada y acorazada Hungría. Los adultos se comportaron casi con naturalidad, pero solo casi. En cierto momento, me di cuenta de que objetos de culto como la navaja de bolsillo definitiva de fabricación estadounidense de Árpád ya no estaban donde se suponía que debían estar. Luego desapareció la chaqueta de piloto de cuero de Andy, la que su padre había usado en la guerra. Cuando János me dio sus cómics una tarde, me puso la mano en el hombro con seriedad paternal y murmuró con voz ronca que tenía que ser muy valiente ahora y cuidar de nuestras hermanas, finalmente lo comprendí.

Claro que no lo demostré, pero algo raro estaba pasando. Los mayores actuaban de forma muy misteriosa, y yo, por otro lado, no entendía qué tramaban —tenía solo cinco años— y no podía preguntar. Así que me quedé observando y en silencio. Mi objetivo era Gábor, mi mejor amigo, solo un poco mayor que yo. Me pegué a él y no lo solté. Adondequiera que fuera, yo era su sombra. Los mayores no se

dieron cuenta de nada, pero él empezaba a sentirse un poco incómodo porque la pequeña —¡hablamos de mí!— se le pegaba como una lapa.

Una tarde, se puso inquieto. Intentó deshacerse de mí; ¡de mí, el aspirante a maestro espía! Le di unos segundos de ventaja y lo seguí de cerca. Gábor escaló el muro bajo de la propiedad vecina, se deslizó entre un seto hasta la siguiente y se coló sigilosamente por el sótano del último vecino. Allí, en el solar aún vacío, suspiró aliviado, pero casi se muere del susto cuando estornudé en el oscuro y húmedo pasadizo, a pocos metros de él. Su mirada desesperada, junto con las maldiciones que lanzó al cielo, me quedaron grabadas en la memoria.

Entonces Andy, Árpád y János aparecieron al otro lado de la obra. Zoli, al parecer, llevaba un buen rato sentado en una pieza de maquinaria de construcción que se oxidaba silenciosamente, mirándonos con seriedad. Los chicos mayores se detuvieron y conversaron. Me quedé junto a Gábor y esperé. Si iban a hacer algo arriesgado, no lo harían sin mí: ¡quería ir con ellos! (Por lo visto, según dice mi familia hoy, lo único que me queda de aquella época es la actitud desafiante de un angelito rebelde; ¿será posible?).

Atrapar al gato del vecino y encerrarlo en el sótano. Robar la moto del conserje y dar vueltas hasta que nos persiguió gritando y maldiciendo. Usar el gran espejo de cuerpo entero del dormitorio de mis padres para deslumbrar a los conductores con la luz del sol hasta que uno de ellos se detuvo y, furioso, lo destrozó, lo que provocó una gran discusión. Eso era más o menos lo que esperaba. Pero nada se acercaba a lo que los adultos me revelaron ahora, con cierta vacilación y reticencia.

“Estamos emigrando”, dijo Zoli, y Árpád añadió, como si yo no lo entendiera: “…¡estamos huyendo!”.

“Nos vamos a Estados Unidos”, dijeron Andy y János al unísono.

—Pero eres demasiado pequeño —dijo Gábor, mi mejor amigo—. ¡Por desgracia, no podemos aceptar niños tan pequeños! Una amis-

tad de muchos años podía romperse en un instante, sobre todo porque de verdad, de verdad, empecé a llorar. No, no de tristeza, sino de rabia. ¿Qué significa «pequeño» en este contexto?

Gábor se enderezó lentamente, agarrándose el estómago dolorido y conteniendo a duras penas las lágrimas, pues mi puño, entonces infantil, ya poseía parte de la fuerza que tendría más tarde. «Así que, si insiste absolutamente...», empezó a jadear, y János, mi hermano, fue el primero en caer. «Bueno, uno podría...», comenzó, pero Andy le dio una patada en la espinilla. Zoli se levantó de su viejo coche oxidado y se marchó con paso tranquilo. Como siempre en estas situaciones, como gran estadista y líder mundial, no tenía tiempo para llorones ni débiles; estaba destinado a cosas más grandes.

János tomó la iniciativa de inmediato. "¡Está bien, puedes venir conmigo, hermanito!", dijo, tomándome de la mano. Al pasar junto a Gábor, mi antiguo mejor amigo, murmuré: "¡Uf, cerdo!" y sacudí mis rizos triunfalmente. ¡Le di su merecido, por Zeus!

Seguimos a Zoli, el mayor, discretamente; era el único que sabía cómo llegar desde un barrio residencial de Budapest hasta América. Claro que no fuimos por la calle, ¡adónde crees que iríamos! Nos escabullimos, como es natural, por los jardines y campos del barrio, siguiendo senderos ancestrales de piratas y bandidos. Mientras nos adentrábamos sigilosamente en el gran jardín del abuelo, tiré de la camisa de János, sugiriendo que bien podríamos ir a casa de la abuela; ella solía tener chocolate caliente y pastel o galletas. América probablemente también sería interesante, pero las galletas de la abuela bien valían la pena abandonar esta aventura. Aunque susurré casi inaudiblemente, Zoli refunfuñó a regañadientes que ellos —los adultos— habían hecho un gran y sagrado juramento de ir juntos y ganar, o perecer juntos. Y si alguien —quienquiera que fuera, no lo sabía, por supuesto— nos atrapaba, guardaríamos un silencio sepulcral.

Asentí, intimidado, y János reafirmó el Gran Juramento Sagrado por mí, hasta que reinara un silencio sepulcral. Luego avanzamos sigilosamente. Nadie se percató de que «piratas», «ladrones» o «vaqueros» se escabullían por los jardines; lo hacíamos casi a diario. Así

superamos todos los obstáculos, moviéndonos discretamente y en silencio por los jardines hasta llegar finalmente a zonas más pobladas.

Zoli avanzó con paso firme y pronto cruzamos los altos muros del complejo hospitalario, que hasta entonces habían formado una barrera natural, marcando el fin del mundo. Con más destreza de la que los adultos habían imaginado, usé su pirámide humana y llegué, sobrecogido, al otro lado del borde del mundo. Zoli caminó con paso ligero delante, cruzamos algunas calles y luego nos detuvimos frente a la Estación de Trenes del Sur de Budapest, que quizás conozcan como Déli Pu. (déli pályaudvar). Nos demoramos un buen rato hasta que Zoli y Andi, que habían ido delante como exploradores, nos saludaron con la mano. Luego cruzamos la calle principal y, con el corazón latiendo con fuerza, entramos en la hermosa y antigua estación, cuyo diseño metálico lleva la firma de Gustave Eiffel.

Para la generación más joven, probablemente debería añadir un poco de contexto histórico, ya que las cosas se manejan de manera diferente hoy en día. Actualmente, vamos a la estación, subimos al tren correcto y simplemente abordamos. Tenemos nuestros boletos guardados en el teléfono por mensaje de texto o, de forma un poco más anticuada, impresos en la computadora. Los que tienen mucha prisa simplemente abordan y luego pagan al revisor, con tarjeta de crédito, por supuesto. En aquel entonces, las cosas eran un poco más lentas. Los boletos se producían con máquinas de impresión especiales, que solo se encontraban en las estaciones de tren más grandes: el empleado tomaba un pequeño trozo de cartón marrón claro, del tamaño de una caja de cerillas, de un cajón (y si no sabes lo que es una caja de cerillas, ¡mejor ve al museo del tabaco el próximo domingo en lugar de estar ocioso frente a la pantalla!). Luego, el empleado buscaba el boleto correcto en un gran panel de la pared, donde las planchas de impresión metálicas estaban ordenadas alfabéticamente en pequeñas ranuras, y lo insertaba, junto con el cartón, en una ranura de la máquina. Tras una rápida y nerviosa comprobación, se accionó un mecanismo de resorte y la placa metálica, junto con el soporte de cartón, salió disparada a través de la máquina, reapareciendo en una pequeña bandeja dispensadora en la parte inferior. La placa metálica con la impresión negativa se devolvió a su embalaje original y el pa-

sajero recibió el billete impreso, siempre que tuviera el dinero preparado.

Podría haberme quedado allí horas, contemplando esta maravilla de la ingeniería occidental, pero los adultos siguieron su camino. Primero, no teníamos dinero, y segundo, viajar sin billete, como dicen, es parte de la experiencia auténtica. Claro. En fin, mientras caminábamos, le susurré a János: «Algún día seré taquillero, y esta increíble máquina expendedora de billetes será mía, mía para siempre, ¡lo juro!».

Por supuesto, querido lector, seguramente usted también ha llegado tarde a la estación de tren alguna vez, ha corrido jadeando por el vestíbulo, ha salido al andén y ha saltado al tren, posiblemente ya a punto de partir, con sus últimas fuerzas. Así como esto ya no es posible hoy en día con las puertas neumáticas de cierre automático y control remoto, en aquel entonces ni siquiera habría podido atravesar el vestíbulo.

Allí hay policías. Probablemente, policías de verdad; probablemente, policías de la estación de tren. Fue cuestión de suerte, porque años después a menudo me aproveché de su ingenua arrogancia. Pero en aquel entonces, cuando éramos niños y nos colábamos en la estación de tren del sur de Budapest, éramos motivo de duda.

Tenían razón.

Dos.

Zoli, Árpád y Andy pasaron sin problemas; obviamente iban con prisa tras “sus padres”. János, Gábor y yo, sin duda, tuvimos muy mala suerte. El trabajo de los policías era asegurarse de que ningún indeseable se colara en el tren sin billete o, peor aún, que llevara ovejas o cabras, lo que te hace preguntarte quién cría ovejas o cabras en una metrópolis como Budapest, pero en fin, los Balcanes no estaban lejos; como todo el mundo sabe, empiezan justo al sur de Budapest.

Un policía miraba fijamente el asfalto del andén con visión de rayos X, intentando contrarrestar la rotación de la Tierra balanceando

suavemente su cuerpo, aún aturdido por la borrachera del día anterior; el otro miró con irritación a la izquierda, luego con tristeza a la derecha, y luego de nuevo con irritación a la izquierda. Irritable, por supuesto, porque tres niños pequeños, de apenas ocho años, se acercaban, ansiosos por llegar a los trenes. «Eso no es posible», dijo; «¡no mientras esté de guardia aquí, maldita sea!».

Como suele suceder en la vida, varias cosas ocurrían simultáneamente. Primero, la locomotora empezó a retumbar y a estruendarse con fuerza, y los vagones comenzaron a moverse con una lentitud exasperante. Zoli, Árpád y Andy ya estaban de pie en el estribo, susurrándose emocionados porque el vigilante policía nos detenía e intentaba interrogarnos. Luego volvieron a bajar y se acercaron. János y Gábor se lanzaron desesperadamente hacia adelante y lograron pasar al policía. Mi salto llegó una fracción de segundo tarde y, además, fue demasiado corto.

¡Ese policía me tenía en sus garras!

El tren salió lentamente de la estación. En el andén, completamente vacío, había dos agentes cumpliendo con su deber y seis niños detenidos. Seguramente las miradas venenosas de mis compañeros me habrían matado en el acto, de no haber sido tan consciente de mi inocencia infantil. ¡Y qué salto había dado!

Un poco más tarde entramos en la sala de guardia. Mientras los malos se sentaban con razón arrepentidos en el banco, pronto me encontré sentado en el regazo de una secretaria, comiendo dulces. — ¿Ya les conté sobre el angelito rubio?

Cambio de escena.

Mi madre corrió de casa en casa presa del pánico, buscándonos. Pronto se unieron las otras madres, compartiendo el pánico, la búsqueda y la carrera. Incluso hoy, puedo extraer diagnósticos médicos completos del relato de mi madre, siendo el “colapso circulatorio inminente” la queja más leve. Después de un tiempo indeterminado, las mujeres angustiadas intercambiaron miradas y decidieron alertar a los respectivos padres por teléfono. Lo que surgió fue un plan logís-

tico improvisado, pero no por ello menos efectivo, uno que luego logré desarrollar yo misma en situaciones de pánico similares, cuando mis hijos desaparecieron. Creo que ni siquiera la noticia del gol del legendario Puskás en la Copa del Mundo se extendió más rápido por todas las comisarías de policía de Budapest que la noticia de la desaparición de un puñado de magníficos herederos. Con sombreros de vaquero de un blanco sucio.

Por supuesto, el informe también llegó a nuestra comisaría. Los policías nos interrogaron a cada uno de nosotros, uno por uno, pero nosotros solo negamos con la cabeza en silencio. El gran juramento sagrado, ya saben, ese de "guardar silencio hasta la muerte", y todo eso.

János, quien a ojos de los agentes de la ley era el que más se parecía al líder de la banda, tuvo que sentarse en el escritorio del Gran Muftí y responder a sus preguntas. Tardó un buen rato en contestar; solo cuando el todopoderoso hombre se puso rojo como un tomate, como si sufriera un infarto, y empezó a rugir sin control, murmuró que se llamaba Lacika (Lacika es el diminutivo de Laci, Ladislao. Un nombre de pila bastante común en aquella época y quizás comparable a los nombres estadounidenses John o Jim).

Como era de esperar, quien le preguntó gritó que su nombre debía ser János Rudas, pero János negó obstinadamente con la cabeza e insistió en que se llamaba Lacika. Y no dijo nada más.

Al cabo de un rato, hasta el policía más duro se rinde, me parece, porque, cansado, se secó el sudor de la frente y llamó a mi madre para decirle que los niños —o mejor dicho, la señora, supongo que solo supongo— estaban en su comisaría y que debía pasar a identificarse. Ella, por supuesto, llamó a mi padre, y él se apresuró a cruzar media ciudad para venir también.

La secretaria me metió otra galleta en la boca y me preguntó con naturalidad cómo se llamaba su dulce angelito.

—Pityuka —dije, masticando, y le dediqué mi mirada más inocente — porque nadie me llamaba Pityuka, un diminutivo ridículo, solo pa-

ra enanos de verdad. No para aspirantes a espías. Ahora mis amigos podían ver que yo también podía dar un nombre falso y guardar silencio hasta la tumba. Aunque me hubieran arrancado la lengua, seguiría diciendo que me llamaba Pipfuka.

"Sí, muy bien, ¿y cómo se llaman tus padres?", preguntó, porque las secretarias siempre abordan las cosas con más astucia que el jefe.

—Mamá y papá —dije con sinceridad, después de tragarme la galleta y echar otro vistazo a su escondite. Claro, tenía que memorizar mi nombre, dirección y número de teléfono por si me perdía. Pero no me había perdido, ¿verdad?

«Pero seguro que también tienen otros nombres», me dijo con voz melosa, tentándome con otra galleta. Ahora me da muchísima vergüenza, pero la verdad es que entonces no lo sabía.

—Anyuka y Apuka —dije, esperando que reconocieran a mis padres. La amable señora me ofreció otra galleta y preguntó dónde vivían. Me quedé callada, mirando la galleta. Cuando por fin la cogí, respondí correctamente que vivíamos «en casa». —Todos los niños viven en casa —añadí con aire pedante—, excepto Ilona, que vive con su abuela porque sus padres se han peleado.

—¿Y no tienes otro nombre además de Pityuka? —preguntó, haciendo un último intento desesperado. Triunfalmente, tomé su última galleta y, sonrojada, dije con la boca llena: —Sí, tengo: ¡mi angelito!

¿Qué puedo decir? El tiempo se agotaba para devorar el resto de sus provisiones, porque entonces mi madre y su vecina irrumpieron, me abrazaron sollozando desconsoladamente y se volvieron hacia János. Tenía el ceño fruncido y miraba fijamente al frente con obstinación.

—Pero Jánoska, ¿no me conoces? —preguntó ella, pálida, mirando a su alrededor con desesperación, como cualquier madre miraría a su hijo si sufriera amnesia o discapacidad mental. El policía volvió a fulminarlo con la mirada, y finalmente János admitió que se llamaba

Lacika y que no conocía a esa mujer en absoluto. Ni un poquito. Entonces János volvió a mirar fijamente el marco de la ventana, probablemente pensando en los 150 guerreros del jefe Toro Sentado que habían acompañado valientemente al protector autoproclamado de nuestra banda hasta su muerte.

El llanto de la madre fue inútil. Los emigrantes habían jurado guardar silencio y lo mantenían. El más pequeño no había jurado nada, pero intentaba ganar tiempo con bromas infantiles. La vecina intentó hablar con Árpád —al fin y al cabo, era su hijo—, pero él la ignoró por completo y negó con la cabeza enfáticamente cuando ella, descaradamente, afirmó ser su madre.

Incluso cuando llegó mi padre, los hombres no podían abrir la boca. Silenciosos y obstinados, permanecieron allí sentados, en absoluto silencio. Mi padre no solo era muy inteligente, sino que también sabía cómo usar su ingenio y rápidamente trajo una carpeta llena de fotos familiares de casa. La situación se tornó casi verdaderamente embarazosa cuando uno u otro policía metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó fotos de su esposa, hijos y perro, un reflejo culturalmente arraigado cuando alguien muestra sus fotos.

Así pues, todo se disolvió en pura dicha y satisfacción. O quizás no del todo, pues el fiel János recibió una terrible bofetada atronadora y tuvo que irse a la cama sin cenar, y así fue como sucedió:

Estábamos todos de pie frente a la puerta de la caseta de guardia cuando mi padre se dio la vuelta de nuevo y le exigió severamente a János que dijera su nombre inmediatamente. János se giró, miró seriamente al grupo de hombres uniformados y dijo:

“¡Lacika!”

# ¡Entonces!

*De vez en cuando me permito un poco de nostalgia, romanticismo y emoción. Este texto es un ejemplo de ello, aunque a primera vista no parezca tener mucho en común con mis otros textos.*

*Y sin embargo... Fue el primer texto que escribí conscientemente con la intención de publicarlo algún día. Desde entonces, por supuesto, lo he publicado en todos los sitios posibles. A veces, para desesperación de mis lectores, que se preguntaban, desconcertados, ¿qué sentido tenía todo esto? Los más afectados, claro está, fueron los lectores de «Euro Agrar», que encontraron mis escritos en medio de un brote de fiebre aftosa. Los editores, sin embargo, habían aceptado mi argumento de que se acercaba el trigésimo aniversario de la muerte del gran artista.*

*Tras unos quince años, aún reconozco varios elementos característicos de mi estilo: un toque de erotismo, pero solo sutil. Un héroe imperfecto pero entrañable. Un acontecimiento que, por supuesto, solo es un acontecimiento desde un punto de vista subjetivo. Nombres arbitrarios, pequeños juegos de palabras y una historia central auténtica, envuelta en una narrativa minimalista. Un toque de lo bizarro. Y aquí y allá, un ligero destello de humor.*

*No es muy notorio, pero aun así.*

*Sin embargo, me topé con dificultades cuando un lector, con cierto sentido del humor, me preguntó quién era exactamente "Hollinger" y criticó duramente el subtítulo original: "Obituario de KF". Necesitaba buenos consejos, pero eran demasiado caros. No podía titular el texto "Cuando conocí a KF por única vez en mi vida"; sí, solo lo conocí una vez y su muerte, unos meses después, me afectó profundamente. Quizás eso sea lo más cercano a la verdad: mi único diálogo con el maestro aún merece ser contado hoy.*

# Encuentro con Karl Farkas (* 28. 10. 1893 Viena, 16. 5. 1971)

"Eres un tonto, Hollinger", gruñe mi profesor alemán canoso, y su mezcla de alemán estándar y dialecto sube a un preocupante 63:36, "¡Karl Farkas lleva muerto bastante tiempo, y no se vislumbra por ningún lado un posible aniversario de su muerte!"

Donde hoy se sirve helado italiano de primera clase, antes estaba el LUGECK, un restaurante refinado y asequible que ya había visto tiempos mejores. Cené allí una noche con mi esposa y mis futuros suegros, que habían viajado apresuradamente a Viena desde la capital de provincia más lejana para ver qué pasaba después de que la maestra con la que mi esposa Angelika, que estaba algo enamorada de ella y la había seguido a Viena durante su último año de secundaria (ya que la primera había sido trasladada a Viena como castigo por amar a chicas jóvenes, algo completamente inaudito para una monja católica en una capital de provincia en aquel entonces), se había alojado inicialmente, les hubiera informado ansiosamente a los padres que su hija había sido enviada a Viena porque ¡tenía un marido! que le había permitido quedarse a dormir y que, a su vez, ahora se sentía obligado a echarla, citando la ley contra el proxenetismo, ¡de modo que la pobre niña estaba ahora completamente desprotegida con este extraño hombre!, que había seguido a dicha hija como un gallo enamorado y que además era un jornalero de provincias sin perspectivas a largo plazo.

"¡Manos a la obra, Hollinger, manos a la obra!", refunfuña mi profesor alemán de pelo canoso en un alemán estándar impecable, "¡y nada de estructuras sintácticas tan atrevidas, por favor!" Sacude la cabeza con cansancio: "¡13 comas, 2 signos de exclamación, siete puntos!"

LUGECK fue, por tanto, el broche de oro para este fin de semana de noviembre, lluvioso y frío, durante el cual nos pusimos al día, aunque éramos los únicos huéspedes en la bodega y el servicio lento del camarero de voz nasal no contribuía a transmitir la sofisticación

propia de la capital. Pero la joven pareja, bendecida por sus padres, no necesitaba ni un servicio alegre ni una compañía animada; estaban perfectamente a gusto solos. El único otro huésped, que llegó más tarde, se sentó en la mesa del fondo e inmediatamente comenzó a saborear en silencio la sopa de albóndigas de hígado, que había sido servida sin una palabra ni un saludo.

Intercambiamos miradas de asombro y susurramos: "¿No es ese... cómo se llama, Karl Farkas?". "¡Oh, no, sí, créeme, lo reconozco!". Una y otra vez, dirigimos miradas furtivas al maestro mientras comíamos y charlábamos en voz baja, hasta que, después del postre, mi futuro suegro titubeó y finalmente soltó: "¡Sería genial tener un autógrafo de ÉL!". El efecto de su deseo en el jornalero sin perspectivas a largo plazo fue electrizante. "¡Lo haré!". "No, solo lo dije sin pensar", intentó detenerme mi futuro suegro con poca convicción, en vano. Ya estaba medio levantado de la silla cuando mi suegra me siseó: "¡Däs chaascht doch näd dua!?", que quienes conocen el dialecto alemánico pueden traducir fácilmente como "¡No puedes hacer eso!". Pero ya estoy en camino, cruzando el pasillo con las rodillas temblorosas y el estómago revuelto. Cientos de mesas y sillas, que ni siquiera había notado antes y que bloquean mi paso, llenan la inmensidad del salón, y estoy justo en medio de todo, haciendo un ágil slalom, dirigiéndome hacia el maestro.

Me mira fijamente, con rostro impasible, cuando finalmente me pongo frente a él. Escucho a alguien que obviamente tiene cáncer de garganta o está pasando por la pubertad preguntar: "¿Podría pedirle un autógrafo a mi futuro suegro, el Sr. Farkas?". Me mira durante un largo rato, en silencio y sin expresión. La maquinaria en mi cabeza, paralizada por el miedo, comienza lentamente a funcionar de nuevo. Sigo su mirada y, después de lo que parece una eternidad, me doy cuenta de que no he traído nada para escribir. "¡Un momento, Sr. Farkas!" Un frenético zigzag de vuelta a nuestra mesa, "¿Tiene algo para escribir?" y una mirada suplicante alrededor de la sala. Mi futuro suegro rebusca en sus bolsillos; una postal sin escribir tendrá que servir. Volviendo a toda prisa, apartando las sillas, me doy la vuelta a medias, "¡Y algo para escribir!" y entonces, armado con un bolígrafo, regreso junto al Sr. Farkas. Recordaré el siguiente diálogo por el resto de mi vida:

“¿Para?”

Su mirada escrutadora recuerda más a la de un halcón que a la de un lobo. Farkas significa lobo en húngaro.

“Para Hans.”

El maestro da la vuelta a la postal, mirando fijamente al caballo lipizzano, la noria y la ópera. El bolígrafo rasca profundamente mientras garabatea el mensaje ilegible y extenso. Supongo que dice: «Para Hans, KF». Lo observo fascinado, mientras solo mira su enorme nariz al escribir, y no lo que escribe.

“¿De donde?”

“Bregenz, señor Farkas.”

“¿Llevas mucho tiempo aquí?”

“Tres meses.”

Hace una pausa. Vuelve a darle la vuelta a la postal, mirando desde el ayuntamiento hacia el Belvedere Superior y Schönbrunn.

“¿Te gusta?”

Avergonzado, cambio el peso de un pie al otro. “Era el último que les quedaba, señor Farkas, y el que tenía la emperatriz Isabel…”

“¿Te gusta Viena?”, me interrumpe con irritación.

“Sí, muy bien, señor Farkas.” Estoy perplejo; esa fue la primera frase completa en alemán. Largo silencio.

“¿Simple?”

Me siento herida y lo miro desafiante; puede que sea del campo y que aún no sea médica, pero no tengo por qué tolerar que me insulten, ni siquiera el señor Farkas.

“¿Ya has estado en el Simpl?”, repitió la pregunta con cierta impaciencia.

Busco frenéticamente en mi mente la palabra clave “Simpl”. ¿Qué demonios quiere decir? Ah, sí, ahí está: “...una grabación del cabaret SIMPL. Con Karl Farkas y Ernst Waldbrunn.”

—Lamentablemente no, señor Farkas, mis suegros solo estuvieron aquí el fin de semana. —Silencio glacial. Un largo silencio. Moviéndose de un pie al otro. —Mi prometida y yo no podemos permitirnos salir —murmuró con torpeza el jornalero sin futuro, mirando fijamente el mantel. —Pausa, una pausa muy larga. Esperé.

“Entonces, entonces.”

Me devané los sesos intentando descifrar qué podría significar aquello. Lo miré fijamente durante un buen rato, mientras el maestro, impasible, volvía a su sopa de albóndigas de hígado y seguía sorbiéndola, ignorándome por completo.

De acuerdo. Ah, ya veo. Ya puede irse.

“Adiós y muchas gracias, señor Farkas.”

Ni siquiera levanta la vista cuando me doy la vuelta y regreso rápidamente a nuestra mesa. “¿Qué dijo? ¿Qué dijo?”, pregunta mi familia al unísono. Tiemblo de alivio, con la camisa mojada pegada a mi espalda, fría. “Nada”, respondo, “solo nos preguntó qué tal nos parecía Viena y si habíamos estado alguna vez en Simpl”. Mi esposa me mira radiante, como a un héroe.

—Eres un tonto, Hollinger —gruñe mi profesor de alemán, ya entrado en años, con tono sombrío, alternando entre alemán estándar y dialecto en una suave proporción de 61:38—. Desde que nos graduamos hace treinta años, ni siquiera necesitas conocerme ni saludarme, ¡y ahora vienes a mí con tus garabatos para que los corrija! —Mueve la cabeza y murmura algo sobre la decadencia de la civilización occidental—. ¡Un obituario para Karl Farkas, vaya! ¡Hollinger! —¡Pues dame el papel!

# La huida

*Mis hijos insistían en que les contara una vez más la maravillosa historia de nuestra huida (de Hungría, 1956). Leer en voz alta nunca me había resultado fácil; ya se sabían de memoria "And Again, No One Looks" o "The Language Craft Book", por no hablar de "At Night All Ravens Are Colorful". Así que cada vez cedía más a la tentación de contarles historias (o mejor dicho, anécdotas) de mi vida. Y la historia de la huida simplemente tenía que repetirse una y otra vez: ¡era una cuestión de honor! Por supuesto, todo salió como esperaba. En lugar de dormirse, la niña se incorporó indignada en su cuna y se quejó de que la última vez "…" había sido completamente, completamente diferente. ¿Y por qué no había policías malvados involucrados esta vez? ¡También faltaba la parte del cohete!*

*Descubierto, la ignorancia del padre se agudiza, busca palabras, excusas, y agita los brazos frenéticamente. «Hijo, aún no lo entiendes, pero los mayores a veces somos olvidadizos». «Vale, de acuerdo», dice, «te contaré lo de "…" otra vez, intentando recordar los detalles [¿qué demonios dije en este punto la última vez?]». El niño asiente y sigue chupándose el pulgar obedientemente, escuchando con atención y sacudiendo la cabeza enérgicamente cada vez que la historia de la policía vuelve a surgir en el momento menos oportuno. Sus pequeños labios se mueven en silencio, recitando el texto sin emitir sonido, sus ojitos ya ansían cerrarse, pero su desconfianza hacia las historias de su padre mantiene al pobre niño despierto…*

*La madre asomó la cabeza con cautela por la puerta y murmuró que el niño seguramente no se dormiría así…*

*Pero todos ustedes lo saben.*

*Hace unos años (1996, para el cuadragésimo aniversario), decidí escribir la historia de nuestra huida de una vez por todas y regalársela a mis hijos por Navidad. Quizás (y digo quizás porque, como ya he dicho, soy bastante olvidadiza), quizás incluso entonces ya esta-*

*ba harta de este estúpido frenesí de compras navideñas, quizás ya me repugnaban las baratijas y el ruido estridente de las tiendas y buscaba algo que viniera de mí y que pudiera alegrar a mis hijos.*

*Quizás mis hijos estaban comentando las historias de su padre y notaron que uno o dos detalles no coincidían del todo (digo deliberadamente: no del todo). Al fin y al cabo, no hay dos niños iguales, así que hay que adaptar las invenciones, sería mi excusa si necesitara una. En cualquier caso, un día los niños me señalaron esos detalles que no coincidían del todo. (Y ahora vuelve a venir el tema de las orejas rojas...).*

*Sea como fuere, me senté frente al ordenador y me puse a pensar. ¿Podría empezar con algo tan trivial como: «Un día decidí escapar...»? No, y no. No escribo así. Más bien, necesitaba que la historia (y sus pequeñas y embarazosas diferencias) fuera contada por varias personas, creando así LA ESCAPADA como un híbrido de Rashomon. Sí, por supuesto, cada participante contó una parte de su verdad subjetiva, deliberadamente solo una parte, y el lector/el niño tiene que reconstruir los fragmentos por sí mismo.*

*Me gustó la idea, así que le pedí a la tía Elli (cuyo nombre real es Elisabeth y a quien mi padre llama Elly) que contara toda la historia. Deliberadamente no la retraté tan histérica como mi padre la habría percibido, pero así era para mí. Luego dejé que uno o dos de los soldados con los que tuvimos contacto dieran su versión; por supuesto, todo esto es pura ficción, pero se basa en lo que pude recordar. ¿Qué le pasaría por la cabeza a un hombre así cuando se encontró frente a un grupo de refugiados compuesto por cuatro adultos y ocho niños?*

*Como ya estaba tan absorto en la escritura, naturalmente también escribí una correspondencia ficticia entre los comandantes húngaros y rusos, y les pregunto, ¿por qué no?*

*En retrospectiva, nuestro comportamiento y nuestra valoración del soldado ruso, que presumiblemente provenía de Mongolia, parecieron arrogantes y presuntuosos. Así que rápidamente anoté unas líneas: el mongol escribe sobre nosotros y se pregunta por qué*

*lo consideramos un paleto: «...¿o es que ustedes, monos, creen que no puedo distinguir un estuche de violín de una custodia?».*

*Al tío Ákos también se le permitió "tomar notas"; es el mismo Feri cuyo hijo, también llamado Feri, era el mejor amigo de mi padre en aquel entonces y huyó con nosotros. Probablemente le puse Ákos porque considero que Feri es una horrible teutonicización, y me gustaba el nombre Ákos, bastante raro y antiguo (en aquel momento). Después, le pedí a mi hermana Juli que contara la última parte (la confusión de las botellas); simplemente me gustaba dejarla desahogarse un poco contra el mundo adulto; eso también era cierto en aquel entonces, aunque solo un poco.*

*Una pequeña dificultad que no siempre se podía superar de forma permanente: la peculiaridad lingüística del húngaro de usar diferentes diminutivos para los nombres de pila. Así, cuando hablamos de Bandi y Endre, se trata de la misma persona (como ya sabéis), lo que significa que no pueden jugar al tenis juntos. Algunos de estos nombres son muy antiguos, y a menudo su origen y contexto ya no se pueden determinar (por ejemplo, por qué István puede convertirse en Pityu). Os doy algunos ejemplos:*

*Andreas = Bandi = Endre*
*István = Pista = Pityu*
*María = Manci = Mányika*

*Es más fácil comprender formas que se conocen prácticamente en todas partes:*

*Isabel = Elli = Elly*
*Julio = Juliska, etc.*

*Había bautizado mi obra como LA CINTA AZUL, en referencia al último capítulo, imprimí cuatro ejemplares con prólogos y epílogos diferentes para mis hijos y los encuaderné yo mismo en cartón. (Cabe mencionar que imprimir el cartón con el ordenador fue toda una aventura y me llevó a entablar una larga amistad con un estadounidense llamado Bill Gates, creo que ese es su nombre). El pequeño libro se perdió entre los demás regalos bajo el árbol de Navidad;*

*pasaron varios días antes de que los niños lo leyeran. Esperé con impaciencia a ver si les gustaba (porque todo autor está realmente ansioso por saber si al lector le ha gustado) y si notarían que algo "no estaba del todo bien". Pero probablemente eran demasiado maduros y perspicaces; ni un solo quejido, ni una sola queja. Mis hermanos también lo leyeron después, se rieron a carcajadas y pensaron que me había convertido en un verdadero narrador. No, nadie podría afirmar que nada de lo que contaba fuera mentira, pero sin duda está muy bien presentado, ¿verdad?*

*Mi padre se sentó y escribió su propia versión.*

*¿Me equivoqué, o murmuró algo sobre "de buen gusto, pero sin pretensiones" antes de empezar a escribir? Sea como fuere, en última instancia, incluso en Rushomon, el sabio debe tener la última palabra, y el espectador solo podrá comprenderlo todo después de que todos hayan dicho sus verdades (y nada más que la pura verdad).*

*Además de las muchas partes verdaderas, también debe existir algo parecido a la verdad absoluta.*

*PD: Una versión temprana y muy emotiva de ESCAPE recibió el primer premio del concurso estudiantil austriaco en 1967 y fue presentada por el Club de Leones de Salzburgo a la sede central en Nueva York para el 50 aniversario del Club de Leones.*

# Capítulo 1

(La segunda noche, según el relato de la tía Elisabeth)

No es que sea una persona particularmente ansiosa. Pero incluso ahora, cuando pienso en ello, me tiemblan las rodillas, y sé que no solo es divertido, sino también aterrador. En fin, ya han pasado cuarenta años, y trataré de contar la historia en orden. Llegamos a Austria el 8 de diciembre de 1956, y el primer lugar al que entramos fue Deutschkreutz en Burgenland. La mañana del 7 de diciembre, nos interceptaron los guardias fronterizos, lo que significa que salimos de Budapest la mañana del 6 de diciembre. "Nosotros" éramos mi esposo Feri, nuestros tres hijos de 8 y 5 años, nuestro bebé, de apenas unos meses, y yo, la tía Erzsi, o Elisabeth en alemán. Sí, y también estaba el compañero de trabajo de Feri, Endre (también llamado Bandi), su esposa Maria y sus 5 hijos János, Juli, István, Johanna y Tomi, de casi un año y medio.

Tras consultar con Endre el 5 de diciembre sobre el motivo de su amenaza de arresto del 4 de diciembre, llegamos a la conclusión: ahora o nunca. Feri también corría peligro, y nosotras, las mujeres, temíamos no solo por ella, sino sobre todo por el futuro de nuestros hijos. Lo preparamos todo, practicando marchas en columna con los niños mayores, siguiendo las órdenes de los hombres. «¡Saltad, adelante, pónganse a cubierto!». Jamás lo olvidaré.

Por supuesto, les contamos a los niños una historia fantástica: que íbamos a casa de la tía Anni en Sopron, antiguamente la Ödenburg austriaca, porque iba a sacrificar un cerdo otra vez y por fin tendríamos carne, carne de verdad. Disimulamos los preparativos militares contándoles la situación actual y los peligros que acechaban en el camino. Los niños aprendieron enseguida; aunque al principio las niñas se comportaron un poco tontas, pronto se animaron con la ambición de imitar a los chicos.

Los hombres se encargaron de empacar los documentos, el dinero y otras pertenencias familiares importantes en maletas manejables. Nosotras, las mujeres, primero tuvimos que ocuparnos de los hijos

mayores y su equipaje, y luego de nosotras mismas y los bebés. ¡Ay, ni siquiera voy a entrar en detalles sobre lo que eso implicó! En cualquier caso, ¡fue pan comido comparado con equipar una expedición al Himalaya! Pero a los hombres no les había tocado mejor suerte, porque mientras empacaban lo poco que tenían, dispusieron de mucho más tiempo que nosotras para temer la empresa y sus consecuencias, y para reconsiderar la sensatez de su decisión una y otra vez...

Todavía recuerdo haber hablado con Feri y Endre sobre cuánto dinero de soborno llevaríamos en pequeños fajos (¡y cada uno era "de verdad, nuestro último dinero!"). Feri tuvo la brillante idea de llevar también una botellita de aguardiente para celebrar nuestra exitosa fuga. Hubiera preferido coñac o algo más selecto, pero en aquellos tiempos difíciles, no se encontraba nada parecido; ya era una verdadera odisea conseguir esa bebida barata. Yo también llevé otra botellita de aguardiente, por si acaso, por si nos quedábamos sin sobornos y necesitábamos ablandar a algún guardia fronterizo con una buena copa. Para distinguirla de las botellitas de té para bebés, cogí una cinta azul y la até al cuello de la botella: Juli, la más impaciente, no paraba de jugar con ella y quejarse de que la cinta no quedaba bien, pero la aparté porque no estaba de humor para juegos en ese momento...

A la mañana siguiente, todo comenzó; el viaje en tren pareció interminable. El tren se detenía constantemente, y la Guardia Revolucionaria, soldados regulares y del Ejército Rojo se turnaban para revisar a los pasajeros, el equipaje y cualquier posible botín. Me ponía un poco histérica cada vez que la mano de un soldado acariciaba a mi bebé; respiraba aliviada cuando el tipo desaparecía, y casi me resultaba indiferente cuando alguna mano descarada me rozaba el cuerpo como por casualidad. ¿Y qué? Con tal de que esos hombres degenerados dejaran a mis hijos en paz.

Llegamos a Sopron, preparamos todo y nos acostamos temprano. Los guías, amigos de Endre, nos despertaron mucho antes del amanecer y nos dirigimos a la frontera en una furgoneta muy vieja. Allí, nuestros guías esperaron con nosotros hasta el amanecer, describieron la ruta una vez más y luego se escabulleron de nuevo entre la ma-

leza. Nosotros, los “Doce Apóstoles”, marchamos por las vías del tren hasta el punto donde se bifurcaban hacia el sur y el oeste; allí, como estaba previsto, debíamos “perdernos” y seguir las vías hacia el oeste. Mientras los dos hombres intentaban ponerse de acuerdo sobre los puntos cardinales (en la niebla, sin sol ni brújula, eso ciertamente no era fácil), vimos a un guardia fronterizo húngaro que se acercaba.

Al principio nos sobresaltamos, pero parecía tranquilo, y cuando llegó, en realidad solo quería aliviar su soledad, charlar con nosotros, fumar un cigarrillo y averiguar los nombres de los niños, etc. En general, era una situación bastante tranquila, y cuando notó la inquietud entre nosotros, los adultos, dijo: “¡Sí, sí, ya lo sé! Bueno, no los vi, voy a seguir un poco más adelante, ¡así que ya ven, pónganse en marcha!”, murmuró amablemente y se dio la vuelta para irse.

Si el ser superior al que algunos de ustedes veneran hubiera tenido la intención de crear las fronteras con fines de escape, probablemente habría creado cálidas salas de espera, caminos bien señalizados como “¡Por aquí a Austria!” y “Hacia la libertad, por favor, manténgase a la izquierda”, escaleras mecánicas que chirrían y funcionarios aburridos.

Pero Su Excelencia, como todos saben, se encontraba en Tierra Santa en aquel entonces, presenciando la Crisis de Suez en directo desde las nubes, así que tuvimos que afrontar nuestro destino solos. Sí, por supuesto que todavía creía en los ángeles de la guarda por aquel entonces, pero cuando llegamos al cruce ferroviario, apenas batieron sus alas brevemente y susurraron casi inaudiblemente: «Nosotros volaremos delante», y entonces sí que estuvimos solos.

No estábamos tan solos después de todo. El amable guardia fronterizo se detuvo. Un pequeño grupo de soldados del Ejército Rojo, con aspecto de frío y hambre, se acercaba a nosotros. Nuestro guardia se dio la vuelta, se quitó el fusil del hombro y nos gritó: «¡Alto! ¡Stojeto! ¡Escoria! ¡Deténganse ahora mismo!», y susurró entre dientes: «Lo siento, muchachos, pero conozco a esos tipos y no se metan con ellos. Entiéndanme, pero también tengo que pensar en mí mismo. No les harán daño, solo inventen una buena excusa y los mandarán a casa...»

Los rusos nos llevaron con ellos; viajamos en un camión descubierto hasta la oficina del comandante. Allí, tuvimos que pasar de interrogatorio en interrogatorio todo el día, pero ya lo habíamos practicado, y solo oyeron la misma historia sobre nuestra excursión dominical y cómo nos perdimos, repetida obstinadamente. Finalmente, incluso un comandante como ese tiene que dar por terminada la jornada, y de mal humor, nos echó, amenazando con que si nos volvía a atrapar, entonces...; y corrimos, tan rápido como pudimos, aliviados, de vuelta a casa de la tía Annie y nos lamimos las heridas.

Nuestros guías, padre e hijo, conocían la zona a la perfección. Estudiaron minuciosamente los mapas del Estado Mayor durante horas con Feri y Endre, y luego encontraron una ruta que los hombres memorizaron. Partimos a altas horas de la noche; los guías nos condujeron hasta la franja de la muerte, nos indicaron las señales del sendero y luego les susurraron las indicaciones a nuestros hombres. Después nos abrazaron una vez más, rechazaron rotundamente cualquier pago y desaparecieron en silencio en la oscuridad de la noche.

Bandi (así llamaban a veces a Endre) iba delante, con su hijo menor dormido sobre sus hombros, una tira de metal en la mano que pensaba usar para localizar minas, y todos lo seguíamos en completo silencio. Los niños mayores ya se habían dado cuenta de la hora, así que estaban muy concentrados y callados. Cada pocos cientos de metros teníamos que cambiar de dirección cuando Bandi encontraba otra mina, o incluso cuando solo sospechaba que había una. Era muy fiable y un experto en estos asuntos técnicos. Varias veces tuvimos que tirarnos al suelo frío y mojado porque las bengalas estallaban y se oían disparos a nuestro alrededor. Una vez estaba tumbado junto a Bandi y vi su cabeza calva, empapada de sudor, reflejada en la luz de las bengalas. Le susurré que seguramente se le podía ver a cien millas de distancia, y él echó a su hijo pequeño, que dormía plácidamente, por encima de su cabeza. En otra ocasión solté un leve gemido porque, al tirarme al suelo gritando “¡Defensa!”, caí sobre un cadáver. Lloré desconsoladamente y no pude calmarme durante minutos.

Bueno, nos acercábamos cada vez más a la cerca de alambre de púas, y Bandi y Feri se pusieron manos a la obra. Feri había traído

sus guantes gruesos para productos químicos, y Bandi tenía unos alambres metálicos que lanzó con destreza contra la cerca, provocando que soltara chispas azules y un silbido desagradable. Luego cortaron los alambres y abrieron un pequeño agujero en la cerca electrificada. Bandi colocó unos aisladores, se quitó el guante y, tras un instante de vacilación, tocó la cerca con la mano desnuda. Se giró sonriendo y dijo: «¡Muy bien! ¡Quédense dentro del agujero, no les pasará nada!». Y así, con la cabeza gacha, nos adentramos sigilosamente en Austria.

Es decir, yo creía que ya estábamos en Austria. Pero apenas habíamos cruzado la frontera, una brasa de cigarrillo prendió a menos de diez pasos, y una voz masculina ronca y apagada dijo: "¡Bien hecho!". Feri, el chico de ciudad bien educado, que ni siquiera había intentado escapar sin corbata y pantalones impecablemente planchados, nos dio las gracias efusivamente y dijo que por fin habíamos cruzado la frontera. El otro hombre rió suavemente, y al acercarnos, vi con creciente horror que su abrigo tenía insignias y botones brillantes; de hecho, cuando se detuvo muy cerca de nosotros, todos lo miramos fijamente: era un guardia fronterizo húngaro armado.

Durante lo que pareció una eternidad, saboreó su entrada. Luego, su rostro arrugado se iluminó con una amplia sonrisa y dijo: «Bueno, no soy un monstruo. No hago daño a nadie y ayudo a cualquiera con esta maldita cerca si se atasca. Quizás podrías darme algo, si puedes».

Feri sacó torpemente un pequeño fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y comenzó a separarlos con dificultad. Sonriendo, el guardia fronterizo le quitó todos los billetes de la mano y dijo: «¡Buen tipo, de todas formas no podrás hacer nada con esto en Austria!». Yo estaba muy cerca de aquel insolente y podía oler su aliento penetrante. Inmediatamente recordé la botella de aguardiente, metí la mano en el bolsillo, encontré la botella con la cinta y se la entregué: «¡Por su salud, señor, y que Dios le agradezca que nos haya dejado pasar!».

Quizás este tipo grosero se sintió algo avergonzado, porque no quería disgustar a Dios (el ser superior al que algunos de ustedes

adoran), o simplemente era la sed del eternamente sediento: le dio las gracias con murmullos ininteligibles y se escabulló.

Solo entonces me di cuenta de lo mucho que me temblaban las rodillas; rápidamente le di a mi bebé a Feri y le dije: "¡Tengo que irme, tengo que irme ahora mismo, o pasará!" y me alejé unos pasos. El niño se despertó en brazos de Feri e inmediatamente empezó a gritar. Corrí hacia él lo más rápido que pude, saqué un biberón de té para bebés de mi bolso y se lo di. El pequeño tragó y tragó, luego, indignado, escupió el té y gritó como si lo estuvieran matando. Estábamos desconcertados; Feri intentó inútilmente taparle la boca al niño, yo le pegué y le grité: "¡Lo vas a asfixiar, monstruo!".

Bandi pensó que el té podría estar demasiado frío y lo probó. Inmediatamente lo escupió todo y exclamó: "¡Dios mío, esto es una porquería!". Me quedé helada. ¡El niño! Saqué otra botella de mi bolso, la probé primero (sí, era té infantil tibio) y se la di al niño, que seguía gritando. Dejó de gritar sorprendido y luego bebió con avidez y deleite.

Caminamos medio kilómetro más hasta que pudimos distinguir claramente las casas y las farolas. Nos sentamos, comimos algo y cantamos nuestro antiguo himno nacional. Estábamos profundamente conmovidos, sin avergonzarnos de nuestras lágrimas, y nos turnábamos para mirar desde nuestra patria abandonada a la nueva y viceversa.

Ya estábamos en el pueblo; los guardias fronterizos austriacos nos habían acompañado amablemente a la escuela, donde nos esperaban dormitorios, sopa caliente y comidas calientes para los refugiados. Nos habíamos ocupado de los bebés y los niños mayores y estábamos a punto de irnos a dormir cuando Feri y Bandi, que habían estado susurrándose, estallaron en carcajadas. Como locos, se dieron palmadas en la espalda, se golpearon los muslos y rieron como tontos hasta que les brotaron las lágrimas. Apenas podían calmarse, y Feri tartamudeaba, sacudiéndolo entre cada palabra por el ataque de risa: «Imagínate la cara del guardia fronterizo cuando le dé un buen trago a tu biberón y se dé cuenta de que solo es té para bebés...»

Mis hijos ya son adultos. Peter es ingeniero y arquitecto, Paul un dentista de éxito, y Feri y yo llevamos años jubilados. Feri ha tenido una brillante carrera como químico, realizando varios inventos y registrando patentes en todo el mundo. Cumplió un sueño de infancia, ya que incluso de niño siempre hablaba de querer ser un inventor famoso algún día. Sin embargo, en un aspecto no ha cambiado: incluso ahora, con más de ochenta años, insiste en llevar una camisa blanca impecable y una bonita corbata todos los días. Probablemente seguirá haciéndolo el resto de su vida, aunque mi vista esté fallando y planchar ya me resulte bastante difícil. Espero no morir antes que él, porque ¿quién sabe quién le planchará las camisas entonces?

# Capítulo 2

(La tercera noche, narrada por el sargento Béla)

Bueno, al menos todavía llevo mis botas. Esos malditos rusos me robaron todo: cinturón, gorra y abrigo de invierno. Esta chaqueta fina del uniforme es lo más abrigado que llevo puesto. También intentaron robarme la cartera, pero como solo contenía una foto de mi esposa y mis hijos, me la dejaron.

La húmeda niebla de diciembre se cuela por las paredes de hormigón, la pequeña ventana enrejada, incluso penetra el suelo. Unas cuantas cucarachas que corretean afanosamente de un lado a otro son mis únicas compañeras de celda. ¡Qué bien me vendría un trago ahora mismo, aunque solo fuera agua! Me arde el labio inferior partido, creo que no solo por los golpes, no, me arde porque me arde por dentro de arriba abajo. ¡Quiero un trago, solo un poquito!

Cuatro de ellos me dominaron, me tiraron al suelo y me llevaron a la oficina del comandante. Me interrogaron, me golpearon, me interrogaron de nuevo y me golpearon una vez más. El comandante me interrogó largamente. Quería saber quiénes habían cruzado la frontera, y claro, no le conté todo de inmediato. Pero entonces, en algún momento, cuando yacía allí medio muerto de dolor, le conté cómo esos habitantes de la ciudad habían aparecido de repente ante mí, con una docena de mujeres y niños. Y que entonces pensé en mi propia familia y los dejé ir.

Quería saber exactamente cuántos eran, qué aspecto tenían y de dónde venían. Hice lo que pude, aunque en la oscuridad probablemente no vi más que a aquel dandi o al hombre callado que llevaba un niño sobre los hombros. Pero de repente pareció saber con precisión qué y a quién buscaba, y sus patadas deliberadas me ayudaron a recordar. Sí, también había una mujer pequeña y delicada que solo pensaba en sus hijos.

No recordaba mucho de la conversación, tal vez que habían hablado de las vías del tren Raab-Eisenstadt, de una excursión dominical

en la que se habían perdido y los habían atrapado, y entonces lo único que vi fue su puño volando hacia mí, acompañado de una furiosa maldición: "¡Job toi Matj!". El ruso había perdido completamente el control, tenía la cara roja como un tomate y las venas de la frente le sobresalían alarmantemente. Me agaché mientras seguía golpeándome, pero el primer golpe, despiadado, me había desgarrado gravemente el labio inferior.

Como a través de una niebla, recuerdo que en algún momento me soltó y me arrastró hasta el sótano. Sus secuaces me habían atacado con violencia al sacarme de la sala de interrogatorios del comandante, pero en el pasillo aflojaron el agarre y me condujeron en silencio. Abajo, uno de ellos me dio un cigarrillo; fumamos en silencio al principio, luego uno de ellos dijo que el viejo había estado completamente fuera de sí ese día. «No puede ser, amigo, que lo hayas enfadado tanto como para que se enojara tanto, solo porque estabas borracho y disparando. ¿Qué quería?».

Bueno, comencé con cautela, pero luego relaté con fluidez toda la historia sobre la gente de la ciudad. Se miraron entre sí y estallaron en carcajadas al mismo tiempo: "¡Esos eran los de Budapest!". Sonriendo por un momento incómodo, pregunté si podía unirme a la risa, y me dijeron que esa gente de la ciudad ya había estado allí el día anterior. La Patrulla Roja los había capturado mientras marchaban alegremente por las vías del tren hacia Austria, tarareando una pequeña melodía. Los soldados del Ejército Rojo sin duda sintieron lástima por ellos, pero sabían que no recibirían comida hasta que capturaran a los refugiados, así que los llevaron al cuartel y luego corrieron inmediatamente al cocinero. El anciano los interrogó, pero eran duros e inquebrantables. No admitieron nada, no se dejaron convencer para abandonar sus simples historias y excusas, y no se contradijeron. Debían de estar astutamente bien preparados o completamente chiflados. Por la noche, el anciano estaba furioso porque tuvo que enviarlos a casa, aunque solo fuera por el bien de los niños.

La pequeña cucaracha negra intenta trepar por mi bota. Fascinado, observo sus esfuerzos. La veo subir un poco, luego resbala y cae de nuevo al suelo.

Mi situación es prácticamente la misma. Me obligaron a prestar servicio; ni siquiera me preguntaron si quería ser guardia fronterizo; me pusieron un rifle en la mano y me enviaron al frío. Llevo semanas sin ver a mi familia ni tener noticias de ellos.

Y luego esa gente de la ciudad. ¡Fui amable con ellos, casi como un hermano! Bueno, acepté su dinero, pero ¿de qué les sirve en Occidente? Allí no vale nada, y tengo que mantener a mi familia de alguna manera. Pero el hecho de que me pusieran una botella de té tibio en lugar de aguardiente... eso jamás lo perdonaré: «¡Que lo disfrute, señor!». ¡Qué hipócritas!

Llevaba horas sin tomar una bebida decente, ¡y entonces me encuentro con esta burla, esta decepción! Abrí la botella con avidez y enseguida me la llevé a los labios, dando un trago profundo y voraz, y solo me di cuenta después del segundo o tercer sorbo de que era té ligeramente endulzado.

La rabia me invadió como lava hirviente que brota de un volcán. De repente, todo se tornó rojo. Estrellé la botella contra un árbol y bramé como un toro. Agarré mi rifle y vacié el cargador al aire, disparando y bramando hasta que no quedó ni una bala en la recámara, y entonces los cuatro me atacaron...

---

Hacia

Comandantes del glorioso Ejército Rojo

Coronel Vladimir J. Kniezewski

Cuartel del mariscal de campo Von-der-Trenck

SOPRON

Asunto: Sargento Béla HANCSÁR Sopron, 9.12.56

¡Estimado Coronel!

Me he enterado de que uno de mis subordinados, el sargento Béla Hancsár, fue detenido anoche por sus valientes fuerzas armadas.

Puesto que no creo que esto sea nada grave, le pido, estimado Coronel, que libere al sargento, por lo demás intachable, de la custodia del glorioso Ejército Rojo y lo traslade a mi área de responsabilidad.

¡Abajo la revolución!

Atentamente, su servidor,

János BÁNFFY

Mayor en las Fuerzas de Defensa Nacional

Cuartel del Príncipe Eugenio de Saboya, Sopron

---

A

Fuerza de Defensa Nacional Regular

Departamento de Seguridad Fronteriza

Mayor J. Bánffy

Cuartel Príncipe Eugenio de Saboya

SOPRON

Asunto: Zl. 8934/56.01 Sopron, 10.12.56

¡Importante!

¿Acaso tu supuesto subordinado leal perdió valiosa munición por estar completamente borracho, disparando tiros inútiles al azar sin dar en el blanco? Gracias a Lenin. Primero, introdujo de contrabando a un grupo de espías y traidores imperialistas a través de la frontera y se dejó sobornar con una pequeña cantidad de dinero que ahora prácticamente no vale nada.

Nuestro estimado Comandante, el Coronel Vladimir J. Kniezewski, interrogó personalmente a espías y descubrió hechos increíbles. Entre otras cosas, descubrió que espías capitalistas imperialistas se esconden tras niños, simulando paseos por la frontera, cantando y portando bastones, engañando a los ingenuos con silbatos. Nuestro estimado Comandante, el Coronel Vladimir J. Kniezewski, informó inmediatamente de esto al Comisariado Principal por telegrama.

Y el estimado Comisionado Jefe, Coronel WJ Kniezewski, me ha ordenado que les diga que ese tonto no debería pensar que no es nada grave, porque él mismo se lo dirá pronto. Y que el Soldado Béla, por supuesto, será interrogado más a fondo, porque siempre ha colaborado con los espías fronterizos imperialistas y probablemente sabe aún más.

Al final, el comisario, el coronel Vladimir J. Kniezewski, dice que después de la ejecución podrían comer un buen goulash juntos y beber vodka con el mayor, y entonces todo habrá terminado.

¡Viva la gloriosa Revolución Soviética!

Jan Tschech, traductor para

Señor Coronel Comisionado WJ Kniezewski,

Comando Principal de las Fuerzas Armadas Rojas Victoriosas SOPRON

---

¡¡¡URGENTE!!!! ¡¡¡CORREO DE OFICINA!!! ¡¡¡PERSONAL!!!

Hacia

Comandantes de la

glorioso Ejército Rojo

Coronel Vladimir J. Kniezewski

Cuartel del mariscal de campo Von-der-Trenck

SOPRON

Asunto: Sargento Béla HANCSÁR Sopron, 12.10.56

Ref. 8934/56.01

¡Pero mi querido Coronel!

¡No queremos hablar de ejecuciones solo porque el bueno de Béla se tome una copa o ande disparando por ahí! ¡No pasó nada! Admito que el muchacho debería controlarse un poco si no aguanta bien el alcohol, ¿verdad, Coronel? Nosotros dos hemos bebido mucho más y lo hemos aguantado sin problemas, ¡jajaja!

Recuerdo aquella velada tan agradable en la que, querido coronel, celebramos juntos el cumpleaños de su estimada esposa y…

No quiero repetir viejas historias, pero necesito a este Béla Hancsár, que sigue vivo y sobrio. Tradúzcalo literalmente, Jan Chekhov, ¡o le abriré la boca de par en par! — Y, estimado Comisario Coronel, he averiguado sobre los espías y le aseguro que no eran más que unos chiflados que incluso se arrodillaron y cantaron himnos tras cruzar ilegalmente la frontera. Sin ánimo de ofender, querido Coronel, pero debería olvidarse de esa gente ridícula de una vez por todas.

Solo envíame a Béla, yo me encargo de él, créeme, ya me ha dado bastantes problemas y se merece una buena reprimenda, pero ¿ejecución? ¡No, gracias! Así que, cuando termine, ven y ¡olvidemos todo esto con una copa!

¡Viva la gloriosa revolución socialista!

¡Abajo la revolución!

Suyo fielmente, siempre suyo,

János BÁNFFY

Mayor en las Fuerzas de Defensa Nacional

Cuartel del Príncipe Eugenio de Saboya, Sopron

---

A

Fuerza de Defensa Nacional Regular

Departamento de Seguridad Fronteriza

Mayor J. Bánffy

Cuartel Príncipe Eugenio de Saboya

SOPRON

Asunto: Zl. 8934/56.01 Soldado Béla H. Sopron, 11/12/56

¡Estimado Mayor!

Interrogamos de nuevo al soldado Béla con rigor. Confesó todo, pero también admitió haber sido un completo ingenuo. Eso al menos lo salvó del pelotón de fusilamiento. Pero había visto a los espías cruzar la frontera, y por eso disparó tanto.

Creo que falló porque no había espías allí; todo era producto de su imaginación, producto del vodka. Así que olvidémonos de los espías, y también de los niños espías. Ya envié un mensaje a la capital explicando: vodka y niebla de diciembre, jajaja.

Y estás haciendo ejercicios más intensos con el soldado Béla para despejar la niebla de diciembre, porque, como dice un proverbio ruso: ¡si no puedes con los cuernos de un toro, no entres en la arena! Si tiene un chichón pequeño o grande en la cara, es porque se cayó por las escaleras. Desde luego, no le pegamos. Jan Czech no tradujo todo con precisión, así que lo sustituí por un intérprete, y ahora está fregando patatas para toda la olla grande. Tradujo “niebla de diciembre” como “espías imperialistas”, así que está fregando patatas para toda la gloriosa cocina de los soldados hasta que se disipe la niebla de diciembre.

Y nos vemos de nuevo el jueves por la noche para jugar una partida de ajedrez, ¿de acuerdo?

¡Abajo la revolución!

¡Viva la gloriosa Revolución Soviética!

Wojtech Czymielinek, traductor para

Señor Coronel Comisionado WJ Kniezewski,

Comando Principal de las Fuerzas Armadas Rojas Victoriosas SOPRON

# Capítulo 3

(La primera noche —contada por el tío Ákos)

Así que ahora todos están bien instalados; los niños están arriba, en la habitación de sus abuelos, y los adultos están en el pajar encima del granero. Bandi, Feri y yo repasamos todo, y luego todos se fueron a la cama.

Les marqué la ruta a través de los últimos campos y luego entre los arbustos de saúco hasta las vías del tren, les indiqué dónde debían "perderse" y marqué algunos puntos de referencia en el mapa, como el molino en ruinas y el terraplén del ferrocarril. Si tienen suerte, cruzarán la frontera ilesos y sin mayores problemas. Los llevaré a la frontera temprano por la mañana, junto con mi hijo Antal.

Me aseguré de que llevaran fajos pequeños de billetes por si se topaban con los guardias fronterizos. Feri, ese dandi, al principio actuó un poco imprudentemente (¡claro que no te dan recibo!), pero al final incluso él se dio cuenta de que solo la valentía y la improvisación les servirían. Le ruego a Dios que crucen la frontera sin problemas, porque el nerviosismo y la torpeza de Feri aún podrían arruinarlo todo.

Durante mi recorrido, me aseguré de que todo estuviera en orden. La pequeña Juliska seguía revolviendo el equipaje debajo de la escalera; creo que estaba revisando y guardando los biberones. Se sobresaltó un poco cuando pasé, pero le guiñé un ojo con complicidad y seguí mi camino. Es una niña soñadora, pero también muy testaruda.

Detrás de la pocilga, me detengo bruscamente; oigo a alguien susurrando. Me acerco con cautela: son Bandi e Ildikó, mi única hija, que están allí hablando en voz baja.

Cuando Bandi fue trasladado a Sopron en las últimas semanas de la guerra y se alojó con nosotros, la pequeña Ildikó se enamoró perdidamente del soldado alto y apuesto.

A los doce años, de repente se había vuelto muy callada y tímida, y lo adoraba; maldita sea, nos costó mucho hacerle entender que él ya tenía novia y que, además, era demasiado mayor para ella. Bandi y yo tomamos algo juntos entonces, y cuando le expliqué la situación, se disgustó mucho. Siendo honesto y amable como era, siguió siendo muy amigable con Ildikó, pero siguió todas las reglas y poco después se marchó de nuevo a la capital.

Ahora están allí de pie, e Ildikó, ya veinteañera, le habla con la cabeza gacha. Las lágrimas le corren por la cara, y casi se me parte el corazón. No necesito entender lo que dicen; lo entiendo de todos modos. De repente, abraza a Bandi con todas sus fuerzas, apoyando la cabeza un instante en su pecho, como si el tiempo se detuviera. Él, con torpeza, le toma el pelo y le da un suave beso en la frente. Luego se aparta con decisión y sube las escaleras.

Ildikó se quedó inmóvil unos segundos, luego sus hombros se desplomaron y entró en la casa por la puerta trasera. Me quedé allí un rato más, sintiendo cuánto debía dolerle esa despedida final, y luego me fui a la cama.

Despierto a Antal y a los habitantes del pueblo antes del amanecer.

Mamá e Ildikó ya han preparado un buen desayuno; incluso hay caldo de carne de verdad para los adultos y los niños mayores. Cuando nos sentamos, Ildikó ya ha subido a su habitación, y mamá me devuelve la mirada interrogante con un gesto adusto de negación con la cabeza. Después del desayuno, todos nos reunimos en el patio trasero y esperamos al viejo Karcsi, que nos llevará a la frontera en su viejo camión. Cuando llega, suben rápidamente a la parte trasera en la oscuridad y cerramos las lonas.

Karcsi es el peor conductor del pueblo, pero está empeñado en seguir manejando ese cacharro viejo. Cada vez que cambia de marcha, se estremece porque la caja de cambios hace un ruido de roce espantoso, luego sonríe tontamente y dice: “¡Ah, el embrague!”. Antal está de pie en el estribo, mirando hacia atrás, y me avisa cuando se acer-

can coches. Entonces golpeo tres veces la ventanilla trasera, y los habitantes del pueblo saben que tienen que guardar silencio absoluto.

Tras media hora, llegamos sin problemas a los campos que se extienden hasta las vías del tren. El camión se detiene de golpe, el motor se apaga con un último y desesperado estallido diésel, y Karcsi maldice en voz alta y blasfema en el silencio. Antal corre hacia atrás, levanta la lona y dice: "¡Rápido, rápido, solo tenemos unos segundos para salir!". Los hombres de Budapest salen del camión con dificultad, e inmediatamente me adelanto un poco por el sendero y los reúno a mi alrededor. Antal le da el dinero a Karcsi, y tras un breve susurro, se apresura hacia mí, murmurando que el viejo quiere más. Le digo a Bandi que necesitamos más dinero, y Antal le da algo más a Karcsi, pero luego se mantiene firme y despide al viejo avaro y quejumbroso.

Tomo el camino de atrás y todos me siguen en fila india. Antal cierra la marcha y ayuda a los niños con cualquier pequeño obstáculo que surja. Los niños caminan en parejas: Peter con Paulchen, János con Hanni, István con Juliska. Y Antal, mi hijo mayor, camina detrás de ellos, asegurándose de que no se pierdan. Me llena de orgullo poder confiar plenamente en él.

Al final del último campo, me detengo, digo que haremos una pausa de quince minutos y luego doy una vuelta para asegurarme de que no nos encontremos con sorpresas desagradables. Todavía hay algunas minas dispersas junto a las vías del tren, así que les muestro a Bandi y Feri, al amanecer, los pequeños cráteres de minas que explotaron junto a los raíles. Los veo apretar los dientes. «No hay minas sobre las vías ni entre ellas, ¡manténganse alejados del terraplén!», les digo, y asienten.

Creo que el sol saldrá pronto, pero hoy no logra atravesar la niebla. Les muestro a Bandi y Feri una vez más la pequeña elevación tras la cual se bifurca el sendero, y luego nos despedimos. Le tomo la mano a Bandi durante un buen rato y me doy cuenta de que quiere decir algo más, pero luego aprieta los labios. Le digo: «Sé lo que quieres decir, se lo transmitiré», y me mira preocupado. Le doy una

palmada en el hombro, trago saliva y abrazo a los demás; luego Antal y yo regresamos rápidamente por el sendero.

La sorpresa fue mayúscula cuando los residentes de Budapest reaparecieron en la puerta aquella noche. Relataron con entusiasmo su aventura, y pensé para mis adentros lo increíblemente afortunados que habían sido.

El comandante ruso es un hombre amargado y brutal, dividido entre la depravación y el deber. A menudo ha torturado personalmente a prisioneros, y se rumorea que es responsable de varias muertes.

Antal no solo me ayuda en la granja, sino que estudió ingeniería hasta que estallaron los disturbios y tiene una mente muy aguda. Escuchó en silencio hasta que se contaron todos los detalles y los habitantes del pueblo empezaron a repetir lo que habían dicho. Entonces me miró fijamente y dijo: «¡No podemos esperar hasta mañana! Eso es exactamente lo que pensará el ruso, por los niños, que tienen que dormir en algún momento. Deberíamos acostarlos unas horas ahora mismo, pero luego marcharnos antes de medianoche. Deberían tomar la Franja de la Muerte como ruta; el ruso no se lo esperará».

Enseguida supe que tenía razón. Así que nos sentamos con los dos hombres y examinamos el mapa con mucho cuidado. Bandi dice que sabe de cercas electrificadas y que tampoco debemos preocuparnos por las minas; él se encargó de ellas durante la guerra. Antal trae algunas minas que ha desenterrado y desactivado, y él y Bandi estudian juntos su construcción. Mientras tanto, hago bocetos detallados de cómo están dispuestas la cerca electrificada y la franja de la muerte, y Bandi y Feri lo memorizan todo. Se acerca la medianoche cuando despertamos a los niños y nos preparamos para partir. Antal entra con Karcsi y dice que Karcsi nos llevará parte del camino. Karcsi murmura para sí mismo que seguramente esta será la última vez que lo haga. Antal nos susurra que esta vez no costará nada, y en secreto me pregunto cómo lo habrá conseguido.

El viaje transcurre igual que el primero, y durante días no tenemos noticias. Al cabo de unos diez días, llega una llamada al alcalde: «El apartamento municipal está libre», la palabra clave acordada para

confirmar que han llegado sanos y salvos a Austria. Todavía me río al recordar que Bandi usó a ese gordo comunista como mensajero de noticias conspirativas. Al menos pude explicarle brevemente al gordo, que me miraba con cara de interrogación, que se trataba de un apartamento de estudiantes para Antal.

Ildikó no pronunció palabra durante meses. Trabajaba en silencio y luego se retiraba a su habitación. Solo la vi llorar brevemente una vez, cuando le conté lo que Bandi no podía decir. Su carácter alegre y jovial se había vuelto apagado y triste. Durante muchos días, nuestra casa estuvo silenciosa y opresiva.

Un día, por impulso, se fue a la ciudad, completó su formación como maestra y regresó después de varios años. Desde entonces, ha enseñado en nuestra escuela, y tanto los niños como los padres la aprecian mucho por su carácter afable. Todavía vive con mi madre y conmigo, y nos ayuda a cuidarla, ya que no es la misma después del derrame cerebral.

Antal ahora vive en Budapest, trabaja en la radio y se ha convertido en un director de éxito. Ha logrado labrarse un futuro, pero no se ha olvidado de sus padres ancianos y nos visita con frecuencia. Sus hijos ya son mayores, y algunos de sus nietos han ido a la universidad y son nuestro orgullo y alegría.

No, nunca más volvimos a saber de la gente de Budapest.

Bandi a veces se reúne con Antal cuando está en Budapest, pero nunca ha vuelto a vernos. Lo entiendo.

Eso fue hace unos cuarenta años. Ahora, a veces me siento frente a la casa, respiro el aroma de las acacias y los abedules, y pienso en lo maravilloso que es haber envejecido en mi tierra natal. Y en la suerte que tuve de que nunca me atraparan: después de todo, en aquel entonces pasaba de contrabando cientos de dólares a través de la frontera...

# Capítulo 4

(Tarde del primer día — narrado por el soldado Yuri)

Cuando arrestamos a las dos familias, me sentí muy mal. Imaginé a los niños de nuestra aldea y pensé: lo que estamos haciendo no está bien. Me trajeron a este país desde mi tierra natal, Tungusistán, hace semanas. Los oficiales nos habían dicho que teníamos que luchar contra cerdos capitalistas y espías imperialistas porque amenazaban la supervivencia de todo el pueblo soviético. Cuando llegamos aquí, vimos que en realidad estábamos inmersos en una guerra civil, que nuestros enemigos eran mujeres y niños. Las tropas fronterizas se relevaban cada mes porque perdían la moral muy rápidamente.

Mis compañeros se burlaban de mí porque parecía mongol; bueno, en realidad era de ascendencia mongola, y cuanto más se burlaban de mí, más orgulloso me sentía. Mientras subíamos a la gente al camión, noté que dos hombres susurraban entre sí y oí claramente la palabra “mongol”. Una de las niñas llevaba consigo su estuche de violín y lo sujetaba con fuerza contra su cuerpo. Parecía tener miedo de que lo dañáramos. Sí, claro, después de lo que esta gente había vivido con el glorioso Ejército Rojo, ese temor no era del todo infundado.

Le ofrecí el asiento a la niña; quería tranquilizarla y convencerla, con amabilidad, de que éramos diferentes de lo que la gente decía de nosotros. Le indiqué repetidamente que se sentara e intenté traducir mis palabras en ruso y tungús con los gestos adecuados.

Los hombres le susurraron a la niña, que ahora apretaba aún más fuerte su estuche de violín y parecía a punto de llorar. El hombre elegantemente vestido, en particular, la colmó de palabras, y ella me miró en silencio y desafiante con sus ojos oscuros, apretando los labios con fuerza. No parecía precisamente una muestra de amistad.

Le pregunté a Gregorij, que entendía algo del idioma, qué susurraban los hombres. Dijo que no lo había entendido del todo, pero que tal vez significaba que considerabas el estuche del violín una deidad o

un altar doméstico, y que le pedías que “expusiera” al dios o al altar en el asiento… Gregorij se reía a carcajadas.

«Sí, y luego nos das plátanos», pensé con amargura, furioso porque el entendimiento internacional claramente no estaba en la agenda de hoy. Este dandi parecía dividir el mundo en dos categorías: húngaros y simios, y la niña se sentía intimidada y asustada, probablemente también porque nunca había visto a una criatura tan estúpida como yo.

Me quedé sin palabras durante unos minutos. Gregorij les hablaba a los hombres en un alemán chapurreado, ¡y reconocí su sonrisa pícara! Probablemente les estaba contando la historia del príncipe mongol encantado o algo parecido. Eso me enfureció de verdad.

Entonces le tocó a Gregorij quedarse allí parado con cara de tonto y la boca abierta, porque me arrodillé, le quité con cuidado pero con firmeza el estuche del violín a la chica y lo coloqué con esmero en el asiento. Luego empecé a hacer una reverencia como un musulmán rezando y a soltar frases tontas como: “¿Su billete, por favor? ¿Alguien más va a subir? Hoy es miércoles, la niebla es blanca, ¡viva la Madre Rusia!”, y demás, lo que se me ocurría.

Gregorij no podía parar de reír. El teniente nos miró con furia desde la cabina del conductor y refunfuñó. Ninguno de nosotros había comido aún y estábamos todos irritables. Mis payasadas no eran más que una señal de agotamiento, fatiga y hambre. Todos nos sentimos aliviados cuando finalmente llegamos al cuartel.

Años después, Gregorij me visitó. Había perdido una pierna durante los combates y ahora recorría el país, yendo de amigo en amigo, mendigando para sobrevivir. Nos contábamos esta historia —entre otras— una y otra vez, riendo a carcajadas. En aquel entonces, yo tenía un buen puesto como ingeniero jefe en la refinería de petróleo y pude emplear a Gregorij durante un tiempo, hasta que se marchó de nuevo.

Me pregunto qué habrá sido de la niña de los grandes ojos tristes y de la deidad… perdón, ¿del estuche del violín?

# Capítulo 5

(La tarde del segundo día — narrado por Juliska)

No. Siempre me retratan como testaruda, como alguien que no puede hacer nada por sí misma, y los adultos nunca admiten sus errores. Pero si intento decir algo, lo único que me dicen es: cállate, solo eres una niña.

No. Ya no soy una niña pequeña. Sé mucho más de lo que los adultos creen. Solo mi padre me toma en serio. Mi madre y esa tía Erzsi tan desagradable, o su marido lascivo, están todos en mi contra; siempre encuentran algo que criticar y reprocharme.

Luego nos cuentan sobre la matanza del cerdo y el viaje a Sopron para visitar a la tía Anni. ¡Como si fuéramos completamente tontos! Claro que ya lo sabemos todo. Pityu y yo pasamos media noche tirados en el suelo, espiando y escuchando por la rendija de la puerta mientras lo planeaban todo. Por supuesto que lo sabemos, no pueden engañarnos. Somos los Caballeros de San Esteban (así se llama nuestra sociedad secreta). Pityu es mi Primer Caballero, y yo soy la Reina, naturalmente. Actualmente estamos reclutando más caballeros.

También iniciamos a János, aunque no sea Caballero de San Esteban; probablemente se cree demasiado importante, a pesar de que casi todo lo relacionado con nuestra sociedad secreta fue idea suya. Pero este asunto es de suma importancia, así que lo iniciamos de todos modos. Se rasca la cabeza durante un buen rato y luego dice que si cruzamos la frontera, probablemente nunca, jamás, regresaremos.

De repente, siento un nudo enorme en la garganta. El patio de recreo, mis compañeros de clase, la sociedad secreta, mis mejores y segundos mejores amigos, nuestra querida enfermera Mányika: ¿acaso no volveremos a ver a ninguno de ellos jamás? De repente me siento tan pequeña y marchita. Entonces János dice que tenemos que convocar una Gran Reunión Secreta. No sé qué es eso, pero luego explica que todas las sociedades secretas tienen una Gran Reunión Secreta, y

que todos deben asistir, incluso las bandas rivales, y que deben respetar una tregua general.

A la mañana siguiente se desató una intensa actividad diplomática. El caballero Pityu, la reina Julia y el enviado especial János se apresuraron de casa en casa, saludando a cada invitado con el saludo ceremonial de la sociedad secreta local y susurrando el mensaje al oído, que luego escupían tres veces. Todos quedaron asombrados; nadie había oído hablar jamás de una Gran Reunión Secreta, pero era una nueva aventura, y todos asistirían. Nos reunimos en la Sala de la Corte Real (un sótano de la planta de tratamiento de agua) y tomamos asiento solemnemente. János, Árpád y Zoli, los tres mayores, se habían encaramado en una tubería más alta y, para la ocasión especial, llevaban sus sombreros de vaquero americanos de un blanco sucio, que el padre de Árpád había traído de América.

Tras el anuncio reiterado de que se debía respetar un alto el fuego absoluto, Zoli cedió la palabra a Árpád, quien tomó un juramento completamente novedoso, aunque aparentemente infalible, a todos, comprometiéndose a guardar silencio sobre el asunto y a no dirigir jamás la palabra a nadie, ni a un ser humano ni a un animal. Ahora todos estaban en vilo, esperando hasta que Árpád, con gran esfuerzo, cedió la palabra a János.

János se levantó con dramática lentitud, se cubrió con su manto una vez más y señaló teatralmente a lo lejos: allí íbamos, muy lejos, a una tierra extraña y distante, y jamás, jamás, jamás regresaríamos. Los ancianos lo habían decidido, y después, reinó un profundo silencio.

Algunos comentaron con desdén: «Ah, así que ellos también cruzan la frontera», pero los demás, conmovidos de verdad, hicieron callar. Siguieron juramentos ceremoniales de lealtad, votos de silencio sellados con toda clase de símbolos secretos y promesas de amistad eterna. Solo pude despedirme de Zoli con lágrimas en los ojos, pues estábamos prácticamente prometidos, un hecho que solo conocíamos Pityu, mi Primer Caballero, y yo. La hermana de Zoli, Babu, aulló con fuerza al despedirse de János, y Pityu, con un gesto magnífico, obsequió sus tesoros —su hermoso arco largo y su infalible honda— a los

camaradas de las Primeras Guerras. Sus ojos también brillaban con lágrimas.

Entonces, por última vez, la niebla sagrada se elevó de un fuego de hojas de periódico, los príncipes y chamanes murmuraron sus conjuros una vez más, y cada uno siguió su camino en todas direcciones.

Ah, y entonces volvieron las advertencias de esos adultos tan molestos. Querían asegurarse de que no se susurrara ni una sola palabra, y si hubieran sabido que unos treinta niños del vecindario estaban involucrados, ¡les habría dado un infarto! Pero confiábamos en nuestros sagrados juramentos, y teníamos razón: nadie nos traicionó jamás. Tardé un tiempo en repartir mis tesoros, que no podía llevarme conmigo, entre mis amigos. Hubo celos, riñas y algunos dolores de garganta. Pero para mi ego, era bueno actuar y ser tratada como una reina. Sin embargo, no regalé algunos de mis tesoros más preciados, sino que los envolví cuidadosamente en un paño y los escondí en mi estuche de violín. Era obvio que si los adultos se enteraban de estas actividades, sabrían que sabíamos lo que ellos sabían. Así que todo se mantuvo en el más estricto secreto.

Ayudar a mamá a empacar estaba bien. Pero la tía Erzsi, una vieja cabrona flaca y pálida que siempre estaba obsesionada con el bebé, ¡ay, me sacaba de quicio! Mientras ella empacaba y desempacaba las cosas del bebé por enésima vez, yo ayudaba en silencio a sus hijos, Peter y Paul, a empacar las suyas. El pequeño Paul era tranquilo y quieto, pero Peter, el mayor, era bastante travieso. Una vez me tiró de la trenza, luego me empujó de aquí para allá, intentó agarrarme... era todo un fastidio. Claro que sabía lo que quería ese descarado, pero jamás, jamás, jamás le mostraría nada, aunque ese tipo de curiosidad era bastante importante en las sociedades secretas.

La tía Erzsi estaba volviendo a empacar las cosas del bebé. Luego le habló a Feri, su pequeña adorada con el pelo engominado, sobre cómo tenían que llevar sí o sí una botella extra de aguardiente para los guardias fronterizos. El tío Feri, como siempre, no la escuchaba y solo murmuró “Sí, sí” por encima del hombro. Erzsi-néni tomó una botella y, muy torpemente, le ató una cinta azul alrededor del cuello para marcarla como “la” botella. Yo, por supuesto, tenía dedos mu-

cho más delicados que esa vieja cabrona quejica e intenté hacer un lazo bonito y apropiado con su desastre: ¡pero deberías haberlo visto! Como una furia, me gruñó que me largara, que ya tenía un montón de problemas y que no podía tener que lidiar conmigo, ¡una "mocosa", también! ¡Y que su lazo era perfecto, que no lo tocara!

La reina se marchó con la cabeza bien alta, pero su corazón latía con furia, presa del asesinato y el caos. El Primer Caballero atendía a Peter, que se había cortado un dedo, así que pude vengarme un poco del miserable cabrón ayudando con el vendaje y haciendo que Peter sufriera más de lo necesario. El tonto se creía cualquier cosa; bastaba con mencionar la septicemia y el tétanos de pasada para que el cobarde gimoteara de miedo ante los tormentos infernales y la gangrena, con los ojos desorbitados. Desesperado, corrió hacia su madre, quien vio en mí otra razón más para maldecir al miserable mocoso.

Todavía recuerdo vívidamente todo el viaje y la huida (pero ya lo has leído). Quizás debería añadir que por la noche en Sopron, después de que todos se hubieran acostado, tuve que salir de nuevo al baño. Allí estaban, nuestros paquetes de viaje, debajo de la escalera.

Me acerqué sigilosamente, esperé un momento para asegurarme de que nadie me molestara y luego registré el bolso de la tía Erzsi. Simplemente quería hacer el truco correctamente, y si ella no me dejaba, tomaría cartas en el asunto.

Había sacado las botellas y desatado la cinta. La alisé con la mano y empecé a hacer un bonito lazo cuando de repente oí que se acercaba el tío Ákos. Rápidamente metí todas las botellas de nuevo en la bolsa, con la cinta en la mano, pero no había tiempo para guardarla, así que la arrugué y la escondí. El tío Ákos se acercó lentamente, un hombre gigantesco, y me asusté un poco al verlo. Mi madre me había contado una vez que el tío Ákos había matado a golpes a sus enemigos en la guerra, estrangulándolos con las manos antes de que lo capturaran. Si eso era cierto, entonces podría aplastarme fácilmente —o a alguien como yo— entre dos dedos. Me quedé mirando, hipnotizada, sus manos, que eran realmente enormes, y sentí un escalofrío, como si se me pusiera la piel de gallina.

Pero él solo me miró y me guiñó un ojo amistosamente. ¿Había notado algo? ¿Por qué no decía nada? Seguramente me vio agachada bajo las escaleras, con las manos en la bolsa de viaje, probablemente con una expresión algo desafiante. Lo miré, preparada para inventar alguna excusa desagradable, pero él solo me dio un pellizco amistoso en la mejilla izquierda y dijo: «¡Buenas noches!». Luego siguió su camino y salió de la casa por la puerta del patio.

Esperé unos instantes y saqué la botella de mi bolso. Era esta, ¿verdad? La miré, algo desconcertada, porque todas parecían iguales. Entonces me di cuenta de cómo se me escapaba el tiempo. Sí, casi podía sentir físicamente cómo pasaban los segundos. Impulsivamente, até la cinta azul alrededor del cuello de la botella, hice un bonito lazo y la guardé de nuevo en mi bolso. Ni por un segundo pensé en lo que podría pasar si las hubiera confundido.

Luego volví a la puerta del baño, la abrí con cuidado y la cerré de golpe, crucé el pasillo y regresé al dormitorio.

Más tarde, cuando los adultos se preguntaban cómo el pobre bebé había conseguido aguardiente en la frontera y qué habría dicho el guardia fronterizo sobre su biberón de té para bebés, me sentí muy incómodo, pero nadie me prestó atención.

Y Pityu, a quien le confié todo, tuvo que jurar cien votos sagrados de que nunca, jamás, jamás se lo contaría a nadie.

# ...¡solo una palabra, hijo mío!

Por supuesto, cualquiera que haya estado allí se dará cuenta de inmediato de que estas historias no son del todo ciertas. Bueno, la historia de Erzsi sí ocurrió, salvo por algunos detalles insignificantes. La cerca eléctrica no estaba encendida ese día; probablemente no siempre había electricidad durante esos eventos caóticos. ¡Este es solo un pequeño ejemplo de cómo se puede adornar una historia sin recurrir a mentiras descaradas!

Las demás historias, así como los nombres de todos los personajes, son inventados, aunque cualquiera que haya estado allí intuirá que todo sucedió casi exactamente así. Pero ¿de qué otra forma puedo retratar un ambiente, una época y las experiencias de la gente en un momento determinado, sino a través de relatos fantásticos que, de alguna manera mágica, resultan ser ciertos?

Juli fue la que peor lo pasó. Claro, nunca hubo una cinta azul, así que nunca se escapaba por la noche ni confundía las botellas. No tengo mala intención al atribuirle este papel; simplemente quería encontrar una explicación plausible para la confusión de las botellas. Y, me parece, es legible y entretenida. Juli me perdonará, estoy segura...

Mi padre (Bandi) también besó inmerecidamente la mano de Ildikó (ese no era su verdadero nombre). Por otro lado, ¿cómo se suponía que yo, con ocho años, iba a conciliar lo que veía pero no entendía con mi imaginación? ¿La jovencita guapa, deseosa de complacer y llamar la atención, adulando a su padre? Claro, ni siquiera había nacido durante la guerra, y mi padre tenía preocupaciones más apremiantes que las jovencitas aduladoras. Pero así de injusto es nuestro mundo de poetas, e Ildikó seguirá siendo para mí la solterona solitaria y anciana, aunque la verdadera Ildikó probablemente sea abuela de muchos nietos, riendo a carcajadas y, por lo demás, bastante arrugada.

Quizás, después de todo, disfrutaste de esta historia, aunque no todo sea como esperabas. Solo puedo decir: me gusta así. Y el año

que viene la reescribiría, de una forma completamente diferente, pero a la vez con la misma esencia.

¡Sucedió exactamente así, al detalle, lo juro!

# Mi amigo Patroclo

***Ho me dareis antropos u payeuetai***
***¡Una persona que no sufre abusos no recibe educación!***

Solo años después comprendí el dicho anterior, que el párroco de Troya, Laocoonte, pronunció con tanta ligereza y naturalidad ante su rey Príamo. No, no solo lo pronunció con ligereza: Laocoonte era partidario de una buena bofetada, y por eso no siento ninguna lástima por él cuando las serpientes marinas se lo tragaron. ¡Una buena bofetada siempre ha sido perjudicial, señor!

Aparte de eso, Laocoonte tenía toda la razón, pues el criticado príncipe Paris era un joven insolente que desafiaba a los dioses y era terriblemente engreído respecto a su futuro reinado. Aunque, si se analiza con detenimiento, en Troya, con sus apenas dos mil habitantes, a lo sumo podría desempeñar el papel de alcalde. Paris, que perseguía lujuriosamente a las hijas de griegos y troyanos en las playas de Grecia y Troya...

Pero quería contarles algo completamente distinto. Mi padre opinaba, con toda razón, que sus hijos debían asistir a colegios de élite para tener el mejor comienzo posible en la vida. Mis hermanos, el mayor y el menor, asistieron a un colegio de renombre en Ried, Alta Austria; mis hermanas fueron a un convento dirigido por personas altas e imponentes; y yo estaba destinado a Stella Matutina, el colegio jesuita más prestigioso de Vorarlberg.

Por suerte, los jesuitas fueron más sabios que mi padre en este sentido, pues reconocieron mi carácter difícil —sin haberme visto nunca— desde lejos, y no cedieron ni un ápice en las exorbitantes tasas escolares, fuera refugiado o no. La escuela del monasterio a orillas del lago de Constanza fue más comprensiva; la enemistad con los jesuitas de Stella llevaba siglos latente, y además, sentían compasión por los refugiados. Tenía muchas ganas de ir al lago de Constanza, a las fantásticas instalaciones deportivas y a los caballos que cuidaban los alumnos en el recinto contiguo.

Bueno, hasta aquí la teoría. En la práctica, se trataba de un estudio implacable, deportes de alto rendimiento y castigos nocturnos con vara (golpes en las nalgas desnudas) por las transgresiones, tanto menores como mayores, de la vida diaria; solo los mejores, los más obedientes y los más diligentes podían montar a caballo. Esto era una cuestión de prestigio para el monasterio, ya que estaban a solo una fracción de segundo del Stella. Al igual que el Stella, el Stella era un instituto clásico, es decir, latín, griego antiguo y una amplia educación general clásica. Confieso que a veces lloraba en mi almohada por la noche, enfadado y decepcionado, y muy, muy en silencio, porque éramos 40 chicos en un solo dormitorio. Pero, en retrospectiva, agradezco la educación completa y bastante moderna.

No recuerdo a todos los sacerdotes, pero algunos nombres jamás los olvidaré. Paulus, el veterano encargado de los estiradores de pantalones; Ambrosius, que nos enseñaba latín y griego de forma amena; Kassian (el abad actual), quien, siendo un joven profesor de gimnasia, una vez escaló la fachada de la iglesia, cubierta de andamios, con la sotana subida para impedir que un estudiante de último año de secundaria, borracho y desconsolado, intentara suicidarse torpemente tras el rechazo de una camarera, y lo bajó del andamio; Anselmo, responsable de los niños del coro en la misa matutina y de las representaciones teatrales. No te sorprenderá, querido lector, que no solo me destacara como un temible asesino de tobillos en el campo de fútbol, sino que también, animado por las promesas vacías del padre Anselmo, me abrí paso imprudentemente hasta la primera fila en las audiciones de canto.

Y ganó.

Seis chicos con voces de soprano cristalinas acompañaban a Theo, dos o tres años mayor que yo, cada mañana como coro. Theo era un niño prodigio y probablemente se habría convertido en un nuevo Beniamino Gigli si el Señor no lo hubiera llamado a su presencia años después, una mañana en medio del canto gregoriano. Así que todo este asunto del coro necesita una explicación seria. Naturalmente, mi corazón dio un vuelco cuando el padre Anselmo leyó los seis nombres después de la audición, el último de ellos “el pequeño István de Hungría”. Al día siguiente, ya no hubo más saltos, porque empezó a

las 5 (¡cinco!) de la mañana sin desayunar: ponerse las túnicas del coro y cantar con voces cristalinas en la misa temprana, cantos gregorianos en canto antifonal con los bajos de los sacerdotes, que ya habían comenzado sus oraciones silenciosas a las 4. Cuando Theo cantaba, cerraba los ojos y me emocionaba hasta las lágrimas: quiero cantar así algún día, pensaba una y otra vez, sin sospechar que el cambio de mi voz arruinaría mis planes.

La recompensa divina llegó a las 6:30: mientras los demás aún dormían o se peleaban por los mejores lugares para lavarse, nosotros, los niños del coro, nos sentamos con los sacerdotes en el gran refectorio, recibimos un abundante desayuno y escuchamos en silencio al lector, tal como ellos lo hacían. Como se hace en un monasterio de verdad.

Por desgracia, no solo era la soprano de voz cristalina, sino también la asesina de tobillos. Siempre que nos dejaban, correteábamos por el campo de fútbol, marcando goles, y yo destrozaba tobillos uno tras otro. Un día me pasé de la raya, me rodearon mis compañeros furiosos y me amenazaron con lincharme. El de Ravensburg entrecerró los ojos con dolor y siseó que me iba a dar una paliza, ¡y cómo, porque era un jabalí! Los gemelos de Bregenzerwald imitaron todo lo que hizo el de Ravensburg y también sisearon, aunque, a mis ojos, eran unos pequeñitos y unos sapos. Pero esta vez, el suizo, Roger S., también estaba furioso, y no era un pusilánime. El único cuyo puño había sentido y que podía vencerme. No era para tomárselo a la ligera; era más fuerte que todos ellos. Tras su primer golpe, me sujeté la nariz ensangrentada y consideré si debía cortar por completo el suministro de aire al gemelo al que tenía inmovilizado con una llave de cabeza, mientras el nativo de Ravensburg, un cobarde pirata del lago Constanza con nariz aguileña, se abalanzaba sobre la bola de carne y destrozaba todo lo que había debajo.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, Roger retrocedió tambaleándose cuando un puño aún más fuerte lo agarró por detrás y lo jaló hacia atrás. Recuperé el aliento, le di una patada fuerte en la ingle al cobarde nativo de Ravensburg y me alejé tambaleándome de la pelea. Era Klaus H., un estudiante de Liechtenstein de mi último año, que no pudo soportar verme caer y me había salvado de ser linchado.

La turba decepcionada se dispersó, Klaus me curó la hemorragia nasal y surgió una breve amistad, que comenzó cuando me enseñó los fundamentos para matar con destreza a los traicioneros residentes de Ravensburg, Bregenzerwald y suizos. Lo visitaba a menudo en su habitación individual; estudiábamos juntos y, en una ocasión, cuando admiré su atlas, me lo regaló sin dudarlo.

No era desagradecida. Pero ¿qué podía ofrecerle yo, una niña de 11 años, a una joven de 18? Experimenté de primera mano la sabiduría de que incluso alguien sin recursos, pero con una mente brillante, puede hacer un regalo a otra persona. Klaus era un joven talentoso, educado y de buena familia. Sobresalía en matemáticas y ciencias naturales, pero en idiomas era un genio. De hecho, hablaba su dialecto de Liechtenstein a la perfección, pero todos los demás idiomas seguían siendo un misterio para su genialidad.

Sufrió mucho por ello, y al cabo de un tiempo admitió que, a pesar de estudiar con ahínco, apenas conseguía aprobar latín y griego. Yo ya sabía leer griego y a menudo me sentaba con él, estudiando juntos y haciéndole preguntas sobre vocabulario. Por supuesto, desde el principio del curso sabía que habría una representación teatral al final del año; los alumnos que se graduaban representarían escenas de la Ilíada de Homero, como cada año. A Klaus, como a todos los alumnos que se graduaban, le asignaron un papel y, para su gran disgusto, tuvo que aprenderse el de Aquiles, uno de los personajes principales más habladores de la Guerra de Troya.

Una armadura magnífica (prestada del Teatro am Kornmarkt), escenas de lucha espectaculares (con espadas teatrales de verdad) y un montón de diálogos. A Klaus siempre le preocupaba mucho esto último. Cuando recitaba sus líneas, no sonaba como Aquiles, que blasfema frívolamente y desafía a los dioses en una borrachera para luego reírse a carcajadas, sino más bien como Klaus, que recita el texto con una expresión cortante, seria, casi agria, aburriendo a los dioses con hexámetros repetitivos, y por supuesto, sin rastro de risa estruendosa. Además, Aquiles tenía un amigo, un mejor amigo, cuyo nombre, como sabemos, era Patroclo, un joven temerario que, por orden real, debía cuidar del impetuoso joven guerrero; el propio rey Agamenón insistió en ello. Sin embargo, el Patroclo de este año era en realidad

un discípulo de Baco, entregado al vino, las mujeres y la canción, que dormía más a menudo en las tabernas de la ciudad que en el internado, y que astutamente prometía practicar los diálogos de los amigos con Claus «mañana», y entonces sí, de verdad. Claro que «mañana» resultó ser «hoy», y Patroclo, ofendido, insistió en que ese era el acuerdo: «mañana», ¡no hoy!

Haz lo que debas, querido lector, pero nunca hagas una cosa: ¡nunca desafíes a los antiguos dioses griegos! Realmente existen —a diferencia de los ovnis— y pueden castigar terriblemente. Unos tres o cuatro días antes de la función, para la cual Aquiles se estaba preparando con mucha dedicación y en la que yo estaba ayudando, sustituyendo a Patroclo, Zeus, el padre de los dioses, se hartó de Patroclo, el borracho. Dejó que el valiente héroe, que tenía que dejar a su amada camarera y su amada taberna a la hora del cierre, se durmiera en el jardín de la cerveza, a pesar de que estaba lloviznando. Patroclo desarrolló un caso grave de nefritis y permaneció en el hospital hasta después de la fecha de la función. Zeus asintió sombríamente y se volvió, satisfecho, de regreso con sus consortes terrenales; Su ira duró semanas, así que dejó que Apolo, disfrazado del profesor de gimnasia Padre K., rescatara al hombre completamente ebrio del andamio de la fachada de la iglesia... — El Padre Anselmo, su clase de graduación y Klaus quedaron profundamente afectados; no, no por la infección renal, sino por el problema que debía resolverse en pocos días. Deliberaron largamente, el Padre Anselmo incluso consideró en voz alta cancelar la función por providencia divina o recitar él mismo el texto, cuando Klaus sugirió, casi en voz baja, que yo (el pequeño István de Hungría) podría interpretar a Patroclo.

Sin haber estado allí, sé que en ese momento se podía oír caer un alfiler, era un silencio absoluto. ¡¿Un niño de 11 años?! ¡¿Patroclo?! ¡Imposible! Tras un breve intercambio de palabras, Klaus entró corriendo en la gran sala de estudio y le susurró algo al sacerdote de guardia, luego se abrió paso entre las filas de bancos y, sin decir palabra, me tiró del brazo: «¡Ven conmigo!». Esperé la aprobación del sacerdote con un gesto, luego me escabullí del banco como una comadreja y salí corriendo tras Klaus.

El padre Anselmo se resistió durante mucho tiempo, diciendo que mi voz era demasiado aguda para un héroe griego; los demás se quejaban de que me perdía en la coraza color bronce del héroe como un niño campesino con el abrigo de invierno de su padre; pero una cosa era innegable: me sabía el texto casi a la perfección de memoria, sabía por las indicaciones escénicas de Klaus cuándo y dónde debía sentarse o pararse Patroclo, y cuándo debía desenvainar valientemente su espada para dejarle claro a Aquiles que él, Patroclo, usaría la fuerza armada, si fuera necesario, para impedirle llevar a cabo su plan (a saber, masacrar al héroe Paris).

¿Un giro del destino o el favor de los dioses, por el que tanto había rezado? En el tercer ensayo, el padre Anselmo finalmente cedió y dio su aprobación. Los estudiantes graduados vitorearon y me dieron palmaditas en el hombro. "¡Patroclo, seamos amigos!". De repente me sentí muy pequeño y vulnerable entre todos los grandes y fuertes héroes de Grecia y Troya. Helena (cuyo verdadero nombre era Pedro) balbuceó con una sonrisa, diciendo que Patroclo atraería las risas y la distraería de ella/él. "Gracias a Dios", añadió la belleza de la noche con un guiño pagano y de ojos desorbitados. El padre Anselmo negó con la cabeza y fue a la trastienda del teatro y seleccionó la coraza más pequeña posible, el casco más pequeño y una barba de cáñamo para mí. El casco fue omitido más tarde; me dieron una especie de turbante carmesí y me broncearon la mejilla pálida con una pasta oscura.

Estaba increíblemente nerviosa y tenía un pánico escénico terrible, y me trabé al decir mis líneas durante el ensayo general, tanto que rompí a llorar de rabia. El padre Anselmo era un buen hombre; me dio un abrazo maternal y me dijo que todo estaría bien, que podía llevarme el texto a la función y leerlo en voz alta, y que todos lo entenderían.

El padre Anselmo anunció entonces, antes de la función, que su amigo Patroclo había sufrido un accidente y se encontraba en el hospital (bueno, ahora lo entendía: ¡hasta los clérigos mienten!). Pero, continuó el padre Anselmo, había descubierto a un joven talento griego en los primeros cursos (corrección: una mentira descarada) que podía hablar como los adultos; así que les pedía su comprensión

respecto a mi voz aguda e infantil y mi baja estatura, lo cual, sin embargo, no habría impedido que el verdadero Patroclo vengara la muerte de su protegido Aquiles (finalmente resuelto: ¡los clérigos no tienen ni idea, como si un inmortal pudiera estar muerto!). Una persona observadora se daría cuenta enseguida de que el padre Anselmo no tenía ni idea de qué trataba realmente la obra. En fin. Así preparado, el público esperó con gran expectación las "Escenas del asedio de Troya".

Imagínenlo así: los accesorios —el decorado, las armas y la vestimenta de los héroes legendarios— fueron tomados prestados del Teatro am Kornmarkt. El telón de fondo era una pintura renacentista, un paisaje de un parque inglés con un castillo inglés: esto era Troya. Toscos sacos de patatas representaban la playa arenosa que se extendía frente a ellos, y sillas de madera cubiertas con trapos servían de asientos. La hoguera, alrededor de la cual se reunían los héroes y entonaban sus diálogos, estaba allí como una pila de leña, pero las normas contra incendios prohibían encenderla, lo que hacía que todo pareciera un tanto desconcertantemente artificial. Solo un quisquilloso pedante se molestaría por el hecho de que los héroes vistieran armadura de legionario romano y portaran espadas cortas romanas. El espectador amante del arte podía cerrar los ojos y sentirse transportado directamente a la antigua Troya. ¡Que así sea!

Mi aparición fue muy breve, en la cuarta escena. Los nervios me traicionaron y dejé el manuscrito boca abajo. El turbante se me resbaló sobre la frente y los ojos al quitarme el casco, que me quedaba enorme, al entrar. No podía ver al público por los potentes focos, pero enseguida presentí que un monstruo enorme, que respiraba y tosía, acechaba tras las lámparas. Rápidamente puse el manuscrito en la posición correcta y memoricé los primeros versos hasta que me di cuenta de que ya me los sabía.

Aquiles entró torpemente, dándome así —como habíamos acordado— un poco de tiempo. Entonces comenzamos. Como en el ensayo general, me irritaban las interrupciones de Odiseo y Heracles, que tenían toda la razón, pero claro, habíamos omitido sus partes durante el ensayo de Klaus. Ahora tenía que esperar con atención hasta que Klaus me diera la señal para empezar. Naturalmente, todavía enten-

día muy poco griego, pero leí rápido e intenté encontrar el ritmo del poema. Klaus frunció el ceño con gesto adusto para llamar mi atención sobre mis gestos y movimientos de manos, completamente fuera de lugar y muy italianos.

El padre Anselmo asintió con aprobación al abad y al teniente de alcalde, asintiendo con especial gracia y sincera hipocresía al grupo cada vez que un héroe tropezaba y caía ignominiosamente.

Se acercaba el final. Patroclo logró apaciguar a Aquiles quitándole su armadura y derrotando al mismísimo Heracles. El corpulento semidiós no lo toleró, así que yo —continuando con mi declamación teatral— tuve que morir. El difunto Patroclo observaba el rápido retumbar de los anillos por el rabillo del ojo; Menelao finalmente rescató mi cadáver y la armadura dorada de Aquiles: me agarró del codo, me arrastró alrededor de la hoguera aún apagada y me dejó caer con un estruendo sobre el escenario que había detrás. Klaus, tristemente divertido por el rostro deformado por el dolor de su amigo Patroclo, recitó sus líneas con voz sombría al teniente de alcalde, al asistente del director del festival y al padre Anselmo, hasta que su divina madre Tetis (varias veces la travesti Helena, envuelta en una capa negra) le trajo un escudo, un casco y una lanza de las profundidades del mar. Tras volverse invencible, mató a Heracles, se encendieron antorchas y, mientras el coro de héroes restantes murmuraba un último lamento, cayó el telón y la luz brillante se apagó.

Los triunfos de César no pudieron ser mayores que cuando cayó el telón tras la escena final y el público, encabezado por el padre Anselmo, estalló en un aplauso frenético. Sí, no éramos nosotros quienes merecíamos el aplauso, sino el padre Anselmo, que había apostado por el caballo ganador y tuvo el valor de incluir a un joven prometedor en la compañía; fue el padre Anselmo quien había domado a una horda de jóvenes rebeldes y los había presentado triunfalmente en el escenario. Mientras los héroes se abrazaban patéticamente en el camerino y actuaban como locos (como cualquiera a quien se le quita un peso enorme de encima), Klaus simplemente me tendió la mano y me miró a los ojos. «Gracias, mi amigo Patroclo», dijo, y ahí quedó todo.

¿Asesino de tobillos? No, desde entonces me llamaron Patroclo. El tipo de Ravensburg me dio una palmadita jovial en el hombro y dijo que les había dicho a todos que cumpliría, ¡y que lo lograría a la perfección! Los gemelos se miraron y susurraron que siempre habían dicho lo mismo, y así sucesivamente. Roger se mantuvo honesto, no podía sacar las manos de los bolsillos y murmuró desafiante por encima del hombro que simplemente había tenido muchísima suerte, ¡pura suerte!

Luego limpiamos el teatro y los adultos fuimos a la comida de celebración, que tuvo lugar en las habitaciones privadas del abad, como era tradición. Klaus tiró del codo del padre Anselmo, y entonces el padre Anselmo anunció que yo, por supuesto, tenía que acompañarlo a ver al abad. Casi me desmayo cuando el alto señor me acarició la cabeza y dijo que le había hecho un gran favor al padre Anselmo y al monasterio al sustituir al abad enfermo. Intercambió unas cuantas palabras más triviales sobre la existencia y la inexistencia de niños refugiados y la magnanimidad del Señor al haberme bendecido con una hermosa voz y un buen sentido de las tragedias griegas (¡aunque yo solo era un niño refugiado, ojo!), y luego su estimado interés decayó.

En realidad, no debería contarles sobre el festín de los héroes legendarios. Baste decir que el hermano José estaba sudando a mares cuando el abad ordenó a Patroclo que tomara leche, ¡leche fresca! Los héroes de Troya estallaron en carcajadas, el hermano José puso los ojos en blanco y susurró que, por razones agrícolas, no habría leche fresca hasta la mañana siguiente, pero de ninguna manera, el abad hizo un gesto, ¡el muchacho no iba a tomar vino! Luego se dirigió al teniente de alcalde y al subdirector del festival y ya no le importó lo que el muchacho estuviera comiendo. Y así fue como Patroclo conoció el spritzer de vino blanco por primera vez en su vida.

El hermano Josef trajo el vaso con mano ligeramente temblorosa, y Klaus murmuró secamente que, en caso de necesidad, podría servir casi como leche. «Ego te absolvo», susurró conspiradoramente al desconcertado hermano, quien se persignó apresuradamente y salió corriendo.

Por supuesto, no hubo un final feliz. Después de la larga comida y bebida, el abad se acordó del pequeño refugiado húngaro y le pidió que cantara un himno húngaro. El niño se puso rojo como un tomate y susurró con voz temblorosa que no podía, pero la mirada severa del padre Anselmo no admitía excusas. Ni siquiera el hecho de que el niño no conociera ningún himno húngaro habría servido de nada, y sus súplicas silenciosas resonaron inauditas en el salón. «István nos cantará ahora un himno húngaro», anunció el padre Anselmo con su voz suave, casi de eunuco, juntando las manos como en oración. Una densa niebla ocultaba el vacío repertorio de himnos del niño. Klaus, que reconoció al instante la difícil situación del niño, me dio una patada en la espinilla y me dijo que empezara a cantar, lo que fuera. Así fue como el abad, los dignatarios y los héroes de Troya, con las manos juntas y mirando reverentemente el mantel, escucharon un supuesto himno húngaro, que salió chillón y sonó bastante mediocre de la garganta del niño y que fácilmente se podía reconocer como una canción infantil traducida:

"Detrás de los Oberenns, detrás del mar, vivía una vez un pequeño escarabajo de mayo..."

# Córcega

A finales del verano de 1967, mi hermano János (1945-1977) y yo hicimos un viaje en ciclomotor a Córcega, que me puso a prueba —con tan solo 18 años—. Como casi todos los documentos y fotos se perdieron en el incendio que arrasó la casa de mis padres, tengo que reconstruir esta aventura principalmente de memoria. Sin embargo, todo sucedió como lo describo; aunque es posible que uno o dos de los tiburones que vimos ahora me parezcan algo más grandes y amenazantes en mi recuerdo...

# Preparativos

La frecuente correspondencia con mi hermano, que estudiaba en Roma, a menudo nos llevaba a vivir aventuras juntos. Así fue también en 1966: mientras yo viajaba entre mi ciudad natal, Bregenz, y la universidad en Salzburgo, mi hermano János, tres años mayor que yo, estudiaba derecho canónico y dogmática en el Institut Germanicum et Hungaricum, leyendo en silencio su breviario a diario y, a veces, echando un vistazo disimuladamente al pequeño mapa que había pegado en la contraportada del breviario.

Córcega.

Mis visitas a casa de mis padres, que ocurrían cada dos o tres semanas, solían seguir el mismo patrón: un cálido abrazo de mi padre, mi madre y mis hermanos; luego unos minutos para contarles mis logros (¡claro que solo mencionaba las "otras cosas" justo antes de irme!). Después, salía corriendo al jardín y me burlaba de la moto de mi padre. Ya rondaba los 50 y por fin se había comprado su primer coche; su moto la usaba todo el que sabía conducirla. Lo que me incluía a mí, ya que mis hermanas eran chicas (!) y mi hermano pequeño aún era muy pequeño.

Sin que mi padre lo supiera, me convertí en un mecánico brillante en el jardín, dedicándome a arreglar y personalizar la moto. Si mi padre hubiera sospechado alguna vez lo que hacíamos los chicos, probablemente nos habría dado una buena paliza. Pero, como era de esperar, estaba contento de que me dedicara con entusiasmo a una actividad constructiva —limpiar la moto, según él— y no a vagar con una horda de gamberros bebedores de cerveza. En realidad, la desmonté en un abrir y cerrar de ojos y llevé las piezas al vecino, que era un aprendiz de mecánico muy talentoso y generosamente me enseñó a ser un maestro mecánico (de motos). En resumen, una Puch 50 se convirtió en un cohete, con un carburador modificado y conductos de combustible ensanchados y pulidos, además de un segundo silenciador de escape vaciado que se podía liberar con una pequeña palanca de pie (que, sabiamente, guardé en casa de mi mentor). Las medicio-

nes no oficiales mostraban velocidades máximas de alrededor de 100 km/h con viento a favor.

En la lejana Roma, János estudiaba el mapa, barajando diferentes rutas, preguntando por los precios de los ferris y observando con ansiedad la fluctuación del precio de la gasolina. Masticaba la calculadora con desesperación y probablemente negó con la cabeza más de una vez: nuestras finanzas compartidas nos dejarían varados miserablemente en medio de las montañas de Córcega. Mientras tanto, yo limé y taladré incansablemente la válvula de escape, puliéndola durante horas. Luego le escribí a János, diciéndole que no se preocupara, porque había aceptado un trabajo de tres semanas que engrosaría nuestras arcas.

Este trabajo era algo completamente distinto y daría para un capítulo entero; baste decir que cargábamos electrodomésticos en vagones de tren y nos pagaban por ello. El turno de noche extra me reportaba mucho más dinero, pero en uno de los últimos días, se me quedó la pierna atrapada entre el andén y el vagón. Se me hinchó mucho la rodilla y ahí terminó mi estancia. No podía ir al médico, ya que los cigarrillos que pedía prestados eran probablemente lo único legal en ese trabajo (para ser más preciso, ahora lo dudo incluso, porque seguramente también eran contrabando...). El capataz, un antiguo legionario, me pagó con una mirada brusca y me mandó a paseo, después de recalcar una vez más que allí no había ni electrodomésticos ni vagones de tren y que ni siquiera me conocía.

El plan para el viaje a Córcega era ingeniosamente sencillo: yo iría en mi ciclomotor desde Bregenz hasta Roma, donde János se uniría a mí, y tomaríamos el ferry a Cerdeña y desde allí continuaríamos hasta Córcega. Finalmente, tomaríamos un tercer ferry a La Spezia, donde tendría que dejar a János en la estación de tren de Florencia en una fecha determinada. Desde Florencia, regresaría sola en mi ciclomotor a Bregenz. Recorreríamos aproximadamente 2800 km por carretera, dormiríamos al aire libre o en pajares y, en general, seríamos muy, muy austeros.

Para que se hagan una idea: una moto Puch 50 (no dos), con dos chicos y una mochila grande encima, sin tienda de campaña, sin sa-

cos de dormir y con el peso justo. Y, por supuesto, con un escape de 2 velocidades. Mi padre me prestó su casco de cuero; rechacé amablemente el enorme abrigo de goma por su peso y porque «en Córcega siempre brilla el sol». Además, como mi padre debería haber sabido, James Dean no lleva un abrigo de goma como la Gestapo.

La ropa es algo que merece mención. Debí de haber visto demasiadas películas de James Dean o Humphrey Bogart, porque me habían prestado un sombrero blanco de la Cruz Roja —o mejor dicho, un sombrero de ala ancha que alguna vez fue blanco— y una chaqueta de cuero raída y desgastada. También me compré (con pesar y sin avisar a János) unos vaqueros blancos. ¡Sí, vaqueros blancos! —Puedes sonreír: ahí estaba yo, sentado en la moto blanca, con un casco de cuero marrón, una chaqueta de cuero negra raída, una bufanda blanca y vaqueros blancos: ¡el atuendo de un aventurero! —James Humphrey Rudas.

# Por todas partes se va a Roma

Entonces mi despertador sonó a las tres de la mañana. Cargué mi mochila en la moto, abracé a mi madre y partí con el corazón latiendo con fuerza. Hacia el amanecer, llegué a Chur y subí hasta el pequeño paso de San Bernardino (el túnel o no estaba todavía o no quería pasar por debajo). Cuanto más subía en mi moto, más frío hacía; el cielo se oscureció lentamente y llegué al puesto de la guardia fronteriza en la nieve. Los guardias fronterizos estaban bastante asombrados, y mientras uno desapareció en la oficina con mis papeles, me bajé y me moví un poco para entrar en calor. Sonriendo, el otro me dejó pasar por debajo de la puerta y luego me dijo que podía servirme un poco de té de su termo. Poco a poco volví a entrar en calor y sacudí la nieve de mis pantalones vaqueros blancos y mojados.

Al final de la tarde, subí el puerto de Giove al norte de Génova (no tenía que pasar por Génova, por supuesto, pero como había oído que el oporto de allí era especialmente bueno, tenía que hacerlo). La moto daba tirones y petardeaba, y me bajaba constantemente para limpiar la bujía e intentar encontrar la causa. Al entrar en Génova, llegó un punto en el que solo avancé unos cientos de metros antes de que el motor se parara. Busqué un taller y, tras una larga búsqueda, encontré uno que estaba a punto de cerrar. Mi sobresaliente en el colegio (¿o debería decir, mis faltas de asistencia no tan frecuentes?) estaba empezando a dar sus frutos: hablando un italiano chapurreado, señalé “il Vergasero” y exclamé: “¡Nix funziona maladetto Scheißdreck!” (¡Nada funciona, maldita sea!). El mecánico me apartó, negó con la cabeza al ver mi escape improvisado y luego dijo que el carburador estaba estropeado. Negando con la cabeza, indicó que alguien lo había limado demasiado. Por mí, que a partir de ahora se llame carburador, ¿qué hacemos?

Me di cuenta de lo que podía hacer con mi carburador cuando simplemente lo tiró por encima del hombro al cubo. Luego salió por la parte de atrás, y yo lo seguí trotando, radiante: tenía docenas de ciclomotores destrozados por ahí. Me saludó amablemente y me dio su llave inglesa. Asentí, fui de desguace en desguace, y después de un rato, encontré dos carburadores que deberían servir. El mecánico

asintió, tomó uno de mi mano y negó con la cabeza: ¡al cubo! Pesó el segundo en su mano, luego dijo un número que me hizo cerrar la garganta. Rebusqué en mi bolsillo y empecé a contar; él se rió y dijo: ¡vale! Se conformó con un billete, luego dijo que podía trabajar en el patio delantero. Solo tenía que guardar las herramientas en la caja después, luego cerró el taller con llave y desapareció.

Me llevó unas dos horas instalar el carburador, que era un poco más grande que el original y también más potente; sin embargo, esto también significaba un mayor consumo de combustible. En la oscuridad, hice una prueba de manejo hasta el puerto, donde, naturalmente, todos los marineros ya estaban en sus literas, y no pude ver nada especial excepto silencio y oscuridad. Bueno, tampoco era exactamente silencio, ya que de repente varios marineros me gritaron furiosamente que pusiera en marcha el carburador. Continué unos kilómetros al sur y dormí en la hierba a las afueras de un pueblo cuyo nombre contenía "Mamma".

Al amanecer, continué mi viaje, mirando repetidamente mis vaqueros manchados de blanco y sintiendo una punzada de arrepentimiento. Ya no eran blancos, no del todo. Pero el carburador estaba perfecto, y el motor había recuperado su potencia, incluso más que antes, pensé. En algún punto de la carretera rural hacia Grosseto, probé la velocidad y alcancé unos 90 km/h. Entonces intenté lo que había visto hacer a otros motoristas italianos: me agarré a la puerta trasera de un camión con una mano, dejé que me arrastrara y apagué el motor para ahorrar combustible. (Niños: ¡por favor, no intenten esto en casa!). La noche siguiente, me detuve frente al Collegium Germanicum et Hungaricum en Roma. Sudoroso, sucio y con mis vaqueros blancos y negros.

El hermano portero en realidad quería echarme bruscamente (¡mendigar y pedir limosna estaba prohibido!), pero mi hermano me recibió en la puerta. Tuve que esperar unos días más en Roma hasta que János terminara sus exámenes y pudiéramos por fin irnos. Durante el día, vagaba sin rumbo por la Ciudad Eterna, observando todo y a todos, y regresaba al seminario por la noche, generalmente con hambre. No me permitían dormir allí, pero János me había encontrado una habitación sencilla y barata a unas pocas cuadras. Me

acompañaba todas las noches, ya que el camino pasaba por el barrio rojo y estaba preocupado por mi bienestar espiritual, como admitía con una sonrisa. Pero la casera (he olvidado su nombre), una mujer de mediana edad que luchaba a diario contra los retoques del maquillaje, acompañaba pacientemente al Padre (que era János con su sotana roja, la túnica sacerdotal del seminarista) y al Signore (que era yo) a su habitación y tenía que prometerle al Padre cada noche que velaría por mi virtud. Y apenas se marchó, ella regresó con una botella grande de Birra Forst y, guiñándole un ojo, dijo que corría por cuenta de la casa.

Teníamos un gran problema. El último día, nos permitieron asistir a una audiencia papal "privada", lo que significaba que solo estaban presentes unos cientos (no miles) de creyentes. El problema era que no tenía nada que ponerme. Mis vaqueros de lunares blancos y negros simplemente no eran apropiados para la ocasión. János a veces tenía ideas brillantes. Y así fue esta vez: me trajo su sotana de repuesto y me la puse; bueno, János era unos centímetros más alto que yo y también unos kilos más pesado, pero serviría. Pero mi compañero de habitación, Wolfgang (más tarde mi padrino de boda y luego obispo en Alemania), negó con la cabeza y dijo que no podíamos hacer eso. Otro amigo, Gyuri (más tarde arzobispo de Alba Iulia, Rumania), sugirió que simplemente limpiáramos los vaqueros. Así que los dos nos arrodillamos frente a la bañera, frotando la prenda con un cepillo de mano y otro cepillo de origen desconocido, usando jabón tras jabón. Las manchas se fueron desvaneciendo, desvaneciéndose hasta volverse de color gris claro. Ni se nos pasó por la cabeza llevarla a la tintorería. Cuando Gyuri, que es casi de mi estatura, me prestó una camisa blanca como la nieve, nada impidió mi visita al Vaticano. Dicho de forma coloquial, puede que no llevara los zapatos de un pescador, pero sí que llevaba los calcetines de un obispo alemán y la camisa de un arzobispo rumano.

La audiencia papal transcurrió sin incidentes. Se entregaron certificados y medallas, y solo un príncipe u otro señor pudo arrodillarse brevemente ante el trono y besar el anillo de San Pedro. Finalmente, los fieles desfilaron frente al Santo Trono en una larga fila desde los bancos, se les permitió un breve saludo al Papa a pocos metros de distancia y luego tuvieron que seguir su camino. El mensajero papal

se situó junto a Su Santidad y le susurró al oído el nombre, el rango y la importancia de cada persona que pasaba. Puede parecer increíble, pero yo entendía perfectamente lo que se susurraba porque (al menos por aquel entonces) sabía leer los labios.

"El conde y la prensa..."

¡Dios te bendiga, hijo mío!

"...¡y su hija, la condesa!"

¡Dios te bendiga, hija mía!

"¡Lord Greenbawm y su esposa Sara!"

¡Que Dios te bendiga!

"¡Seminaristas del seminario Germanicum & Hungaricum!"

¡Dios los bendiga, hijos míos!

"La familia Pongratz de..."

—¡Benedetto, te has olvidado de uno! —dijo Su Santidad con reproche. Benedetto me miró brevemente otra vez y luego susurró: —Santidad, los rojos son del seminario, luego viene la familia Pongratz de...

"¡No, el del medio, el del uniforme con lunares blancos!", y ya se percibe un atisbo de disgusto en la voz santa.

La mirada del informante papal me taladró la camisa: "¡Un seminarista que, al parecer, no lleva sotana, Su Santidad!"

"¡Benedetto, Benedetto!" El tono se vuelve algo más cortante, las santas fosas nasales tiemblan: "...y, dime, ¿no lo hueles? De repente huele mucho a jabón barato aquí...?"

"Un loco de Vorarlberg, que suele reparar su ciclomotor con pantalones blancos y, por lo tanto, tiene el aspecto adecuado, de camino

a Córcega, y la familia Pon…”

“¡Dios te bendiga, hijo mío!”, interrumpe el tataranieto de Petri, y entonces Su Santidad baja la voz y guiña un ojo: “…¡y tal vez podrías probar con Rei!”.

La familia Pongratz estaba empujando y forcejeando, así que seguí adelante, pero aún así escuché a Su Santidad murmurando para sí mismo: “Cuando era joven, yo también…” Desafortunadamente, no pude escuchar el resto.

Bueno, tal vez no fue exactamente así, pero esa era la idea principal. Rodeado de todos esos snobs disfrazados de bufones, me sentí insignificante e inútil, me escondí detrás del coche de delante y me arrepentí profusamente de todos mis pecados, especialmente de haber manipulado el carburador sin autorización, ¡y hasta tres veces! Juré portarme mejor y que jamás, jamás, volvería a beber la cerveza de esa señora. De verdad.

A la mañana siguiente —es decir, la mañana después de haber roto mi promesa de beber cerveza, y mucho antes de que despertaran los gorriones romanos— nos arrodillamos ante el Padre Spiritus (que no se llamaba así por sus hábitos de bebida, sino porque era el espíritu protector de la casa) y recibimos su bendición paternal para nuestra aventura. Luego, viajamos alegremente hacia el suroeste en la reluciente moto hasta el ferry a Civitavecchia, que nos llevó durante la noche a Cerdeña.

# Como atracador de bancos en Cerdeña

Olbia, en Cerdeña, nos recibió al amanecer con un sol radiante y un funcionario poco amable que retuvo nuestros documentos durante al menos una hora. Nos mantuvimos firmes y nos negamos a pagar sobornos. Finalmente, János se hartó y mostró su carné del seminario, en latín y con el escudo papal. En ese preciso instante, los documentos quedaron resueltos y nos miramos con complicidad: ¡la próxima vez, mostraremos el carné de inmediato!

Pasamos todo el día conduciendo despacio y con tranquilidad hacia el norte. Era solo una hora de viaje, así que nos bañamos en una bahía y asamos una rebanada de pan de centeno para acompañar nuestro atún enlatado. El ferry a Córcega no salía hasta la tarde, así que nos entretuvimos todo el día y finalmente partimos a última hora de la tarde hacia Santa Teresa di Gallura, el punto más septentrional de Cerdeña, a escasos centímetros de Córcega (¡búscalo en un atlas si no lo crees!).

Esta Santa Teresa, por si no la conocen, era entonces una aldea con menos de 10 casas, un almacén con una comisaría de policía (que también servía como oficina del capitán del puerto y puesto fronterizo) y un muro de hormigón dejado por los Aliados, que podía servir como instalación portuaria en caso de emergencia (pero solo entonces).

El ferry aún no había llegado, pero yo ya sabía lo que había pasado el día anterior y tenía que sentarme en primera fila para subir rápido. Así que allí estábamos con la moto, ordenando nuestro equipaje y haciendo sonar nuestros billetes, sin darnos cuenta de que el policía del pueblo y otros dos civiles con escopetas se habían colocado detrás de nosotros.

De repente, oímos una llamada: «¡Manos arriba!». Por primera vez en mi vida, me encuentro frente a las bocas de pistolas y rifles, y me siento bastante incómodo. János levanta la vista, más asombrado que asustado, e intenta acercarse a los tres para preguntar qué ocurre, pero entonces el policía le grita que se detenga, ¡sinvergüenza, o

atente a las consecuencias! Así que ahí estamos, con las manos a medio levantar, con aspecto ridículo, las rodillas temblando (completamente) y probablemente haciendo el ridículo.

Los tres susurraban sobre quién nos iba a desarmar. ¡Giovanni, tú primero! ¡No, tengo dos hijos, hazlo tú! El policía bajo y corpulento se acercó con cautela y nos dijo que abriéramos las chaquetas, pero despacio. Seguimos sus instrucciones a cámara lenta. Caminó a nuestro alrededor, observándonos y observándonos, luego nos palpó cuidadosamente y les gritó a los otros dos: "¡No tienen armas!". János quiso preguntar qué estaba pasando, pero el nervioso policía le gritó que se callara. Así que nos quedamos callados; los hombres y el policía permanecieron inmóviles, y todos esperaron. Entonces el policía nos dijo que siguiéramos adelante, que entráramos en la comisaría.

Uno de los hombres se adelanta y abre la puerta, János y yo entramos tras él, y entonces nos encontramos sentados en una celda pequeña y sucia. Afuera, se ha reunido una multitud, todos vitoreando y gritando a la vez: "¡Ahora los tenemos!". János y yo nos miramos con impotencia, oímos una bocina y nuestro ferry atraca. Después de unos minutos, que parecen una eternidad, el policía entra en la comisaría y empieza a hablar frenéticamente por teléfono. János escucha y me traduce que somos los temidos atracadores que robaron el banco de Palma esta mañana y dispararon a un guardia de seguridad. Luego dice, con total naturalidad: No tenía ni idea de lo peligrosos que somos en realidad.

Nuestro ferry, que se había llenado de gente, coches y cabras en la última media hora, emitió tres pitidos lastimeros y zarpó. En mi mente, rompí los billetes y me pregunté qué haríamos durante los próximos dos días hasta que saliera otro ferry de esta compañía. Y cómo podríamos alguna vez cubrir este enorme agujero en nuestro presupuesto de viaje.

El sheriff llama a un colega tras otro, relatando en variaciones cada vez más largas cómo él, Giovanni y Guido, bueno, en realidad solo él y Giovanni, no, en realidad solo él, habían apresado a los peligrosos asesinos.

El teléfono vuelve a sonar, contesta el policía. Al parecer, es un general quien llama, porque se levanta de un salto y saluda al hombre invisible. Sí, son dos. Uno bajo y uno alto, sí, ambos calvos. Respiro aliviado, porque tengo el pelo espeso y abundante, como James Dean. No, el alto es calvo. Me encojo. Sí, lleva una chaqueta de cuero. Pantalones blancos, sí, pero muy sucios. No, han tirado los rifles. Siento un nudo en la garganta, le pregunto a János si el garrote solo está de moda en España o también en Cerdeña. Dice, shh, y el garrote no se practica en ningún sitio hoy en día.

El sheriff asintió al teléfono. Lo tienen todo consigo, ¡son ellos, seguro! No, ni los rifles ni el dinero, pero una mochila enorme; ya la había examinado. Solo cosas de turista. Y una motocicleta blanca, sí, la había confiscado. Está aparcada delante de la casa, Brigadier.

No, blanca, no negra. Con matrícula extranjera, deben haberla robado. No, una motocicleta negra, ah, ya veo.

Aguzo el oído. Los guardabarros son de plástico blanco; eso no puede estar pintado de negro, puedo demostrarlo.

El policía gordo y sudoroso rebusca entre nuestros papeles y lee nuestros datos. Luego dice que no puede ser correcto, el más bajo desde luego no tiene 17 años, es definitivamente mayor. De repente duda. Duda, y luego dice: «Brigadier, el alto y calvo lleva consigo un documento de identidad extraño, “Colleggio” y demás, un escudo papal. Una falsificación muy buena». Su latín con acento italiano casi me hace reír.

János dice a través de los barrotes: «¡Llámalos, señor, te doy el número!». El policía le hace señas para que se calle, luego escucha por el auricular y murmura: «Muy bien, ¿cuál es el número?». János cierra los ojos y recupera los datos almacenados en la tarjeta: pacientemente repite número tras número, que el hombre gordo repite a su vez, y el hombre invisible aparentemente anota. János llama para pedir al Padre Spirito, pero la llamada ya ha terminado.

El policía se acerca y pregunta, algo inseguro: “¿Es todo correcto?”. János le explica todo, relatando con detalle los preparativos del

viaje, y me parece que el hombre corpulento ahora está más dispuesto a creernos. Entonces János dice que puede comprobarlo; nuestro billete para el ferry a Olbia sigue ahí. El policía toma el billete, llama al puerto de Olbia y vuelve a ponerse serio al mirarnos.

—Llegaste temprano esta mañana —dijo—, eso está a solo media hora de aquí. ¿Dónde estuviste todo el día? —No, no me lo digas, ya lo sé: desde Olbia hay solo dos horas hasta Palma. Robaste el banco de allí y disparaste al guardia de seguridad, luego pasaste dos o tres horas en las montañas enterrando el botín y las armas. Desde allí volviste aquí en dos o tres horas para escapar a Córcega.

Coge el teléfono para regañar de nuevo a su superior. Se detiene cuando János dice: «¡Mi identificación es auténtica, ya verás!». Esto hace que nuestro sheriff se retuerza de nervios, paseándose de un lado a otro y murmurando para sí mismo. Luego sale y nos deja solos.

János y yo intentamos calmarnos y hablar sobre la situación, que la verdad no es nada alentadora. Dice que nadie en el seminario contesta el teléfono a estas horas; ya es después de la hora de cierre y probablemente todos estén ya en la residencia estudiantil.

Las horas pasan volando, estoy desesperado porque oigo a los niños del pueblo trasteando con mi ciclomotor y me imagino que por la mañana solo quedará un esqueleto. Cada pocas horas vuelve el sheriff, trae agua y unas tiras de pizza hacia la medianoche, y luego desaparece de nuevo para continuar la fiesta en la posada del pueblo.

János y yo nos sentamos en el suelo frío, cabeceando en la penumbra, y a veces murmuro algo sobre el Castillo de If y el Abate Faria, hasta que él me dice que deje de darle vueltas a las cosas, que todo se solucionará tarde o temprano...

Finalmente, la caseta de vigilancia quedará cerrada con llave desde el exterior y nos abandonarán a nuestra suerte.

Por la mañana, el teléfono suena sin parar, pero nadie contesta. János me sonríe y bromea: «¡Pronto! ¡Pronto!», que significa hola en

italiano. El policía tarda al menos quince minutos en llegar. Le explicamos emocionados que el teléfono ya ha sonado varias veces.

Llama a su comisaría, pero no eran ellos. Por fin, por fin, suena el timbre. Es el Brigadier. El policía, bajo y corpulento, saluda, escucha, encogiéndose cada vez más. Sí, Brigadier, sí. —Sí, sí.

Tras ser colocado en el suelo, se acerca lentamente a nuestra cuadrícula.

Se planta frente a nosotros, con toda su escasa anchura, con una expresión tan seria como la del jefe bandido Hotzenplotz, y se balancea sobre las puntas de los pies. Luego toma las llaves y abre la puerta, la abre de par en par y señala hacia afuera: «¡Sois libres!».

Salimos con cierta incertidumbre, contemplo el brillante sol de la mañana y pienso en lo hermosa que es Cerdeña. Él sale detrás de nosotros y comienza a despotricar: que los hombres habían sido capturados durante la noche, que el brigadier había llamado a Roma y había hecho despertar al Padre Spirito de su cama con un coche patrulla porque nadie había contestado el teléfono, que también habían encontrado la motocicleta negra, los rifles y todo el botín, y que ahora nos cree que somos turistas austriacos.

Luego nos invita a sentarnos en la mesa que hay fuera de la sala de guardia; hay café y un panecillo. Lo comemos mientras escuchamos su relato dramático de cómo capturaron a los verdaderos ladrones: ¡un tiroteo tremendo, por Dios!

En un momento dado, János lo interrumpe y dice que no tendremos otro ferry hasta mañana por la noche y que nuestros billetes han caducado. Yo interrumpo a János y le digo que nuestra mochila ha desaparecido y, al parecer, también los retrovisores. Tras una rápida comprobación, me alivia ver que todo lo demás sigue en su sitio. El policía (he olvidado su nombre, pero se presentó mientras tomábamos café) se levanta y llama a alguien al otro lado de la calle. Luego se sienta con nosotros de nuevo y dice que ya lo resolveremos.

Un niño pequeño y desaliñado camina lentamente por la calle, nos saluda y parece serio. El policía habla sin parar en un idioma que no reconozco. Al principio, el niño parece molesto, luego asiente y sale corriendo. Seguimos hablando; el policía dice que todo irá bien y pregunta si conocemos a Rapid. János niega con la cabeza, supongo que es un equipo de fútbol, nuestro policía se ríe y dice: "Sí, pero les dieron una paliza", y yo asiento, sin entender de qué habla el idiota. Pasa el tiempo, nuestro barco se ha ido, los billetes también, la moto está destrozada, y él sigue hablando de fútbol.

Se oye un crujido detrás de él, y dos pequeños gnomos arrastran nuestra mochila. Quiero levantarme de un salto, pero la ley me dice que me siente de nuevo. Los gnomos salen corriendo a toda velocidad. Entonces se oye otro crujido, y un muchacho de mi edad aparece detrás del agente de la ley, coloca dos espejos en el suelo y desaparece de nuevo sin mirarnos. Sonrío radiante, porque esto es magia de verdad. Mientras coloco los espejos, János y el agente de la ley entran en la posada, y regresan al cabo de un rato, radiantes de alegría. El día está salvado. Una barcaza cruzará a Córcega sobre el mediodía y nos llevará gratis. Como apenas tenemos dinero, el policía se ha ofrecido a invitar al "Capitano" a una copa grande, así que todo sale a la perfección.

Horas después, subimos la moto a bordo de un pequeño y robusto carguero, el oleaje cada vez mayor hacía que el barco cabeceara y se balanceara, e imaginé la moto hundiéndose en las olas cien veces. Tras un esfuerzo considerable, conseguimos guardar todo. El capitán toma una copa en la posada del pueblo, mientras János y yo esperamos impacientes en el barco. El viento arrecia, las olas crecen y János ya está bastante pálido. Ato la moto al barco, que se balancea violentamente y ahora navega a 27 nudos, y me pregunto con desesperación si tengo hambre o si me estoy mareando. Desde la posada llega la risa alegre y resonante del capitán, y luego le oímos gritar: «¡Un altro!».

# El cruce a Córcega

El estridente silbido del capitán casi me lastimaba los oídos más que el traqueteo de los engranajes oxidados mientras maniobraba el barco de un lado a otro para sacarnos del puerto de Santa Teresa di Gallura. «Los gaiteros de Tralee», o quizás solo una canción de libertad corsa, ¿quién lo diría?

La valiente barcaza avanzaba traqueteando, con su motor diésel funcionando, a través del estrecho entre Cerdeña y Córcega, de unos 14 km de ancho, o menos si hablamos de millas náuticas. El capitán estaba de buen humor; había aceptado con gusto el pasaje y ahora parecía intentar compensar la falta de altavoces con alegres silbidos de canciones marineras de las montañas de Cerdeña; al fin y al cabo, nos preocupamos por el bienestar de nuestros huéspedes, ¿no? No entendíamos su sardo, y él tampoco nuestro italiano de manual, así que se dedicó al motor y a la música. János y yo nos retiramos a la proa, lejos de nuestro músico chófer a vapor.

János tenía un aspecto terrible, pálido y demacrado alrededor de la nariz, agarrado a la barandilla de madera con una mano, mirando fijamente a la distancia, con arcadas. Escuché a mi cuerpo, asombrada de que pudiera tratarse del famoso mareo, y reflexioné sobre el asunto. ¿Y si no era mareo después de todo? ¿Y si simplemente tenía hambre? Al fin y al cabo, mi desayuno había sido víctima de trabajar en la moto. János, mi buen János, incluso me había preparado un sándwich doble de pan blanco y queso sardo antes de partir y me lo había metido en la chaqueta mientras yo trasteaba con la moto. Lo pensé durante un buen rato, y luego decidí que solo podía ser hambre: ¡yo no me mareo, yo no!

Las orejas de János se movieron nerviosamente cuando metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y oí un crujido, pero él, valientemente, reprimió su curiosidad y no miró. Lenta y cuidadosamente, desenvolví el pan; se balanceaba terriblemente, y a veces salpicaba un poco de agua de mar, ¡así que tenía que tener cuidado de que no se salara! El olor penetrante del queso sardo (que, a diferencia del queso corso, nunca se usó como explosivo) asaltó mis fosas nasales al

principio, para luego desplegarse en una nube olfativa de cacao con todos los aromas y olores de las tierras altas. La nube de aromas debió de golpear a János como un garrote, porque se estremeció y encogió los hombros. Mientras yo abría la boca de par en par, muy de par en par, para hundir los dientes en el jugoso biplano, el pobre János también abrió la boca de par en par para ofrecer un sacrificio en un alto arco al dios del mar Neptuno y al dios del viento Rasmo.

Por supuesto, seguí con hambre, porque la mirada acusadora y de cordero de János interrumpió bruscamente mi merienda. El sándwich volvió a caer en el bolsillo de mi chaqueta y allí se quedó hasta que llegamos a Córcega, a su pueblo más meridional, Bonifacio. ¡Córcega, allá vamos!

# Bonifacio

Bonifacio es un pueblo encaramado en lo alto de varios acantilados de tiza, con su puerto ubicado en la hendidura entre ellos. Hasta ahora, nada particularmente destacable: un nido de águila en las rocas, muy cerca del cielo, simplemente hermoso. Y tierra firme, sobre todo. El balanceo constante cesa, se lanza una cuerda al muelle y se asegura; uno se alegra de tener tierra bajo sus pies de nuevo, aunque sea árida y rocosa. Pero la alegría dura poco cuando los soldados, apareciendo como de la nada, comienzan a discutir con el capitán. Encogiéndose de hombros, nos señala repetidamente, balbucea mientras mastica un cigarrillo, asiente con la cabeza y escupe en el puerto.

Caso cerrado. Una barcaza con dos polizones; ¡sus papeles, por favor! Ahora me toca traducir, con mis tres años de francés escolar, y mi primera sorpresa es lo descuidadamente que estos legionarios hablan su propio idioma, ¡y sobre todo, lo rápido que lo hacen! ¡Sonaba muy diferente en la escuela, profesor! - Ciertamente no fue mi traducción, pero de repente estamos sentados en la parte trasera de un jeep más grande, unas manos amables levantan la moto, y luego nos dirigimos por el camino empinado hacia los barracones en la fortaleza. “Vamos a ver al centurión”, dice el decurio, “él tiene que decidir, después de todo, ¡él es el centurión y yo solo soy el decurio!” Desafortunadamente, pienso en ayer e intento, a tientas y tartamudeando, averiguar si están buscando de nuevo a ladrones de bancos (digo: ladrones de un banco, a falta del término adecuado). Bueno, tal vez no debería haberlo intentado. El curioso vuelve a sisear por la radio mientras subimos la cuesta, pasando junto a unos corsos que montan en burro. «Ya me imagino dónde vamos a pasar la noche», murmura János con resignación, escondiendo el rostro entre los brazos cruzados. Le susurro: «...pero tiene algo bueno; con esta pendiente, ¡uno de nosotros sin duda habría tenido que bajarse y empujar!».

Supuestamente, la fortaleza de Bonifacio es una hermosa atracción turística. Supuestamente. Entramos en el patio de los barracones de la fortaleza, que parece un patio de barracones cualquiera del mundo. Por lo demás, no vemos nada de Bonifacio. Ah, sí, tal vez sí:

el gran reloj en el largo y vacío corredor donde nos sentamos en un banco de madera y esperamos, esperamos, esperamos. El decurio, probablemente ascendido a centurión durante la larga espera, pasa a menudo junto a nosotros, asintiendo severamente cada vez; los legionarios, tal vez también ascendidos a decurios, marchan por el corredor una vez sin siquiera mirarnos; entonces, finalmente, aparece el centurión, que probablemente solo ha estado esperando hasta ser ascendido a general o al menos a contralmirante.

"¡Tonterías!", dice János, "acaba de terminar su siesta y luego cenó".

En resumen, un general bien descansado y bien alimentado tiene sus ventajas: podemos oírlo reírse por todo el pasillo mientras habla por teléfono con su homólogo en Santa Teresa di Gallura, a quien conocemos muy bien. [Quizás algo así: "Hola, mi querido servidor, puede cancelar la búsqueda, ¡tengo a sus atracadores de bancos!" - "¡No, los tenemos!" - "¿Por qué? Están sentados conmigo, un tipo gordo y calvo y uno alto y flaco, los sacamos de una barcaza..." - "No, tenemos a los correctos, los que están con usted son dos inofensivos lunáticos austriacos en una moto..." - "Oh, venga, díganos..."]. Luego sale al pasillo, sonríe, nos devuelve los pasaportes y dice que nuestra aventura con los sardos es muy divertida, que tiene que contárselo a su esposa de inmediato, y nos hace señas para que nos vayamos.

El curioso de antes nos saluda en el patio y dice que probablemente sea demasiado tarde para seguir conduciendo; si queremos, podemos pasar la noche en los antiguos establos, ahora vacíos. Tras echar un vistazo rápido a la inmensa y oscura soledad con sus barrotes ineludibles, intercambiamos una mirada y declinamos amablemente. ¡No, gracias, preferimos dormir afuera! El soldado se sorprende, se encoge de hombros y, cuando János se lo pide, nos permite pasar la noche en el patio.

Una noche en una celda en Cerdeña, una noche en el patio del cuartel en Córcega; ¡menudo historial! Nos sentamos abrigados contra la nieve, apoyados en la moto, cabeceando hacia el amanecer. Varias veces durante la noche, se oyen gritos y el repiqueteo de las botas: ¡cambio de guardia!

# ‘al otro lado del mar

Por si no lo había mencionado: naturalmente queríamos recorrer la ruta del “Rallye des Mille Virages” (Rally de las Mil Curvas) desde Bonifacio hasta Bastia, en sentido contrario a las agujas del reloj, tal como lo hizo Juan Fangio. Así que, al día siguiente, partimos. Tras una breve vuelta de celebración por las empinadas calles del pueblo de montaña, nos dirigimos al noroeste hacia Propriano, que se encuentra a medio camino de la capital, Ajaccio. Queríamos ver dos cosas allí: la reserva natural cerca de las Islas Bruzzi y las Calanques de Roccapina. Probablemente sepan qué son las islas, pero las Calanques requieren una explicación: son extrañas formaciones rocosas, acantilados que se elevan verticalmente sobre el mar. (Bueno, vale: algunas personas también usan el término Calanque para referirse a esos fiordos que se han adentrado en tierra firme entre las Calanques propiamente dichas...). La cala más famosa es la de la costa sur de Francia, a 13 km de Marsella, cerca de Cassis. Allí, el acantilado más alto de Europa, la Calanque du Cap Canaille, se eleva a más de 500 metros sobre el nivel del mar (hoy en día es un paraíso para los escaladores). En segundo lugar se encuentra la Calanque de Piana, en Córcega (que visitaremos más adelante); no es tan imponente, pero aun así presenta desniveles de unos 400 metros.

En los años sesenta, la escalada libre aún no existía, o al menos no estábamos familiarizados con este deporte. Sin embargo, János y yo (generalmente juntos) habíamos estado explorando las montañas de Vorarlberg; muchos montañeros de verdad solo podían negar con la cabeza en silencio o con desesperación al vernos a nosotros, los chicos de ciudad, armados con la cuerda de cáñamo de mamá (¡sí, la de tender la ropa!), trepando por las montañas. Claro que no teníamos ni idea de escalada de verdad; éramos simplemente excursionistas que de vez en cuando trepábamos por alguna pared de roca fácil, sobre todo cuando nuestros padres no nos veían. Nuestra última aventura de escalada fue ascender a la roca Tschengla, situada justo debajo del teleférico Pfänder en Bregenz. Fue entonces cuando la cuerda de cáñamo de mamá, y su paciencia, finalmente se agotaron. [Cada vez que subía en el teleférico, me estremecía, porque ahora soy padre y se me revuelve el estómago al imaginar a mis hijos allí arriba...]

Bien, ¿en qué estábamos? En las Calanques. Casi nadie conoce el tercer conjunto, el de Roccapina. Para los escaladores libres que se precien, son demasiado poco espectaculares; no tienen 500 metros de altura, ni 400, no, quizás ni siquiera 40 metros, y ni siquiera son verticales. Pero para nosotros, los aficionados, son perfectas. Y, como señaló ingenuamente János, "...si te caes, aléjate de la roca, ¡empújate! Y asegúrate de caer al agua..."

[Desde un punto de vista puramente académico cinematográfico, habría que insertar aquí el siguiente diálogo:]

"¿Alguna vez lo has intentado?" - "No."

"¿Creías entonces que esto podría funcionar?" - "Sí."

"¿Crees que esto puede funcionar hoy en día?" - "No."

Pasamos todo el día en la zona de Bruzzi y nos decepcionó un poco que las famosas islas fueran solo islotes diminutos, ¡y no vimos ningún naufragio! Pero precisamente por eso eran famosas: los ingeniosos corsos de siglos pasados usaban faros falsos para atraer barcos a Bruzzi. —Me pregunto si estarían entre los antepasados de Bill Gates. —Bueno, no nos desanimamos, porque la reserva natural es preciosa, y además descubrimos que los mejores lugares para nadar y bucear están justo al lado de los carteles de "Prohibido nadar". ¡Qué listos eran los corsos!

Cena: fría; no nos atrevimos a encender una fogata en la reserva natural. Dormir en el pinar: ¡un sueño! Vimos estrellas, ¡miles y millones de megatones de estrellas! Competimos para ver si el objeto en movimiento era un satélite o un cometa, solo para darnos cuenta con cierta decepción de que debía haber un aeropuerto cerca. Sin embargo, también fue la primera noche de sueño verdaderamente ininterrumpido, completamente libre de barrotes. Hermano, te quiero, ¡que duermas bien tú también!

# Las Calanques

Por la mañana, recorremos unos kilómetros por un pequeño y estrecho sendero costero, atravesando una maleza cada vez más densa, hasta las Calanques. Con unos rápidos ajustes, apagamos la moto, la escondemos entre los arbustos y la cubrimos con ramas de pino. Vestidos solo con bañador y con la cámara de mi padre (una Makina de fuelle), nos adentramos en las Calanques. De cerca, 40 metros es una altura que te aprieta la garganta. Antes de subir, le quito una espina del pie a János; claramente habíamos subestimado la maquis (así se llama aquí a la maleza baja).

Después de solo media hora de escalada, estoy completamente harto. Pero una mirada a mi hermano, que continúa obstinadamente, me da nuevas fuerzas: ¡no, si él puede hacerlo, yo también! De vez en cuando me detengo, lo guío un poco más hacia adelante o hacia atrás y tomo una foto. Lo que aquí suena tan fácil fue en realidad una tarea increíblemente engorrosa. Un dispositivo de fuelle como ese no solo es pesado, sino que también necesita dos manos para desplegarse y operarse (con una tercera mano, estarías agarrándote a la roca, si la tuvieras). Y la película es cara. Así que nada de instantáneas a medias; hay que considerar cuidadosamente cada toma, el encuadre tiene que ser perfecto, János tiene que estar de buen humor, con el mar y los acantilados escarpados a lo lejos, así que tengo que inclinarme más hacia adelante —no, hacia atrás— y... un grito de János, y me recupero justo a tiempo. ¡Uf, qué susto!

János también me toma algunas fotos, y durante el traspaso, la cámara corre peligro de muerte en repetidas ocasiones. Hasta que al ingenioso hermano menor (o sea, yo) se le ocurre la idea de intercambiar a la persona en lugar de entregarle la cámara torpemente.

Así que el dispositivo se encaja en una grieta de la roca, luego A trepa y B llega hasta él. Esto funciona bastante bien, porque escalar es más fácil sin el dispositivo. Estuvimos explorando la zona todo el día, encontramos un punto profundo en el pequeño fiordo que se adentra en las Calanques y nos lanzamos al agua desde una altura de 3-4 metros. ¡Fue pura diversión nadando!

Durante los dos días siguientes, nos dedicamos a holgazanear por la zona de Propriano, nadando en las playas rocosas del Golfo de Valinco o abriéndonos paso entre la maleza que nos llegaba hasta la cintura para llegar a algún molino de viento en ruinas o a alguna granja abandonada. Estas últimas resultaron ser una fuente fiable de alimento; nuestro dinero valía más para los campesinos que en la ciudad.

Poco a poco nos dirigimos hacia Cap de Moro, una zona árida y rocosa que ofrece, sobre todo, una vista magnífica de la bahía de Ajaccio. Allí nos sentamos, observando los barcos y admirando el mar: era mucho más grande que el lago de Constanza, y mucho más impresionante.

János aún guardaba un as bajo la manga; en Roma había insinuado vagamente que Ajaccio tendría algo especial, pero no me había revelado nada. Miramos hacia el golfo y, a lo lejos, al oeste de la ciudad, divisamos las Islas Sangrientas. János no dejaba de mirar hacia allí, preguntándome si no veía el faro en la isla central; y con ojos soñadores, murmuró: «¡Debe ser maravilloso, quiero ir!».

# Ajaccio

Al principio, no me lo tomé al pie de la letra. Llegamos a Ajaccio y yo ya estaba buscando alojamiento asequible en las afueras. Pero János me dio un golpecito en el hombro y me gritó al oído que siguiera por la carretera costera, sí, hacia el centro, por el paseo marítimo.

En medio del paseo, gritó: «¡Alto!». János caminó hacia un palacio, sonrió al ver mi cara de desconcierto y tocó el timbre. El portero abrió la puerta y nos dejó entrar. Mientras nos ocupábamos de la moto y descargábamos el equipaje, János susurró que podíamos alojarnos en el palacio del arzobispo unos días; ¡así que eso era lo que me había ocultado en Roma! El arzobispo no estaba, pero no importaba; al menos podríamos dormir en camas de verdad y disfrutar de un buen desayuno. Planeábamos quedarnos una o dos noches, explorar la ciudad y luego continuar nuestro viaje.

Y así fue. O casi. La primera noche, János me indicó que caminara unos 10 km al oeste de la ciudad hasta un promontorio llamado Pointe de Parata. Allí, al pie de un antiguo faro morisco (en realidad, genovés), nos sentamos a beber agua pensativamente de una cantimplora (una forma antigua de disfrutar del atardecer) y a contemplar las Îles Sanguinaires, cuyas siluetas se recortaban contra la puesta de sol. No necesitaba ser clarividente para adivinar los pensamientos de mi hermano. Desde Pointe de Parata, había unos 2 km hasta la isla más grande, con rocas más pequeñas (llamarlas islas sería una exageración) dispersas en el agua como perlas en un collar. Y me pareció ver un perrito blanco corriendo bajo el faro de la isla principal, a contraluz. El edificio de color claro que hay delante debe ser un restaurante, ¿no? (A estas alturas, debería haber quedado claro que teníamos que planificar todo el viaje sin Dumont ni Marco Polo, de lo contrario las cosas probablemente habrían resultado muy diferentes...)

No hablamos mucho; en nuestras expediciones anteriores, nunca habíamos tenido que debatir el cómo y el qué durante tanto tiempo. Sí, nadar hasta la pequeña roca, descansar allí. Guardar unas monedas para quizás comprar algo de beber en el restaurante de la isla

principal. Nadar de vuelta después de un paseo. Intercambiamos una mirada pensativa y luego asentimos al unísono: ¡Que así sea!

A la mañana siguiente, al amanecer, volvimos en coche a Pointe de Parata. Una mañana preciosa, luminosa y despejada. Al llegar a la torre morisca, nos llevamos un breve susto: el lugar, desierto y vacío la noche anterior, estaba ahora repleto de gente. Un equipo de filmación estaba rodando una escena romántica en la propia torre (un pirata besa a una mujer con poca ropa antes de subir a la torre con un cuchillo entre los dientes, ¡y lo repite una docena de veces seguidas!). Saqué la cámara y fotografié la torre, de gran importancia histórica (¡de alguna manera, las piernas increíblemente largas del pirata también acabaron en la foto, qué raro, muy raro!). El cámara me quitó la cámara y se quedó bastante asombrado: ¡construida en 1939! Estuvimos un rato indecisos (János pensaba dónde esconder la moto y yo me preguntaba cómo se vería el pirata sin maquillaje), entonces János vio un grupo de arbustos donde podíamos esconder la moto y cambiarnos de ropa.

# Las Islas Sanguinarias

Con solo unas pocas monedas (¡del restaurante!) y una pequeña navaja (¡del perro blanco!) escondidas en nuestros bañadores, partimos. El mar está como un espejo, no hay ni una pizca de viento, así que avanzamos a buen ritmo. Tardamos un rato en llegar a la primera roca pequeña y descansar. Luego a la siguiente, y así sucesivamente, hasta que (casi) llegamos a la isla principal. Para entonces, ha arreciado un fuerte viento, creando algunas olas. Nadar "contra" la corriente se está volviendo arduo, así que tenemos que descansar en el agua; mientras uno de nosotros descansa, el otro flota y sujeta al primero; luego cambiamos. Cuanto más nos acercamos a la isla principal, más crece una sospecha en mi mente: el faro no es un faro en absoluto, sino una de esas torres redondas moriscas, y el restaurante está en ruinas, sin ventanas, quemado e irreparable.

Todavía no digo nada; seguimos ocupados nadando y descansando. El viento arrecia aún más al mediodía, y apenas logramos llegar a la costa este de la isla principal. János desembarca con cuidado delante de mí, y luego nos sentamos a descansar. Digo: «Ahora entiendo por qué la isla se llama "la Sangrienta"», y señalo nuestros pies: la roca de pórfido rojo oscuro es tan afilada como el coral, y nuestras plantas sangran por pequeños cortes. Comentamos la falta de un faro, un restaurante y bebidas; decidimos nadar a lo largo de la costa norte, protegida del viento, hasta el faro. Nadie puede caminar descalzo en la isla; se destrozarían las plantas de los pies.

Así que nadamos a lo largo de la isla, a solo unos metros de distancia, bajo el sol abrasador del mediodía. Al acercarnos a la torre, resultó ser una ruina (por cierto, se llama Tour Genoise, la torre genovesa). Ni rastro de perros blancos, ni restaurante, y subirla por esta costa tan escarpada era imposible. Descansamos en el agua y nadamos de vuelta un poco. Nos refugiamos a la sombra de una enorme roca y nos sentamos allí durante una hora. Ni una palabra de decepción salió de nuestros labios. Ni una sola.

El viaje de regreso es más fácil, ya que el viento sopla del suroeste y nadamos con las olas. Pero mi rodilla (la que se me pellizcó) empie-

za a dolerme e hincharse. Ahora descanso con más frecuencia; János está preocupado por si podré nadar con una sola pierna, pero le demuestro que se equivoca que puedo apretar los dientes: llegamos de nuevo a Pointe de Parata al atardecer. Exhaustos y jadeando, nos sentamos en la playa, tomamos nuestro primer sorbo de agua desde la mañana y contemplamos la puesta de sol. Mientras sacamos la moto y nos vestimos, se queja de dolor en los hombros. Lo miro y descubro ampollas hinchadas, del grosor de un dedo, por las quemaduras.

Media hora después, tocamos el timbre de la casa del hermano y nos acostamos. Una hora más tarde, bajé corriendo las escaleras desesperado e intenté explicarle al sacerdote de guardia que János tenía ampollas en los hombros, un terrible dolor de cabeza y, para colmo, fiebre. Después de un buen rato, llamaron al médico (así es como se llamaba). Le aplicó a János pomada para quemaduras y una jeringa, negando con la cabeza al vernos a nosotros, los tontos, que habíamos pasado todo el día sin protección en el agua bajo el sol abrasador. Yo tenía enrojecimiento pero no dolor, y aun así me untó la pomada. Cobardemente evité la jeringa. [Años después, en una reunión de antiguos alumnos, uno de los compañeros de clase de János —creo que era el conocido esquiador de Vorarlberg, Udo Albl— me contó que había estado buceando en la zona de Ajaccio por esas mismas fechas y que había que tener mucho cuidado con los tiburones. ¡Yo estaba al menos tan pálido como János cuando me lo contó!

El padre Medicus viene varias veces a ver a János. Por la mañana nos sentimos algo mejor; el sacerdote nos da una larga y solo parcialmente comprensible charla (¿o es que el tonto alguna vez ha intentado nadar en el mar con un sombrero de ala ancha?). Las feas y supurantes ampollas son cuidadosamente drenadas y vendadas. János tiene que quedarse en cama tres días. Estamos desolados, ya que nuestros planes de viaje se han descarrilado por completo. ¿Y nos permitirían quedarnos tanto tiempo? János solo había negociado con Su Excelencia el Arzobispo de Roma por una o dos noches; ¡no mencionó cuatro o cinco días! El padre Medicus se muestra severo y firme; asumirá la responsabilidad.

Ahora intento ser enfermera lo mejor que puedo. Traigo agua. Traigo comida. Vacío el orinal. Acomodo las almohadas. Le doy gachas de sémola a cucharadas. Me siento valientemente hora tras hora junto a la cama de János, jugando con mis pulgares. Hablamos largo y tendido sobre su futuro como sacerdote, y más tarde sobre mi aspiración profesional de convertirme en astronauta. Necesitaría muchas matemáticas para eso, sí. Y el sistema binario, calcular con ceros y unos, vital para la supervivencia en el espacio. Así que János me enseña a sumar y restar con los dedos (se llaman dígitos). Cuando se trata de la multiplicación, que él, como un genio, domina tan bien como la división binaria, me doy por vencida por completo. Afuera, los pájaros trinan, los niños ríen alegremente, y abajo, en el paseo marítimo, bellezas con minifaldas pasean. Y ahí estoy yo, encorvada en una habitación de hospital austera y con poca luz, escuchando a alguien explicar cómo recordar la posición de carga doblando el dedo meñique.

«¡Ahora vete, vete!», dice János. Le pido que me convenza un rato —no, no puedo, no puedes—, pero al final cedo y desaparezco, explorando el casco antiguo, el paseo marítimo y a las bellezas que pasean bajo el sol. ¡Cuánto tiempo hace que la señora no me trae esa horrible cerveza a la habitación! Suspirando, regreso con mi hermano. ¡El celibato no es para mí, de verdad!

Al tercer día, el padre Medicus vendó cuidadosamente las quemaduras, comentó que era demasiado pronto para irnos y añadió con tristeza que sabía que éramos imparables. Le dimos las gracias, nos despedimos de cada sacerdote individualmente con largos apretones de manos y solemnes despedidas, luego ensillamos la moto y partimos. Pero solo llegamos hasta el final del paseo marítimo, donde niños, turistas y bellezas etéreas retozaban en la playa de arena. Decidimos disfrutar de un largo baño antes de continuar nuestro viaje.

# Diversión en el baño (II)

La sola idea de meterme al agua con ampollas era una locura. Pero claro, podría haberme quedado en Bregenz viendo la tele, ¿no? Así que, ¡me quité la ropa y me metí al agua! Sentía las miradas de las figuras de cuento de hadas, el pecho se me hinchó y los pantalones se me abultaron (¡perdón, pero así fue!). Y, como el pavo real que era, caminé unos metros por la arena y me zambullí de cabeza en las olas con destreza. Un chapuzón, como corresponde en aguas poco profundas, mitad panza, mitad zambullida. Y entonces, con los brazos bajo el agua, me impulsé inmediatamente hacia arriba. Salí a la superficie y enseguida comprobé si las bellezas me habían estado mirando.

Sí, claro que lo hicieron, y miradas de aprecio asomaron por debajo de sombreros de ala ancha; los miré con gratitud. Vi a János pararse sobre una pequeña roca, luego trepar a una más alta e intentar zambullirse de cabeza en el agua. Grité y grité: "¡No! ¡János! ¡No saltes! ¡Así no!", pero era demasiado tarde. Voló en un amplio arco como un águila sobre el agua, se hundió profundamente en la arena de la poca profundidad y se puso de pie, desconcertado, en el agua hasta las rodillas: tenía la frente raspada y sangre brillante le corría por la cara. Corrí hacia él y lo examiné rápidamente: por suerte, nada grave. ¡Pero sangraba bastante! Una y otra vez, aturdido y completamente desconcertado, preguntó por qué él podía hacerlo y yo no. Le expliqué que había practicado zambullirse en aguas poco profundas antes y que mi zambullida solo había sido una actuación. Por las chicas, añadí con timidez.

Mi pañuelo está empapado de sangre; intento desesperadamente pensar qué puedo hacer. Mi mirada se posa en el palacio del arzobispo. János sigue mi mirada y niega con la cabeza: ¡No, no podemos hacer eso!

¡Por supuesto! Ahora soy su madre y su padre; agarro con energía al niño que se resiste y lo llevo al otro lado de la calle, tocando impacientemente el timbre del portero. La pregunta se le atraganta al ver a János cubierto de sangre. Inmediatamente llama al padre Medicus.

Los sacerdotes son solo humanos, lo estoy aprendiendo rápidamente. Incluso el aturdido János palidece ante las maldiciones corsas que el sacerdote está lanzando. ¡En serio, estos turistas descerebrados! ¡No pueden pasar ni una hora sin vendas y analgésicos! Bueno, al menos János solo sufrió un corte superficial en el cuero cabelludo y no se fracturó ni sufrió una conmoción cerebral. Mientras el sacerdote le pone una venda adecuada y luego un turbante a mi hermano, me juro a mí mismo que conduciríamos inmediatamente otros 20 o 30 kilómetros para que, incluso en el peor de los casos, no nos encontráramos en la humillante situación de tener que tocar el timbre por tercera vez.

El bondadoso samaritano examinó su trabajo una vez más, asintió con satisfacción y decretó que debíamos pasar otra noche allí; solo después de examinar a János de nuevo por la mañana podría estar seguro de que no tenía una conmoción cerebral. Así que volvimos a nuestra habitación, fui a buscar la moto y el equipaje a la playa y tuve que contarles a las amables damas lo mal que se encontraba el pobre János. Me preguntaron y me preguntaron, y yo necesitaba volver urgentemente al palacio, así que prometí regresar enseguida. Esto, por supuesto, significó que guardé apresuradamente el equipaje, la moto y al aturdido János, y luego me reuní con los elfos en la playa. - Le debo por completo al arte del sigilo, largamente practicado entre los indios Bregenz, el haber podido pasar junto al portero sin ser visto y con la sigilosidad de un gato por la noche (en teoría, porque todo el sigilo y los nervios a flor de piel fueron en vano: la puerta estaba abierta, la caseta del portero vacía y él roncaba plácidamente frente al televisor crepitante...).

# ‘Sobre el mar II’

Esto ocurrió el primer día de la segunda mitad de nuestro viaje, y aún estábamos en Ajaccio. A esas alturas, ya deberíamos estar en las tierras altas; la ruta original nos llevaba por Vizzavona hasta la antigua capital, Corte, y luego hacia el oeste, pasando por la base del Monte Cinto (de 2708 m de altura), hasta Porto y Piana, de vuelta al mar, a las Calanques de Piana y de regreso a la ruta de las Mille Virages. Durante nuestro (definitivamente) último desayuno en la cocina del arzobispo, debatimos largamente, sin poder aceptar un cambio de ruta, ya que significaría admitir un fracaso parcial. Por otro lado, habíamos pasado inesperadamente cuatro días en Ajaccio sin ver mucho de la ciudad y ya deberíamos haber dejado atrás las Calanques. Sin embargo, ahorraríamos algo de gasolina, lo cual parecía aconsejable dado el alto consumo de combustible de este carburador genovés. Así que decidimos conducir “solo” por la costa y renunciar al viaje a Corte, pero no a las Calanques cerca de Piana.

Sin mirar a izquierda ni a derecha, salimos apresuradamente de Ajaccio rumbo al norte, deteniéndonos solo en el Golfo de Sagone para darnos un buen chapuzón. János aún parecía bastante débil, y además, había que resolver amistosamente algunos desacuerdos. ¿No se me ocurrió llevar protector solar? Pasar todo el día en el agua inevitablemente me quemaría, así que ¿por qué nadie lo había pensado? ¿De verdad tenía que ser mi salto tan espectacular y llamativo? Y, lo peor de todo, ¿qué pasaba entre esas ancianas y yo? ¡Había un joven amigo en Bregenz, ¿no?!

Le respondí que no me quemaba con el sol porque no tenía exceso de grasa (una referencia injusta a mis entonces atléticos 60 años y sus ya considerables 90 kg, aproximadamente). ¿Y quién de nosotros es calvo, quién se arranca el cuero cabelludo en la arena, quién tiene que copiar compulsivamente todo lo que hace el pequeño? Y tú no entiendes de las mujeres, hermano, no hay nada que confesar, ¡y punto! —Solo quedan vagos fragmentos de esta conversación en mi memoria; olvidar tendrá sus ventajas.

Todo el día nadamos en la zona al norte de Cargese, tomamos el sol y nos terminamos varias latas de atún que habían viajado desde el Atlántico hasta Bregenz y desde allí en ciclomotor hasta Córcega, en el Mediterráneo, para finalmente llegar a su destino aquí. Poco a poco, saqué a relucir asuntos más serios: nuestros cálculos sobre los precios de la gasolina y las finanzas estaban completamente equivocados, y nuestros fondos disminuían alarmantemente a pesar de nuestros gastos más austeros. Debió de parecer bastante extraño, dos chicos acampando en medio de la nada, sin nada mejor que hacer que revisar meticulosamente las cuentas del viaje. Entonces János suspiró y dijo: «Sí, estamos en apuros». Llamaría a un compañero de estudios que vive en Calvi a primera hora de la mañana para ver si podíamos visitarlo; tal vez él podría ayudarnos a salir del apuro.

A la mañana siguiente, nos adentramos en el corazón de las Calanques y pasamos todo el día escalando y contemplando el mar azul. No nos atrevemos a desafiar imprudentemente estos enormes acantilados y nos mantenemos cautelosamente en los estrechos senderos de cabras. A veces, nos arrastramos hasta una de las cornisas y asomamos la cabeza al abismo. A veces, János lanza una piedra; contamos los segundos e intentamos calcular la altura desde la que ha caído. En este paisaje hermoso y apacible, nuestras discrepancias parecen de repente muy lejanas, al igual que nuestras preocupaciones por el presupuesto del viaje.

Pasamos la noche en Porto Bay, durmiendo plácidamente en una pequeña cabaña de piedra en ruinas y contemplando las estrellas a través del techo roto. Por la noche, János llamó a su amigo Pierre en Calvi para avisarle de nuestra llegada; ¡nos recibieron con muchísima calidez!

Al día siguiente, volvimos a conducir hacia el norte, charlando con un pastor durante la siesta en tres idiomas (francés, italiano y corso, que solo él habla) y aprendiendo mucho sobre su vida como pastor. Compartimos atún enlatado, salami y un queso corso tan intenso que te deja sin aliento. Me fascinó la enorme daga plegable corsa que el anciano usa para cortar pan blanco y queso. Desde ese momento, supe que no volvería a casa sin una.

Para ser honesto, el tiempo y la ruta entre Piana, Ile Rousse y St. Florent se han olvidado en gran medida; aunque me muero de ganas de contar una buena historia, o al menos intentarlo, excepcionalmente me ceñiré a lo convencional y solo relataré lo que aún conservo en la memoria, al menos un poco.

# La serpiente

En algún punto de este tramo, mientras sorteábamos con destreza las curvas sinuosas de la estrecha y mal conservada carretera costera, di un tirón al manillar: una serpiente larga y delgada se cruzó en nuestro camino. Luché por mantener la sobrecargada moto en la carretera a pesar de la alta velocidad. János me gritó al oído: "¿La viste?", y yo le gruñí por encima del hombro, preguntándole si de verdad creía que estaba zigzagueando sin motivo alguno, ¿eh?

Más tarde —creo que unos días después— tuvimos nuestra (única) avería en Córcega: noté que la rueda trasera empezaba a tambalearse, reduje la velocidad y me detuve. La rueda trasera estaba desinflada. No había problema, ya que había traído muchas herramientas por precaución, así que nos pusimos manos a la obra, como un reloj. Tras descargar el equipaje y colocar la moto sobre su caballete central, empecé a desenroscar el eje y me detuve de inmediato: había algo enredado en el buje de la rueda y el protector de cadena. Probablemente era solo un trapo viejo, pensé, y lo saqué.

János lo recoge y ambos nos llevamos un susto: son los restos de la serpiente que no lo logró y se enroscó alrededor de la rueda trasera y el protector de cadena. Me quedo pálido y ese día no como mi merienda.

# Calvi

No veremos mucho de Calvi, porque justo a las afueras del pueblo, János me indica que gire a la izquierda, hacia las montañas, donde, tras buscar y vagar un rato, encontramos el pequeño pueblo donde vive Pierre. Solo recuerdo que Pierre, a quien supuse que era un compañero de estudios, resultó ser uno de los profesores de la universidad de Roma, ya era unos años mayor que nosotros y estaba de vacaciones allí, en casa de sus padres. Quería ir con János en el polvoriento Renault al pueblo más cercano, o mejor dicho, a las afueras de Calvi, para visitar a alguien; tengo el honor de llevar a su sobrina (creo) en el asiento trasero y seguir a los dos hombres adultos lo mejor que puedo.

Antes de que surjan malentendidos, debo aclarar de entrada que ya conocía las historias de padres corsos armados con escopetas, que mi sobrina Renée no dominaba ninguno de los idiomas que yo conocía y que, además, era mucho más joven que yo, de unos 12 años. Le rogó e insistió, parloteó y balbuceó a Pierre hasta que él cedió y, sacudiendo la cabeza, convirtió su decisión irrevocable en una petición. En secreto, me sentía orgulloso de tener algo especial con la moto y acepté de inmediato.

Mientras Pierre, János y Renée entraban en la casa parroquial, decliné amablemente su ofrecimiento y dije que daría una vuelta para echar un vistazo; hoy no tenía ganas de hablar de asuntos parroquiales. Di una vuelta, regresé a la plaza principal y descubrí un banco de piedra que rodeaba la iglesia, donde varios ancianos estaban sentados, contemplando con serenidad el calor de la plaza. (Más tarde, cuando leía el tomo de Astérix de Córcega con mi hijo, me sorprendió ver allí de nuevo a los mismos ancianos).

Me senté a una distancia prudencial, pero alguien se me acercó y me hizo señas para que me acercara. En una mezcla trilingüe de los dos idiomas que conocía, charlamos sobre de dónde era y adónde iba. ¿Qué tipo de ciclomotor era ese? «¡No me digas! ¡Desde Austria hasta aquí, y tan rápido! ¡Me vieron acelerando!». «¿Giuseppe, ver-

dad? Él también tiene uno de esos, pero solo va en primera. Podrías adelantarlo a pie, al menos podrías, ¡con tus pies jóvenes!».

¡Y qué esposa tan joven y guapa tengo! —Es muy joven —gruñe uno de ellos—. No, no es mi esposa, todavía soy estudiante. —Oh, debe ser difícil estar sentado en la escuela siendo un hombre casado, rodeado de todos esos niños. ¡No, no estoy casado, no es mi esposa! —Bueno, muchacho, eso nos pasa a todos; primero no podemos hacer suficientes locuras para conseguirlas, y luego, una vez que las hemos tenido el tiempo suficiente, no podemos deshacernos de ellas, ¿verdad, Giovanni? ¿Tú tampoco quieres ya a tu vieja? Se desata una carcajada. Protesto, pero es completamente inútil. Mi francés escolar y mi igualmente buen italiano aparentemente no penetran sus supuestos audífonos sin pilas. Si es que siquiera saben lo que son. Pilas, quiero decir.

En la parte política que siguió, me mantuve callado lo mejor que pude. Asentí cuando se quejaron de que los franceses siempre habían oprimido a los corsos. Volví a asentir cuando dijeron que "bajo el prefecto" tales cosas no habían sucedido (quienquiera que fuera el prefecto). Que los franceses habían estado furiosos desde que el prefecto se había ido (ah, muerto, supongo). Pero los jóvenes bombardearían a los franceses para expulsarlos de Córcega, sí, y eso sin duda convenía al prefecto, ya que él mismo había sido un salvaje en aquel entonces, ¿no? (Asentí vagamente, dudando de tener derecho a estar equivocado). Y luego me preguntaron, indignados, si creía que era justo que los franceses hubieran exiliado al prefecto y lo hubieran dejado morir allí, ¡en la lejana isla de Santa Elena!

¿Cuántas ovejas tiene mi padre? ¿Hace él mismo el queso o lo compra en la cooperativa? Con cierta resignación, les explico que no tenemos ni una sola oveja y que mi padre no produce queso, sino que trastea con aparatos electrónicos en el taller del sótano (como hobby; o, ¿cómo se supone que voy a traducir "comerciante exportador" para audífonos corsos?). Los ancianos asienten pensativos y niegan con la cabeza. Sí, sí, fulano también lo intentó, pero el queso hecho a máquina no sirve; fulano tendría que llevarlo hasta Marsella, nadie aquí lo compraría. Asiento y sonrío, diciendo que el queso corso es realmente algo especial. Se relajan; uno de ellos rebusca en su bolsillo y

saca un queso envuelto en papel. Con las orejas rojas y gotas de sudor en la frente, mastico mi muestra; esta vez, irrevocablemente y sin piedad, ¡el famoso explosivo! Alguien me da una botella mientras jadeo en busca de aire. La sidra fuerte y amarga nunca había sido tan bienvenida como ahora. Mi padre debería reconsiderar la maquinaria de su quesería y tal vez volver a hacer el queso a mano; eso es lo que todos hacemos aquí. Asiento en silencio, sin atreverme a respirar. Por los explosivos.

La conversación continuó sin mi participación; al desconocido le informaron que el prefecto había sido el Gran Corso, nacido en Ajaccio (15 de agosto de 1769), y que había gobernado medio mundo. ¡Pero los franceses! No, ni siquiera saben hacer un buen queso, ¿quieres otro trozo? Y así sucesivamente. Di un suspiro de alivio cuando Pierre, János y la sobrina finalmente salieron y pude despedirme de los ancianos.

Antes de partir, Renée se mostró bastante descarada, parloteando y gesticulando con señas, indicando que esperaba al menos un paseo en cohete: ¡vroom, dale gas! Vale, asentí con la cabeza en señal de entendimiento. Tras nuestra llegada, saltó de la silla de montar y corrió hacia el coche de Pierre, que acababa de llegar, gesticulando frenéticamente y soltando un torrente de palabras: lo genial que había sido y cómo habíamos cabalgado como locos; sus brazos y manos describían con elocuencia el paseo en el cohete, las cabras que salían corriendo y el cabrero que se salvó saltando valientemente a la cuneta. Le sonreí a János, que entendía un poco mejor su divagación y no parecía aprobar mi paseo. El padre Pierre me dio una palmadita amistosa y dijo: «Tu es con, tu sais?», que yo traduciría, con un toque de autocrítica, como: «¿Sabes que cabalgaste como un loco?».

La hermana de Pierre nos prepara generosamente pan, queso y un salami curado; las provisiones nos durarán unos días. Continuamos nuestro viaje sin pedirle dinero a Pierre, visitando el casco antiguo de Calvi y su famoso castillo. Recorremos en coche los alrededores del pueblo de Île Rousse, disfrutando del paisaje. Recalculo todo, asegurándome de que el billete de vuelta (en liras italianas) siga intacto, busco a tientas las últimas monedas y, junto con János, me compro una preciosa navaja corsa plegable; la más pequeña y barata que te-

nían, pero corsa al fin y al cabo. Probablemente no fue la decisión más inteligente, pero sí muy emotiva. Muy al estilo de István.

# Feria en San Florent

Llegamos a St. Florent en nuestra penúltima noche, un pueblecito con un aire muy corso en la bahía del mismo nombre. Había una feria en la playa. Terminamos de comer lo que nos quedaba y paseamos por la feria; un parque de atracciones en miniatura al estilo del Prater en pleno corazón de Córcega. Nos brillaban los ojos; nos sentíamos como niños otra vez. La última atracción en la playa norte era una carpa con música y una pista de baile al aire libre. Muchos jóvenes de nuestra edad bailaban. Nos sentamos a un lado y los observamos; mi vecino y yo no parábamos de sonreírnos.

János mira la pista de baile, me muevo un poco y hago contacto. ¿Corsa? No, de Francia, Nicole. Ah, mi hermano y yo somos de Austria. En ciclomotor. El blanco, allá. Nicole está impresionada. Es amable, habla despacio y con palabras sencillas. Mi francés ya no suena tan forzado, me atrevo a hablar con más fluidez. Le cuento qué, dónde, cómo y por qué. Está de viaje de graduación, es de la zona de Lyon. Va a estudiar medicina, vive en un piso de estudiantes con una amiga. Toda la clase aprobó, y ahora se quedan unos días más. Esa gente en la pista de baile, son sus compañeros de clase. Estoy completamente despistado y solo digo: ¡ajá!

—Tienen una música preciosa —dice Nicole, mirando hacia la pista de baile—. Sí —respondo, asintiendo varias veces—, la música es buena, pero es de una cinta. —Aun así, puedes bailar —dice Nicole, y yo sigo paralizado. Lentamente, como una gota de sudor, un pensamiento se cuela en mi mente, y lo aparto. Entonces Nicole me pregunta si no quiero bailar. Le explico que siempre he tocado en la banda y, por lo tanto, no sé bailar. Se ríe de mí y me lleva a la pista. Un dios benevolente se apiada de mí y me invita a bailar una danza lenta y lánguida tras otra. János se sienta con aire melancólico en la arena, mirando las estrellas cuando no nos observa bailar. Nicole no parece tener mucha suerte, intentando encantar a un bailarín de verdad como yo. Lo intento con todas mis fuerzas, pero todos nuestros intentos terminan igual: en una danza lánguida y enredada.

Eso también tiene sus ventajas. Podemos susurrarnos al oído, puedo oír los latidos de mi corazón, sentir a Nicole con todos mis sentidos y darme cuenta de que hace siglos que no bebo la cerveza de la señora. Nos percibo como un solo cuerpo, dividido en dos por una molesta tela; cuerpos sudorosos, explorándose con timidez y curiosidad mientras se mecen y se balancean. Oigo a Nicole reírse y susurrar, preguntándose si todos esos horribles austriacos son tan atrevidos como yo.

Aparentemente, uno también puede bailar en un cable largo, no solo sentarse; al menos, respondo que me considero bastante tímido. Nicole se ríe y dice que es una pulga (¡maldita sea, ¿por qué una pulga?!) y me mira a la cara. Digo una pulga, no entiendo eso; conozco Libra o Géminis y también Escorpio, pero una pulga, no, no lo sé, y mi compañero de baile me mira con enfado, como si hubiera dicho algo terrible. Nicole se queda callada, luego susurra, preguntando si no entiendo, una pulga, una pucelle (una pulgita, entonces, una pulgita).

Aquí y ahora, exijo una revisión completa de las clases de francés en nuestras escuelas; aprendemos qué es un metro, un bourdaloup o una vela de estay topgallant, sí, pero no lo que los franceses entienden por "pucelle": Nicole me saca discretamente de la multitud bailando hacia el borde menos iluminado de la pista de baile y me abraza con fuerza, luego me susurra al oído que una "puce" es cuando nunca has tenido sexo con un hombre. Juana de Arco, la Pucelle d'Orléans, la Doncella de Orleans. ¿Entiendes? Asiento en silencio, y nos balanceamos, estrechamente entrelazadas, al ritmo de "Yesterday, all my troubles seem so far away", mi mente acelerada por pensamientos: ¿por qué me está diciendo esto, y qué significa todo esto...?

Bailamos en silencio, estoy desconsolada porque me acabo de enamorar y mañana todo habrá terminado. Le digo a Nicole que nuestro viaje ha terminado y que nos iremos mañana por la mañana a Bastia para tomar el ferry a Italia. Nicole pregunta si de verdad nos vamos ya, asiento y entonces ambas lloramos. John Lennon termina en algún momento, Paul McCartney continúa: "Solo tenía diecisiete años, y ya sabes a qué me refiero", y saltamos como locas, como todos a

nuestro alrededor. Nicole se detiene y dice que ya no puede bailar. No ahora, cuando todo es tan increíblemente triste.

Nicole de Lyon e István de Bregenz caminan unos pasos hasta la playa de arena, hasta el borde de los rayos del sol, se sientan bajo un cielo estrellado, escuchan el suave murmullo de las olas y susurran, susurran y lloran. István de Bregenz besa a Nicole de Lyon, la atrae suavemente hacia la arena y la abraza. János de Roma se acerca lentamente, tose suavemente y le dice a István de Bregenz: "¡Vamos, tenemos que irnos!" y a Nicole de Lyon: "¡Il faut nous partir (tenemos que irnos)!"

Cegada por las lágrimas, excepcionalmente dejé que János condujera. Recorrimos unos kilómetros hacia Punta Mignola, donde ya habíamos encontrado un buen lugar para acampar cerca de las ruinas de un castillo durante el día. Hablamos poco. János empieza disculpándose, pero le gruño que me deje en paz de una vez. Ambos sabemos que tiene razón, pero mi corazón está a punto de estallar de pena y desamor.

# El Col de Teghime

A la mañana siguiente, el sol no nos despierta hasta que ya está bastante alto en el cielo; ambos hemos dormido profundamente y sin soñar. En silencio, János prepara pan, en silencio yo ajusto el muelle de acero que se sale constantemente del tubo de escape y que hay que apretar varias veces al día. Luego nos sentamos uno frente al otro, y sufro bajo la mirada triste de János. Bueno, le doy un golpe juguetón en el brazo con una sonrisa: «¡Qué duro debes de viajar con un imbécil como yo!». János sonríe con timidez al principio, luego ambos nos reímos. Años después, todavía nos guiñamos un ojo cada vez que alguien menciona una pulga de arena en Córcega.

Desayunamos nuestras últimas provisiones y pasamos por Saint-Florent hasta llegar al puerto de montaña que asciende por el Col de Teghime hasta casi los 1300 metros, para luego descender de nuevo al nivel del mar en la ciudad portuaria de Bastia, donde nos esperaba el ferry a Italia. Ya habíamos descartado la excursión a Cap Corse, con sus extensos bosques de castaños y nogales. No nos quedaba tiempo ni dinero.

Después de la última gasolinera, en la primera curva cerrada con un área de descanso y vista panorámica, me detengo. Revisamos nuestro equipaje, el dinero para el viaje y el tanque de gasolina: todo parece bastante escaso. Nuestras provisiones se han acabado, nuestro dinero para el viaje está vacío excepto por nuestra “reserva italiana”, y el tanque, bueno, ¡el tanque! Niego con la cabeza y digo que tal vez tengamos suficiente combustible para subir la cuesta, pero para bajar tendremos que conducir en eléctrico (es decir, sin el motor) para llegar al puerto. János dice que no podemos demorarnos mucho hoy, porque no podremos comprar provisiones hasta que lleguemos a Italia. Eso significaría 24 horas “sin”.

Un turista que estaba a nuestro lado se nos acercó. También era de Austria, dijo, y aquel viejo Mercedes negro con matrícula de Viena era suyo. Nos preguntó de dónde éramos, y demás. ¡Madre mía, en ciclomotor, desde Bregenz hasta aquí! ¡Qué distancia! Había venido en ferry desde Marsella; la travesía fue carísima, pero llevaba mucho

tiempo ahorrando para este viaje y por fin podía permitírselo; ¡pero en ciclomotor, ni hablar! Enseguida nos dimos cuenta de que era un hombre simpático y de buen carácter que no tenía malas intenciones, todo lo contrario: después de interrogarnos un buen rato, dijo que nos había oído hablar y que quería darnos (muchísimos) francos para que llegáramos a casa sanos y salvos. Calculó en voz alta que eso nos alcanzaría para dos depósitos de gasolina y un buen tentempié.

Al principio pensamos que era una broma cuando lo soltó con tanta naturalidad, pero luego metió la mano en el bolsillo y contó unos billetes. Sin dudarlo, me los puso en la mano; cuando János le preguntó cómo podíamos devolverlo, dijo: «¡Vamos, seguro que algún día conocerás a alguien que lo necesite, igual que tú hoy, así que dale algo!». Luego se subió a su coche, dijo: «¡Que Dios te bendiga y conduce con cuidado!» y se marchó a toda velocidad.

Recordamos a este hombre durante años; ¡aquello sí que era un verdadero acto de generosidad vecinal! Pero por el momento, recorrimos la corta distancia hasta la gasolinera, llenamos el depósito y compramos provisiones para dos días. Luego subimos la montaña, que en aquel entonces (después del puerto de Köppen, cerca de Hallstatt) era el segundo puerto de montaña más empinado de Europa. En la cima, en el paso donde un antiguo cañón conmemora una de las batallas decisivas por la liberación de Córcega, descansamos y contemplamos una vez más la isla, que desde allí se divisa casi en su totalidad.

János rebuscó de nuevo entre sus papeles, encontró el pasaje sobre el Col de Teghime y leyó en voz alta quién había luchado contra quién allí. Fue un final maravilloso para nuestro viaje; habíamos logrado algo importante para nosotros, y el sol brillaba, especialmente hoy para un hombre en un Mercedes que se dirigía al sur hacia Porto Vecchio. Sí, amigo mío, te he reconocido muchas veces desde entonces, he saldado mis deudas, ¡y sigo trabajando en ello! Miré hacia St. Florent, allá abajo donde la vieja iglesia se alza sobre el agua, casi olvidándome de Nicole, mi pequeña pulga de Lyon. János continuó leyendo, dando vida a una parte de la historia de Córcega.

Desde Bastia, el ferry nos llevó a La Spezia, y desde allí, debido a un retraso, corrimos a toda prisa hasta Florencia, donde, literalmente, llevé a János al tren en el último minuto. Lo recuerdo como si fuera ayer: los últimos 70 km me llevaron exactamente 58 minutos; mirábamos el reloj casi cada minuto, el tiempo apremiaba antes de la salida.

Y con la misma precisión, he olvidado, absolutamente olvidado, cómo fue mi viaje de Florencia a Bregenz; aún descubro fragmentos de recuerdos de una noche que pasé en una granja cerca de Merano y, al día siguiente, la visita a mi amigo de la escuela, Walter S., que vivía en Nauders, en el paso de Reschen-Scheideck.

Pero el resto se olvida. Para siempre.

# La graduación de boxeo

Realmente no me importa que todo el mundo use los signos del zodiaco occidental para la astrología; lo absurdo de eso se ve reflejado en el hecho de que yo, por ejemplo, nací bajo el signo de Libra; un animal interesante, ¿verdad? Así que, naturalmente, uno elegiría algo más apropiado, como el calendario chino, según el cual nací bajo el signo de la Rata. Eso es mucho más apropiado. O el Demonio de Tasmania, ¡definitivamente mi signo del zodiaco! Me gustaría que se reconociera que nací bajo el signo de Auriga, cuya estrella principal es Canopus. Y podría contarles muchas cosas sobre Canopus, la mente más brillante de la corte del faraón Ptolomeo III.

¿Por qué pienso en esto ahora? — Bueno, me preguntaba por qué solo obtuve mi diploma de bachillerato a los 20 años, a pesar de no haber perdido ni un solo año repitiendo curso ni nada por el estilo. Como nací en otoño y, por lo tanto, era camionero, no empecé la escuela hasta los 7 años y completé un programa de bachillerato de 5 años —incluido un año en un instituto politécnico—, es fácil calcular por qué no estaba preparado hasta los 20. Pasé esos 5 años de bachillerato en Salzburgo.

¿Por qué Salzburgo? — Bueno, el profesor de griego antiguo de nuestro instituto humanista era un nazi recalcitrante que, entre otras cosas, nos obligaba a mi compañero Tomi, también de ascendencia húngara, y a mí —sentados al revés en nuestras sillas de madera— a galopar por el suelo de madera del aula mientras repetía su frase favorita (no hay nada más tonto que eso): «...ahí están, los jinetes ávaros del Este...» Bueno, me resultaba difícil aprender griego antiguo en esas condiciones. Como honorable representante de la raza alemana pura, me dio a elegir entre suspender todos los años —¡y se aseguraría de ello, por Thor!— o abandonar el instituto con honores. Yo fui el más sensato y emigré a Salzburgo, donde mis padres consiguieron que entrara en un colegio de élite. — Cuando años después supe que este profesor había sido despedido deshonrosamente del colegio por su comportamiento honorable pero reaccionario, me alegré bastante. Me alegró aún más cuando perdió su escaño en el par-

lamento, ya que el Partido de la Derecha lo destituyó debido a algunos deslices embarazosos en la radio y un discurso de campaña totalmente desquiciado en la televisión local. Posteriormente fue internado en un hospital psiquiátrico, donde vivió hasta una edad muy avanzada.

El hecho de que solo presentara mis exámenes finales en otoño requiere una explicación. Subjetivamente hablando, siempre fui una buena estudiante; objetivamente hablando, otras cosas me interesaban cada vez más que estudiar en ese momento; estrictamente objetivamente hablando, mis calificaciones eran bastante mediocres, casi aceptables, aunque me ubicaban en el tercio superior de mi clase. Apenas había adquirido, con mucho esfuerzo, una comprensión básica del tema de las mujeres (que no ha cambiado significativamente hasta el día de hoy) cuando me enfrenté a las consecuencias en matemáticas.

No, no creo que tuviera nada que ver con el hecho de que el profesor de matemáticas fuera el segundo (y último) nazi entre mis profesores; simplemente era demasiado ambicioso en cuanto a conocimientos básicos y demasiado perezoso y conformista en cuanto a estudiar, y eso no es ideal para las matemáticas. Cuando solté durante un descanso para fumar en el patio de la escuela y llamé al profesor de matemáticas "un maldito nazi" que "tiene que tener cuidado de no pintar esvásticas en la pizarra en lugar de signos de suma", me di cuenta demasiado tarde de que mis compañeros me miraban horrorizados; el profesor estaba de pie detrás de mí, con los ojos brillantes y la barbilla temblando de rabia. Como mis notas en los primeros tres trimestres del año escolar fueron bastante satisfactorias, casi aceptables, y ya había aprobado los exámenes finales escritos, no estaba particularmente preocupado. Pero debería haberlo estado, porque en las últimas semanas de clase, acumulé notas reprobatorias en matemáticas. Hasta ahora, todo bien.

Y, ya que he empezado, debo mencionar también que Michael K., un amigo de la escuela adorable, cariñoso, pero que al final se volvió un poco pesado, me llevó a entrenar boxeo varias veces, con la esperanza de que lográramos algo juntos en el club de boxeo Salzburger Stier*. Sin embargo, yo no tenía la actitud adecuada hacia el entrena-

miento, así que Michael tuvo que convertirse en una leyenda del boxeo por su cuenta. El Salzburger Stier necesita una explicación más detallada; quizás alguna vez visites Salzburgo y te preguntes qué es todo lo que se llama "Salzburger Stier". Primero, desde 1981, el Salzburger Stier es un premio de cabaret, y saber esto te convertirá en el héroe de la noche: casi nadie conoce este codiciado premio. Luego, los guías turísticos de la fortaleza de Hohensalzburg muestran un antiguo órgano* que, en tiempos pasados, emitía una potente señal de alarma cada vez que los bávaros invadían la ciudad. Sin embargo, más famosa es la leyenda del Toro de Salzburgo, una bestia real a la que los sitiados habitantes de Salzburgo pintaban de un color diferente cada noche y que recorría las murallas de la fortaleza por la mañana para que los sitiadores (perdón, pero eran los bávaros otra vez) vieran que los salzburgueses aún tenían abundantes reservas de carne y así se retiraran. Por último, pero no menos importante, el renombrado club de boxeo de Salzburgo, que ha dado numerosos campeones, también lleva el nombre del Toro de Salzburgo.

Pero tras esta breve digresión sobre la vida animal de Salzburgo, volvamos al boxeo: Michael pronto dejó de intentar convencerme; simplemente era incapaz de entrenar con constancia y, además, no estaba concentrado; ¡todavía me quedaba mucho por aprender! Es más, Michael se quejaba a mis espaldas de mi "izquierda perezosa", refiriéndose a una finta que yo mismo había inventado y que lo sorprendía repetidamente con golpes dolorosos.

Nuestro director, que me tenía en alta estima, me nombró jefe del internado, con la esperanza de aliviar a su personal docente, muy bien pagado, mediante los turnos "voluntarios" de sábado y domingo que él mismo había impuesto; no iba a perder la oportunidad de explotar a un joven ingenuo como yo. Desafortunadamente, su aprecio terminó abruptamente una hermosa tarde de sábado cuando golpeé a un chico a través del largo pasillo del internado y luego a través de la puerta cerrada al final. Solo dejé de golpearlo cuando el muchacho estaba tirado en el suelo sobre los restos de la puerta, en la habitación de un tutor que estaba de pie junto al lavabo afeitándose, vistiendo solo unos calzoncillos de colores brillantes. El chico gritó, el tutor gritó —se había cortado la mejilla en estado de shock— y yo

también grité, porque todavía estaba furioso. “¡Asesino!” gritó el tutor sangrante, y toda la casa corrió, “¡Asesino!”

Me pusieron inmediatamente bajo arresto domiciliario. Antes de que llamaran a la policía, la madre de mi víctima se apresuró a venir y entrevistó a su hijo, examinando su diente roto y los moretones. Aparentemente insatisfecha con sus explicaciones, exigió verme. Yo era terco e insistí en que había tenido razón (¡como si existiera el derecho a golpear a alguien!). Durante su interrogatorio, tuve que repetir palabra por palabra lo que el tipo había dicho, razón por la cual lo había golpeado. La madre me pidió que lo repitiera de nuevo, prácticamente haciéndome jurar que había sucedido exactamente así y no de otra manera. Luego llamó a su esposo, el embajador, y consultó con él. Mientras tanto, el director había sido alertado y ahora se unía a nuestro pequeño grupo. El profesor le describió todo sin aliento desde la perspectiva de la puerta rota, la espuma de afeitar ensangrentada y las vendas adhesivas; el director debió haber asumido inicialmente que yo había atacado al profesor con la navaja. Solo mucho después se dio cuenta de que yo no había golpeado al profesor, sino al otro chico, tratando de defender mi honor; en cualquier caso, el director interrumpió en voz alta cualquier discusión posterior y decretó que el infractor (es decir, yo) sería expulsado de la escuela inmediatamente.

Dios debe ser mujer, pues ahora intervenía disfrazada de madre. Me creía más a mí que a su propio hijo, dijo con frialdad y firmeza. Había hablado conmigo largo y tendido, y todo lo que le había dicho parecía creíble y sincero. Todos sabíamos que la violencia era fundamentalmente errónea, y él (es decir, yo) seguramente ya lo había comprendido. Su hijo había cometido un grave error y, en realidad, debería disculparse conmigo, ¡no al revés! El embajador y ella insistieron en que se diera por zanjado el asunto y exigieron vehementemente que permaneciera en la escuela. El embajador (¿o era el cónsul?) regresaría a Austria en unos días y hablaría personalmente con el director una vez más; insistió explícitamente en que no me castigaran. Explícitamente: jamás lo olvidaré.

Aunque la situación se prolongó durante días, y mi compañero y yo tuvimos que pasar varias horas pelando patatas y limpiando la co-

cina para mejorar la comunicación e inculcar humildad, la decisión del embajador se mantuvo. Solo Michael K. quedó muy decepcionado, porque el director llamó inmediatamente al club de boxeo y les dijo cuatro cosas: ¡seguro que un matón tan brutal como yo no encajaba con su idea de boxeo, ¿verdad?!

Ah, sí, una vez que todo se calmó y las cosas parecieron tranquilizarse después de aquella estúpida pelea, el director me llamó a su despacho unos días después y me acusó de traicionar cobardemente la confianza que había depositado en mí, llamándome un matón de lo más desagradable, ¡sí, en efecto! Y estaba doblemente enfadado porque había tomado clases de boxeo, porque ahora no le sorprendía que le hubiera dado una paliza al tipo que era fácilmente 20 cm más alto que yo. Me prometió solemnemente que me atraparía, ¡ya verás!

La oportunidad surgió cuando llamé nazi al profesor de matemáticas, que era nazi, en el patio de la escuela. Solo ahora, en medio de su sórdida, aunque legalmente correcta, orgía de exámenes, un compañero de clase descubrió que se suponía que el profesor de matemáticas había estado al servicio del director durante la guerra, quien, por supuesto, no había sido nazi desde 1945, sino un cristiano devoto y miembro honorable de la comunidad eclesiástica.

De nada sirvió que toda la clase, a pesar de mis protestas, fuera en masa al despacho del director y exigiera, en esencia, que se permitiera llamar nazi a un nazi. ¡Incluso hoy, todavía puedo imaginar a esos sinvergüenzas dándose palmaditas en la espalda y riéndose a carcajadas, después de que a nosotros, los ingenuos, nos echaran con las manos vacías!

Mientras el 75% de mis compañeros reflexionaban sobre qué hacer con sus vidas después de graduarse, Evelyne y Eva, Christian, Billy y yo considerábamos qué cosas esenciales podíamos aprender durante el verano para sobresalir en los exámenes de recuperación en otoño. Christian, quien más tarde se convertiría en un destacado empresario en la administración pública, tenía contactos y descubrió que existía una normativa que se remontaba a la época del káiser que estipulaba que aquellos que se ofrecían como voluntarios para el servicio militar y se presentaban a los exámenes uniformados debían ser

evaluados con indulgencia por la junta examinadora, lo que en esencia significaba que se esperaba que todos los uniformados aprobaran, sin excepción.

Christian, Billy y yo, como era de esperar, nos presentamos uniformados a los exámenes finales, que empezaron tarde porque el desconcertado director primero tuvo que consultar con los profesores sobre qué significaba aquello y si todo estaba en regla. ¡Todo salió bien, todo salió bien! — Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos.

Billy y yo decidimos trabajar y estudiar juntos en el hotel de su padre durante el verano. Billy, que aún no era consejero comercial, decidió en el último momento que ese pequeño trabajo no era suficiente para dos y que prefería pasar el verano en la Riviera italiana; como hijo de un capitalista, ¡no podía quitarme ese trabajo a mí, el chico de clase trabajadora! Su padre sonrió y estuvo de acuerdo; yo también, aunque no logré sonreír del todo.

El pequeño y antaño elegante hotel a orillas de un lago de Carintia sufría las consecuencias de una mala estrategia de marketing y de la difícil situación del sector turístico. Había días en que tres o cuatro personas apenas daban abasto con la carga de trabajo, pero a menudo el hotel permanecía vacío durante días. Como no ganaba dinero en esos días, me centré cada vez más en encontrar maneras de atraer huéspedes. Llamé a todos mis conocidos, preguntándoles si podían recomendarnos clientes.

Así que, tontamente, terminé llamando a Michael en Salzburgo; Michael, el que me había metido en el boxeo y esperaba que lográramos algo juntos en el torneo Salzburg Bull. Bueno, Michael estuvo trabajando en una agencia de viajes durante el verano y se puso en contacto conmigo poco después: sí, había estado en conversaciones con el Club Austriaco de Boxeo Amateur, y estaban interesados en organizar un campamento de entrenamiento en Carintia con algunos de sus atletas; después de unas cuantas llamadas, todo quedó perfectamente organizado. Se estaban preparando para los Juegos Olímpicos, y Austria tenía grandes esperanzas, especialmente en boxeo, así que resultó que los olímpicos Rainer Salzburger, Franz y Hermann

Frauenlob, y el entrenador del equipo nacional, Jo Kaspar, terminaron en nuestro hotel.

Al mismo tiempo —si no fue una coincidencia, debió ser obra de Michael— un grupo de luchadores de estilo libre se registró en el hotel, preparándose para la gira Catch-as-Catch-Can que comenzaría en unas semanas (en aquel entonces, esta forma de lucha de exhibición aún no se llamaba lucha libre). Entre este puñado de luchadores increíblemente fuertes, todavía recuerdo (espero que correctamente) los nombres de los austriacos Otto Wanz y Ferdl Weiß; los demás luchadores eran atletas de Europa del Este, como el Sr. Dimitroff (¿o se llamaba Domitscheff?), el misterioso "Máscara Negra".

Al registrarme, una cosa llevó a la otra; Michael debió haberles contado algunas historias increíbles sobre mí, y Jo Kaspar mencionó casualmente que debería unirme a ellos para correr por la mañana.

Todo empieza a las 5 de la mañana. Monika, la atractiva camarera con la que trabajo hoy, me lanza una mirada de reojo. Antes de que pueda siquiera decir una palabra o pensar en una salida digna que no perjudique mi relación con Monika, Jo Kaspar se va a su habitación, y ahí termina todo.

¡Dios mío! ¡Las cinco de la mañana! Ni llorando ni rechinando los dientes servirá de nada; mi honor está en juego y, mucho más importante, porque es algo más tangible, mis posibilidades con Monika, ¡así que me levanto! Mientras espero en el estacionamiento con unos pantalones cortos de gimnasia prestados y una camiseta sin mangas, alcanzo a ver su rostro tras las cortinas. Bueno, un punto a mi favor, aunque sean las cinco de la mañana. Lo que siguió fue una carrera a campo traviesa.

Minutos después, me arrepiento de cada Marlboro que he fumado; unos minutos más tarde, las cervezas y luego el cerdo asado se convierten en las siguientes cosas de las que me arrepiento. Menos de veinte minutos después, me arrepiento de toda mi existencia cósmica. Los atletas, en un espíritu de camaradería, ayudan al camarero que está en apuros. A las seis en punto, estamos de vuelta en el hotel. He sudado al menos una docena de litros, y ahora todos están senta-

dos expectantes en el comedor. Yo no, porque subo corriendo a mi habitación, me ducho, y minutos después estoy abajo con pantalones negros y camisa blanca con pajarita, listo para servir el desayuno. Cojeando, jadeando y con un dolor muscular insoportable.

Caballeros, ¡qué experiencia tan estresante! Sin embargo, en los días siguientes, apenas logré recorrer la mitad de la distancia, si acaso, y luego volví trotando al hotel por un atajo para recibir a los atletas con un desayuno ya preparado. Pero no crean que eso fue todo. La cosa se puso aún más intensa después de que todos los demás huéspedes se marcharon y nuestro hotel se transformó en un hotel exclusivo para deportistas.

Jo Kaspar sonrió amablemente cuando, después del desayuno, me sugirió que lo acompañara a la carpa de lucha libre, donde también entrenaban los boxeadores. Tenía mucha curiosidad, sobre todo por ver a los famosos luchadores, y acepté encantado. Rápidamente recogí las mesas y los platos, y luego me dirigí al autobús.

La primera media hora fue tal como la esperaba. Los luchadores practicaban lucha libre, y los observé con asombro mientras entrenaban llave tras llave, lanzamiento tras lanzamiento. Todo estaba cuidadosamente coreografiado. Por supuesto, tenían que aprender a caer y lanzarse correctamente para que pareciera malo; probablemente también les dolía un poco, pero el objetivo principal era evitar lesiones graves, tanto a ellos mismos como a sus compañeros. Aun así, tenía que parecer marcial. Me fascinaba cuando practicaban una combinación lentamente al principio, luego cada vez más rápido, hasta que al final daba la impresión de que los tipos realmente se estaban entregando. Claro que no era así. O tal vez un poco, si se trataba de Dimitrov.

Entonces Jo Kaspar se acercó, se quedó en silencio a mi lado y observó la lucha. Ya rondaba los sesenta años, era de mi estatura, pero muy atlético y fuerte, y tenía un apretón de manos tan fuerte que me hacía llorar cada vez que me daba la mano. Rainer Salzburger, en cambio, era alto y tan delgado que casi nadie habría adivinado que era el mejor boxeador de Austria. Los dos hermanos Frauenlob eran corpulentos y musculosos, ambos herreros de oficio, que regentaban

una fragua artística en Salzburgo. El antebrazo de Franz era tan ancho como mi muslo; Hermann era algo más delgado que su hermano.

Entonces Jo Kaspar se apoyó en mí y me dijo con cara seria (solo una leve sonrisa asomaba bajo sus arrugas): «Me necesitaba, sus muchachos necesitaban un compañero de entrenamiento». Claro que no me di cuenta de la sonrisa (ni de que era una broma) y me quedé perplejo, porque sabía perfectamente lo que era un combate de entrenamiento: un puñetazo en la nariz y me dejaban tendido en la lona. Y eso fue exactamente lo que pasó, o casi exactamente.

Debo añadir que debí de malinterpretar algo durante una conversación y, a partir de entonces, creí que Jo Kaspar era un excampeón europeo de boxeo, lo cual me llenó de gran respeto y admiración. Treinta años después se aclaró el error; ¡pero desde luego no quiero insinuar que aquel buen hombre me engañó!

—Michael K. dijo —dijo Jo Kaspar— que eres muy rápido de pies y que lanzas una izquierda descarada. ¡Quiero verlo con mis propios ojos! (Probablemente Michael dijo en realidad: izquierda perezosa, pero ese no es un término de boxeo; seguramente quiso decir que a veces le hacía falta). Jo me dio un par de guantes y se puso unos él mismo. Yo seguía paralizado por el miedo y apenas me di cuenta de que Hermann me ponía los guantes y luego los apretaba con bastante fuerza. Antes de que pudiera decir ni una palabra, estaba de pie en el ring frente a Jo Kaspar. Yo, que nunca antes había peleado contra un boxeador de verdad, ahora me enfrentaba a un excampeón europeo y estaba a punto de recibir una paliza terrible. ¡Todo porque Michael tenía que hablar sin parar de mi legendaria velocidad! ¿Dónde estaba ahora? ¡Me temblaban las rodillas y el pulso me latía a mil por hora, lo juro!

“¡Vamos!”, dijo Jo Kaspar, agitando los brazos varias veces frente a mi cara. Retrocedí sorprendido, porque nadie había agitado los brazos tan rápido en un entrenamiento; allí todo se hacía despacio y con calma. Jo sonrió (porque alguien que ya ha mandado a varios campeones a la lona suele sonreír) y me asestó golpe tras golpe en la cara y el cuerpo. Por mucho que me agachara y saltara, me tenía en la mira y me golpeaba cada vez. No fuerte, siempre ligeramente. En

medio de esta ráfaga de golpes, oí sus instrucciones: que debía lanzarme a la izquierda o a la derecha, levantar la guardia a la derecha o a la izquierda, y, maldita sea, ¿quién te enseñó a encorvarte como Quasimodo? Seguí sus instrucciones lo mejor que pude, pero él seguía golpeando, y supe que mi rendimiento no estaba a la altura; en el mejor de los casos, solo podría hacer carrera como saco de boxeo.

Decepción. Él acertaba siempre. Yo nunca. Me quedé allí parado como una estatua, clavado en el sitio. Poco a poco me di cuenta de que tenía que moverme, y rápido. Así que me moví tan rápido como pude, y ahora solo 99 de cada 100 golpes daban en el blanco. Jo tomó un respiro y comentó que él (yo) sabía un par de cosas sobre el juego de pies, y entonces lo único que vi fue una cosa grande, redonda y de cuero marrón que se abalanzaba sobre mí. Casi me siento, porque no me lo esperaba; estábamos tomando un descanso, ¿no? Rainer estaba de pie detrás de mí, animándome. Franz y Hermann interrumpieron su entrenamiento y se acercaron. Rainer me instó a agacharme más rápido, golpear y luego levantar la guardia inmediatamente. En un momento dado, salté hacia atrás, dejé que mis brazos colgaran y dije entre lágrimas de rabia que simplemente no podía vencer a alguien mucho mayor que yo.

No debí haber dicho eso; ahora lo sé. En aquel entonces, también lo supe de inmediato, porque Jo Kaspar me dio un puñetazo en la nariz, haciendo saltar chispas, y dijo que no se sentía tan viejo, que si podía, le pegara, y los demás se rieron a carcajadas. Me enfadé, lo cual no ayudó mucho, porque solo hizo que mis intenciones fueran más predecibles. Como soy zurdo, siempre empiezo mi ataque desde la derecha, y claro, se ve venir con mucha antelación, porque el hombro derecho se mueve hacia adelante mucho antes que el puño. Se puede ver un hombro enfadado con mucha antelación.

Franz comentó esto y le dijo a su hermano Hermann que todos los principiantes eran así, y que era inútil. Hermann dijo que solo el engaño podía ayudarlo (a mí), el engaño de tal y cual manera, y lo hizo, cortando —¡zas!— al aire. De alguna manera lo entendí y lo imité. Me giré a medias y golpeé con el puño "equivocado", golpeando a Jo con fuerza por primera vez, y dije, asombrado: "¡Lo siento!".

Por supuesto, mi fuerte puñetazo golpeó a Jo como si lo rozaran las alas de una mariposa; se rió y me dijo que lo intentara de nuevo. La mayoría de las veces ya no lo conseguía; el truco se había vuelto transparente y predecible. Sin embargo, una o dos veces logré ejecutar el rápido doble giro y aterricé, o al menos rocé el pecho o el hombro del maestro. A diferencia de Michael, él no se quejó de mi "izquierda perezosa", ni siquiera se inmutó, y pronto dejó que mi ataque fallara. De nuevo, hice una finta doble a la derecha, dejé que mi izquierda se proyectara hacia adelante y lancé un fuerte golpe al aire, porque él ya estaba completamente fuera de juego. Lo que yo, en mi arrogancia desmedida, pensé que era una finta brillante resultó ser una rutina fácilmente descifrable para el profesional. Darme cuenta de que parecía un pato cojo comparado con el viejo casi me hizo llorar. Me descontrolé como un loco, golpeando las cuerdas del ring, el poste de la esquina y probablemente también a espectadores que no estaban involucrados, pero nunca volví a golpear a Jo Kaspar.

Finalmente, el cielo se apiadó de mí y permitió que Jo se diera cuenta de que probablemente nunca serviría para el boxeo, al menos no todavía. Se apartó y me dijo que dejara de decir tonterías, y así lo hice, agradecido y completamente sin aliento. Michael tenía razón, dijo Jo burlonamente, realmente podía hacer una finta. Si hubiera sido un poco menos ingenuo, probablemente me habría dado cuenta de que no todos los atletas estaban contentos con las payasadas de su entrenador. Más tarde, Hermann me llevó aparte varias veces y me enseñó algunos fundamentos del boxeo correcto; primero, cómo debe pararse un boxeador y no parecer un camarero que se ha colado accidentalmente en el ring. Pero mi prometedora carrera de boxeo terminó abruptamente esa semana cuando los atletas se marcharon.

Debimos llevarnos bastante bien, porque cuando tuve que volver a Salzburgo en otoño para prepararme para los exámenes finales, me permitieron quedarme con la familia Frauenlob. Sobreviví a los exámenes, así como a la obligatoria juerga posterior, sin mayores problemas. Poco después, me quedé pegado al televisor viendo a Rainer, Franz y Hermann competir en los Juegos Olímpicos. Pero para entonces ya estaba sirviendo en las Fuerzas Armadas austriacas y tuve que aprender a luchar más y de una manera diferente.

*He marcado con * algunos elementos para añadir datos que no pudieron incluirse en el flujo del texto:*

*El "profesor de boxeo" Mag. Dr. Rainer Salzburger fue cinco veces campeón austriaco de boxeo amateur y olímpico en México 1968; en su profesión civil impartió clases de educación física (deportes) y geografía en escuelas secundarias y es presidente de la Asociación Austriaca de Boxeo Amateur ÖABV.*

*Los hermanos Franz y Hermann Frauenlob, originarios de Salzburgo, fueron también varios campeones austriacos de boxeo amateur y participantes en los Juegos Olímpicos de México 1968.*

*Josef "Jo" Kaspar, de Linz, fue el entrenador nacional de la federación de boxeo durante unos 20 años.*

*Además del mencionado premio de cabaret, el "Toro de Salzburgo" también da nombre a una competición de halterofilia, un festival de dardos y una competición de saltos; que yo sepa, nunca ha existido un club de boxeo llamado "Toro de Salzburgo".*

*Los desacuerdos con Michael K. (que no es su nombre real) me llevaron a cambiar tanto su nombre como el del club.*

*Para los interesados en la historia, cabe destacar que el "Toro de Salzburgo" es, en efecto, un instrumento musical único: encargado en 1502 por el entonces arzobispo Leonhard von Kettschach (1495-1519), este órgano de barril gótico tardío con mecanismo de trompa (200 tubos de estaño) servía como cronómetro acústico para la ciudad de Salzburgo. Durante 500 años, estuvo alojado en una pequeña estructura de madera junto al teleférico (el "Reißzug" de 1504). Los barriles de arce de 1,7 metros de longitud se accionaban inicialmente de forma manual mediante un sistema de engranajes de madera, y posteriormente mediante uno de hierro. Varias obras de Leopold Mozart, que aún se conservan, son particularmente notables. El Toro de Salzburgo fue dado de baja en 1994 y restaurado entre 1999 y 2002. — No pude averiguar si alguna vez se utilizó como señal de alarma.*

# acantilados bretones

*Mi colección de aventuras autobiográficas se ha reducido considerablemente; ya les he contado la mayoría. El resto, que me ha conmovido durante los últimos 50 años, no es apto para ser escrito... ;-) Pero, sin desanimarme, he vuelto a rebuscar en el viejo baúl, he sacado las historias exageradas y también las muchas anécdotas divertidas que un viajero aficionado puede contar al regresar sano y salvo a casa (si es que regresa sano y salvo, claro).*

*La historia de una carrera de boxeo truncada quedó relegada, al igual que la del Santo Grial, la del primer ascenso al Montsalvatsch en los Pirineos. Desempolvo los libros de Merlín y Arturo, que llevan siglos esperando ser publicados, y siento una extraña melancolía al hojear las cartas náuticas dibujadas a mano de Oahu y Viti Levu: no, todo eso vendrá después, quizás. El rey Ricardo Corazón de León y su cortejo a la bella Berengaria de Navarra: una rápida bocanada de aire, un guiño en la pequeña fuente de polvo, y el polvo cae al suelo como su adversario Isaac de Bizancio. Esos tres también tendrán que esperar. Escribiré todo eso, pero no hasta más tarde.*

*¡Oye, ¿qué es esto?! Al principio pensé que era una vieja cámara de bicicleta, pero cuando le quité el polvo y la miré más de cerca, descubrí un kayak infantil gris anaranjado y sucio. Ya sabes, de esos inflables que solían reaparecer cada año, sin cesar, en las secciones de camping de los grandes almacenes Gerngross (que en paz descanse) y Herzmansky (también).*

*¿Cómo era todo aquello? Un acantilado rocoso coronado por una fortaleza medieval; una amplia y luminosa playa de arena y una multitud de niños riendo; madres absortas en la triple edición de la novela "Amor de verano" de Bastei-Lübbe, y gaviotas chillonas defecando sobre Bastei-Lübbe desde una distancia prudencial. En medio de todo este bullicio veraniego, un padre agitado, frenético y sudando, corría por la playa...*

Las vacaciones familiares de 1984 estaban llegando a su fin. En los últimos días, mi hijo de casi 12 años, Tibi, había logrado ablandar el corazón de su padre y ahora se pavoneaba hacia la playa de arena poco profunda para botar por primera vez el kayak de goma recién adquirido, una monstruosidad inflable naranja. En aras del orden (y en defensa de la indulgencia de mi padre), también hay que decir que, a pesar de tener solo doce años, colaboró diligentemente y con valentía, lo que resultó ser un verdadero alivio, especialmente cuando se trataba de la gran tienda de campaña para ocho personas con sus pesados postes. El kayak, por lo tanto, se lo había ganado con creces. Aunque Tibi estaba muy decepcionado con el color naranja y hubiera preferido algo completamente diferente, algo absolutamente asombroso; Pero era lo único en la pequeña tienda de deportes entre lo que podía "elegir"... Su madre Margret y mi hija Julia —que ni siquiera tenía dos años por aquel entonces— ya estaban sentadas en la playa con mi hija Anuschka —de casi cuatro años— y la madre de Anuschka, Geraldine, disfrutando de la vida playera bañada por el sol: construyendo castillos de arena, destruyendo los castillos de arena rivales y corriendo llorando hacia sus respectivas madres ("¡Mamá, mamá, lo ha vuelto a destrozar todo!"). La consulta arquitectónica de Tibi y mía, que incluía apoyo en la construcción y personal temporal, llegó a un abrupto final cuando Tibi se topó con algo viscoso y resbaladizo del pasado de la Tierra a una profundidad de unos 50 cm...

Los primeros indicios de genialidad matemática aparecieron cuando uno de ellos tomó un palo y trazó una línea en la arena: "¡Mi mitad, tu mitad!", lo que inevitablemente tenía que conducir a un drama de teoría de conjuntos ("¡Mamá! ¡Ella tiene más mar que yo otra vez!").

Como ya dije, una vida playera bajo el sol. Mientras tanto, Tibi y yo nos esforzábamos por inflar la monstruosidad naranja. Mis mejillas se hincharon enormemente, la vena de mi frente se hinchó alarmantemente, y mi silenciosa maldición sobre el estúpido hábito de fumar y sus evidentes consecuencias salió a borbotones con mi aliento. ¡Luego una leve tos y otro intento de inflarla!

La playa a los pies del pueblo de Douarnenez, en Bretaña, donde acampamos, era una de las pocas aptas para familias: tenía unos 200 metros de ancho, el agua estaba sorprendentemente cálida y se podía caminar bastante mar adentro antes de que se volviera realmente profunda. Al sur, un imponente acantilado sostenía el pueblo de Douarnenez, antaño fortaleza medieval. El único inconveniente eran los acantilados que bordeaban la playa por el norte; según la guía náutica y la guía de Francia, allí había remolinos relativamente peligrosos que podían resultar peligrosos para un nadador desprevenido. Naturalmente, les expliqué a mis hijos con detalle el peligro latente y que, si se adentraban demasiado, podían ser arrastrados hasta Brasil.

«Papá, ¿qué es Brasil?» —Bueno, desde luego no soy un narrador de historias épicas y extensas, para nada, pero dejar que un niño creciera tan estúpido y sin educación, no, simplemente no podía permitirlo. «Brasil, querido niño, es un país muy, muy lejano...» —Margret y Geraldine llevaron a los niños a la tienda al mediodía para prepararles la merienda, aunque yo solo había estado en la casa de Francisco Pizarro y, por supuesto, Brasil no estaba ni cerca, por no hablar de Pelé y el Pan de Azúcar.

Pero por favor, no quiero ser responsable si uno de mis hijos se olvida de comer por estar tan atento y se muere de hambre. Así que, denle al Infante lo que le corresponde y luego vuelvan aquí para que pueda continuar con Brasil. ¡Oigan, ¿adónde corren?!

—Papá —dice el niño de doce años, muy despierto, y me parece que hay un toque de rebeldía en su tono—, ¡quiero ir a remar ahora mismo! Pero sí, pienso, ¡aún no ha probado la barca nueva!

“De acuerdo, adelante, pero ten cuidado, hay remolinos peligrosos allí atrás, cerca de los acantilados...”, pero el hijo ya ha desaparecido en una nube de polvo, arrastrando tras de sí la monstruosidad naranja.

Miro a mi alrededor para ver si hay alguien más escuchando; no, las madres están leyendo y los gorriones jóvenes empiezan con tenacidad nuevos castillos de arena, mientras Tibi, como su padre antes que él, lucha valiente y tenazmente por abrirse camino hacia el norte

contra el viento y las olas. Bueno, entonces me tumbaré un rato y pensaré en cómo puedo llevar a Brasil a ese estúpido Pizarro, que se perdió irremediablemente en los Andes chilenos...

Margret me da un ligero codazo. Las dulces chicas indias con las que había estado trenzando guirnaldas de margaritas desaparecen en un instante, y le guiño un ojo a mi esposa, medio dormida. «¡Hace mucho que no veo a Tibi!», dice con seriedad, y al instante me despierto del todo.

—Estaba ahí abajo, en la playa —digo, asombrada. Donde hace un momento había una playa desierta, ¡ahora hay cientos de personas! Me levanto de un salto como si me hubiera picado una tarántula y empiezo a correr. Naturalmente, hacia los acantilados, hacia el norte.

¿Conoces esa sensación? Correr por la arena dura, resbalar sobre tumbonas y toallas de playa, persiguiendo todo lo que sea naranja, por muy discreto que parezca. Pronto, los objetos naranjas resultan ser toallas, flotadores y bañadores. ¡Pero ni rastro de una lancha inflable naranja!

"¿Quizás viste un bote de goma naranja? Avez-vous vu un bateau en gomme, un Kajak orange?"

Disminuyo la velocidad y camino paso a paso hacia los acantilados; ¡nada! Con cuidado y tan rápido como puedo descalzo, trepo por las pequeñas rocas, rodeo el cabo después de unos minutos y retrocedo bruscamente, balbuceando una disculpa, cuando una pareja de enamorados me sisea con veneno.

¡Ni un solo Tibi, ni un solo Orange a la vista!

Puedes reírte, pero estoy mirando fijamente al horizonte, escudriñando el vasto mar azul en busca de algo naranja parecido a una lancha neumática. ¡Nada! Ya me lloran los ojos de tanto mirar, pero no me importa, ¡tengo que salvar al pobre gusano!

¿Dónde podría estar? Tras pensarlo un poco, decido volver a la playa con las mujeres. Corro de nuevo junto al agua, observando con curiosidad a cada grupo de niños que saltan en las olas, y sigo co-

rriendo. Ignoro a las madres ansiosas que se aferran a sus pequeños porque un hombre corre como una locomotora, y también a las más valientes que le preguntan al corredor sudoroso en todo tipo de idiomas qué está pasando. ¡Es increíble! ¿Dónde diablos está el niño?

Ahora estoy de vuelta con Margret, Geraldine y las niñas. "¿Lo han visto?" Miramos a nuestro alrededor con impotencia, nuestra mirada cada vez más desesperada mientras contemplamos los acantilados. Nuestra impotencia pronto se convierte en certeza: ¡mi pequeño hijo está a la deriva en el Atlántico, rumbo a Brasil!

¿O tal vez no? Reflexionamos sobre esto, y entonces mi esposa —la más sabia de todas, como diría cierto EK— pregunta si no deberíamos mirar en la otra dirección. Me quito un peso de encima, pero sí, ¡por supuesto! Sin duda no habrá nadado hacia la derecha como de costumbre, sino que, excepcionalmente, habrá remado hacia la izquierda, hacia la bahía interior.

Aliviada, emprendí la marcha al trote, con el filtro de búsqueda naranja activado al máximo. Cuanto más me acercaba a la bahía interior, menos gente había. Nadie nadaba allí; era un punto de acumulación de tierra y madera arrastrada por el mar. Corrí hasta que, cegada por las lágrimas, me encontré frente al alto acantilado sobre el que se alzaba la ciudad de Douarnenez.

Ni Tibi, ni bote inflable, absolutamente nada.

No es solo la dificultad de caminar lo que me debilita las rodillas. No, ya he recorrido toda la playa, mi pequeño se ha ido, se ha ido para siempre. Lentamente, mi gran y tierno corazón se convierte en un pequeño y duro trozo de hielo. Regreso caminando, pensando en mil posibilidades, desde traficantes de personas y ovnis hasta cazadores de esclavos.

Desde lejos ya puedo ver a Margret y Geraldine corriendo emocionadas hacia mí, y allí, sí, junto a ellas, un pequeño guerrero cansado y muy maltrecho que lleva sobre sus hombros una obstinada barca de goma naranja, que me hace pensar más en una tortuga...

Tibi.

Lo tenemos de vuelta.

Ágil como un ciervo, corrí hacia mi familia, los abracé a todos y me llené de alegría al reunirnos. Intentamos no alarmar al pobre muchacho y luego nos enteramos de que, efectivamente, el viento y las olas lo habían arrastrado hacia los acantilados, siempre con el agua hasta las rodillas y sin peligro alguno, hasta que decidió regresar a casa a pie, derrotado, ya que no podía remar más contra la fuerza de la naturaleza. Debí de pasarlo por alto —mirando a lo lejos— y pasé justo a su lado. No quería arrastrar su nueva y preciada posesión por la arena (¡me pregunto qué habría dicho su padre!), así que le dio la vuelta a la monstruosidad, se la echó a la cabeza y a los hombros, y luego caminó de regreso por el camino costero hasta la casa de su madre.

Mis niveles de adrenalina volvieron a la normalidad, la tarde se tornó calurosa y me recuperé con una agradable siesta. Uf, ese fue el último día de vacaciones; bastante emocionante, pero mañana volvemos a casa. Y esta noche saldremos a disfrutar de una última gran cena, un "gran festín de jabalí al estilo Astérix". Entonces, esta aventura también habrá terminado. Me quedé dormido plácidamente. Teníamos a nuestro hijo de vuelta, así que nada podía salir mal ahora.

Absolutamente nada.

Cuando llegamos a la carpa y nos cambiamos de ropa, nos sorprendió encontrar una feria instalada a lo largo del kilómetro de carretera costera que conducía al pueblo, con un puesto tras otro. Algodón de azúcar, dulces, ositos de peluche y conchas marinas decoradas con mucho gusto. Frente al restaurante grande y caro, había un carrusel.

Hasta ese momento, habíamos logrado mantener la disciplina; después de todo, habíamos racionado deliberadamente nuestro dinero francés para que nos alcanzara para la última noche. Pero aún no teníamos suficiente para la feria. Con disciplina o sin ella, ni el comerciante más curtido podía resistirse a ese maravilloso carrusel.

Los niños podían subirse. Una vez. Dos veces, tres veces. Pero ya basta, niños, vamos a comer. Cuatro veces. De acuerdo. Pero ya es suficiente por ahora; tal vez más tarde.

Tal como habíamos planeado, cenamos de maravilla, pidiendo los mejores platos del menú y comiendo con servilletas de tela y siete juegos de cubiertos. Un verdadero placer después de varias semanas en una tienda de campaña.

Entonces Anuschka dijo —aún no habíamos llegado al plato principal— que ya estaba llena y que ahora quería subirse al carrusel.

Ahora.

Le explicaron pacientemente que le servirían otro plato, seguido del postre, y quizás un café después del queso, y solo entonces terminaría la comida. Después de la comida, habría otro paseo en el carrusel.

¡No! La pequeña Anuschka quería subirse al carrusel, ahora mismo. En cuestión de segundos, nuestra dulce hijita se transformó en una bestia rugiente, con la que desde luego no tenía ningún parentesco, y gritó entre lágrimas de rabia: "¡Carrusel, carrusel!". No solo los camareros parecían ofendidos, sino que incluso el corpulento jefe de cocina se asomó por la puerta y negó con la cabeza. Nuestros intentos de mediación fracasaron; los gritos se volvieron vergonzosos, y los pocos comensales que quedaban nos miraban con desaprobación. Geraldine, normalmente una madre paciente y serena, perdió cada vez más el control de esta bestia rugiente (que no podía ser mi hija) y, a su vez, gritó que si no paraba inmediatamente, la llevaría directamente a la carpa y no habría paseo en carrusel. Y así sucesivamente.

Tratamos de mirar por encima del hombro a los otros huéspedes impacientes. No, no éramos malos padres, éramos alternativos; resolvíamos estas pequeñas diferencias con los niños, no debían ser frustradas por el dominio materno (menos frecuentemente paterno). Y no hacemos nalgadas, ni siquiera nalgadas sanas. Pero en realidad, niño, ¡ya basta! Puedes parar, sabemos lo fuerte que eres. ¡Para, dije! "¡Carrusel, carrusel!" gritó el alienígena de cara roja, golpeando sus

pequeños pies con cada “ca” y “ru” y “sel”, escupiendo lágrimas y gritando con una voz cada vez más temblorosa, “¡Car-ru-ssell, car-ru-ssell!” y aullando y sollozando y golpeando sus pequeños zapatos.

Geraldine, que había aguantado con valentía hasta ese momento, finalmente no pudo más. Tomó a Anuschka en brazos y nos susurró que la llevaría unos pasos más hasta la playa para que llorara hasta quedarse dormida, y luego regresarían. Y entonces desapareció. Nosotros, los camareros e incluso el chef respiramos aliviados al ver que la refinada calma volvía al restaurante de cinco estrellas.

Julia y Tibi se habían portado bien y se habían mantenido al margen. Julia, porque había estado devorando a escondidas el postre de Margret (creo que eran rodajas de castañas cubiertas de chocolate glaseado) durante todo el asunto, y Tibi, que a sus doce años no tenía paciencia para niños pequeños que gritaban. Pero ahora el plato de postre de Margret estaba vacío y los niños se estaban aburriendo.

Julia se removía inquieta en su silla y se negaba a quedarse quieta. «Un restaurante francés como este no es apropiado para niñas pequeñas», se decía a sí misma, y se volvió bastante molesta. Y luego lo fue aún más. Sentí lástima por Margret, porque estaba preocupada por Geraldine y Anuschka, que llevaban mucho tiempo fuera; sentí lástima por mí misma porque sabía —de una forma u otra— que el último coñac y el buen puro se acabarían.

¡No te imaginas lo creativos e inteligentes que son algunos niños de tan solo 12 años! Claro que a Tibi le importaba un bledo mi coñac, y mucho menos el cigarro apestoso, ni la preocupación de mamá por la gritona Anuschka. Le daba mucha vergüenza nuestro juego; hubiera preferido estar lejos, a salvo en la tienda de campaña, por ejemplo, y como su hermanita ya se movía inquieta en su silla, se ofreció a ir con Julia a “casa de Geraldine y Anuschka”. Margret y yo, que (supongo) estábamos enfrascadas en un debate sobre la crianza de los hijos, hablando de restaurantes elegantes, carruseles y niños pequeños, asentimos distraídamente, y el querido Tibi cogió a su hermanita de la mano y se marchó.

Minutos después, Geraldine regresó de la playa con Anuschka. Anuschka había corrido y jugado a sus anchas. Miramos con curiosidad hacia la puerta, preguntándonos dónde estarían Tibi y la pequeña Julia.

Probablemente se hayan perdido guerras, o princesas que no hayan sido rescatadas del malvado dragón, porque "escuchar con atención" es bastante difícil... Geraldine no los había visto, no, tampoco estaban frente al restaurante. Margret y yo intercambiamos miradas pálidas. Pagamos lo más rápido que pudimos y salimos corriendo, recorriendo la zona. Ni rastro de Tibi, ni de Julia. Pronto oscureció.

¿Qué había dicho? "¡Voy a casa de Geraldine y Anuschka!"

Así que Geraldine había ido a la playa con Anuschka, a la playa desierta, para que Anuschka pudiera gritar a todo pulmón sin molestar a nadie. Pero ¿adónde, "a la playa"? ¡No, otra vez no: a los acantilados!

Buscamos por todas partes; ya era de noche cerrada. La marea subía sin cesar y el pequeño sendero que bordeaba los acantilados estaba completamente sumergido. Me quité los zapatos y caminé con cuidado sobre las piedras resbaladizas, registrando cada rincón. Margret, Geraldine y Anuschka, que se habían quedado muy calladas, buscaron detrás de las galerías de tiro y en las pequeñas dunas, pero no había ni rastro de nuestros hijos. Habían desaparecido, engullidos por la noche.

Me acerqué con determinación al único policía que vi. Intenté hablar en francés lo mejor que pude y le expliqué al hombre gordo y flemático, vestido de azul, que mis hijos habían desaparecido: un niño de doce años y una niña de casi dos. Habían ido a la playa, pero no había rastro de ellos. Tras varios intentos, lo entendió y se inclinó hacia su Peugeot para avisar por radio. ¡Ah, los turistas! ¡Otros niños se han precipitado por los acantilados, han caído en una grieta por la noche y se han ahogado!

En ese instante, miro por encima de la multitud; no me gustan las muertes repentinas y prefiero mirar a lo lejos para que nadie vea mi

párpado tembloroso. Así que, en ese momento histórico, veo a Tibi. Tibi, cargando a Julia sobre sus hombros y con aspecto muy exhausto.

Veo a Margret salir corriendo, justo en medio de la multitud. Le hablo frenéticamente al policía, diciéndole que los pequeños han vuelto, que debería olvidarse del asunto, y entonces se queda asombrado, porque yo también salgo corriendo como Nurmi.

Tras la reunificación, los niños pueden volver a subir al carrusel (por supuesto, bajo la más estricta supervisión), tomar un helado y regresar caminando con nosotros por la ruidosa calle comercial (también bajo la más estricta supervisión).

Poco a poco, todo se fue aclarando. Tibi solo había oído que Geraldine había amenazado a la furiosa Anuschka, diciéndole que fuera a la tienda; pero no la había oído susurrar nada sobre la playa. Así que él y Julia fueron a la tienda, pero no había ni rastro de Geraldine ni de Anuschka. Entrar en la tienda, bien cerrada con llave, fue, por supuesto, una tarea complicada, y antes de que Julia pudiera asustarse de verdad en la oscuridad, el ingenioso Tibi encendió una lámpara antimosquitos. Seguían sin aparecer ni Geraldine ni Anuschka. Así que se sentó con la niña frente a la lámpara, le leyó un cuento y esperó ansiosamente a que aparecieran Geraldine y Anuschka. Al cabo de un rato —mientras tanto, también se había comido una chocolatina —, regresó a la carretera de la costa con Julia para ver si venía alguien. Pero no vino nadie, excepto un vecino amable de la tienda de al lado, que se acercó en bicicleta justo antes de llegar al pueblo y le dijo que sus padres lo estaban buscando desesperadamente. Sin dudarlo, agarró a la ahora adormilada Julia y se apresuró a llegar al pueblo donde nos encontró.

Probablemente ya se hayan perdido guerras, o las princesas hayan sido asesinadas por el príncipe malvado... uhhh, ya hemos pasado por eso... Bueno, lo que realmente quería decir era: estaba jodidamente feliz de tener a mis hijos de vuelta.

# Aventuras en el Mar Rojo

**El Cairo, noviembre de 1991.** Per, Helga y yo —el grupo de avanzada, por así decirlo, encargado de obtener los documentos del barco, los derechos de tránsito, los permisos de buceo, etc.; nos encontraríamos con el barco y el resto de la tripulación en Port Said— habíamos pasado unos días en El Cairo y estábamos agotados por la abrumadora cantidad de tesoros culturales. Pronto nos daríamos cuenta de que (por supuesto) nos consideraban espías, ¡dado que la Guerra del Golfo se libraba justo al lado! Cualquiera que no fuera periodista o presentador de televisión era, inevitablemente, un espía. Naturalmente.

La recepcionista del Sheraton de El Cairo nos guiñó un ojo amistosamente cuando le preguntamos por las mejores rutas para recorrer la ciudad y llegar a las pirámides. Rechazamos de inmediato su primera oferta de un típico tour turístico; pero supongo que eso es lo que hacen todos los espías: alquilan un coche, claro. Así que nos recomendó a su primo, un conductor muy fiable que solía llevar a funcionarios del gobierno; ya saben, guiño, guiño.

Respondió a nuestras sinceras y honestas garantías de que éramos simples marineros con aspecto de conocedores: ¡Buen disfraz, eh!

Habíamos visitado diligentemente todos los lugares mencionados en las guías culturales pertinentes, y a pesar de docenas de viajes en taxi, habíamos caminado kilómetro tras kilómetro para verlo absolutamente todo. Aquí hay algunos fragmentos de mi memoria; el resto está en la guía: Excursión de un día al oasis de Fayum: cuando el conductor quiso saber qué camino debía tomar —aparentemente había tres— señalé con los dedos, sugiriendo que con tres caminos, uno seguramente tomaría el del medio, ¿no? (¡Seguro que uno puede intentarlo!). Él sonrió ampliamente y dijo: “Ya lo sabías, es una zona restringida, una zona militar, ¡sí!”. Para cualquiera que quiera seguir sus pasos: ¡bajo ninguna circunstancia deben tomar el camino del medio! Hay un puesto de control militar a medio camino entre El Cairo y Fayum, justo en medio del desierto. Tuvimos suerte, porque

Per tenía uno de esos pasaportes azules de la administración pública, que tiene un aspecto bastante barroco e impresionó a la milicia que nos había bloqueado el paso de forma grosera y que al principio quería hacernos retroceder los 130 kilómetros. Sin embargo, con ese pasaporte tan peculiar, fruncieron el ceño y nos dejaron continuar; nunca se sabe lo que pueden escribir esos jeroglíficos franceses y alemanes tan ornamentados. Y nuestro conductor sonrió, porque «ya lo sabía». Guiño.

El viaje de regreso tomó un amplio desvío a través de las provincias occidentales. En un punto, el conductor señaló a la izquierda: "Ahí, eso es Libia, el gran desierto libio. El desierto blanco. ¡Alto, agárrense, tenemos que ver esto!". Así que salimos del Peugeot (casi todos los taxis de El Cairo son Peugeot) y subimos a la cima de las dunas. Creo que me voy a asfixiar. El vapor sube desde detrás de la cima a 50 grados Celsius o más; ¡no puedo respirar, es como un horno! Tres pasos hacia atrás, respiro hondo, tres pasos hacia adelante y miro a un lado, no respiro. Tres pasos hacia atrás, exhalo. Impresionante, el desierto blanco. "Allá", le dije a Helga, "a unos 120 km al oeste se encuentra Sakra-Blabla, donde murió Alejandro Magno y presumiblemente está enterrado". "Probablemente te refieres al oasis de Siwa", susurró la poco culta Helga con voz apagada, apartándose de mí, el filisteo, horrorizada.

El viaje por el Nilo fue inusual para nosotros, "verdaderos marineros".

Solo queríamos calmar nuestra sed y vimos uno de los vapores fuera de servicio amarrado a orillas del Nilo; bromeé diciendo que me recordaba al "Johann Strauss", que lleva años "clavado" en el canal del Danubio. Así que entramos en el bar del barco y tomamos una bebida fría, cuando de repente el naufragio zarpó con un fuerte pitido. Nuestra sorpresa solo disminuyó cuando el camarero anunció, con un guiño, que el bar y el barco pertenecían a unos camarógrafos, periodistas de televisión y a nosotros durante las próximas tres horas. Per dormitó bajo la sombrilla mientras pasábamos junto a la única plantación de papiro del mundo y observábamos al equipo de filmación trabajando. Le conté a Helga que la plantación fue (co)fundada por el viejo príncipe Pückler, aquel que da nombre al

postre helado, el viejo Pückler con su princesa egipcia, la bella Machbuba. Helga quería saberlo todo, y solo mi educación católica me impidió lo peor, así que no le conté todo.

# El bazar

Detrás de la magnífica Mezquita del Sultán Hassan se encuentra la residencia de Napoleón, situada en pleno centro del zoco. El zoco es el distrito comercial. Los extranjeros no deberían entrar sin un guía local, y mucho menos solos.

No deberían haberlo hecho. Pero, guiño, ya sabes. Per, Helga y yo intercambiamos una mirada rápida e insegura —ninguno de nosotros quería admitir que en realidad estábamos asustados— y luego nos fuimos. Los lugareños al principio nos mantuvieron a una distancia prudencial; nunca se sabe qué clase de gente se aventura en nuestro zoco cada vez más estrecho, oscuro y amenazador sin un guía local, ¿verdad? Más tarde, un par de sombras nos siguieron. Per y Helga se acurrucaron juntos, yo los cerré, agarrando mi cámara, que sería un patético sustituto de un fáser o al menos de una pistola láser, pero claro, nadie lleva esas cosas.

Una figura, gorda y con el pelo grasiento, emerge con determinación de las sombras; seguramente nos dirigimos al zoco, nos acompañará. Rechazamos su invitación y le damos las gracias al hombre, que aparenta unos dieciséis años, pero él simplemente dice ¡sí! y se adelanta. Pronto nos abrimos paso por los estrechos callejones: Per, Helga y yo, el hombre del pelo grasiento, su hermano pequeño y su tío, con sus sobrinos gemelos y el niño del vecino detrás de nosotros. No dejo de girarme, contando las cabezas. Per, el hombre de dos metros de altura, también se gira disimuladamente y me mira. Asiento con la cabeza y hago un gesto con el dedo índice, indicando dolor de estómago. Per se alza y camina a grandes zancadas, con toda la solemnidad de un funcionario, rígido y digno como si marchara por el zoco el Primero de Mayo. Ah, la circunvalación y el Primero de Mayo, qué lejano parece todo esto; siento una verdadera nostalgia en estos oscuros y estrechos callejones, donde sombras inquietantes nos persiguen.

Cada vez que queremos girar a la izquierda o a la derecha, el tipo aceitoso sacude la cabeza y sigue caminando, imperturbable. Me acerco y le susurro a Per: “¡Algo se está gestando, tío!” Hace el gesto

de “cerveza” con los dedos, y cuando me acerco, desconcertado, susurra: “¡Algo se está gestando!” Helga sonríe y susurra que solo estamos imaginando cosas, que todos son muy agradables, y además, somos demócratas, así que... ¡no tienes nada en contra de los extranjeros, ¿verdad?! Bueno, entonces.

Per se niega, pero el hombre de piel aceitosa se detiene de repente y señala la entrada de una casa discreta. «¡Vamos, te invito a una copa, pasa!». Murmuro en voz baja que tenemos que aceptar la invitación; ¡mira a nuestro alrededor, somos demasiados y no podemos irnos! Los dos siguen indecisos, así que reúno todo mi valor y entro.

“No, no entres en la casa, Effendi, por favor, gira a la izquierda aquí, hacia la tienda.” Estamos en una tiendecita que vende baratijas para turistas de primera categoría. Alfombras, pirámides, camellos y la reina Hatshepsut, en mármol auténtico, de verdad. Dudamos un poco, así que el tipo grasiento se acerca a la vitrina refrigerada y nos ofrece una Coca-Cola a cada uno, “¡solo 2 dólares, gratis!” Asentimos y nos tomamos la bebida fría. ¿2 dólares? Vale.

¿Qué tal una alfombra? ¿Una pirámide? ¿O un pequeño camello, absolutamente adorable? ¿Un camello, hecho de camello? ¿No? ¿Qué tal un...

Helga nos traicionó a Per y a mí. Iba de un lado a otro, cogiendo esto y aquello. Preguntaba los precios, devolvía los artículos a su sitio y protestaba diciendo que no quería comprar toda la tienda. «¡Regatea, Helga, regatea!», susurré con urgencia, porque me di cuenta, con un toque de arrepentimiento, de que, en realidad, tenía razón. Cuando volvimos al hotel una hora después, nos habíamos llevado tres cajitas de madera, hechas a mano con incrustaciones de marquetería. Y también una lección: cuando una guía describe algo con tanto énfasis, créelo y no intentes parecer un sabelotodo. «Solo se puede ir al bazar con guía». Eso es experiencia.

El último día también estuvo repleto de actividades; mi pesadilla llegó durante el trayecto por la ciudad: un atasco monumental en una ciudad de diez millones de habitantes. El taxista, sin embargo, conocía bien el camino, zigzagueando entre patios traseros, aceras y obras

en construcción, diría yo. Queríamos subir a la ciudadela, y él agitó los brazos, aparentemente explicando que, debido a las numerosas calles de sentido único, teníamos que dar vueltas y vueltas como esta y aquella, y hacer muchas vueltas. Negué con la cabeza y señalé la colina del castillo, justo ahí arriba, donde se encuentran la mezquita y la ciudadela, ¡ahí es donde queríamos ir! Él asintió con gravedad, y luego, inesperadamente, justo al llegar a la rotonda, ¡giró el volante a la izquierda y nos acortó la ruta kilómetros conduciendo en sentido contrario al tráfico! Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando los coches se acercaban, tocando la bocina furiosamente en al menos cuatro carriles, y él zigzagueaba hábilmente entre ellos. Cuando empieza a discutir con el general de casco tropical, que, con un silbido estridente, parece creer que tiene que dirigir el tráfico, que ya funciona a la perfección, y nos detenemos por primera vez, mis nervios, normalmente robustos, me fallan y golpeo el salpicadero con la mano, gritando furioso en alemán: «¡Pues ahora también nos van a multar!», tras lo cual los dos hombres que discutían se quedan en silencio de repente. El taxista arranca sin decir palabra, el general, atónito, saluda y entonces subimos la colina del castillo a toda velocidad, ¡que hasta Niki Lauda se habría quedado atrás!

# Sello y firma

Se acercaba el momento en que tendríamos que ocuparnos de los papeles del barco. Les ahorraré la larga historia, pero baste decir que el agente de Port Said (a quien nuestro amigo Harald Klärner* nos había recomendado) nos había dado instrucciones de obtener este y aquel documento nosotros mismos en El Cairo (lo que, en pocas palabras, significa que él, el príncipe Achmed, quien normalmente se encarga de todo el papeleo, estaba seguro de que fracasaríamos y se daría cuenta de que uno no puede simplemente navegar por ahí en tiempos de guerra. ¡Y nos lo dijo sin rodeos, tan seguro como que se llamaba Achmed Ben Dings and Bums, por Dios!).

*- *)Harald Klärner, circunnavegador carintio: "Invierno caluroso en el Mar Rojo", Imprenta de la Universidad de Carintia, 1990.*

Per y yo nos pusimos nuestras mejores ropas, corbatas y todo, Helga se puso su vestido largo negro con mangas abullonadas y un montón de cosas brillantes, incluyendo joyas de la corona; ¡la ropa hace al hombre! Sería una broma si no consiguiéramos los periódicos, ¡Achmed Ben Dings y Bums! Cometimos nuestro primer error, simplemente idiota, debo decir en retrospectiva, tan pronto como salimos del hotel: en lugar de pedir que un Mercedes largo y negro se detuviera frente al hotel como Pierce Brosnan, (simplemente) cruzamos la calle, porque allí estaba la oficina marítima, junto con la policía marítima y el portero de la policía marítima.

Ni siquiera habíamos llegado a la mitad de la calle cuando el portero de la policía marítima ya había descolgado el teléfono y avisado de nuestra llegada; quizás la recepción del hotel había llamado antes, quién sabe. En cualquier caso, el coronel de la policía marítima le preguntó de nuevo al portero si de verdad veníamos a pie (repite, por favor: ¿a pie?). Luego se echó hacia atrás y le dijo a su ayudante que desde luego no podían ser espías experimentados si venían a pie. ¡A pie!

Así que esperamos una hora (¿o fueron dos?) en la antesala. Las moscas zumbaban, Helga se removía inquieta como si algo la moles-

tara, y los guardias nos miraban con expresión aburrida.

Entonces se abrió la puerta y el oficial fingió lamentar la larga espera. Yo también lo lamenté, porque lo vi todo el tiempo; se limitó a leer en su grueso libro y a suspirar de vez en cuando, durante una o dos horas. Leía absorto en sus pensamientos mientras nos hacía esperar, y supuestamente él también lo lamentaba. En fin, no importa, ahora por fin nos vamos.

Nos sentamos frente a su enorme escritorio. Se presentó cortésmente y nos preguntó si queríamos una taza de té, que aceptamos con gusto. Mandó a su ayudante y se sumergió una vez más en su grueso libro —el Corán, me di cuenta, porque rezaba en voz baja, moviendo los labios—. Per comenzó a explicar nuestra petición en un inglés claro. El superior lo miró con el ceño fruncido y le preguntó si el maestro no veía que estaba rezando y que el té aún no había llegado. Entonces, sin mirarnos, volvió al Corán y continuó recitando sus suras en silencio.

Varias de estas suras pasaron antes de que el ayudante volviera trotando, equilibrando varias tazas pequeñas de té en su bandeja. Asentimos en silencio y estábamos a punto de beber, pero vimos la mirada de desaprobación del superior y nos detuvimos. Dijo unas palabras en árabe [Per susurra: "¿Qué dijo?" y yo: "Debo haber oído mal, porque dijo: 'Ya son las siete menos cuarto, espero que no tarde mucho, quiere estar en casa para las noticias de la noche'" y Per me da una patada de desaprobación en la espinilla], luego bebió primero y nos sonrió invitando a tomar un poco. Ah. Ahora nosotros también podríamos tomar un poco. "En Viena te mandarían dos veces por el impuesto de timbre", susurro a Per y Helga, y sonreímos a pesar de la incómoda situación. El superior mira con curiosidad. Digo en inglés que había dicho que no podíamos conseguir té de menta tan bueno en Austria como el que teníamos aquí en Egipto.

—Ah, Austria —suspiró el superior, con la mirada soñadora—. Están Hans Krankl y Rapid, ¿los conozco? —Sí —mentí—, y también conozco a Schneckerl, Herbert Prohaska. —¿Quién es ese? —preguntó el superior. —Para mí es el mejor —dije—, porque Krankl es de talla

mundial y muy querido por los medios, pero Prohaska también lo es, aunque no tanto por la televisión, así que al menos lo apoyo.

El oficial asiente y anota "Schnkkl Prchtzk" en su bloc de notas. Per y Helga se muerden los labios con desesperación, sabiendo lo mucho que me importa el fútbol. Per dice, con el rostro inexpresivo, que los mejores delanteros del Rapid ahora mismo son Josef Hader y Alfred Dorfer. El coronel y yo asentimos, de acuerdo: "Sí, sí". Helga ya no puede contenerse, se levanta, se acerca a la ventana abierta y sale furiosa, con la cara apartada. El oficial se enfurece de repente y nos grita a Per y a mí, ordenándole a la mujer que se aleje de la ventana inmediatamente, porque es inaceptable que una mujer esté en su despacho —vestida de forma tan indecente— junto a la ventana iluminada, humillándolo públicamente...

Helga se sentó de nuevo de inmediato, apretó la taza de té con fuerza y se encorvó para que sus pechos quedaran ocultos. Pensé algo muy cruel sobre la cultura del país anfitrión y que Helga acabaría jorobada y con dolor de espalda si tenía que esconder sus pechos.

Per vuelve a hablar de los papeles del barco, extiende todos los documentos y, encima de ellos, su pasaporte de servicio azul. El oficial lo toma en su mano, desconcertado, y pregunta qué es. "Un pasaporte de servicio", dice Per pacientemente, "lo expide a altos funcionarios la Cancillería Presidencial"—no termina de entender "oficina gubernamental" ni "cancillería presidencial" y se queda atascado en "presidente"—lo que el oficial, por supuesto, malinterpreta. Se enfada mucho y pregunta si Per es el presidente, ¡ja! Estamos confundidos porque es demasiado ridículo. El oficial, por su parte, está igual de confundido porque está todo en francés, con una caligrafía ornamentada, y firmado por el UHBP (nuestro Presidente Federal). Le président de la République, personalmente. Quizás el pasaporte sea real después de todo, piensa, y quizás seamos más de los que dijo el portero de la policía marítima, el idiota.

Él calma la situación y nos cuenta cómo tiene que hacer su aburrido trabajo día tras día, rellenando formularios y demás, a pesar de que en realidad está capacitado para puestos de mayor responsabilidad y estudió el Corán en la universidad. —Ajusta el gran libro de ta-

pas verdes y señala al azar uno u otro pasaje—, pero luego saca una pila de formularios de un cajón y comienza a transferir los datos de nuestros documentos austriacos a formularios egipcios. Muchos formularios. Meticulosamente, con una delicadeza exquisita.

«Como en la oficina de pasaportes de Silk Street», susurra Per, y yo asiento, porque si sigue así, dando vueltas y vueltas, ¡será medianoche, caballeros! El oficial parece habernos entendido, porque de repente levanta la vista y dice: «¡Eso es imposible, es la Guerra del Golfo, no pueden ir allí!». No puede darnos permiso, ni para nosotros, ni para el barco, ni permiso de buceo. «¿Por qué no van a bucear a Chipre?».

Un largo e incómodo silencio. Conversamos brevemente y menciono —susurrando en alemán— a Ahmed, el príncipe, quien supuestamente es, o quizás lo sea, el agente naviero más famoso del Canal de Suez, y que iré inmediatamente a casa de Achmed en taxi y, si es necesario, lo convenceré de oído. El egipcio interviene entonces, preguntando si ha oído bien el nombre de Achmed Ben Dingsda. Pide disculpas por haber escuchado nuestra conversación, pero conoce muy bien a Achmed, un pariente lejano, por así decirlo... El resto queda sin respuesta, al igual que sus cejas arqueadas. Me embarco en un acalorado debate genealógico conmigo mismo, señalando que él también es un príncipe...

Bueno, si ese es el caso, ¿por qué no vino el príncipe Achmed? Él descuelga el teléfono y, para nuestra sorpresa, pasa los siguientes treinta minutos hablando con Achmed; yo solo alcanzo a oír a Rapid, Hans Krankl y (mirando la libreta del escritorio) a un tal Schanegglah Prohassgar. Entre medias, se intercalan largos silencios sonrientes con “Lä” y “Lä-Lä”, que se pueden traducir fácilmente como “Sí” y “Sí, sí”. (Años después, se podía leer en los folletos de Achmed que Rapid, Hans Krankl y Herbert Prohaska también figuraban entre sus clientes satisfechos de transporte marítimo).

No sé qué tan bien hablas árabe. Yo, por ejemplo, dejé de prestar atención después de “¡Buenos días!” y “¡Buenas noches!” (y hasta eso ya es inglés), así que no tengo ni idea de qué estaban hablando: si se subastaban camellos o coches, si se debatía la Guerra del Golfo o si

las generosas pantorrillas de Fátima estaban saturando la línea telefónica. Per, Helga y yo estuvimos pendientes de cada una de sus palabras, escuchando atentamente el sonido desconocido. Luego colgó y nos sonrió.

«¡Todo está bien!», dijo, añadiendo con una mirada amistosa pero reprochadora: «Podríamos haberle contado lo de Achmed enseguida y quiénes éramos». Los tres permanecimos obstinadamente callados y evitamos incluso guiñar un ojo. (Me gustaría disculparme de antemano con la Federación Austriaca de Fútbol (ÖFB) si, por casualidad —digo, por casualidad—, los tres apareciéramos en la historia marítima egipcia como la señora Rapid, el señor Hans Krankl y el señor Herbert Prohaska...).

Terminó sus jeroglíficos en un tiempo sorprendentemente corto, luego miró la ciudad ahora oscura y negó con la cabeza con preocupación. Todas las oficinas ya han cerrado; no hay posibilidad de terminar hoy, pensó. Per enderezó la espalda y se irguió por completo. Lo conozco lo suficientemente bien como para saber lo que sucedería después.

—Necesitamos los papeles ahora mismo, esta noche —dijo Per en voz alta y firme—. Mañana —no, esta noche a las tres o a las cuatro— vamos al barco y tenemos que tener los papeles, cueste lo que cueste. El oficial estaba realmente deprimido, con las cejas arqueadas por la preocupación. —Estamos en Egipto, Effendi —dijo—, las oficinas cierran a las nueve de la noche, ¡recuérdelo, señor!

Pero teníamos la sartén por el mango. Achmed, un auténtico príncipe al fin y al cabo, el UHBP y el pasaporte azul de servicio. Todo volvió a salir a la luz; como un gusano enroscado, la conversación se enroscó y se perdió en el apacible cielo nocturno.

El oficial estaba al teléfono de vez en cuando, desesperado, porque todas las oficinas estaban cerradas. Per echó más leña al fuego, diciendo que él, el oficial, nos había hecho esperar innecesariamente, que podríamos haber estado en un taxi rumbo a Port Said hace mucho tiempo, y que ahora le daba igual cómo lo resolvieran, pero que el papeleo tenía que estar listo ese mismo día. Punto.

Helga y yo estudiamos los comentarios al dorso de los formularios y nos susurramos que, salvo dos lugares, todo estaba ya descrito de forma garabateada y rebuscada. El funcionario observó nuestros susurros con recelo y luego explicó: «Sí, exacto, la oficina tal y cual todavía tenía que sellarlo allí, y también allí». Per, que se había abierto camino a través de la jungla burocrática vienesa toda su vida, claramente estaba en el camino correcto y mantuvo la presión (aunque yo ya me habría rendido hacía rato y me habría ido al bar del hotel).

Entonces, finalmente, alguien contestó el teléfono.

El oficial se encogió y se humilló ante el gran jefe, el Müdür o Gran Muftí, a quien acababa de capturar. Sí, estaba terriblemente avergonzado, tres extranjeros... no, importantes, los necesitaban... sí, el príncipe Achmed... no, Su Excelencia, hoy, lo digo claramente: esta noche, porque se marchaban inmediatamente en taxi a Port Said... sí, lamentablemente, lo sé, pero tenía que ser hoy...

De acuerdo, el contenido de este diálogo es pura especulación, pero colgó el teléfono empapado en sudor, tomó unos sorbos de té y, mirándonos con total asombro, dijo que debíamos ser los favoritos de Alá —alabado sea— porque el pez gordo Fulano iba a volver a la oficina para firmar nuestros papeles. Teníamos que ir allí inmediatamente, ahora mismo, en taxi para que nos sellaran los documentos.

Pagamos los formularios (sin recibo, por supuesto, y generosamente) y tomamos un taxi hasta allí. No exagero cuando digo Alcatraz; fuimos a Alcatraz, o mejor dicho, a la versión egipcia. Mientras los guardias nos conducían a la sala de espera, cuyo mobiliario —un estrecho banco de madera y un tubo fluorescente parpadeante— ha sido descrito con suficiente detalle, le di un codazo a Per y le murmuré que se veía exactamente igual en los muelles de Berlín Oriental, ¿verdad?

En cuanto el guardia de la puerta nos hizo pasar y nos dejó solos, apareció un tipo flacucho y adicto a la nicotina, tomó los formularios, dijo en francés que solo tardaría unos minutos y desapareció de inmediato. Los minutos se convirtieron en unos pocos, y luego en unos pocos más, ¡maldita sea! Perdí la apuesta, porque el tipo reapareció

antes de que se cumpliera la hora y, fumando nerviosamente, nos entregó los formularios sellados. Per revisó inmediatamente si había algo escrito; solo había unos guiones y un sello pomposo, nada más. El tipo encendió el siguiente cigarrillo y nos condujo a través del laberinto de pasillos; sí, hay taxis por allí, ¡buenas noches, caballeros! Ni siquiera se había fijado en Helga, el hombre educado. En cambio, se guardó los billetes en el bolsillo en silencio, así de educado era.

Esa noche, mientras estábamos sentados en el bar del hotel, nos dimos el gusto de tomar una copa de coñac bastante grande. Al fin y al cabo, lo habíamos conseguido. Tras la tercera copa, me puse del lado de Helga, quien sospechaba que el signo de interrogación había sido garabateado debajo de ella, ya que no había rastro del Gran Muftí por ninguna parte.

A la mañana siguiente nos quedamos dormidos y perdimos el autobús. El siguiente no salía hasta el mediodía. Así que encontramos tiempo para una última mezquita y una última visita a un museo. Luego, un viaje de dos horas en autobús hacia el norte hasta Port Said. A mitad de camino, pasamos por la ciudad recién construida del "23 de Octubre" (¿o es el 27 de Septiembre?), en cualquier caso, un intento de asentar gente en el desierto. El conductor del autobús hizo un gesto: "Aquí tienen su parada para ir al baño". Per y yo miramos a nuestro alrededor con curiosidad, el conductor se rió y señaló el gran cartel de construcción que indicaba la estación de autobuses aún por construir. "¡Ahí!", señaló, y nos unimos a los otros hombres, todos de pie obedientemente alineados al borde de la carretera, haciendo sus necesidades. Helga nos miró con odio desde detrás de las cortinas de la ventana; todavía tenía que aguantar una hora más hasta que llegáramos a Port Said.

Más tarde, Per y yo bebemos ruidosamente de nuestras botellas de plástico y nos reímos cruelmente mientras Helga, casi ciega por las lágrimas, nos golpea.

# Puerto Said

Achmed se pone nervioso cuando pregunta por el barco, y yo, sin decir palabra, señalo hacia el mar, donde se ve un pequeño punto blanco en el horizonte. “Tienes que salir en veinte minutos, si no, volverán a cerrar el canal y no podrás pasar hasta mañana”. Per gana nuestra apuesta, porque nuestro PAPAGENO tarda tres horas en regresar a puerto. El príncipe Achmed me da un paquete de Marlboros y yo le doy 20 dólares por otra noche en puerto. Para aquellos con poca experiencia en navegación, que quede claro de una vez por todas que navegar ya no es gratis en ningún sitio. (Nuestro peaje del canal se negoció en 150 dólares; en total, pagamos unos 200. ¡Hoy en día, es imposible pasar por menos de 350!).

Pasamos el resto del día en la playa y en los cafés. Dejé de preocuparme por las costumbres locales y entré en un café con Helga. Ignoré las miradas de protesta de los egipcios, y punto. Mi respeto por esta cultura milenaria se ha visto tan dañado últimamente que hoy hago especial hincapié en mi propia cultura y exijo respeto: las mujeres SÍ tienen alma, y tienen derecho a tomar café en público. Punto.

Per y Achmed se han encargado de todos los trámites y llegan más tarde. Achmed, nervioso, los acompaña a él y a Helga fuera de la cafetería, mientras yo, descaradamente, permanezco sentado. Mi enfado con este grupo de hombres solo se disipa cuando un anciano del lugar me invita a su mesa y conversamos en un inglés fluido. Es profesor de astronomía, y rápidamente desempolvo las últimas tarjetas de memoria que me quedan, llenas de nombres de estrellas árabes, para no parecer completamente ignorante: Mirphak, Denebole, Al Debaran, Al Qaid, Al Suhal, Al Genib, etc. Su alegría es evidente cuando pide una cachimba, y la fumamos juntos; ¡mi primera cachimba! Aunque ya había leído sobre ello, me asombra que en una cafetería se pida una cachimba como si fuera un café en casa, especificando el tipo y la cantidad de tabaco, lo que te convierte en un conocedor. Agradezco la explicación sobre las tuberías de agua y debo escuchar con desánimo para descubrir que mi vocabulario árabe (chibuk y tutu) proviene del turco, lo que me identifica como un lec-

tor ingenuo de Karl May. El viejo astrónomo sonríe levemente mientras doy una calada profunda y casi me atraganto.

Al anochecer, llevamos provisiones y agua a bordo del PAPAGENO. El velero es un trimarán de 15 metros (Cross 50 Sherman), construido completamente de caoba y teca, y su particularidad es que todo (y me refiero a absolutamente todo) lo electrónico está averiado. La radio, el radiogoniómetro, el piloto automático, el navegador por satélite... todo. Sin embargo, está excepcionalmente bien equipado con todo lo que un buceador podría desear. La tripulación es variopinta: los dos Santas de Austria son dos de los tres propietarios, Kerstin y Alexandra de Suiza se especializan en paracaidismo y vuelo, Alex es asistente universitario en Innsbruck, y Matz, que es casi ciego, solía trabajar en el control de tráfico aéreo.

Achmed, que como siempre aparece con ropa de golf a pesar de que el campo de golf más cercano está a dos horas de vuelo, toma unas copas más a bordo y nos explica las peculiaridades del canal, nos da valiosos consejos sobre cómo tratar con los prácticos, describe bahías especialmente bonitas y marca en la carta náutica los lugares donde podemos encontrar provisiones o agua. No habrá diésel durante las próximas dos semanas, y luego necesitaremos el formulario 17b (el amarillo) para que estemos registrados oficialmente como aptos para el diésel. Per, el pequeño Papá Noel, y yo tomamos notas; quién sabe, puede que volvamos a necesitar los conocimientos de Achmed. La velada termina alegremente mientras Achmed escucha la historia de nuestra aventura con la Policía Marítima de El Cairo por lo que debe ser la décima vez.

A la mañana siguiente, esperamos, listos para zarpar y nerviosos, al práctico que nos guiaría por el Canal de Suez. El reloj avanzaba implacablemente, Helga preparó té por tercera vez y yo tamborileaba con los dedos en el timón. Per me pidió enérgicamente que tamborileara en otro sitio. El gran Papá Noel mostró los primeros signos de su verdadero estado mental cuando, con la ayuda de Matzen, se preparó para ir a esquiar en el puerto de Port Said. Por otro lado, esta parecía haber sido la táctica correcta, porque una pequeña lancha de prácticos se acercó a la oficina del capitán del puerto. ¿Estábamos completamente locos, queriendo ir a esquiar en el puerto? El peque-

ño Papá Noel (nuestro capitán) refunfuñó que si teníamos que esperar mucho más al práctico, ¡entonces iríamos a esquiar! Diez minutos después, un práctico gordo y sudoroso subió a bordo y tomó el timón. Me enfurruñé y me fui, ¡porque en realidad soy el timonel, maldita sea!

# El Canal de Suez

Entre mis amigos, se le conoce como “el canal de las propinas”, y con razón. Olvídense de nuestro primitivo orden mundial occidental, donde entras en un aparcamiento subterráneo, pulsas un botón, consigues tu ticket y pagas en una máquina antes de marcharte. En esa zona, las cosas serían diferentes. En la entrada, hay alguien que sube la barrera con una cuerda después de que le entregues un billete. En los niveles inferiores, hay otro que te dirige al carril izquierdo, que ya está casi lleno; te lo indica con bastante firmeza, aunque el carril derecho todavía esté completamente vacío. ¿Carril derecho? ¡No, Effendi, ese cuesta un dólar más! Antes incluso de que puedas salir del coche, ya tiene la mano apretando el billete que se supone que debes tener preparado. Te diriges al ascensor, pero solo empieza a moverse cuando el ascensorista se da cuenta de que estás buscando un billete en los bolsillos. Cuando quieres recoger el coche, repites el mismo proceso, pero en orden inverso. Sumando y convirtiendo, el total asciende a poco más de lo que pagarías en un aparcamiento subterráneo vienés, pero puedes marcharte con la satisfacción de haber ayudado a mantener al menos a tres o cuatro familias. Si Dios quiere.

Una breve digresión de nuestro léxico: El Canal de Suez (Quanat as Suways), encargado en 1854 por el entonces jedive (virrey) Mohammed Said Pasha al ex cónsul francés en El Cairo, Ferdinand M. Vicomte de Lesseps, y construido en menos de ocho años (1859-1867, con una interrupción de un año en la construcción) según los planos del francés Linant de Bellefonds y el austriaco A. Negrelli por 2,5 millones de trabajadores de la construcción egipcios (125.000 murieron), tiene aproximadamente 163 km de longitud y fue inaugurado el 17 de noviembre de 1869, en el recién construido teatro de la ópera en presencia del nuevo jedive Ismail, la emperatriz Eugenia de Francia (esposa de Napoleón III y prima de de Lesseps), el emperador Francisco José de Austria y el príncipe heredero de Prusia; La ópera Aida de Verdi, encargada específicamente para este propósito, se terminó demasiado tarde y solo se estrenó en El Cairo en 1871. Su sección sur, desde Port Tawfiq cerca de Suez hasta el lago Timsah, ya había sido construida alrededor del año 1900 a. C. por los faraones (quizás ya desde Tutmosis III, pero ciertamente Necao) y mejorada

repetidamente por varios reyes (Jerjes, Darío I, Ptolomeo, Trajano y Amr ibn al-Aas). En el siglo VIII d. C., fue cerrada y olvidada. De la accidentada historia del canal: en 1875, los británicos compraron todas las acciones del jedive cuando no pudieron impedir su construcción, pero en 1888, bajo el Tratado de Constantinopla, tuvieron que garantizar el transporte marítimo internacional a través del canal. De Lesseps murió el 7 de diciembre de 1894 en su Château La Chesnaye, mentalmente perturbado y completamente arruinado, tras ser acusado (injustamente) de corrupción y malversación en 1893, junto con Gustave Eiffel, durante la construcción del Canal de Panamá, y recibir una sentencia suspendida de cinco años. En 1956, el presidente Abdel Nasser arrebató el control del canal a los británicos. Los israelíes lo invadieron en 1973, y desde 1975 ha permanecido en silencio. A partir de 1980, el canal perdió su importancia para la navegación debido a su insuficiente profundidad y a los elevados peajes (y, como informó la agencia de noticias Xinhua el 19 de diciembre de 2000, los peajes se mantuvieron sin cambios en 2001...).

En su momento, acortó la ruta marítima alrededor de África en casi 9.000 km, lo que equivale a 50 días o más. En realidad son dos canales: la parte norte, desde Port Said (Bur Sa'id) pasando por el lago Manzalah (Buhayrat al-Manzilah) hasta el lago Timsah (Buhayrat at-Timsah), está excavada artificialmente en la roca arenosa; luego, desde Ismailia, un canal conduce al Gran Lago Amargo (Al-Buhayrah al-Murrah al-Kubra) y al Pequeño Lago Amargo (Al-Buhayrah al-Murrah as-Sughra); después de eso, la parte sur del canal discurre por un canal parcialmente natural o histórico hasta Suez (As-Suways) y Port Tawfiq (Bur Tawfiq). Incluso en su punto más estrecho, el canal sigue siendo lo suficientemente ancho (aprox. 70 m) como para acomodar un gran buque cisterna y nuestra pequeña barcaza; Sin embargo, los grandes buques son guiados en convoyes que se dirigen hacia el sur y hacia el norte. La Guerra del Golfo, con sus numerosos buques de guerra y de suministro, representa una valiosa fuente adicional de ingresos.

Así que volvemos al piloto. A diferencia de otros pilotos, este quería pilotar él mismo; se me encogía el corazón cada vez que la caja de cambios crujía al manipularla y el motor aullaba de dolor mientras forcejeaba con las palancas. Paramos varias veces para que pudiera

rezar en la proa, mirando hacia La Meca. Alexandra maldijo como una marinera cuando fue al baño después de él y lo encontró cubierto de excremento; ¡qué cerdo!

Cada pocos kilómetros hay una torre donde se sientan los prácticos y los oficiales de seguridad del canal, supervisando y regulando el tráfico. Mantienen contacto por radio con los prácticos de los barcos y los dirigen. Nosotros no, por supuesto, porque no usamos radio. Nuestro práctico está desesperado y sudando aún más, acelerando su motor cada vez más cerca del MUGGELE del capitán Rahn, procedente de Alemania, que va delante de nosotros, gritando mientras se comunica con el práctico del capitán, antes de volver a bajar.

Vemos a muchos soldados en las dunas a la izquierda y a la derecha del canal. Los saludamos con la mano y ellos nos devuelven el saludo. Algunos hacen señales con las manos conocidas internacionalmente, riendo a carcajadas, cuando ven a Helga, Alexandra y Kerstin en sus diminutos bikinis. El piloto intenta explicarnos que los musulmanes honestos desprecian a esas mujeres libertinas y que nosotros (los hombres) deberíamos mandarlas a cubierta. El capitán Nikolaus amablemente le da una lata de Coca-Cola y le dice, en buen dialecto de Salzburgo, que se meta su sabiduría por donde le quepa. El MUGGELE del capitán Rahn frena de repente y el piloto nos grita algo; el nuestro responde con largos “Lä-Lä’s” (Sí, sí). Aparcamos en una pequeña plaza de aparcamiento.

Aún es temprano por la tarde, ¿qué está pasando? El piloto explica que pasaremos la noche aquí. Al principio nos reímos de él, pero luego nos envía al Muggele, y oímos al hombre de la torre decir que la primera parte de nuestro viaje termina aquí; continuaremos mañana por la mañana. Fin.

Per, el pequeño Santa y yo estamos encorvados sobre los mapas, haciendo cálculos. “Parece que serán cuatro días”, suspira nuestro capitán. Per está molesto, pero no quiere interferir. Hago un cálculo aproximado y digo que tendremos que pagar unos 200 dólares más, y eso no me va a gustar nada. Santa pregunta qué pienso hacer; no lo sé. Pero hablo con el piloto después de que termina su oración. Nuestra larga conversación termina cuando explica inmediatamente que

solo está esperando su dinero, y luego se irá; otro piloto vendrá mañana. El pequeño Santa le da el dinero, pero quiere más. Negamos con la cabeza; ¡ni hablar, no con nosotros, un trato es un trato! Está mirando mis cigarrillos. Recurro a la ayuda infantil y le doy medio cartón. Cuando exige descaradamente la otra mitad también, me niego y le doy a entender que si no, no me quedará nada para fumar. De mala gana, desembarca y nos desea un buen viaje (o quizás no, quién sabe).

La esposa turca del capitán Rahn es muy amable y nos ha preparado un pequeño refrigerio; después, devoramos con avidez una enorme porción de espaguetis que habíamos cocinado nosotros mismos. Bebemos otra botella de vino con este hombre tranquilo de la región de Allgäu, que está en un largo viaje y pretende dar la vuelta al mundo en velero. Siguiendo su consejo, les damos a los guardias que vigilan la destartalada cabaña en este aparcamiento unos paquetes de cigarrillos. Nos indican que lo entienden y que podemos dormir tranquilos.

El nuevo piloto llega a la mañana siguiente en bicicleta (¿de dónde habrá salido, me pregunto, del medio del desierto que se extiende a ambos lados del canal?). Habla un inglés aceptable, es hablador y animado, y maneja la barca con más cuidado que su predecesor. A los pocos minutos, Per y yo intercambiamos miradas de asombro: claramente no tiene ni idea de navegación, maneja con la misma despreocupación que un conductor de coche. Per entabla conversación, y enseguida el chico distraído se dirige hacia la orilla rocosa. Me acerco y le corrijo con la mano; me cede el timón sin dudarlo. El pequeño Papá Noel ha estado observando todo en silencio y me pregunta qué ocurre. Le susurro que el piloto no es un profesional, que no sabe manejar y que no quiero acabar en el Kronen Zeitung como «el que se quedó varado en el canal».

Más tarde, Per susurra que no cree que el piloto sea piloto; huele más bien a policía. Estamos un poco nerviosos porque nuestro piloto, contratado a través de Achmed, ha sido desviado y sustituido por el equivocado. Intento calmar mis nervios iniciando una conversación sobre el resto del viaje. Cruzaremos el canal esta noche, ¿verdad?

El piloto se retuerce y luego dice que tenemos que pasar la noche en tal y cual lugar. El pequeño Papá Noel y yo insistimos en que debemos haber llegado antes del anochecer. El piloto insiste en que pasemos la noche en el siguiente puesto de control.

La idea me la dio Blind Matz cuando dijo que no le habrían podido hacer eso antes; ¡les habría dado una buena paliza, esos extranjeros! Consulté brevemente con Per y, armado con su maravilloso pasaporte, me dirigí a la estación de pilotos.

—¡Un problema! —dije, con el rostro contraído por el dolor—, ¡un gran problema! —¿Qué ocurre? —preguntó el piloto con ansiedad, porque yo parecía realmente angustiado. Me quejé y me quejé de que esto iba a ser un gran problema. Viajaba con el jefe, ese tipo alto y flacucho; era mi jefe, ¡y me haría responsable si esto se prolongaba mucho más! El jefe ya había estado aquí antes, incluso había pasado en coche en un solo día en aquella ocasión. Y ahora iba a tardar dos o incluso tres días; seguro que después llamaría a El Cairo y nos causaría un montón de problemas. ¡Un montón de problemas! Entonces le enseñé mi tarjeta de servicio azul y le expliqué todo, cómo era la situación con la UHBP, etc. Debí de hablar largo y tendido, porque poco a poco se fue calmando y se puso inquieto. —¿Es usted de seguridad, guardaespaldas? —preguntó, y yo esquivé la pregunta con cautela: —¡No, asistente! Quién sabe cuál era la verdadera profesión del tipo, pero asistente siempre funciona. Lo dejé con sus pensamientos y me retiré, según relató Per, diciendo que tal vez le había dado a nuestro hijo algo en qué pensar, nada más.

El intenso sol parecía haber afectado a Helga, pues intervino (¡las mujeres sí que tienen alma, sin duda!) y citó la literatura universal: «Si quieren un espectáculo, ¡que lo vean!». Le preparó un lugar con sombra a Per en la cubierta, con los cojines del banco, le dijo que se sentara y le ofreció comida y bebida. La farsa casi se tornó absurda cuando ella, vestida infantilmente con pantalones holgados y un velo como una mujer de harén, comenzó a secarle las gotas de sudor de la frente con un pañuelo. El piloto, obviamente, se dirigía hacia una de las torres de control. Le susurré si creía que era buena idea pasar la noche allí; apenas era mediodía y nos íbamos a meter en serios problemas con mi jefe, ¡ay, Dios mío! Respondió nervioso que iba a tie-

rra para hacer una llamada. Per se giró y dijo en inglés: «Bien, porque así también podré llamar a El Cairo». ¡No iba a aceptar semejante trato sin decir nada! El piloto se agachó e intentó calmar los ánimos; iba a pedir a las autoridades del canal que nos dejaran pasar hasta Suez-Port Tawfiq (el final del canal).

¡Oye, eso sonaba mucho mejor! Atracamos al pie de una de esas torres, el pequeño Papá Noel corrió hacia el MUGGELE y le gritó al Maestro Rahn: "¡Llamaremos para ver si nos dejan pasar hoy!". Rahn también atracó y esperamos juntos. Nuestro piloto pasó quince largos minutos en la torre de control; por momentos, se oían fuertes gritos. Per rió suavemente: "¡Esa es una historia!".

El piloto descendió y viró hacia Per y hacia mí. «Tenemos suerte», dijo, «el canal permanece abierto, solo viene un buque de guerra estadounidense en sentido contrario, y han accedido a dejarnos pasar». Nos miró con satisfacción, esperando aplausos. Per asintió y dijo: «¡Esta noche, Suez!». El piloto comenzó a responder (probablemente que estaba demasiado lejos), pero Per ya se había acomodado en su trono acolchado, señalando al sur en una pose a lo Lord Nelson, y dijo: «¡Vámonos!». Incluso el piloto lo entendió.

Ahora viajábamos al doble de velocidad, Nikolaus tomó el timón y aceleramos. El piloto me apartó y me preguntó si todo iba bien, cómo lo había logrado. Mantuve la calma y le dije que si llegábamos a Suez ese mismo día, le pediría a mi jefe que intercediera por él en El Cairo. El piloto asintió, pero aún así no quiso decirme su nombre.

El buque de guerra estadounidense se acercó; los soldados estadounidenses nos saludaron con la mano y rieron, y había espacio suficiente para otro barco. En los puestos de control, nos saludaron alegremente al pasar. Helga continuó interpretando el papel de sirvienta de harén, y el pequeño Nikolaus le enseñó al piloto los conceptos básicos de la navegación de multicascos. Alex y yo fuimos a la mesa de cartas e hicimos los cálculos: estaríamos en Ismailia antes del atardecer y, siendo realistas, ¡en Suez mañana por la tarde! El MUGGELE se quedó atrás; el buen Rahn tuvo que ahorrar combustible y no pudo seguir nuestro ritmo. Sospechábamos que pasaría una noche solitaria.

En efecto, tras la última curva del canal, entramos en la bahía frente a la ciudad de Ismailia. Parecía que nos esperaban; el dueño del supermercado llegó al fondeadero en su taxi acuático para llevarnos a tierra junto con el piloto. Intercedí por él, quien amablemente le dio unos billetes al piloto. En cuanto aquel remero de aspecto sospechoso desapareció en la lancha, todos estallaron en carcajadas y le preguntaron al amable dueño del supermercado dónde podían comprar y comer.

Al principio nos miró con expresión inexpresiva, luego sonrió y dijo: “¡En mi casa!”. Acordamos que nos recogería al anochecer.

# La tormenta de arena

El tiempo era hermoso, tranquilo y perfecto. El pequeño Papá Noel empezó a limpiar el barco, y uno tras otro se unió sin decir palabra. En poco tiempo, la cubierta de madera encalada del PAPAGENO volvió a brillar de blanco. Pasé junto al barómetro y no podía creer lo que veían mis ojos: ¡debía de estar roto! Nunca había visto una caída tan pronunciada. El capitán insistió en que el barómetro estaba bien. Subimos a cubierta. Una neblina oscura, de color marrón grisáceo, cubría la ciudad. Alex murmuró que debía de ser una tormenta de arena, y yo le respondí: «¡Qué tontería, Alex! Aquí no tenemos tormentas de arena».

En cuestión de minutos, se desató la tormenta de arena. Oscureció, el viento aullaba entre las jarcias y la arena volaba horizontalmente a nuestro alrededor. Nikolaus y yo aseguramos el bote auxiliar y le grité a Alexandra que sellara nuestra cabina, de lo contrario dormiríamos en la arena esa noche. Pronto teníamos todo bajo cubierta y todas las escotillas cerradas. Por primera vez, toda la tripulación se sentó alrededor de la gran mesa del salón, y solo entonces nos dimos cuenta de que nueve hombres apenas tenían espacio suficiente.

Alexandra, que se aferraba a mí con fuerza porque estaba aterrorizada por el rugido y el aullido de la tormenta, y también porque había muy poco espacio, de repente me susurró al oído: «¡Ahí... ahí fuera hay un remero!». Empezaba a pensar que se trataba de algún tipo de malentendido alemánico, o que se había vuelto loca, cuando lo vi deslizarse junto a nosotros, una figura sombría. Un joven con pantalones cortos blancos de gimnasia y una camiseta de tirantes, en una barca de remo, uno-dos, uno-dos, deslizándose elegantemente. Dije: «¡Menuda tormenta! ¿Qué hace ahí fuera?».

La curiosidad me ha metido en líos antes, pero esta vez me controlé. Al menos durante un minuto y medio. Luego me liberé y me arrastré hasta la cubierta. La tormenta no era tan fuerte arriba; solo bajo cubierta sonaba terrible: el aullido y el rugido del viento y el zumbido venenoso de la arena que barría la superestructura.

La arena crujía entre mis dientes, y observé atentamente cómo el remero aparecía de la nada, pasaba a toda velocidad y desaparecía con la misma rapidez. Unos tres minutos después, ocurrió lo mismo, pero a la inversa. Uno a uno, todos subieron a cubierta y observaron a este prodigio, para quien el entrenamiento era más importante que la tormenta de arena, que amainó en un instante. Nikolaus examinó la cubierta, ahora cubierta por centímetros de fina arena marrón. «¡Y esto solo una hora después de haber lavado el barco!», dijo con pesar, sacudiendo la cabeza mientras bajaba a cubierta para aliviar el mal sabor de boca. Yo también bebí una cerveza, disfrutándola a pesar del crujido de la arena que me arrastraba por la garganta y que probablemente me irritaría la boca después...

El taxi acuático atracó. Le preguntamos al dueño del supermercado qué le parecía la tormenta, y él nos respondió: "¿Qué tormenta?". Al parecer, esta tormenta, que se supone que ocurre una vez cada siglo, azota la zona a diario. Exploramos el pequeño pueblo, compramos provisiones para la semana siguiente y nos llevaron todo al barco; al fin y al cabo, el taxi acuático era suyo. El hombre era amable, sus precios eran razonables y, al anochecer, disfrutamos de una deliciosa cena en su cenador. Después nos llevó de vuelta al barco.

Una vez de vuelta en tierra, transformó su lancha (con un letrero que decía: AUTORIDADES PORTUARIAS) en un barco oficial, llevando al capitán del puerto y su guardia a bordo del PAPAGENO. ¡Nosotros (como VIPs!) recibimos permiso para zarpar hacia el Mar Rojo con el siguiente convoy. Así que partimos: una travesía nocturna por los Lagos Amargos...

La salida del Canal de Suez también está custodiada por una torre. Ya sabían que no teníamos radio, así que izaron una bandera cuando la salida estuvo libre. Nosotros, un orgulloso barco de 15 metros, liderábamos el convoy: detrás, una docena de enormes petroleros, ninguno de menos de 100 metros de eslora. Inmediatamente después de la salida, viramos bruscamente y nos acercamos a la costa, dejando pasar a los gigantes. Al principio, arriamos la bandera como era obligatorio (los barcos deben saludarse arriando sus banderas), pero después de que el quinto o sexto gigante pasara a nuestro lado sin saludar, nuestro entusiasmo disminuyó. Con buena o mala navegación,

a la flota mercante no pareció importarle mucho nuestro saludo con la bandera, así que paramos. Este resultaría ser el menor de nuestros errores ese día.

# La colisión

Formamos tres tripulaciones: el pequeño Nikolaus, Alexandra y yo haríamos la primera guardia; el mayor Nikolaus, Kerstin y Matz la segunda; y Per, Helga y Alex la madrugada. El viento soplaba con fuerza del noroeste, impulsando el barco hacia adelante con viento de través a unos buenos 10 nudos, ¡un rendimiento respetable para un velero de crucero pesado! Antes de que cayera la noche del todo, habíamos dejado atrás las últimas islas pequeñas y bajíos y ahora trazábamos un rumbo perfecto en mar abierto: haríamos una larga virada hacia el sur y cubriríamos la mitad de la distancia a las islas Gubal (ubicadas en la costa occidental del Mar Rojo y nuestro primer destino) por la mañana; con un poco de suerte, podríamos estar allí por la tarde.

Mientras navegábamos a toda velocidad, pequeñas luces brillantes aparecían en el agua. Pescadores faenando con lámparas de gas. Debido al fuerte oleaje, estas pequeñas embarcaciones, a menudo de solo 4 o 5 metros de largo, solo se veían en el último momento, mientras danzaban sobre la cresta de una ola. A veces pasábamos a pocos metros de distancia, saludando a los pescadores con un fuerte "¡Hola!" y agitando la mano. Eran amables y nos devolvían el saludo; al parecer, nadie más que yo pensó en que los cascos puntiagudos de nuestro trimarán surcaban el agua a toda velocidad y podían fácilmente empalar una embarcación tan pequeña. ¡Cállate, Cassandra, y vete a dormir!

Cambio de guardia. Nikolaus da instrucciones a Nikolaus, señalando el convoy que viene detrás. Kerstin, dueña de una boutique, paracaidista y piloto experimentada, me pide que le explique una vez más la brújula y el timón, y también que el rumbo (la dirección desde nuestra posición actual) no debe ser constante. Después, fumamos un cigarrillo de buenas noches y el resto nos vamos a dormir.

Un fuerte estruendo me despierta de golpe. Lo primero que pienso es en los barcos de pesca y nuestros cascos afilados como navajas. Al pasar corriendo, el pequeño Papá Noel me mira soñoliento: "¿Qué pasa?". "¡No lo sé!", grito, y sigo corriendo hacia la cubierta. Cuando

salgo por la escotilla y veo una enorme pared negra y ventanas iluminadas muy por encima de mí, y oigo un rugido ensordecedor, nadie necesita decirme qué ha pasado. No hemos empalado a un pobre pescador; ¡nos ha embestido un petrolero! Una rápida mirada a mi alrededor: el gran Papá Noel y Kerstin están arrodillados en la cabina, con la barandilla doblada detrás de ellos, y en los pescantes medio rotos (dos pequeñas grúas de las que cuelga el bote) el maltrecho bote, arrastrándose medio en el agua: ¡arrugado como si alguien lo hubiera aplastado con una apisonadora!

El petrolero ya ha pasado por completo, y puedo ver las enormes hélices a una distancia segura; ¡nos habrían hecho papilla en segundos en esa gigantesca máquina giratoria! La pared negra e imponente, tan alta como la Catedral de San Esteban, y el rugido de las hélices te dejan aturdido por un instante. Me pongo de pie junto al pequeño Nikolaus y levanto la vista. Inmediatamente me doy cuenta de que hemos tenido una suerte increíble; podría haber terminado fatalmente. Miro mi reloj: son poco después de la una de la madrugada.

Le digo a Nikolaus que tenemos que contar a la tripulación. Pero él se queda allí paralizado, sin moverse. Los cuento a todos en voz alta, diciendo sus nombres: ¡falta uno!

"¡Santa, Per!", grito, "¡Falta uno!" "¡Imposible!", responde lacónicamente, "¡Cuenten otra vez!" Cuento y digo cada nombre. Me quedo con el último, Alex, incluso después de decir siete, luego me golpeo el pecho y grito "¡Ocho!"

"¡Falta alguien!", grito desesperadamente, y de repente creo que es Matz. Grito: "¿Dónde está Matz, dónde está Matz?". Una vocecita chillona justo delante de mí dice: "¡Estoy aquí, estoy aquí!", y yo le digo, sin darme cuenta de que todavía lo abrazo con fuerza y le golpeo el pecho: "¡No, tú no, Matz!". Casi con lágrimas en los ojos, el supuesto Alex dice: "¡Pero... yo soy Matz!".

Me lleva un segundo, y luego otro, comprender el significado de sus palabras. Falta una, claramente, pero no es Matz, es la otra.

"¡Alex!", grito, "¿dónde está Alex?!"

Silencio absoluto. Per dice secamente: «Su litera está justo debajo del bote destrozado». Nikolaus: «¡Dios mío!». Kerstin: «Bueno, ¿nadie quiere ir a echar un vistazo?». Un silencio incómodo se instala en el ambiente. Nadie quiere bajar ahora.

Per y yo bajamos al mismo tiempo al pasillo, arrastrándonos por las estrechas literas hasta el fondo. Allí yacía una figura envuelta en una sábana, silenciosa e inmóvil. Solo pensé una cosa: debía de estar muerto. Per permanecía inmóvil detrás de mí; lo oí —algo poco común en él— respirar hondo. Entonces, con cuidado, avancé a tientas y toqué la figura.

—Sí, ¿qué pasa? —murmura Alex adormilado y se da la vuelta—. ¿Qué es todo ese alboroto allá arriba? Per y yo suspiramos aliviados: el buen chico está vivo, durmiendo plácidamente, mientras que a tan solo 15 centímetros de él, treinta mil toneladas de acero pasaban rugiendo a 20 o 25 nudos y habían destrozado casi por completo nuestro barco.

Alex se viste rápidamente y sube a cubierta. Helga ha perdido la compostura y ha recuperado la voz; furiosa, les grita al gran Papá Noel, a Kerstin y al pobre Matz, preguntándoles qué creían que estaban haciendo; ¡podrían haber visto los barcos y haberse apartado a tiempo, maldita sea!

Hablamos durante horas, hasta el amanecer. La conversación fue más o menos así: Kerstin y Nikolaus se habían retirado a un rincón de la cubierta para coquetear. Pusieron a Matz, que tenía una discapacidad visual parcial, al timón y le dijeron que solo tuviera cuidado con la brújula y navegara a 160 nudos. Matz dijo que podía leer fácilmente la brújula, que estaba muy iluminada, así que no hubo problema.

Nadie prestó atención al convoy que venía detrás.

Al cabo de un rato, Kerstin y Nikolaus, sobresaltados por el ruido del petrolero, volvieron al timón y vieron el gigantesco barco, ya a un paso. Nikolaus gritó que era demasiado tarde para virar, ¡que lo único que podían hacer era rezar! Así que los dos amantes se arrodilla-

ron, mientras Matz miraba fijamente a la oscuridad con un miedo mortal; no podía ver el petrolero, dijo, solo oía el rugido atronador de la gigantesca ola de proa. El petrolero golpeó nuestro barco por la popa de estribor y lo arrastró como si fuera un naufragio. De alguna manera, el bote auxiliar había amortiguado un poco el impacto y, por lo tanto, ayudó a que nuestro barco se desviara de su rumbo y fuera empujado a un lado. El pescante rozó el casco y chilló como un animal herido antes de romperse. El tubo de goma arrugado que una vez fue un bote auxiliar se enroscó a medias alrededor de la barandilla de popa doblada, impidiendo así que se rompiera. Todo terminó en unos segundos.

Per y yo nos sentamos en la proa y hablamos sobre la situación. Habíamos tenido suerte esta vez, pero no habría una segunda oportunidad. Decidimos que, de ahora en adelante, uno de nosotros siempre estaría despierto, porque sabíamos que podíamos confiar el uno en el otro; era un hecho comprobado. No volveríamos a confiar nuestras vidas a semejantes aficionados; después de todo, el gran Papá Noel (a quien culpamos unánimemente) no era un bañista cualquiera, sino uno de los dueños del barco y co-capitán, con licencia y certificación. Mantuvimos esta decisión hasta que desembarcamos.

A la mañana siguiente, los dos Papás Noel demostraron lo diferentes que eran. El Papá Noel más corpulento, que nos evitaba en silencio y se negaba a desayunar con nosotros («porque somos muy malos con él»), estaba al timón cuando, mientras masticaba, miré por la escotilla y vi una barcaza con una grúa que cruzaba nuestro camino. Inmediatamente me levanté y fui al puente de mando. Per me siguió; él también se había dado cuenta de que algo andaba mal.

Me quedé en silencio junto a Nikolaus. “Tiene que ceder el paso, nosotros tenemos la preferencia”, dijo Nikolaus, y siguió conduciendo con calma.

—¡El rumbo está fijado! —dije (dando a entender que íbamos directos a colisionar). Nikolaus no dijo nada. Repetí, con más énfasis: —¡Vamos, vamos directos a colisionar! ¡Vira, gira el barco para alejarlo del viento y así reducir la velocidad y dejarlo pasar! —No —insistió Nikolaus—, ¡ahora tenemos la preferencia!

Mientras tanto, el pequeño Papá Noel, aún masticando su bocadillo de salchicha con la boca llena, se acercó y se colocó al timón. Sin decir palabra, accionó la palanca de cambios y tomó el volante. Maniobró hábilmente para esquivar el obstáculo y dejó pasar al egipcio, quien saludó alegremente y parecía completamente ajeno a su error.

En la acalorada discusión que siguió, le dijimos al pequeño Papá Noel con toda franqueza que aún confiábamos en él, pero que no teníamos ninguna confianza en su compañero, y que podía considerar esto un motín si quería: ¡desde luego no nos quedaríamos de brazos cruzados mientras el otro Papá Noel nos mataba! El ambiente era bastante tenso, pero después de unas horas todos se calmaron. Aparte de eso, el gran Papá Noel no volvió a ponerse al volante en toda la semana siguiente.

El viento amainó, así que pasamos la tarde nadando e intentando reparar nosotros mismos los daños más graves. Pero el bote auxiliar quedó completamente destrozado. «No pasa nada», dijo el pequeño Papá Noel, «tenemos otro, todavía en su embalaje bajo cubierta, podemos ponerlo en servicio ahora». Tardamos varias horas en desembalar y montar el nuevo bote. En definitiva, fuimos una tripulación bastante buena, porque todo lo que podía salir mal durante el montaje, salió mal.

Al anochecer, nos dirigimos a una pequeña bahía donde obviamente había un depósito o negocio abandonado. El muro del muelle estaba intacto, así que amarramos, pero echamos un ancla pequeña con la lancha auxiliar, por si acaso. Pasamos una noche muy tranquila; para mi sorpresa, pesqué el primer pez de mi vida con caña, usando queso Alma de mi tierra como cebo. Al principio solo pensaba en “tonterías de pesca” porque todo el mundo decía que jamás pescaría nada allí con esa caña. Nikolaus frió el pescado a la Papageno y preparó un buen tentempié, pero aún teníamos hambre. A lo lejos, un barco de pesca avanzaba lentamente, luego giró y se acercó. Los pescadores agitaron un pez grande; ¿queríamos comprarlo? Debía pesar unos 30 kg. Pero los 100 dólares que pedían eran demasiado para nosotros, así que se alejaron de nuevo. Durante la maniobra, se engancharon en una cuerda, pero aceleraron bruscamente y desaparecieron en la oscuridad.

# Maniobras de fondeo y arrecifes

La mañana siguiente nos deparó una gran sorpresa. Nuestra ancla de repuesto había desaparecido. Nikolaus examinó el cabo cortado. ¡Ah!, los pescadores de anoche. Se habían enganchado en algún sitio. Ahora sabíamos dónde. Buceamos durante otra hora y tuvimos que continuar con las manos vacías; el ancla había desaparecido definitivamente; sospechaba que seguía atada al barco pesquero. Hacia el mediodía, llegamos al extremo norte de la isla Gubal y la rodeamos. Aquí, los arrecifes apenas estaban marcados en la carta náutica; el piloto del Mar Rojo incluso mencionaba "dunas de arena flotantes bajo el agua". Pronto quedó claro que esto no era ninguna broma cuando contamos los restos de naufragios aferrados a los arrecifes. Uno de ellos era incluso una lancha motora flamante, que probablemente debía de haber costado decenas de millones, pero ahora yacía inmóvil sobre un arrecife, y con los prismáticos pudimos ver que había sido completamente saqueada mientras tanto. El pequeño Papá Noel mandó al gran Papá Noel a la mitad del mástil, en la silla del contramaestre, al puesto de vigía. El vigía, tal vez para los lectores más jóvenes, es la persona que está en lo alto del cielo y que tiene que estar atenta a los galos, piratas o arrecifes y gritar fuerte si ve algo peligroso. ("¡El Ga-, el Ga-, el Gaga...!", como dice en Astérix).

Papá Noel incluso trajo sus gafas de sol polarizadas porque "con ellas se puede ver debajo de la superficie del agua". ¡Caracoles! Miró por aquí y por allá e hizo muecas, pero no vio ningún arrecife.

Un helicóptero despegó de la costa, a unos 2-3 km de distancia, y sobrevoló la zona. El piloto se giró y nos miró fijamente. Todos saludamos con la mano, pero él descendió aún más; obviamente quería algo. Entonces lo vimos señalando sus auriculares. ¿Radio? No, no tenemos. Como nadie más se movió, fui a la cubierta de proa y primero señalé mi oreja, luego hice el gesto del teléfono con el pulgar y el meñique, y después crucé los antebrazos formando una X (=roto). Él asintió y descendió unos metros más. Luego señaló hacia adelante y dibujó colinas y montañas en el aire, después su mano se deslizó por el aire y chocó contra un obstáculo imaginario.

Per se colocó a mi lado y tradujo en voz alta: «¡Hay arrecifes más adelante, y chocarás contra el hormigón!». Asentimos para indicar que habíamos entendido; pero él colocó el helicóptero frente al barco y marcó un rumbo de unos treinta grados a babor, y repitió la maniobra una vez más. Asentimos, y el pequeño Papá Noel giró el timón dramáticamente para que pudiera ver nuestro cambio de rumbo, para que supiera que lo habíamos entendido. Balanceó el helicóptero un par de veces y desapareció de nuevo tras las dunas.

Per y yo estábamos de pie junto a la barandilla de proa, observando el agua, mientras las chicas, Alex y Matz recogían la vela de proa. El gran Papá Noel se sentía viejo e innecesario, porque le hicimos señas al otro Papá Noel que estaba al timón cuando vimos el agua de un verde brillante y los primeros arrecifes: cosas peligrosas, las llamadas “cabezas de negro”, que acechaban a pocos centímetros de la superficie y solo eran claramente visibles con la marea baja. Disminuimos la velocidad y navegamos a paso de tortuga por la entrada entre las dos grandes islas Gubal, manteniéndonos siempre cerca del borde del arrecife.

Luego llegamos al lugar que Achmed había marcado en el mapa una semana antes: una pequeña y hermosa bahía resguardada al norte. El viento soplaba ahora con fuerza 8 sobre el banco de arena plano, y el anemómetro en la parte superior del mástil marcaba una escala Beaufort constante de 8. Abajo, en cubierta, estábamos protegidos por la isla, y solo soplaba una brisa ligera.

El pequeño Nikolaus avanzó con cautela, mientras Alex y Per manipulaban el ancla principal y bajaban la cadena. Entonces el ancla se enganchó, y Nikolaus dejó que el bote retrocediera para que se fijara bien. Un tirón y nos alejamos rápidamente: ¡la cadena se había roto! Tras un momento de sorpresa, hicimos lo que nos habían enseñado: Nikolaus volvió a arrancar el motor y se dirigió de nuevo hacia donde debía estar el ancla; Matz y yo preparamos el ancla de mano pequeña y la echamos al agua. El ancla se enganchó, la cuerda se tensó; pero esto solo podía ser una solución temporal. No podríamos pasar la noche allí con esta pequeña ancla.

Per, que se tomó la rotura de “su” ancla casi como una ofensa personal, se desnudó hasta quedarse en bañador y se lanzó al agua para recuperarla. Salió a la superficie y alzó la cadena del ancla; por desgracia, había calculado mal la compensación de presión durante la maniobra, y le dolió muchísimo el oído durante varios días. Nikolaus corrió a la cabina y buscó el kit de reparación del ancla (tengo que admitir que nunca había visto uno). Triunfalmente, alzó un eslabón de reparación; ahora solo era cuestión de minutos hasta que las dos mitades de la cadena del ancla estuvieran firmemente unidas. El barco retrocedió lentamente, con el ancla y la cadena reparada en su sitio. Perder dos anclas en un solo día era, sin duda, extraño.

Pasamos un día y dos noches en la isla norteña de Gubal, hicimos excursiones por la costa y exploramos un poco la isla de arena, que estaba completamente deshabitada. Fuimos a bucear al arrecife, lo cual me inquietó bastante, ya que dependíamos totalmente de la lancha neumática, aunque ya no nos fiábamos mucho de ella.

Todo el equipo le pertenecía; era el único instructor de buceo certificado (certificado aquí significa: con certificado) a bordo, y queríamos aprender algunas técnicas de buceo con él, después de todo, le habíamos pagado por ello. Soy un excelente apneísta, pero quería refrescar mis habilidades de buceo con equipo autónomo. Ideé una solución intermedia (técnicamente cuestionable): solo bucearía el tiempo y la profundidad suficientes para que, en caso de una “falla inexplicable”, siempre pudiera quitarme el equipo y salir a la superficie. Que quede claro: no intenten esto en casa; ¡pueden lastimarse gravemente! Más tarde, pude disfrutar plenamente de la emoción cuando cayó la noche y buceamos sin luces en el agua cada vez más oscura.

Luego continuamos hacia el este y cruzamos el Mar Rojo, conduciendo hacia el sur a lo largo de la costa oeste de la península del Sinaí hasta su extremo sur, Ras Muhammed.

# Buceo en Ras Muhammed

Probablemente conozcan la zona por la televisión, ya que el expresidente Mubarak mandó construir allí un centro de conferencias junto a su residencia presidencial, donde se han celebrado con frecuencia conversaciones de paz entre israelíes y palestinos. Así pues, con un viento favorable, doblamos la esquina y ante nosotros se extendía el amplio y hermoso golfo de Aqaba. En el cabo (Ras es la palabra árabe para referirse a él), junto al faro, se alza un edificio bajo y alargado.

Kerstin, piloto y paracaidista, alzó la vista y comentó que era perfecto para un salto libre. Alex, con mirada de experto, dijo que se trataba de un observatorio de mareas. Alexandra, recostada en el banco con la cabeza apoyada en mi regazo, leía la guía cultural sobre las atracciones de la zona. Le acaricié el pelo rubio y guardé silencio mientras leía en voz alta el título de la página siguiente: ¡Ras Muhammed: abre sus puertas el nuevo observatorio internacional de observación de tiburones!

El pequeño Papá Noel pronto divisó un canal entre los arrecifes y navegó con cuidado hacia adentro, luego anclamos. Buceamos y jugamos en el agua, fascinados por la abundante flora y fauna submarina. Allí, en el agua, eres solo uno de tantos, tantos peces deliciosos. Cien metros por encima de nosotros estaba la plataforma de hormigón del observatorio; unas personitas estaban allí saludando y agitando las manos y llamándonos. Nosotros saludamos y agitamos las manos de vuelta y gritamos “¡Hola!” y “¡Hola!” y “¡Hola!” Alexandra tiró de mi manga con incertidumbre, preguntándose si ellos podrían ver más desde allí arriba que nosotros desde aquí abajo.

No, por supuesto que aquí no hay tiburones, como bien sabe Papá Noel, que ha buceado aquí “con bastante frecuencia”. Hay que reconocer que maneja el equipo de buceo con mucha destreza; repasamos todos los procedimientos de emergencia, como por ejemplo, cómo manejar un regulador con dos personas, etc. Por desgracia, nuestras linternas subacuáticas fallan, así que sus vídeos y las fotos que tomo son de muy mala calidad. Disfrutamos del magnífico mundo subma-

rino de Sharks Reef y solo salimos del agua horas después, cuando empezamos a sentir frío.

Al día siguiente, navegamos tranquilamente por el Golfo hasta llegar a Sharm El Sheikh (Ofira), la legendaria tierra de Ofir, como se menciona en el Libro de los Reyes del antiguo persa Al-Firdausi. Sharm El Sheikh es nuestro destino; desde allí volaremos de regreso a El Cairo, el PAPAGENO volverá a la costa oeste y transportará turistas a Hurghada para practicar buceo. La ciudad merece una descripción detallada: un puerto con un cuartel, dieciocho casas, dos tiendas y quince hoteles de cinco estrellas. En la playa hay dos escuelas de buceo, tres empresas de alquiler de barcos y un barco de excursiones que anuncia: “¡Visite el Observatorio de Tiburones en Ras Muhammad!”.

# En la oficina del capitán del puerto

A pesar de su modestia arquitectónica, Sharm el Sheikh es un lugar importante para la navegación egipcia y para El Gism, el ejército. La dársena del puerto (puerto nuevo), de forma casi cuadrada, es una bañera de hormigón, una piscina de 17 metros de profundidad, probablemente de 250 por 250 metros. En el lado soleado, junto al muelle, se encuentran un buque de guerra italiano y otro español. Nos recibe una pequeña lancha que nos guía hacia el lado este, sombreado y accidentado, de la dársena. Nuestra ancla simplemente se echa sobre el liso fondo de hormigón, sin siquiera excavar. La distancia es demasiado grande para estar cerca de la costa, pero el práctico, que habla un inglés aceptable, nos prohíbe explícitamente fondear más cerca de la orilla. Los buques de guerra y los cañones nos impresionan a los civiles, así que nos callamos y permanecemos fondeados en medio de la piscina; una tontería náutica, pero no nos atrevemos a discutir.

El día anterior habíamos presentado un informe sobre el accidente. Como era de esperar, no mencionamos a nuestro jefe de guardia incompetente, solo una descripción sencilla y precisa de lo sucedido. Lo único que faltaba era el nombre del buque cisterna; no habíamos podido leerlo en la oscuridad. Nuestro capitán, Per, y yo subimos a la lancha auxiliar y seguimos al lugareño hasta la oficina del capitán del puerto. Allí nos hicieron regresar; el capitán no estaría allí hasta cierta hora. Nos quedamos a bordo y preparamos el barco, es decir, lo limpiamos y lo lavamos. Cuando llegó el momento, regresamos lentamente a la oficina del capitán del puerto.

Las paredes de su pequeña oficina estaban empapeladas con fotografías y trofeos fotográficos. Su nombre era Coronel (pronunciado “Körnel”), todos lo llamaban así. En algunas fotos se le veía con un fantástico uniforme de carnaval; quizás después de todo era un verdadero Körnel; al fin y al cabo, hablaba inglés con fluidez. Ya nos habían visto llegar, y en cuanto nos sentamos, nos sirvieron té de menta caliente en finas tazas de barro. ¡Algún día tengo que contárselo a Michael Häupl! Sobre la mesa estaba su tarjeta de presentación: Capitán Abdel Wahab M. Saleh. “Padre de las Ballenas”, le susurré a Nikolaus, y él me respondió en un susurro: “¡Yo también sé leer!”. (En

la pared colgaba un cartel pintado con colores vivos: Abd el Wahab – Padre de las Ballenas. Me pregunto si de ahí sacó Melville al Capitán Ahab para Moby Dick).

Per colocó nuestro informe, escrito en inglés, sobre el escritorio. Körnel lo retiró de inmediato, señaló con aire de disculpa el grueso libro de tapas verdes sobre el que Per lo había dejado y dijo con una sonrisa: «¡Este es el Sagrado Corán!». Luego tomó nuestro documento y comenzó a leer. Se detuvo de inmediato (al fin y al cabo, no sé leer árabe) y dijo: «¡Bueno, cuéntame!». Nikolaus se presentó, mencionó el barco, su nombre, etc., e informó que habíamos querido ir de Port Said a Sharm el Sheikh (aquí están nuestros documentos) y que habíamos tenido una colisión con un petrolero tal noche. (La conversación está tan vívida en mi mente que quiero reproducirla aquí textualmente).

El gnomo sonríe. "¿Colisión?" - Aparentemente, está imaginando con una sonrisa burlona cómo nos estrellaremos contra una montaña de acero con nuestras lanzas bajadas.

—Bueno —corrige Nikolaus, con el rostro enrojecido—, ¡el petrolero nos embistió!

—Ajá —dijo el grano, satisfecho—, eso suena mejor. Y... ¿le pasó algo al buque cisterna?

Nicolás lo niega en silencio.

—¿Pero su barco está muy dañado? —Nikolaus se encogió de hombros—. Reparamos la barandilla nosotros mismos en unas horas, podemos deshacernos del viejo bote auxiliar, solo tiene unos pocos rasguños discretos en el casco... no, el barco no está muy dañado, ¡buena artesanía americana!

"¿Y... alguien resultó herido?" Nikolaus lo niega de nuevo.

"¡Inshallah!", exclama Körnel, devolviendo nuestro informe doblado y sin leer al otro lado de la mesa, "¡gracias a Dios que no pasó nada peor!"

Hasta aquí la audiencia en el tribunal marítimo. Nikolaus y Per intentan, sin mucho éxito, averiguar el nombre del petrolero y tramitar el asunto a través de la aseguradora, pero el padre de las ballenas se ha sumido en sus pensamientos con su té de menta y no responde. Mientras tanto, yo intentaba desesperadamente identificar a las personas de los trofeos fotográficos, pero, por desgracia, toda la nobleza egipcia me resultaba completamente desconocida.

Körnel notó mis miradas inquisitivas y ahora está quitando los cuadros de la pared uno por uno, explicando que aquí aparece con el Ministro Fulano, allá con el General Fulano, y aquí está su penúltimo barco, uno de 1500 CV, por cierto, que le vendió al comerciante Ick-sipsilon. Hablando de eso, si necesitábamos provisiones, agua o diésel, él podía conseguirnos todo, porque los comerciantes de Sharm, dijo, eran unos sinvergüenzas, unos auténticos estafadores que incluso cobraban extra por el envío; pero con él, bastaba con entregarle una lista de los productos y él los entregaba en el barco sin cargo alguno. ¡Bienvenidos al canal de las propinas!

Pasé mucho tiempo buscando en el Red Sea Pilot y tuve un problema, así que lo planteé: "Señor Körnel, ¡Su Excelencia! Nos gustaría ir a bucear allí y allá hoy y mañana, ¿le parece bien?".

El hombre se enderezó de repente; era evidente que nunca había visto a un idiota pedir pagar voluntariamente. «¡Claro que no!», dijo como era de esperar, «¡necesita un permiso especial!». Sonreí ampliamente, porque eso era precisamente lo que buscaba. «¡Aquí está!», y Nikolaus colocó el formulario con la imagen del buzo rojo impresa sobre el escritorio.

El guía hizo una pausa, estudió el papel ("¡Ah, estuvisteis en el buen viejo Achmed!") y al segundo siguiente nos desbarató: "Este es un permiso general de buceo de 14 días para toda la costa egipcia, excepto Ras Muhammed y la bahía desde Sharm hasta la isla de Tirán, que son reservas naturales desde hace dos años".

Eso era exactamente lo que había dicho el práctico del Mar Rojo, y ahora tenía la confirmación. Ayer, sin saberlo, habíamos buceado ilegalmente en la reserva natural de Ras Muhammed, pero ya no podía-

mos hacerlo una vez que lo supe y Körnel nos vio; era muy astuto, y no pensaba meterme con alguien así. Amable y silencioso, metió la mano en un cajón y sacó un formulario. «Necesito su documento de identidad o pasaporte», dijo mientras empezaba a escribir.

Nikolaus y yo rebuscamos en nuestros bolsillos; no, no llevábamos nada encima. Per metió la mano disimuladamente bajo su camisa y sacó el pasaporte diplomático azul de su riñonera. «Bueno, ¿qué es esto?». Körnel hizo una pausa y empezó a hojearlo. Discretamente deslizó el formulario bajo una pila de periódicos mientras estudiaba el pasaporte de Per. «¡Un pasaporte diplomático!», exclamó con aire de entendido, «¡Yo viajaba con uno cuando era agregado militar!». De repente se puso tan jovial y amigable que me sentí un poco incómodo; todo esto podía salir muy mal.

Sin más dilación, agarró el permiso de buceo "inválido", sonrió ampliamente, lo selló con varios sellos diferentes y garabateó su nombre debajo con un gesto teatral. "Ahí lo tienen, ahora pueden bucear donde quieran", dijo. "¡También soy la máxima autoridad de conservación aquí, les doy permiso!". Le gritó a su portero, y unos instantes después nos sirvieron té de menta recién hecho. El hombre sonrió ampliamente mientras metía la mano en el cajón inferior de su escritorio. "Alá nos perdonará", murmuró, dejando el coñac sobre la mesa. Lo rechazamos, pero nos sirvió una generosa cantidad de coñac en nuestro té caliente.

Como el gato y el ratón, él y Per se rodearon mutuamente en la charla trivial que siguió, ninguno reveló absolutamente nada sobre sus trabajos, solo que ambos trabajaban para el estado (cada uno para el suyo). Per no corrigió el comentario de "diplomático", dejando que el padre de todas las ballenas pensara lo que quisiera. Durante una pausa, el escurridizo capitán hizo un gesto a Nikolaus: "¿Eres el capitán?" y asentimos. El capitán asintió hacia mí sin mirarme directamente: "¿Eres de seguridad?" Negué con la cabeza: "No, asistente", y el capitán asintió comprensivamente, guiñándole un ojo a Per. Sí, asistente.

La conversación derivó entonces hacia la Guerra del Golfo y la considerable carga de trabajo que suponían los dos buques de guerra

en puerto (y, casi como un comentario aparte, se le preguntó a Per con delicadeza si era diplomático con estatus del tres por ciento y, por lo tanto, con derecho a suministros). El pobre Körnel tenía que entregarles camiones cargados de provisiones y bebidas prohibidas: «¡No te imaginas lo difícil que es conseguir todo esto por aquí!». Pensé para mis adentros: «Me encantaría escuchar sus quejas y sus porcentajes…».

Volvimos al tema; tras una breve mirada, Nikolaus dijo que nos gustaría subir a bordo para preparar nuestra lista de la compra. El capitán se despidió y nos asignó a un hombre para que llevara la lista y organizara la entrega.

El ambiente a bordo era alegre. Estábamos sentados tomando café, charlando, y Nikolaus tuvo que contar la historia del capitán del puerto por tercera vez. Entonces Alex dijo que el barco no estaba estable; el ancla se arrastraba por el fondo. El barco ya había dado varias vueltas, así que la cadena estaba retorcida y podía romperse de nuevo. Nikolaus decidió que debíamos acercarnos con cuidado a la orilla y echar una amarra de popa. Cuando el cabrestante del ancla izó la cadena, vimos bajo el agua que se había enredado de forma ridícula alrededor del ancla. Alguien tuvo que bajar a desenredarla antes de que causáramos algún daño.

El alto Papá Noel estaba a punto de ponerse el traje de buceo cuando Per comentó con ironía que los soldados del buque de guerra nos vigilaban con binoculares, ¡y que si entrábamos en la dársena con el traje de buceo puesto, nos atraparían! Papá Noel, tan rápido de reflejos, se quedó paralizado, con la boca abierta. Helga tuvo que desaparecer inmediatamente en la cocina, donde la oí reír a carcajadas.

—Lo haré —dije, y me quité la ropa. Per agarró su cámara subacuática y se unió a Alex en el agua. Salté al agua tibia, buceé los 17 metros hasta el ancla, trabajé en ella y tiré de la cadena varias veces, que casi de inmediato se soltó de nuevo, y luego volví a subir. Per inmortalizó esta inmersión exitosa en una maravillosa secuencia de 8 mm, en la que me vi buceando por primera vez. El gran Papá Noel

refunfuñó mientras tiraba sus botellas y estaba furioso «porque siempre somos muy malos con él».

Alexandra preguntó cómo se lograba bajar tan profundo. Apenas podía bajar un metro; ¡el aire en su estómago y pecho seguía subiendo! Primero sonreí al oír lo del pecho y luego dije que simplemente sacaba todo el aire antes. Pero Alex (nuestro médico, además de técnico en electrónica) comentó que era una tontería, que sacar el aire y todo eso, que uno se puede ahogar fácilmente así; por eso un cinturón de lastre es más seguro. Todos estuvieron de acuerdo con él, excepto Alexandra. Practicamos un buen rato y, de repente, lo consiguió. "¡Uf!", dijo jadeando cuando volvimos a la superficie, "tengo que nadar con mucha fuerza para subir, y cuando me faltan fuerzas, ¡me arrastran de nuevo hacia abajo!". Sí, así es el buceo libre.

# Bucear en el paraíso

Después del desayuno, nos apresuramos a preparar el barco y seguimos la caravana de barcos de excursión, llegando a la bahía descrita en todas las guías de buceo como un paraíso para los buceadores (Ras Umm Sid) después de media hora. Llegamos los últimos, emocionados de pie en la cubierta de proa, observando cómo los barcos de excursión rodeaban lentamente la bahía, dejando a los buceadores. El alto Papá Noel, ahora al timón (!), porque, después de todo, "había buceado cerca un par de veces", viró audazmente hacia el centro del círculo, donde se divisaba una roca en el agua.

"¡Echen el ancla!", ordenó, y Alex y yo nos apresuramos, ajenos a todo.

De repente, alguien de uno de los barcos de buceo grita preguntando si nos habíamos vuelto locos, ¡anclando justo encima de la "Cúpula"! ¡Piérdanse, malditos turistas! (o algo así). Cabe destacar que la "Cúpula" es una estalactita submarina de unos 15 metros de altura, única en el mundo y sagrada para todos los buceadores. Algunos la llaman "templo" y afirman que es un coral, ¡pero conozco el collar de coral de la tía Amalie, y eso es completamente diferente!

Per toma el timón y dirige el barco fuera del círculo. Alex bucea con esnórquel y hace señas, indicando que hay buen fondeadero por allí. Anclamos el barco y nos vamos a bucear. Como no hay suficiente equipo a bordo, nos dividimos en dos grupos: los Santas y Kerstin con tanques, y el resto buceamos a pulmón libre.

Para mí, todo es nuevo: la cúpula, que se alza como una vela gigante desde el vacío negro; los numerosos y coloridos bancos de peces que se acercan a centímetros; los pequeños peces con rayas de cebra que mordisquean nuestra piel y nuestros trajes de neopreno. Veo barracudas por primera vez y fotografío peces león por primera vez. Desafortunadamente, las fotos no son muy buenas, ya que el flash no alcanza lo suficiente a 10 metros de profundidad. Cuando les muestro las diapositivas a mis amigos y familiares, tengo que explicarles por qué todo se ve de un verde tan sucio y por qué el pez león (que en

realidad es de un rojo intenso y venenoso) aparece de un marrón oscuro intenso con plumas blancas. Solo a mis amigos más íntimos les confieso tímidamente que simplemente no me atreví a acercarme más.

Matz, nuestro controlador aéreo ciego, no tiene traje de neopreno y se está congelando. Lo dejamos a bordo como vigía y seguimos a los Santas hasta el precipicio, donde el borde del arrecife se precipita verticalmente hacia el abismo negro. Se sumergen y, en su falta de compañerismo, no se dan cuenta de las señales manuales de Kerstin; la profundidad es claramente aterradora para ella, y se queda con nosotros arriba. Alex está persiguiendo un banco de barracudas; nadamos rápidamente hacia él y le preguntamos si ha perdido la cabeza. Sonríe y dice que de todos modos no te hacen daño, pero luego cambia de opinión. Alexandra y yo nos miramos: ¡Estamos en un estado lamentable, caballeros!

Per, Helga, Alexandra y yo nos quedamos juntos, nadando en este hermoso mundo submarino y admirando este fantástico jardín durante horas. Tomé fotos sin parar hasta que se acabó el carrete, pidiéndole a Helga que fotografiara esto y aquello, porque era como el Jardín del Edén. El sol se puso lentamente, la luz se atenuó y los peces depredadores despertaron. Ahora era Alex quien, perseguido por un banco de barracudas, llegó al barco nadando a paso de tortuga. Poco a poco, todos subimos a bordo y regresamos lentamente al puerto. La inmersión más hermosa de mi vida (hasta ahora).

# Cena del capitán

Todavía admiro al pequeño Nikolaus. Con poco dinero y mucho esfuerzo, maneja el PAPAGENO él solo, porque su socio está completamente loco y es más una molestia que una ayuda. Mantiene el barco en excelentes condiciones y hace todo lo que puede por sí mismo. No soy inspector, pero por lo que veo, el barco está impecable. Los fallos en la electrónica solo afectan a lujos innecesarios y no comprometen su navegabilidad.

¡El sistema de sobornos y dulces le ha dejado sin un céntimo, caballeros! Sin embargo, el pequeño Papá Noel anuncia que quiere invitarnos a la Cena del Capitán en Sharm el Sheikh esta noche, nuestra última noche juntos. Nos vestimos elegantemente y cruzamos el puerto, rodeados por la muralla del cuartel, pasamos de nuevo por el control de pasaportes y subimos una pequeña colina hacia la ciudad. Allí —no lo hubiéramos creído— no encontramos ni un solo restaurante. Excepto quizás por los horribles hoteles, donde hasta los aperitivos cuestan más que una comida en El Cairo. Esta avaricia nos molesta a todos, así que ignoramos a los codiciosos gerentes de los restaurantes y volvemos a la ciudad. Tras una larga caminata, nos sentamos en un café al aire libre y tomamos algo antes de continuar nuestro paseo.

—¿Para qué seguir caminando? —nos pregunta el dueño de la cafetería—. Esta noche cenaré pollo con arroz en el jardín. —Luego baja la voz para que Alá no lo oiga y susurra—: También tengo cerveza y vino. —Nos miramos y lo seguimos al jardín, que es como una taberna vienesa, solo que aquí los clientes son de piel más oscura. Es un poco estrecho, pero disfrutamos de la comida, que, aunque terriblemente grasienta y picante, está mucho más rica que los espaguetis a la boloñesa y los espaguetis Papageno (y viceversa) a los que estábamos acostumbrados en el barco. Aquí, en el jardín, donde Alá no puede ver, se sirve vino (en abundancia) y cerveza (en latas) abiertamente. Después de la comida, intento entablar conversación con nuestros vecinos de mesa, dos árabes de piel oscura, pero es muy difícil, muy difícil. Me hacen señas para que me una a ellos.

La tripulación estalla en carcajadas cuando Per comenta con naturalidad: “Ahora no se atreve, señor Seguridad”. Eso es todo lo que necesito saber. Hago un breve gesto de aprobación al grupo y me siento con los dos tipos de aspecto siniestro. Nuestra conversación avanza lentamente, yo lentamente en inglés, ellos lentamente en árabe-inglés. Tengo tres hijos y no, no tengo esposa. Se sorprenden; todo el mundo tiene una esposa o más. “Sí, sí, pero yo no. Tengo novia, pero no anillo”. “Ajá”, asienten, sin comprender. “¿Qué, no anillo? Eso es un anillo, ¿no?” “Sí”, digo, “un anillo de sello, un anillo decorativo. No un anillo para una esposa”. “Ajá”.

Los dos trabajan en la construcción de carreteras en El Cairo, me doy cuenta enseguida; vienen de la isla de Tirán. En realidad pertenece a los saudíes, y ellos también son saudíes, pero eso no es tan importante aquí. A medianoche tomarán un autobús que cruzará el Sinaí hasta El Cairo, y estarán allí mañana al mediodía. Les pregunto si puedo invitarles a una cerveza; niego con la cabeza, ¡cerveza, por Dios, no! Suavizo el golpe y les ofrezco té de menta: sí, con mucho gusto, es muy amable. Cuando pido, uno de ellos señala mi cigarrillo; no, cuando le ofrezco uno, hace un gesto indicando que se refiere a una pipa de agua. Así que, otro chibuk para el huésped moreno, camarero, y tabaco de sobra para tres. Menos mal que está Karl May.

Esta invitación al té cambia por completo la conversación. De repente, los obreros árabes ya no están tan sombríos; ríen y toman su té caliente. Me preguntan por mi trabajo y las costumbres en Austria, y poco a poco me doy cuenta de que sus intentos de pronunciar “Austria” correctamente se están convirtiendo gradualmente en “Asturia”, y de repente nos encontramos hablando de corridas de toros en Barcelona. ¡No, señores, Austria, no España! Nada de corridas de toros —salvo quizás en el Baile de la Ópera— y nada de fandango, ¡pero Schnadahüpfler!—Schna-Schanada—¿qué?

La pipa de agua pasa de mano en mano (no la pipa en sí, solo la manguera), y yo limpio con cuidado la boquilla metálica con la palma de la mano —por higiene y esas cosas—, pero ellos reconocen mi aprensión con amplias sonrisas. Al parecer, el camarero glotón no había puesto suficiente tabaco (el tabaco se enrolla en pequeñas bolsitas de papel cónicas y se coloca en el cuenco de barro con el carbón

encendido). Alguien saca su propia bolsita de tabaco y añade un poco más. Inmediatamente, un aroma dulce y agradable inunda el ambiente; inhalamos y fumamos el delicioso tabaco, reímos y bromeamos, e intentamos traer Viena de vuelta a Austria, lejos de España. Podría decirles que las cosas eran exactamente lo contrario en tiempos de Carlos V, pero mis gestos árabes probablemente no serían suficientes...

Ya les había ofrecido a todos tres o cuatro rondas de té y tabaco, y el Caballero Oscuro había añadido su propio tabaco, cuando Alexandra se acercó y se sentó en mi regazo (naturalmente, solo porque no había una silla libre). Olfateó y luego me susurró al oído: «¡Cariño, eso es hachís!», y me miró con los ojos muy abiertos, sabiendo perfectamente que detesto esas cosas. Todavía puedo oír las palabras, pero en ese momento no las registré conscientemente, porque estaba de un humor maravilloso y todo estaba envuelto en una dulce bruma; todos eran tan encantadores y me sentía gloriosa. Le expliqué amablemente que simplemente estaba tomando té y fumando una cachimba con los dos caballeros. Alexandra se escabulló de nuevo, haciendo un puchero inexplicable.

Toda cena de capitán tiene que terminar, y esta también. Salimos a la cálida noche de luna llena y me maravilló lo suaves y elásticas que eran las suelas de mis viejas botas de marinero. Bailé y salté delante de los demás, cuesta arriba hacia el cuartel, todavía escuchando los comentarios a mis espaldas de que debía estar completamente acabado, y miré a mi alrededor para ver a quién se refería "él". Pero no había nadie más. Así que caminamos de regreso a casa —yo bailaba con mis zapatos nuevos— y llegamos a la puerta del cuartel, frente a la cual había tres guardias: dos con Kalashnikovs, uno sin, porque ese era el oficial al mando. Probablemente habíamos mostrado nuestros pasaportes y los papeles del puerto para el PAPAGENO diez veces en estos dos días, pero cada vez insistían en verlos de nuevo: ¡las reglas son las reglas!

Mientras yo me pavoneaba delante del grupo como un loco, al parecer les pareció alarmante, porque los milicianos se agruparon, agarrando sus fusiles con fuerza: ¡Cuidado, tonto! Incluso ahora, me desconcierta de qué rincón de mi subconsciente reprimido surgió es-

te impulso homosexual; en cualquier caso, de repente abracé al comandante y le planté un sonoro beso en la mejilla sin afeitar. “¡Soy yo, querido István!”, añadí innecesariamente. Sobresaltado, abrió los ojos como un ternero en un matadero, y luego hizo un gesto brusco indicándonos que pasáramos la puerta rápidamente, ¡y que nos diéramos prisa! Encantados de que no hubiera un tedioso control de pasaportes, corrimos riendo hacia el puerto.

Los demás siguen riéndose a carcajadas, pero Alexandra jura que nunca, jamás, me volverá a besar, ¡que soy una persona horrible! Ahora me están tomando el pelo, diciendo que estoy tan drogado que podría volar hasta los italianos (nota: buque de guerra) y preguntarles si tienen algo para calmar nuestra sed. No pude contenerme más cuando los demás se dieron cuenta de mi borrachera y trataron de restarle importancia diciendo: “¡Solo era una broma!”. ¡Cuántas veces nos han dicho que jamás nos dejarían acercarnos a los buques de guerra!

Los demás me siguieron lentamente mientras yo me acercaba con paso ligero a los italianos. Un cabo estaba sentado en una mesa frente a la pasarela, la que daba acceso al barco, observándome con calma. Ahora lo entiendo, porque probablemente no era el primer drogadicto que veía en sus largos años de servicio, pero entonces me di cuenta de lo imperturbable que se mantenía, a pesar de que todos los demás relinchaban o se asustaban al verme. Desde la distancia, lo saludé en mi oxidado italiano de la escuela y le pedí que no disparara; éramos los marineros cansados y sedientos del trimarán que estaba allí afuera y solo queríamos preguntar si podíamos tomar un sorbo de Chianti o algo decente. La desfachatez da sus frutos, pensé.

En un inglés gruñón, me informó que “los italianos” eran los que estaban allí atrás, y que él era “el español”. Pero si quería, podíamos tomar una cerveza; no había otras bebidas porque el capitán del puerto exigía precios exorbitantes. Busqué frenéticamente entre las algas aturdidas por el hachís que me llenaban el cerebro e intenté hacerme entender en un español chapurreado. Cuando le solté una frase así —que el capitán del puerto probablemente era un ladrón— se mostró más accesible y sonrió ampliamente; ¡pues ven conmigo!

Helga susurra: «István, eres el mejor», mientras esperamos en la pasarela hasta que el oficial regresa con dos cajas de cerveza bien fría. Mientras bebemos nuestras latas, los demás le cuentan brevemente cómo nos fue el viaje. Cuando Nikolaus nos recuerda que tenemos que volver al barco, el español nos da una caja entera de cerveza «para después».

Ni que decir tiene que terminé empapado después de remar de vuelta al barco; tampoco hace falta decir que la cerveza no duró hasta la mañana; pero tampoco hace falta decir que en algún momento tuvimos que quitarnos la ropa mojada y que Alexandra y yo bailamos el Sirtaki en el techo del camarote, ¡bajo la luna llena, desnudos y preciosos! (Sirtaki, porque era el único casete que se podía reproducir a bordo).

Los dos Santas pronto tomaron caminos separados: el Santa mayor y Kerstin juntaron sus ahorros y compraron el SYMPAT, un trimarán que aún alquilan hoy en día. Alex caminó desde Sharm (durante varios días) hasta la península del Sinaí, al monasterio de Santa Catalina, y posteriormente tuvo que recibir tratamiento para las plantas de los pies sangrantes en un hospital de El Cairo. Matz continuó llevando turistas en el PAPAGENO en Hurghada durante un tiempo con el Santa más joven, Alexandra se fue a Brasil, y Helga, Per y yo fuimos a Viena.

Todavía hoy solemos ir juntos al mar de vez en cuando.

# Un año como cualquier otro

*Probablemente ni siquiera he mencionado que he dedicado la mayor parte de mi vida profesional al procesamiento de datos. Ordenadores y todo eso, ya sabes. Claro que uno puede dedicarse a eso durante un tiempo sin perder el contacto con la realidad ni volverse excéntrico. Sin embargo, no hay que olvidar hacer algo más, al menos como afición. En mi caso, lo mejor fue ir ascendiendo en el club de informática al que me uní y, un día, llegar a ser redactor jefe del boletín informativo del club.*

*Bueno, en realidad no estuvo tan mal.*

*Todavía no había boletín informativo del club; se enviaba una hoja impresa a doble cara dos o tres veces al año, con la lista de los eventos más importantes del año anterior y las próximas fechas, etc. Entonces, al presidente se le ocurrió pedirme una breve colaboración para el siguiente número, y así lo hice. Desafortunadamente, no logré escribir una que tuviera menos de 12 páginas. Nos encontrábamos en un aprieto, pero pudimos ayudar al buen hombre: así nació el boletín.*

*Quizás el presidente de entonces pensó que yo publicaría grandes trucos de programación o ejemplos magistrales de codificación; presumiblemente esperaba que recopilara entre 8 y 10 páginas de ellos.*

*Pronto lo comprendió mejor.*

*Mes tras mes, llené las páginas a partir de entonces, a veces solo 48, pero generalmente 64. Entre otras cosas, había estipulado que podía dar rienda suelta a mi pluma. Ya fuera el anuncio de una conferencia o las ponencias de eminencias de IBM, lo envolvía todo cuidadosamente en historias cortas y fáciles de leer, convencido de que esta era una forma mejor y más humorística de presentar los datos áridos a los lectores. Siempre envuelvo las pastillas de mi perro en un envoltorio especial para salchichas, ¿verdad? Así que no*

*se preocupen por perderse en jerga técnica incomprensible en las siguientes historias; basta con saber que existen las computadoras, que hay un fabricante de computadoras llamado IBM, y que esta misma IBM produjo una de las mejores computadoras del mundo, la legendaria AS/400.*

*El resto es lógico: un club de aficionados a la informática que se reúnen en varias ciudades importantes para asistir a conferencias u otras charlas; un redactor jefe que tiene que convencerlos para que asistan a las conferencias y reuniones; y un presidente que pasa las noches dándole vueltas a las facturas de impresión impagadas del periódico producido por el prolífico redactor jefe...*

*El tema candente de 1996 fue, por supuesto, el año 2000, que se suponía que traería consigo el mayor cambio en los sistemas informáticos a nivel mundial. Miles de redacciones de todo el mundo se sumieron en un frenesí mediático, ante el temor generalizado de un desastre, o incluso del caos.*

*No fue así en nuestra pequeña redacción unipersonal. Habíamos tomado precauciones con mucha antelación (o mejor dicho, yo) y no tuvimos ningún problema con el efecto 2000. Sin embargo, el equipo editorial tuvo que abordar las inquietudes y el nerviosismo generalizados y publicó un artículo sencillo y desenfadado sobre el año 2000 y el próximo congreso; pero, por desgracia, el editor cometió una errata en la página 3, que no pasó desapercibida. Esto último (el artículo desenfadado, por supuesto, no el congreso) me valió una carta de felicitación de varias páginas dirigida al editor, cuyos elogios culminaron en una halagadora comparación con la obra del famoso humorista israelí Ephraim Kishon.*

*La alegría por esto y la molestia por las numerosas quejas sobre la estúpida errata que había expuesto tan descaradamente mi investigación demasiado laxa se mezclaron inicialmente con mucho coñac, luego mi nombre se convirtió en un seudónimo; y todos estos giros condujeron a la siguiente reflexión melancólica (y más coñac, por supuesto).*

*¡Que EK me perdone!*

Ornella Muti, que extiende sus brazos hacia mí con anhelo, se desmorona cuando el dichoso pepino empieza a chirriar. Busco a tientas en la oscuridad el aparato (el pepino, como seguramente habrás notado, es mi teléfono móvil) y al mismo tiempo intento descifrar los números luminosos de mi reloj: «¡3! ¡Qué idiota!».

—¿Sí, por favor? —susurro, mirando con ansiedad hacia el otro lado de la cama, donde el predecesor de Ornella se mueve brevemente y luego vuelve a dormirse—. Soy Ephraim K., el famoso humorista —dice con voz ronca al otro lado de la línea—. ¡Quisiera hablar con el redactor jefe!

Un sudor frío me recorre el cuerpo al instante. Taxi al aeropuerto de Viena, avión a Tel Aviv, habitación de hotel, tres maletas. ¿Cómo es posible...?

—El redactor jefe y mi esposa ya se han retirado para dedicarse a asuntos privados, así que no puedo molestarlos, Su Excelencia —digo con voz ronca, y añado, por si acaso—: Solo soy el Primer Secretario. Pero, ¿cómo llegó a la conclusión de que estamos hoy en Israel?

En mi mente, veo a Ephraim K., el famoso humorista, sonriendo con picardía: “Tengo algunos contactos allí. No, en serio: mi amigo Jossele lo vio, junto con su esposa y su carrito de equipaje, en el aeropuerto de Tel Aviv esta noche”.

—Ese era el auxiliar de vuelo de la AUA —respondió el encargado de equipajes—, que nos acompañó a mi mejor amigo y a nosotros al hotel; estamos aquí para la Reunión Anual, que tendrá lugar en Jerusalén en junio.

“¡Ya lo sé, ya lo sé! ¿Qué pasa? ¿Puedo hablar ahora con el supuesto redactor jefe?”

—Lamentablemente no, Su Gracia, no puedo molestarla ahora mismo. —Una agradable y cálida oleada de poder me inunda, a mí, la criatura subyugada—. Pero sin duda podría hacer algo —añado vagamente, en un arrebato de magnanimidad y astucia campesina—. El anzuelo siempre funciona, al menos con los políticos locales vieneses.

# Conocimientos generales, sí, ¿pero a las 3 de la mañana?

—Muy bien, toma nota —gruñe Ephraim K., el famoso humorista, mientras busco a tientas en el suelo el paquete de cigarrillos, entre calcetines, latas de cerveza y restos del Jerusalem Post—. En el último número, el gran maestro cometió un error garrafal; al parecer, no solo no entendió lo del año bisiesto, sino que además publicó información engañosa en la página 3. ¡Menuda vergüenza! Así que quiero echarle una mano —de colega a colega, por así decirlo— aunque, al parecer, nunca haya oído hablar de mí, el mejor humorista —añade, algo irritado—.

"¿Me estás escuchando siquiera?", pregunta, y me apresuro a tararear "Hmm-Hmm" al teléfono mientras mis ojos vagan con avidez buscando el maldito encendedor.

"Adelante, Su Eminencia, acabo de coger mi libreta", miento alegremente y doy una profunda y placentera primera calada.

«Así que no tienes que despedirte del 29 de febrero durante los próximos ocho años, como mencionaste en tu periódico. ¡El año 2000 es bisiesto!». Estoy a punto de soltar que es la undécima persona que llama para preguntar sobre este asunto tan embarazoso, pero me las arreglo para callarme. «Quizás deberías explicar un poco qué son los años bisiestos», dice Ephraim K., el humorista más famoso entre los ríos Elba y Éufrates, con tono condescendiente.

# Año bisiesto, reconocimiento nocturno

Lo primero que hay que hacer es deshacerse del "Papa Juliano"; ese desliz es demasiado vergonzoso. Hubo un Papa Juliano alrededor del año 300 d. C., y luego otro alrededor del 1700, así que olvídalo. Dile a tu gente que el término "calendario juliano" se debe a Julio César, y que fue el gran Cayo Julio César (100-44 a. C.) quien, al regresar victorioso de una campaña en el 46 a. C., encontró en Roma un calendario militar lamentablemente inexacto, robado a los persas, y se enfureció al ver que su victoria, que había conseguido seis semanas antes, en realidad solo duraría tres días. Furioso, decretó que ese año (46 a. C., ojo) tendría 455 días, y por lo tanto 15 meses. Luego rompió la cortina de la puerta y se hizo llevar a Egipto en una galera. ¿Lo tienes? "Por supuesto, son noticias realmente interesantes", finjo, bostezando y observando con interés al pequeño escarabajo que se mueve a patadas sobre la sábana con sus seis patas.

Así que Julio no solo cortejó a Cleopatra en Egipto, sino que también hurgó en los archivos faraónicos (uno necesita descansos de vez en cuando, jaja). Allí encontró el decreto del faraón Ptolomeo III del año 238 a. C., en el que el talentoso astrónomo Canopo calculó que el año solar tropical duraba 365,2422 días y el mes lunar sinódico 29,5306 días, y dedujo con una lógica impecable que cada tres años de 365 días debían ir seguidos de uno de 366. Julio quedó encantado con este descubrimiento e inmediatamente corrió a ver a Cleopatra, la bella, y juntos idearon su nuevo calendario romano: 11 meses de 30 o 31 días, un duodécimo mes, febrero, con 28 días, y cada cuatro años con 29 días, además de un brillante niño llamado Cesarión, fueron el resultado de esto. ¡Una cooperación fructífera, jajaja! No sé por qué se ríe así de vez en cuando, pero a las personas mayores algunas cosas les resultan muy graciosas.

«¿Pero era este calendario lo suficientemente preciso?», interrumpo, fingiendo interés, mientras hojeo con frustración la Biblia de Gedeón en hebreo que encontré en la mesita de noche de la habitación del hotel, intentando al menos descifrar qué parte era cuál. Además, estoy harta de toda esta tontería de los calendarios: ¡como si el calen-

dario romano cristiano fuera el único! Está el judío, el islámico y quién sabe qué más, ¿por qué no se molesta en incluirlos también?

"Joven", continuó la figura humorística, "no tienes idea de lo que Julio dejó en Roma. No, no fue solo el desafortunado año 46 con sus 455 días. Muchos años antes, los romanos ya habían reformado por completo el calendario de guerra persa; el año terminaba el 24 de febrero con la fiesta del dios Terminus (no relacionado con 'estación de tren', sino el origen de nuestros fuegos artificiales de Nochevieja) y comenzaba, todavía sensatamente persa, el 1 de marzo, pero continuaba con meses solares y lunares de duración variable, terminando en un febrero con 22 o 23 días. Los meses mismos tenían tres puntos fijos: el primer día (el calendario), las Nonas (el quinto o séptimo día) y los Idus (el decimotercer o decimoquinto día). Los demás días se especificaban en relación con el siguiente punto fijo (el undécimo era 'dos días antes de los Idus'). Al hacerlo, los romanos también inventaron algo parecido a un mes intercalar (el Mercedonius)." (comenzó después del 23 de febrero) para compensar las imprecisiones. Estos días bisiestos entre el 24 de febrero y el 1 de marzo (en latín "bis sextum ante calendas martias") todavía se encuentran hoy en francés (année bissextile) e italiano (anno bisestile) para el año bisiesto. Además, después del asesinato de César, los romanos trasladaron el comienzo del año en el 43 a. C. al 1 de enero, día en que los cónsules asumían el cargo (como se llamaba a los políticos locales vieneses en la antigua Roma), donde permanece hasta hoy. Sin embargo, incluso este ingenioso calendario juliano tenía un defecto que no se corregiría hasta un milenio y medio después: el promedio anual era 12 minutos, o más precisamente 11 minutos y 12 segundos, demasiado largo. Ephraim K., el famoso humorista, se toma un breve y cansado descanso, lo que me permite volver a colocar con cuidado al pequeño hebreo, que se había caído de la cama, sobre la sábana para que pueda seguir deambulando por las letras amarillentas de HOLIDAY INN JERUSALEM.

# Año bisiesto, una genialidad papal

"¡Ahora viene!" "¡Escríbelo palabra por palabra!" exclama el maestro del humor. "En 1582, el Papa Gregorio XIII (el Decimotercero, añade EK didácticamente) finalmente se hartó de que le sirvieran el almuerzo a las 9:30 de la mañana, de oír sonar la campana del Ángelus a las 2:45 en lugar de a las 5:00 y, peor aún, de tener que pagar intereses adicionales anualmente en el Banco di Roma por 11 minutos y 12 segundos. Así que, un día, mientras observaba casualmente a los monaguillos romanos de mejillas regordetas y cabello rubio corriendo con sacos en la Capilla Sixtina y al Maestro Miguel Ángel pintando frescos, tuvo una epifanía repentina: una división garabateada apresuradamente en el polvo de siglos de antigüedad mostraba la corrección del destello de inspiración papal: solo había que hacer que cada cuarto de los años centenarios (el cambio de siglo) fueran años bisiestos, y ahí se tenían aproximadamente..." Se ahorraban o ganaban doce minutos (incluidos los intereses). Así pues, las reglas se perfeccionaron inmediatamente en 1582: cada cuarto año de un siglo es bisiesto, pero no los años centenarios (los que terminan en 00, ¡cerdos culturales!), a menos que sean divisibles por 400. De este modo, 1600 se convirtió en bisiesto (Gregorio XIII financió una pequeña campaña de fin de semana con el interés de dar una buena paliza a los pisanos), y 2000 también lo será.

# Año bisiesto, todo bien.

—Entonces todo está bien —digo, girando al pequeño bebé inquieto boca arriba e intentando adormecerlo con humo de cigarrillo—, así que hemos tenido un calendario impecable durante unos buenos 400 años... Pero el elocuente campeón del humor me interrumpe de inmediato: —¿En qué estás pensando? ¡Nada está bien! Claro, esto es solo una solución a medias; esta regla de los cuatrocientos años no resuelve realmente el problema, porque ya en el año 4300 se necesitará un día bisiesto adicional para corregir de nuevo esta enmienda papal. Además, ¿qué quieres decir con «durante 400 años»? ¡Ay, tú y tu juego de números AS/400! No, en realidad, esta regulación del calendario solo se aplicó a la esfera de influencia papal a partir de 1582; el cantón suizo de Valais, por ejemplo, no la adoptó hasta 1583, los japoneses hasta 1873 y los griegos hasta 1923. Y tu redactor jefe probablemente hasta 2012. El maestro del humor suelta una broma, riendo brevemente y con voz quejumbrosa, como si fuera un chiste.

Así que estuvimos cotilleando un rato más sobre si Canopus era solo un consejero y astrónomo, o quizás incluso un hermano del faraón, etc., bostezo, bostezo, bostezo, luego dejé que el pepino se deslizara lentamente al suelo con los ojos soñolientos y pensé en Ornella, sus ojos rasgados de color verde grisáceo, sus labios carnosos, cómo cecea a través del pequeño y dulce hueco entre sus dientes: "... que el año viejo sea el año viejo, dulce pequeño Russty..." y la voz del más grande humorista de todos los tiempos sigue graznando desde el teléfono móvil, cada vez más bajo y más bajo...

Rust van Idas,

Primer Secretario Editorial

# Año bisiesto, un epílogo:

En lugar de este extenso artículo, una frase de cuatro líneas habría bastado:

«Corrección: En nuestra última edición, página 3, se coló un pequeño error con respecto al año 2000: el calendario juliano fue desarrollado por Julio César en el año 46 a. C. La corrección de la diferencia anual de 12 minutos fue realizada en 1582 por el Papa Gregorio XIII: todo año divisible por 400 es también un año bisiesto, sin excepción.»

MMG, la esposa del editor

# Jefe Tecumseh

*Se acercaba otra cita con el periódico, y una vez más solo había estado pensando en ganar dinero, en las reparaciones del coche y en acompañar a mi hijo a su semana en la escuela rural, y no había escrito ni un solo artículo.*

*Atlanta no solo alberga a Coca-Cola, sino también las instalaciones de investigación de IBM y nuestro próximo congreso de informática. La mejor revista de un club de informática que jamás había dirigido reposaba plácidamente en el disco duro, esperando ansiosamente mis mensajes. El tiempo apremiaba y tenía que actuar con rapidez; en un trabajo individual, lo que aprendí en el curso sobre delegación adecuada es difícil de poner en práctica, no sé por qué. Sin embargo, un editor de verdad, de esos que se entregan por completo, no se rinde y utiliza internet para llenar las páginas.*

*No todo lo que se dice en este artículo es cierto, con una posible excepción: mi revista de informática probablemente sea la mejor que hayas leído. Algunas cosas son completamente inventadas, las marcas están mezcladas, los fabricantes también; después de todo, no quiero demandas. Sin embargo, reconocerás algunas cosas por tu propia experiencia, o pronto lo harás. Te conectarás a internet en algún momento, ¿verdad? Tienes correo electrónico, ¿no? ¿Ya estás conectado?*

*Hay que reconocer que muchos programadores veteranos han fracasado en estas modernas autopistas de datos. Y que esto se debió con menos frecuencia a la propia culpa del programador veterano de lo que se piensa o de lo que nos hacen creer.*

*Para mayor claridad, cabe señalar que todo esto sucedió "en aquel entonces, en aquellos tiempos". Hoy en día, las conexiones a internet son completamente estables e increíblemente rápidas, los módems y las líneas funcionan a la perfección y, por supuesto, la cigüeña sigue trayendo bebés...*

Quizás tú también tengas un buzón como el mío: en el pasillo, junto a la puerta principal, todos los buzones de los vecinos están alineados en una larga fila. Al llegar a casa, agarras el maletín con una mano, el móvil con la boca y las llaves con la otra. Luego abres el buzón, abres la estrecha puerta —sí, otra vez hay un montón de correo— y sacas a rastras los buzones que no sirven. Si es que se dejan sacar, claro.

A veces alguien envía un manual voluminoso o Microsoft su última lista de precios; entonces puede ser un paquete bastante pesado, y hay que forcejear con esa monstruosidad hasta que sale, más o menos intacto. ¡Uf, listo!, pero casi se queda atascado en la estrecha puerta.

La semana pasada volvió a suceder. Claro, ya no soy un dinosaurio de las tarjetas perforadas, y naturalmente, ya no recibo mi correo en un apartado postal; ¡ahora estoy en el mundo del comercio electrónico! Como es lógico, llevo unos años enviando correos electrónicos con bastante éxito. Ha habido algunos contratiempos, pero en general funciona (cuando funciona, que no suele ser el caso). Objetivamente hablando, mi frenesí comunicativo no ha hecho más que aumentar, porque ahora es increíblemente fácil enviar unas líneas al otro lado del Atlántico. Antes, una llamada así terminaba con una simple mirada a mi Swatch (son las 3:15 de la madrugada en Toronto) o con las primeras páginas de la guía telefónica (un minuto cuesta 27,50 €).

¡Pero el comercio electrónico es el camino a seguir! Como editor de una revista especializada líder en el mercado (la tienes en tus manos), mantengo contacto por correo electrónico con la mayoría de los autores y editores; ese es mi negocio electrónico. Sí, los lectores también pueden contactarme directamente y sin trámites burocráticos (¡vamos, eso necesitaría un sello, ¿no?!) a través de nuestra página web o mi correo electrónico personal. Quizás debería publicar mi primera vez en la sección “Mi primera vez” (¡BRAVO también tiene una sección así!).

# Mi primera vez

Yo, usuario de PC con conexión por cable, puedo unirme por unos 25 dólares. El proceso de identificación en IBMNET es bastante sencillo: insertar el disquete y escribir INSTALL. ¡Y listo! Y, para mi sorpresa, ¡se instala sin ningún mensaje de error alarmante! ¡Qué alegría! ¡Qué emoción! ¡Qué orgullo! ¿Cuál es tu nombre, cuál es el nodo de acceso telefónico de IBM más cercano (selecciona tu número de teléfono de la lista desplegable), tu número de tarjeta de crédito o quieres cancelar (antes era: dinero o vida)? Y eso es todo. Una prueba de 30 días, tras la cual se convierte en una suscripción mensual de, como ya se mencionó, unos 0,25 kilochelines, o 25 dólares al mes. Y valdría la pena, si...

O mejor dicho, si no.

Se respira alegría en la redacción. Se ofrece vino espumoso para bebés y una bolsa de cacahuetes a los dioses. Casi todos los que forman parte del equipo editorial tienen ahora una dirección de internet. Los empleados de IBM, por supuesto, la tienen todos, y cualquiera que no tenga acceso a internet está completamente desconectado.

Pura felicidad y pudín de sémola. ¡Atlanta, allá voy! Bueno. Por mucho que los atlantes lo anuncien, no me gusta el CoCoLaLaLight. En mi opinión, las mejores siguen siendo las antiguas botellas de 0,2 litros, que, medio vacías, se pueden rellenar con ron White Coruba. Eso sí, un apunte: la verdad es que el Courvoisier Dreistern las supera a ambas.

Claro, sigo lidiando con las peculiaridades de esta pequeña computadora. Me pregunto qué tan injusto es el mundo: productos como Windows para grupos de trabajo o Windows de esta calidad convierten a alguien como, digamos, Bill G., en la persona más rica del mundo; otros, como yo, tecleando sin parar y luego se compran un auto nuevo (de cuatro años) en excelente estado con solo 120.000 km. ¡Ay! ¡Adiós, mundo!

Pero... ¿en qué estaba? Ah, sí, quería hablar de internet. Sin duda, cuesta acostumbrarse a las herramientas, sobre todo para un experto en navegación como yo. Claro que todavía no he podido navegar bien, porque mi Netscape es incompatible con el de mi compañero, que tiene una versión universitaria con descuento para estudiantes y yo soy su padre. Seguro que para ti es tan obvio como para mí que Netscape no puede ser compatible con Netscape, ¡obviamente! (¿Alguna pregunta?)

No tengo tiempo para navegar por internet, tengo que trabajar y ganar dinero. Así que usaré el correo electrónico para mí y veremos las coloridas fotos de Hugh Hefner con su Netscape. Bien. Si aún no te has preguntado de qué raíces podría estar compuesta la palabra Netscape (net = red, scape = abreviatura de Escape), entonces probablemente sea algo bueno, porque eres un especialista en informática, no un etimólogo.

El programa de correo electrónico (se llama EULALIA) me viene de perlas. Me encanta cómo al hacer clic en el botón “Ayuda” aparece una línea verde. Recuerdo vagamente que en OS/2, el verde en las pantallas de Ayuda significaba “más información detrás” (es decir, hipertexto). Así que, con entusiasmo, hice clic en el texto verde con mi mano ágil (la flecha ya no está), y apareció un formulario de registro de pago de Qualcomm para EULALIA (mejor no entrar en detalles). Este formulario anunciaba con entusiasmo que recibiría más correos electrónicos de esta empresa de vez en cuando; solo tenía que rellenarlo y enviarlo con el botón. Gracias por usar EULALIA. Pero eso no me ayuda mucho; necesito Ayuda ahora mismo para poder ver mis correos.

Bueno, para eso están los amigos. Uno de ellos se acercó a mi nevera y dijo: “Griaßdioidawigetzda”. Radiante, le conté sobre mi EULALIA, de la que todavía no sé mucho. Rápidamente cogió un pequeño tentempié de mi nevera, se sentó con las piernas abiertas frente al ordenador y empezó a hacer clic aquí y allá. De repente, apareció un directorio de nombres (NICKNAMES). Dijo: “Venga, dame tus direcciones”, y escribió algunos nombres junto con sus direcciones web. Luego hizo clic aquí y allá y en la esquina superior derecha, y entonces apareció: “Correo nuevo, sin asunto, sin destinatario”. Mi inglés

es lo suficientemente bueno como para adivinar “Nueva carta, sin asunto, sin destinatario”, entonces él se lanza a escribir a la dirección seleccionada al azar en la parte superior: “Tscharli. servas ooida hab grad beim Ischwan eulalia zum laufn brecht der hirsch weiß ned amoi wo er was ei-tippn soi. Pfiatdi, xandl” y antes de que pueda siquiera decir “risitas”, hace un clic de ENVIAR con un gesto de mono y se va. (No he vuelto a saber de Tscharli desde entonces).

¿Ves? Es así de fácil. Le pregunto cómo funcionan las cosas con los manuales y demás en EULALIA. Con una amplia sonrisa (que solo les permito a mis amigos sin reservas), suelta: “Sin manual, interfaz de usuario intuitiva”. “¡Ajá!”, digo, completamente desconcertado. De alguna manera está relacionado con sus interminables analogías automovilísticas; ah, sí, “Si puedes conducir uno, puedes conducirlos todos”, o algo así. Aunque tardarás al menos tres meses si te pillan... Interfaz de usuario intuitiva, y yo, el idiota, escribo un manual de 30 páginas para las interfaces intuitivas de mis clientes. Bueno, siempre puedo mejorarlo.

Cuando regresa del refrigerador, le pregunto qué está pasando; estoy completamente desconcertado. El “demonio” me envía un “Informe de no entrega”, o mejor dicho, un “informe de no entrega del espíritu maligno”. Me informan que la dirección que ingresé, “I4atdiaus.abaI@traumi.net.komm”, es incorrecta. Comienza una búsqueda tediosa, ah sí, una pequeña errata. Una risa atronadora y una sonora bofetada en mi hombro izquierdo; parece que también conoce la dirección de correo electrónico de Monika. “Tráeme un poco más, y luego te lo explicaré todo”, y así sucede. Pronto (ya amanece, me parece), logro enviar un mensaje a mi amigo Alex, adjuntar un documento de Word a mi mensaje, y llega.

Al menos eso es lo que yo creo.

Para nada. Después de una hora y media, otro demonio me informó que el mensaje no se podía procesar. Tras descifrar el revoltijo de abreviaturas en inglés que aparece al principio de cada correo electrónico (si es que se le puede llamar así, lo sé), resulta que el destinatario (un AS/400) no podía procesar el documento de Word. Ah, sí,

la compatibilidad. Había olvidado otra vez que no se debe echar gasolina en un motor diésel (¡gracias por ese útil ejemplo, Alex!).

El correo electrónico, ese maravilloso mensaje en una botella. Si escribo un mensaje en mi terminal obsoleta, recibo inmediatamente un mensaje de error si el ID de usuario es incorrecto o si el usuario no está en línea, etc. Tendremos que acostumbrarnos.

Mi amigo Alex aparece brevemente desde la cocina ("Oye, me voy. Porque esto no funciona. Cada vez que vengo, tu nevera está vacía. De verdad que no sé qué entiendes por amistad. Adiós"). También me sorprende que la nevera esté vacía otra vez.

# Luz de Internet

Han pasado dos meses. Tengo unos 300 correos electrónicos almacenados en mi PC, aproximadamente 700 MB. Probablemente tendré que comprar un disco duro nuevo o eliminar algunos documentos. Imprimir también sería una alternativa para una oficina sin papel. Es genial que todo esté tan bien planificado.

Hace una semana descubrí que ahora solo puedo escribir. Sí, ya no puedo leer, o dicho de otro modo: no puedo recibir mi correo. Entonces un POP3.CA.US...andsofort. me contactó y me dijo que ya no existo. El usuario RUDAS no existe, por favor ingrese su contraseña: ******.

Diecisiete veces intenté recoger el correo (REVISAR CORREO). Diecisiete veces nada. Así que no hay conexión, la oficina de correos no entregará nada sin... bueno, ¿sin qué exactamente? Introduje mi contraseña KAKERLAK una docena de veces, siempre obteniendo OK, entonces cierto SERVIDOR MIME dijo: "No existes", ¡el triste genio en una botella! ¿O cómo describirías si no al DEMONIO de un mensaje en una botella?

Bueno, con la terminal, sé cómo ayudarme, llamo al operador y le digo: esto y aquello no funciona, ¡haga algo, por favor!

Probablemente funcione igual con internet; si mi contraseña caduca o algo así, simplemente debería darme una nueva. Espera, ¿quién demonios es el operador de internet? Y, por curiosidad, ¿dónde está? Lo único que sé es que internet es un sistema de miles y miles de ordenadores interconectados. Pero, ¿cuál es "el sistema"?

Ahora necesito ir a la nevera (está reabastecida) y obtener algún buen consejo. Después del segundo o tercer consejo, recuerdo que hay un pequeño y gracioso icono de campana de recepción en la esquina superior izquierda del marcador de internet (¿recuerdan? Franco Nero toca la campana en el bar en "Por un puñado de dólares" antes de empezar a disparar). A estas alturas estoy tan desesperado que negociaría con cualquier recepcionista —digo, operador—

incluso si fuera el mismísimo Django o Quasimodo. Hago clic en él (ahora debería sonar su campana) y... aparece un formulario. Abrir una cuenta nueva, cambiar una cuenta existente... no, no era eso. Sí, ¿dónde está entonces?

Entonces, allá abajo, descubro AYUDA. Hago clic y aparece un montón de texto. Lo leo, aprendo mucho sobre la gente de IBM que escribe estos textos (ellos también prefieren los manuales) y, después de una lectura amena (a veces los manuales son mejores que la intuición), encuentro los números de teléfono de EE. UU. donde se puede llamar gratis. Claro, eso no me aplica (ya tuve esta experiencia con la televisión por satélite: no se puede llamar gratis a las mujeres atractivas desde Austria, por muy tentador que parezca). Ah, hay algo más... soporte local. ¡Ja! Después del inevitable clic, aparece una lista desplegable (bueno, una lista se expande en una pequeña ventana) con los números de los centros de ayuda de todo el mundo. ¡Sí! Austria 0660 y algo. Llamo: no hay nadie, solo se oye el pitido. ¡Un servicio de ayuda básico! ¿De verdad alguien en IBM cree que estos nuevos servicios de ayuda valen un solo centavo? ¿Realmente "valiosos"?

Ahora es difícil encontrar buenos consejos; se necesita un poco de asesoría empresarial, por así decirlo. La nevera está en llamas y Jennifer, muy amablemente, me presta la llave del mueble bar. ¡Hablando de asesoría empresarial! La idea que me salvará: le escribiré a una persona importante de IBM. Dicho y hecho. Conozco mis contactos; le llegará mañana, luego lo llamaré, y así sucesivamente. ¡Y pensar que algunos dicen que una visita al bar de István no vale la pena!

Al día siguiente todo estará maravillosamente claro (seguro que será mañana, supongo, porque ya no puedo esperar más a que el servicio de asistencia se ponga a escribir este artículo), y mi colega de IBM seguramente me deberá un par de buenos consejos. ¡Con mucho gusto! Pero, ¿qué bebe alguien que no conoce a nadie en IBM?

Ah, ya veo. Mi corrector me pregunta qué significa "Internet light" en el titular. Bueno, me he vuelto bastante ligero con estas disputas que consumen tanto tiempo. Es una experiencia ligera hasta que uno logra controlar un poco este asunto del correo electrónico. Y me siento ligero con todos aquellos que aún tienen que lidiar con ello.

# Jefe Tecumseh

Dos cazadores se encuentran en el bosque (ciertamente, un chiste muy corto); Friedl y yo nos encontramos en línea: «Hola, ¿qué tal? ¿Puedes enviarme algo para el periódico otra vez? —Sí, te lo envío por correo electrónico, estoy en Budapest. —Vale, ¡hasta luego!» — En realidad, este negocio electrónico es bastante sencillo, ¿no?

Al día siguiente, durante mi sagrada rutina matutina de cigarrillo, café, ducha, muesli con yogur y la venerada ceremonia de recogida de correo (en la que el "abholze" se incluye solo por casualidad: pero el corrector ortográfico automático siempre sugiere "Abholzen" aquí...), todo se supone que debe hacerse uno tras otro, me detengo en seco, tan bruscamente que mi cigarrillo se cae justo al lado de mi taza de café y termina en mi muesli: ¡correo de Hungría! ¡Ajá, Friedl está enviando sus consejos y trucos para el periódico!

Una breve pero importante digresión arquitectónica para ilustrar mi privacidad: mi apartamento está dividido en dos partes por un pasillo largo y estrecho: la oficina/sala de redacción y la sala de máquinas a un lado, y las habitaciones privadas (gran salón de audiencias, dormitorio de la princesa, cocina y despensa, así como los baños) al otro.

Así que, estoy dando vueltas impacientemente en ropa interior entre la oficina y el Salón Azul (sala de televisión), esperando el "¡Ping! ¡Tienes correo nuevo!" del programa de correo electrónico, mirando alternativamente internet y Eurosport. La cosa sigue transmitiendo y transmitiendo y transmitiendo, y finalmente ¡ping! pero solo para informarme lacónicamente: Error 10060 tiempo de espera agotado por el servidor SMTP.

Ah, esa la conozco. Así que rápidamente volví a mezclar el muesli en la cocina, luego regresé a la computadora y pulsé alegremente "Revisar correo". Mi programa de correo electrónico se conectó entonces poderosamente a la red de IBM, serpenteando a través de París y Ostende directamente a Rosslare en Irlanda, y desde allí bajo el

Atlántico hasta Nueva York, para conectarse al servidor smtp-pop3 de ca.us.ibmnet, ¡ese pequeño diablillo tan ágil!

Me levanto para buscar mi yogur, mi muesli de nueces y nectarinas, pero me quedo paralizada a mitad del movimiento, que se convierte en una pirueta congelada: ¡Ping! Error 10060 Tiempo de espera agotado por el servidor SMTP.

—Cariño —gorjea una voz desde el dormitorio—, ¿no puedes arreglar el enchufe? ¡El secador no funciona! —Cuidado cuando una frase contiene «no», así que primero, un pequeño truco para ahorrar tiempo (doble clic en «Colgar», luego en «¿De verdad quieres colgar ahora?», «Sí + clic») y luego directo al dormitorio. Un ligero golpe con el codo en el enchufe, los extremos del enchufe del secador se doblan brevemente (¿por qué los ingenieros del fabricante no pueden producir enchufes así de doblados para enchufes rotos de serie?), y entonces vuelve a funcionar, mi amor, pero yo corro de vuelta a la oficina.

Dos tiempos de espera durante dos tazones de cereal: ¡no había tenido tanta mala suerte en siglos! Vuelvo a conectarme a la conflagración global (IGNIS, abreviatura de IBM Global Network and Information Services, significa “conflagración” o “conflagración global” en latín). Los intentos dos y tres fallan inesperadamente después de 20 minutos cada uno, y mi media naranja se despide con un “No funciona, cariño. ¡Oh, no tardes mucho, tienes una cita a las 9!”, y luego desaparece en una enorme nube de perfume. Cansadamente, inicio los intentos cuatro y cinco, entonces mi paciencia y los siguientes 45 minutos se agotan, y maldigo interiormente al remitente de semejante desastre propenso a los tiempos de espera. Por el amor de Dios, ¿qué está escribiendo en términos tan grandilocuentes que el servidor sigue haciendo ping?

Para colmo: tengo un problema urgente con un cliente que resolver, ¡ya mismo y rápido!, y parece que he agotado todas las opciones del equipo de soporte local de IBM. Llevo días esperando una respuesta útil del laboratorio de IBM en el extranjero. Y con cada intento, me quedo mirando la pantalla, donde veo que detrás de este enorme huevo hay cinco paquetes más esperando a ser recogidos. Por dentro, me muero de impaciencia.

A última hora de la tarde, salí nerviosamente de la oficina del cliente y volví a iniciar sesión en el sistema de correo electrónico. ¡Ah, ahora funciona! Miré fijamente la pantalla, observando cómo la barra azul contaba lentamente las horas. Ahora se mostraba "DECODING TIPSUND6.DOC", ya que los primeros cinco intentos habían fallado estrepitosamente. Entonces, cuando el temporizador llegó al 75%, la pantalla parpadeó brevemente y reapareció el Error 10060. ¡Maldita sea!

Cuelgo para optimizar mi factura telefónica y camino de un lado a otro. ¿Una nueva forma de recordatorio? No, tengo domiciliación bancaria. ¿Mi programa de correo electrónico...? Lo siento. No, ni siquiera tiene dos años y está entrando en la pubertad, ¿verdad? ¿Qué más podría estar causando el problema? Mi mirada se posa en el dispositivo de respaldo (unidad Zip). El joystick. El ratón. El micrófono. Los altavoces duales. El escáner plano a color, la impresora láser. ¡Claro, el pobre PC tiene que monitorizar todo esto mientras intento vaciar el buzón! Así que rápidamente cojo mis herramientas de la sala de servidores, unas cuantas vueltas del taladro eléctrico aquí, unas cuantas allá, y el joystick, el escáner, la unidad Zip, los altavoces, el micrófono (sí, también eso, puedo escribir los comandos de DOS en lugar de gritarlos), etc., se desconectan hasta que la máquina por fin puede respirar aliviada. Sudando profusamente, me quito el jersey y la demás ropa; al fin y al cabo, quiero respirar libremente. Luego vuelvo a encender la PC y dejo que el programa de correo electrónico se descontrole, desatado como un caballo salvaje en el servidor POP, solo para inmediatamente (y no fue un juego de palabras) recibir nuevamente el mismo mensaje de error de ping (10060).

Mi grito debió sonar como el grito de muerte de los comanches, porque la puerta de la oficina se abrió de golpe: «Cariño, ¿qué haces ahí, desnuda frente a la pantalla?». Me cubrí apresuradamente con un disquete de 8 pulgadas (uno de 3 pulgadas también habría servido, nota del editor) y respondí: «¡El correo ha dejado de funcionar!». Ella, ahora curiosa, se acercó sigilosamente con los ojos sospechosamente brillantes y preguntó: «Ah, ¿y dónde están las fotos a color, cariño?». Mejor me olvido de la próxima hora.

(Más tarde:) Estoy sentado frente a la PC minimalista, escuchando el Bolero de Ravel y meditando. Error de tiempo de espera: en algún lugar, el tiempo de alguien (¿qué tiempo?) se está agotando. Imagino el buzón frente a mí. Los mensajes llegan al servidor a través de SMTP (Protocolo simple de transacción de correo), ordenados en cola uno tras otro, para ser recuperados posteriormente mediante POP3 (Protocolo de oficina de correos 3). Y ahí, en primer lugar, hay un paquete grueso. El operador de POP3 llega, agarra su maletín con una mano, se lleva el teléfono móvil a la boca y abre el buzón con la llave en la otra, pero luego no puede pasar el paquete grueso por la puerta. Tal vez un vecino (digamos el viejo POP2, por ejemplo) viene y quiere llegar a su buzón, pero ahí está POP3 parado con las piernas abiertas frente a mi buzón, tratando de sacar el paquete grande de Friedl, pero no puede moverse hacia adelante ni hacia atrás, así que el viejo POP2 golpea a POP3 y grita: "¡Yo también lo quiero! ¡Yo también lo quiero! ¡Yo también lo quiero!" y lo echa con un Error 10060 Tiempo de espera agotado.

Sí, así es como debe ser. Me serví rápidamente otro Jaki (apodo ruso para el coñac), luego miré fijamente la pantalla, respiré hondo y el siguiente intento terminó de nuevo, como era de esperar, ¡con un pitido! ¿Qué me aconsejaría el señor Spock que hiciera ahora?

"Capitán, la gente tiende a emborracharse con Jaki en lugar de resolver sus problemas. ¡Un comportamiento muy extraño, señor!"

Oh, cállate, necesito concentrarme. "No, en serio, señor, su excesiva concentración está transmitiendo las vibraciones de su cerebro sobrecargado —y debo añadir, afectado por el alcohol— al comunicador, causando interferencias intermitentes..." ¡Cállate, tonto de orejas puntiagudas! Toda esa charla sobre Allolo...Alloho...Alkolo...

De acuerdo, bien. Me acomodo en la silla giratoria, dejo que mis pies cuelguen con naturalidad, pulso el comunicador muy suavemente con el ratón, evito cualquier interrupción... interrupciones... eh, y le sonrío con la misma frialdad al Sr. Spock, que está concentrado en silencio en sus consolas. ¡Ahí! ¡Después de veinte minutos, está sucediendo de nuevo! 10060 — ¡Ping! ¿Y bien, Maestro Spock? ¿Alguna sugerencia?

No diré ni una palabra sobre las pesadillas (o pesadillas, según Duden, posibles) de aquella noche, salvo que ni Friedl, ni IBM, ni el servidor SMTP salieron ilesos, especialmente el vecino POP2, sarcástico y prepotente, se llevó una buena paliza... ¿Por qué IBM? Yo tampoco lo sé, pero si esta vez fueron inocentes, entonces fue por otra razón.

Por la mañana, le contesto bruscamente a mi mejor amiga cuando me trae el café al ordenador, con el que llevo una hora trasteando. Se escabulle silenciosamente al trabajo, no sin antes colgar un aro de ajo sobre la puerta. La oigo escupir por encima del hombro izquierdo tres veces al cruzar el umbral, y sé que está intentando ahuyentar a los malos espíritus y a la Intermi... Interfe... Interthingy. Amor verdadero.

Impulsivamente, le escribí a Friedl explicándole mi problema y pidiéndole que, si era posible, me reenviara el correo, tal vez con un tamaño menor o incluso con el formato correcto para Word 6.0. La brevedad de mi mensaje debió de alarmarlo, porque poco después vi en mi bandeja de entrada que había seis elementos pendientes de ser recogidos. Furioso, pensé: «Seguro que los programadores del correo electrónico podrían haber incluido un botón (F2 o un clic) para mover un elemento específico al final de la cola». Pero eso sería pedir demasiado. Recordé con nostalgia el programa de correo web (mucho más práctico) que usa mi hijo, que primero muestra una lista de todos los elementos y te permite decidir si reenviarlos o no. Eso sin duda me ahorraría mis preocupaciones actuales...

La respuesta de Estados Unidos debió haber llegado hace mucho. Quizás todavía esperan respuestas adicionales de mi parte; este tipo de comunicaciones a menudo se convierten en verdaderas “conversaciones”. ¡Maldita sea, tengo que seguir intentándolo! Los intentos 10 y 11 terminan tan rápido que apenas me doy cuenta de la noticia simultánea sobre la trayectoria de Aldo Castignani, el creador de los autos deportivos Superleggera. De hecho, incluso tengo la impresión de que el sonido llega justo cuando me estoy acomodando en mi sillón. ¿Quién sabe?, tal vez.

Intento 12: Un comienzo de conversación cautelosamente frío, un paseo despreocupado silbando, y luego de pie junto al sillón en el Salón Rojo. ¡Funciona! ¡Pero no te sientes! ¡Hurra! La barra azul se hace cada vez más larga, Aldo le está entregando las riendas de la Superleggera a su hijo Sergio, y ¡ping!, ha vuelto a suceder. Así que la televisión no tiene nada que ver con el problema del correo electrónico después de todo, ¡gracias Gates!

En el intento número 13, me quedo pacientemente junto al ordenador, silencio la entrevista con Sergio con el mando a distancia y no digo ni una palabra. La barra de progreso se alarga cada vez más y ya no aguanto más el hambre. Camino de puntillas por el pasillo, giro a la derecha hacia la cocina, ¡y listo! Se acabó. Lágrimas de rabia se mezclan con la mostaza, empapando el pepinillo, y estoy furioso, absolutamente furioso, y casi me muerdo la lengua de la rabia mientras mastico el sándwich de mermelada, mostaza y pepinillo.

¿Qué era siempre igual? Analicemos esto. Un momento. ¿Y si el programador introdujo un código de error críptico? 10060: podría significar simplemente que no quiere a una persona mal vestida sentada frente al ordenador. Yo solía ir vestido con poca ropa, y sé por experiencia cómo reaccionan, por ejemplo, los soldados ante eso (incluso si solo se desabrocha un botón del uniforme): ¡Tírate al suelo! (=diez flexiones, por si no estabas en el ejército). Me ducho y me peino bien, me visto y luego me rocío generosamente con Eau des Marineurs Bleus Supérieur en las axilas.

El intento número 14, con un aroma exquisito, un vestuario impecable y un aspecto de lo más cuidado, resulta un completo fracaso. Desafiante, apago el ordenador, me subo a mi coche, que no es precisamente un Superleggera, y me dirijo con voz melosa al cliente. Una persona bastante sensata que no nos hará la vida imposible con el comercio electrónico.

Por las noches, ya no tengo ganas de lidiar con el correo. Empiezo con desgana el intento número 15, voy al cuarto de lavado (perdón, pero eso es la cocina, donde también hay una lavadora), vacío esta máquina que funciona a la perfección (un producto inteligente, aún sin conexión a internet) y espero y espero el ping, ¡pero no llega! ¿En

serio? ¿Puedo creerlo? Después de terminar mis tareas domésticas, camino de puntillas por el pasillo, doblo la esquina y me quedo mirando el haz que crece y crece lentamente. Como un indio (digamos Winnetou, o mejor aún, Tecumseh, no todos lo conocen), me agacho lentamente y me arrastro a cuatro patas por el parqué de la oficina hasta el buzón, me subo lentamente a la silla giratoria y

¡Ping! Bueno, primero necesito recuperar el aliento. Cien kilos de peso indio a cuatro patas requieren energía, ¿no? Al cerrar los ojos, observo cómo mil pequeñas explosiones tras mis párpados señalan el pulso acelerado de la Gesamtkunstwerk "István" alertada. Reflejos retinianos del fondo del ojo, sí, en efecto, profesor. ¿Reflejos del fondo? Completamente despierto, abro los ojos, agito el puño hacia el comunicador, el Sr. Spock y el Jefe Tecumseh, y comienzo el decimosexto intento. Sé que este funcionará. Cuando finalmente estoy en el servidor de correo, esa ventana está ahí de nuevo: PROGRESO "Decodificando Tipsun16.doc". Si ahora muevo el ratón (flecha) más allá de PROGRESO (momento en el que me viene a la mente que una de las partes de la estación espacial rusa MIR averiada también se llama PROGRESO), esta flecha se transforma en un reloj de arena (¡Bill debe ser el nombre, y tiene mucho tiempo!). Mientras tanto, la barra azul, que indica el progreso del proceso, se desplaza imperceptiblemente una décima de punto hacia la derecha; eso es todo, reflejos contra el fondo.

Me siento allí, moviendo el ratón de arriba abajo, la flecha se convierte en un reloj de arena, el reloj de arena en una flecha... la barra crece y crece. Lentamente, con la otra mano, me visto completamente mientras la flecha y el reloj de arena se alternan, elevo oraciones silenciosas al Sr. Spock y me arrodillo al estilo Tecumseh junto a la silla giratoria, y la barra se alarga lentamente, y me da igual que mi amada esté ahora congelada en la puerta de la oficina, observando esta extraña farsa con la boca abierta. Lo importante es que la barra sigue creciendo y creciendo...

Este ritual dura 45 minutos y 23 segundos hasta que la barra llega al extremo derecho y el segundo, y no puedo creerlo, el tercero, ¡y hurra! el cuarto, el quinto y el último correo electrónico se procesan

en rápida sucesión, y aparece una nueva imagen: “¡Tienes correo nuevo! ¡Ping!”

# astillas irlandesas

*El noventa y seis por ciento de los miembros de nuestro club de informática no asistieron al congreso anual en Dublín; presumiblemente, el miedo a volar, la larga distancia o el lamento por el queroseno desperdiciado serían las principales razones de su ausencia si les preguntáramos (pero no lo haremos, porque no somos tontos y sabemos perfectamente que las razones son completamente distintas). Sin embargo, el cuatro por ciento —voladores intrépidos a quienes no les importaba en absoluto el consumo de combustible— sí estuvieron allí, así que sin duda sería despreciable por mi parte aburrirlos de nuevo aquí con mis impresiones subjetivas del congreso. El cual, cabe mencionar, no satisfizo ni mi interés por la navegación ni mi curiosidad natural sobre el comportamiento reproductivo del escarabajo de siete puntos, sino que ofreció muy poca información náutica o zoológica, con sus temas áridos como Java, internet, servidores SMTP y lenguajes de programación.*

*En medio de este dilema, el hecho de haber emprendido una maravillosa gira de una semana por Irlanda inmediatamente después del congreso en Dublín me impactó profundamente: no desperdicié ni un solo segundo de mi preciado tiempo libre en AS/400, OS/400 ni en ningún otro tema relacionado con 400. En cambio, me sumergí en el país y su gente, me abrí (y abrí mi cartera) a los encantadores irlandeses y olvidé por completo que me esperaban en Viena un cambio de sistema, el próximo periódico y el problema sin resolver de una estadística de ventas cúbica anidada en ocho dimensiones. Así que relájense y leamos juntos lo que mi ThinkPad tiene para ofrecer.*

*Primero debo explicar dos nombres de mujeres: Deirdre es esa secretaria anciana y sabelotodo, figura prominente de nuestra asociación, con quien tuve un acalorado debate público desde el congreso de Jerusalén, pues no entendía por qué se celebraban congresos en lugares donde las bombas hablan por sí solas. Fiona, por otro lado, es su sucesora (designada), amable y capaz, con quien me llevaba de maravilla, casi por pura malicia.*

Este titular surgió cuando intenté traducir uno de los encantadores dichos irlandeses que encontré en el camino: “Si te resbalas por la barandilla de la vida, ¡que las astillas no te apunten en la dirección equivocada!” o algo similar, que significa “¡Si te resbalas por la barandilla de la vida, que las astillas no te apunten en la dirección equivocada!”

La asombrosa pregunta de Deirdre, “...¿y dónde están ahora sus bombas, eh?!” No pude responder anteayer en Dublín. Sin embargo, hoy, domingo 21 de junio de 1998, la radio (Canal de Belfast, FM 100.6) transmitió cada hora: “Una bomba explotó en Belfast anoche, destrozando cientos de ventanas. Gracias a Dios nadie más resultó herido, ya que se recibió una advertencia del IRA a tiempo. — Un hombre de 27 años resultó gravemente herido por cuatro disparos en la parte posterior de las rodillas y los tobillos. Estos parecen ser disparos de castigo tradicionales. — Un coche bomba en Armagh hoy, 25 de junio de 1998, mató a dos personas e hirió a una docena más. El Frente de Liberación Nacional (INLA) se atribuye la responsabilidad de este ataque en vísperas de las elecciones de Irlanda del Norte...” Ahí están, Deirdre, ahí están, aunque no te des cuenta de ello en tu campo de golf. Me acerco a Irlanda con respeto, pero con los oídos bien abiertos; No en el campo de golf, sino en la zona peatonal, entre los bebedores, los juglares y las prostitutas callejeras: ahí es donde me encontrarán.

# La oveja estúpida

Con la segunda pregunta asombrosa de Deirdre (y Deirdre, como seguramente saben, puede hacer las preguntas más asombrosas), quisiera comenzar mi informe: "...bueno, ¿dónde están ahora todas tus mujeres, las que siempre te rodean, eh?!" Arnold, Beatrix y Wolfgang me miran en silencio, y yo me quedo allí con una expresión avergonzada. ¡Qué pregunta! Primero que nada: ¡todavía no han llegado! Segundo: mis lectores hace tiempo que se dieron cuenta de que mis mujeres (no suena tan vulgar como "mujeres") están precisamente aquí, en el periódico: criaturas maravillosas, exóticamente eróticas, pero a la vez banales, de mi imaginación, a las que, naturalmente, no podía llevar conmigo en un viaje tan arduo. Hasta aquí, querida Deirdre, tu pregunta "en topless". Bueno, para concluir la transición al resto de mi informe: cuando llegué a la agencia de alquiler de coches para recoger el vehículo, de repente me eché a reír tan fuerte que el pobre irlandés que me atendía me miró, algo desconcertado y preocupado: "Deirdre, imagínate, no hice este viaje con Michiko, la exótica modelo japonesa, sino con una estrella japonesa, ¡una auténtica estrella (de Toyota)!". Aunque enseguida me di cuenta de que me arriesgaba a recibir un correo electrónico furioso de tu parte, me reí muchísimo a tu costa.

Reconozco que mi Starlet era muy compacto; al fin y al cabo, treinta litros de peso extra tenían que caber detrás del volante. Pero estoy acostumbrado a eso del parque de atracciones Prater: ¡karting en Irlanda! Segunda observación: es mucho, mucho más persistente que aquella. Ocurrió en el aparcamiento de un restaurante de carretera: me bajé y me alejé, ¡y ahí estaba, rodando justo detrás de mí, la oveja! Logré una hábil maniobra como cazador de Starlet y empujé a la estúpida cosa de vuelta a su sitio. Desde entonces, al Starlet lo llamé Dolly, la oveja tonta, que siempre tenía que estar bien sujeta en el aparcamiento. Pero desde entonces, también supe para qué servía realmente esa molesta palanca entre los asientos delanteros: ¡el único problema era que en algunos aparcamientos, la cuerda de remolque resultaba demasiado corta para sujetarlo!

# Merlín I

Estaba sentado solo en el tronco de un árbol en la campiña irlandesa, pensando qué escribir en mi Thinkpad, cuando de repente oí una tos discreta a mi lado. Aunque hacía un momento no había nadie alrededor, ahora había un anciano con un atuendo bastante peculiar sentado junto a mí.

—Soy Muirlinnhe —dice, y yo añado espontáneamente—: ¡Ah, sí, eres Merlín, el que robó estas viejas piedras en Irlanda y las trajo a Stonehenge! ¡El rey Arturo y todo eso...!

—¡Shhh, no tan alto! —gruñó Merlín, mirando nerviosamente a su alrededor—. Eso no sucederá hasta la semana que viene, y si los belicosos pictos (para quienes no hablan latín: los antiguos irlandeses) nos oyen, ¡nos quedaremos sin piedras otra vez! Además, nosotros seguimos llamando a Arturo San Camber, los latinos lo llamaban Rhiathamus, y no fue hasta el siglo XI que los franceses lo llamaron Rey Arturo.

«¡Merlín, viejo amigo, sí que lo sabes todo de antemano! ¿Cómo estás? ¿Cómo llegaste hasta aquí, cuando la malvada Morgana La Fay te encerró en el bosque encantado cerca de Douarnenez y...»

¡No me recuerdes esa historia tan desafortunada! Sí, vagué a ciegas y sin rumbo por el bosque encantado, pero después de mil años el hechizo se rompió repentinamente como por sí solo y...

"¡Ah, ya sé cuál es!", interrumpo a Merlín, quizás con cierta brusquedad. "El contador llega a 998, 999, ¡y luego a 000! Entonces es: ¡Bingo, apuesta, nada más! Lo llamamos la paradoja del año 2000. Y2K significa Año 2000, el problema del año 2000", añado, intentando parecer inteligente.

Entonces se oyó un "¡pop!", y Merlín desapareció.

# Babor - Estribor

Tras lo que debió ser una hora zigzagueando por las concurridas calles de Dublín (¡solo había conductores en sentido contrario, se lo aseguro!), se me ocurrió que la presidenta local (la Sra. Mary Robbins) quería hacer algo por las mujeres en este "Año de la Mujer": así que decretó que, a partir de ahora, las mujeres podrían sentarse al volante, mientras que los hombres quedaban (casi simultáneamente) relegados al asiento del copiloto. Pero como la industria automovilística sabía por las estadísticas que en muchas familias solo los hombres tenían carné de conducir, discretamente trasladaron también el volante al asiento del copiloto. Así, de la noche a la mañana, surgió aquí la norma de conducir por la izquierda, que también conocemos de Inglaterra y que nos resulta bastante extraña, pero que, por otro lado, da a las madres irlandesas, por lo demás severamente oprimidas, la sensación de estar en el lugar correcto. ¡No, los padres se sientan a la derecha! Las madres se sientan a la izquierda, igual que el cenicero. Así que ahora la confusión es total, pero no puedo evitarlo. Que se lo pregunten a Mary Robbins.

En lugar de semáforos, hay rotondas. Imagínate tener que dar una vuelta completa en lugar de pasar por cada semáforo, intentando encontrar la salida correcta: por ejemplo, si tienes que ir de la Südbahnhof (Estación Sur) a Floridsdorfer Spitz, ¡buenas noches!, llegarás completamente aturdido, ¡te lo aseguro! Sin embargo, mi cocinero me dijo a mi regreso que no tengo que dar una vuelta completa cada vez, sino solo el tramo hasta mi giro. Pero entonces te pregunto: ¿por qué demonios se llama rotonda? — ¡Pues claro! A vosotros, queridos lectores, os revelaré mi receta para conducir por la izquierda: simplemente hice todo mal, y eso lo arregló todo a la perfección. ¿Entendido?

En la autopista de Dublín a Galway, poco a poco me fui acostumbrando a esta extraña norma de circulación en sentido contrario y me adapté. Por ejemplo, el centro de la carretera no solo está marcado con las líneas centrales habituales, sino también con unas pequeñas piezas metálicas redondas que reflejan la luz por la noche y que se llaman topes. El único problema: al cambiar de carril, los neumáticos

rebotan cada vez que pasan por encima de una de estas cosas metálicas (por eso se llaman topes), lo que me puso un poco nervioso. Mi Starlet es bastante nuevo, ni siquiera tiene 600 millas (¿o kilómetros?). Así que empecé a practicar con ahínco el eslalon para evitar estos topes, llegando incluso a dominar el cambio de carril rápidamente sin rebotar. Hasta que la Garda, la policía local, me dejó seguir mi camino después de dos horas, una prueba de alcoholemia más estricta y 50 libras irlandesas menos. ¡Qué aguafiestas!

Se puede reconocer al conductor continental, al conductor del continente, donde las madres se sientan a la derecha (etc., bueno, lee arriba), por su postura tensa y encorvada, sus labios fruncidos y su conducción lenta tan típica. Sabiendo esto, yo aceleraba por el campo, generalmente cantando a gritos canciones de pub de Hamburgo o canciones marineras del lago Neusiedl, con los hombros obedientemente encorvados. Saludaba a cada conductor de tractor y ciclista de montaña con un saludo radiante y jovial antes de que mi rebufo los empujara a la cuneta. ¡Cómo me alegré cuando, bajando de las montañas de Doce Pines, divisé la fila de coches que subían lentamente la colina, conducidos por turistas del continente! ¡Deberías haberme visto entonces, bajando a toda velocidad por la montaña en una enorme nube de polvo como una tormenta eléctrica, cantando a gritos la canción de Andreas Hofer y mandando a los desconcertados continentales a la cuneta! ¿El Mundial? ¿Yo? — ¡No, no lo necesito!

# Dr. Rudas

La situación lingüística también es un poco complicada. En realidad, no es ningún problema, ya que el país es bilingüe: irlandés (es decir, celta/gaélico) e inglés; así que puedes elegir el que prefieras. ¡Pero qué clase de inglés es ese! A los irlandeses no les suele gustar hablar con los ingleses, pero una vez que descubren que no hay canguros en Austria, se relajan y empiezan a hablar. Rápidamente, incorrectamente e incesantemente. Eso fue lo que me pasó en el centro de buceo de Kilkee, a unos 30 km al sur de los Acantilados de Moher (nota: mohair se refiere a la oveja de pelo rizado y su lana; la palabra en sí es persa y no tiene nada que ver con los Acantilados de Moher, como me sorprendió descubrir).

Así que ahí estoy, sentado en el muelle de Kilkee, dando de comer a las gaviotas (cuyos nombres pronto aprenderéis) y viendo a los buzos afanarse. La gente del Centro de Rescate Marino está emocionada, graznando junto con las gaviotas y corriendo de un lado a otro. Quiero decir, algo debió de pasar, porque una lancha neumática viene a toda velocidad alrededor del muelle con un grito de júbilo, la tripulación de la lancha salta, gesticulando salvajemente, traen una camilla, ¡y el cuerpo envuelto en neopreno de una víctima es izado sobre ella! Un rescatador corre frenéticamente hacia el Centro de Rescate, hablando por su walkie-talkie, otros llevan la camilla, y una joven rescatadora cuenta en voz alta “¡1, 2, 3, vamos!” bombeando el corazón de la víctima.

Salto de mi tumbona (¡ya sabes cómo es István, tiene que estar ahí mismo, al frente!) y, teléfono en mano, corro los pocos escalones hasta la cabaña de rescate. Le pregunto a uno de los tipos con aspecto importante: “¿Necesita un médico?” y pienso: “Ahora por fin puedo probar el número 112 y ver si contesta un irlandés o un austriaco”. El tipo importante me mira y luego dice: “Vamos, doctor”, y me lleva dentro de la cabaña. “¿Es usted médico?”, me pregunta de nuevo el entrometido, y le respondo sinceramente que solo soy un ginecólogo aficionado. Ante eso, la “mujer muerta” (porque era bastante obvio que era una mujer) pierde completamente los estribos y grita, riendo y resoplando, a todo el mundo: “¡Oye, es un ginecólogo aficionado!”.

Resulta que ella, Jutta, es de Alemania y está muy viva. Todo es un simulacro, y yo, el idiota, me quedo ahí parado con mi teléfono, mirando fijamente. Jutta me toma del brazo, me interroga en cuestión de minutos sobre de dónde vengo, por qué soy de allí, a qué me dedico, etc., y luego me permite invitar a una cerveza al equipo, que sigue sonriendo, y escabullirme tímidamente.

Jutta me alcanzó de nuevo en el estacionamiento, me aseguró que era bueno que personas ajenas a la comunidad también estuvieran dispuestas a ayudar espontáneamente y me mostró el centro de rescate; parecía contenta de conocer a alguien que hablaba su idioma. En la cena, me enseñó a abrir las pinzas del cangrejo de Cornualles con un cascanueces y luego a extraer la carne con una aguja de tejer aplanada. Después, tuve que ir a McDonald's porque, aunque el cangrejo requería bastante trabajo, no me llenaba.

Alojarse en un bed and breakfast es la manera perfecta de experimentar Irlanda, aunque hubiera preferido no tener que compartir el desayuno con Jutta. (Deirdre, por favor: ¡es todo un cuento! ¡Inventado! ¡Jutta no tiene nada que ver! ¡Solo el desayuno!).

El desayuno irlandés merece una descripción. Primero, café con leche y azúcar, pero sin los granos de café dañinos. Sopa de leche con granos de maíz o copos de maíz con jugo de naranja. Unas rebanadas de pan y tostadas con mantequilla ligeramente salada; miel y mermelada con la mantequilla salada para los verdaderamente despistados. Luego, recién hecho y caliente: un huevo frito (para mí), una rebanada de morcilla (¡qué asco, Jutta se la come!), dos salchichas (una para mí) y dos rebanadas de tocino (ambas para mí). Para terminar, un Marlboro profundo y satisfactorio (Jutta se lía un porro, pero solo para molestar a Deirdre).

# Una pareja irlandesa enamorada

“Me llamo Henry”, dice la oveja de ojos grandes a la joven estrella que chilla y va disminuyendo la velocidad, “y Thusnelda está sentada allí”.

“¡Bip!”, dice la joven actriz, “¡bip, bip-bip!” La persona vuelve a presionar el airbag con energía. “¡Bip!”

—Sí, el primo Angus también lo tenía, ¡quizás deberías probar con tres gotas de miel en tu té! —dice Henry, y Thusnelda vuelve la cabeza hacia la joven actriz y dice: —¡Esa petimetre afectada! ¡Pff! Lleva un abrigo rojo brillante y elegante, probablemente pertenece al viejo O’Brien. ¡Uf, y mira esos televisores enormes!

Henry se acercó lentamente a Thusnelda y le susurró: “Un poco más de compostura delante de los extraños, querida, si me lo permites, ¡y no balas como una cabra!”, y volviéndose hacia la joven actriz dijo: “Ah, ya sabes, tiene problemas de digestión, por eso está tumbada en la carretera caliente ahora, así le resulta más fácil expulsar los gases”.

“¡Pip-pip!”, dice la joven estrella con impaciencia, “¡pip-pip, pip-pip-pip!”. Con el Toyota, tocas la bocina con el airbag, gracioso, ¿verdad?

Henry sacude su pelaje desgreñado, de color blanco amarillento y con manchas azules, y se retira lentamente hacia Thusnelda. «Hoy no estás muy habladora, señora», le dice a la joven actriz antes de sentarse a su lado en el camino. La actriz emite un último gruñido antes de quedarse en silencio, y dentro del vehículo se ve a una persona golpeando frenéticamente el airbag.

—Se ve muy bien, la señora —comenta Henry a Thusnelda con ojo de experto—, su suave pelaje rojo parece estar de moda en la ciudad estos días, ¿no? —¡Ay, ustedes, los hombres! ¡Solo están mirando sus neumáticos, viejos lascivos! —Thusnelda suspira con tristeza, las lágrimas le suben a los ojos en una repentina oleada de autocompa-

sión, así que se da la vuelta y mira hacia las montañas para que Henry, ese querido viejo monstruo, no la vea.

Mientras tanto, el hombre se había esforzado por salir del Starlet cuando Henry dijo con cierto desdén: “Míralo, querida, ¡no sabe trabajar con lana! ¡Mira su cabeza calva…!”, pero no dijo nada más, porque yo ya estaba harta, y aparté a empujones a esas dos estúpidas criaturas del camino para poder seguir mi ruta.

# Lectura de mapas I

Realmente no es difícil orientarse en Irlanda. Solo hay que seguir las señales; están en inglés, celta o ambos, y a veces incluso en italiano (por ejemplo: Pizzeria Da Giovanni, 2km; pronunciado: due chilometri). Así que las personas multilingües tienen cierta ventaja aquí, aunque los idiomas no lo son todo: las distancias dadas en kilómetros y/o millas no deberían suponer ningún problema. Y no lo harían, si no fuera por el realismo persistente en el cerebro del turista que constantemente quiere convertir, porque, como todos saben, una milla son aproximadamente 1600 metros y algo más. ¿O no? Hoy me encontré con una señal: an Ceirinn 7', debajo: 21km. Estoy desconcertado; estas no son millas náuticas, y tampoco son millas legales, así que ¿de dónde demonios salen los 21 km? Entonces recogí a un autoestopista; Se rió brevemente cuando le pregunté al respecto, y luego dijo (si entendí bien): "No mires las señales, simplemente conduce por la carretera, ¡y llegarás a algún sitio!". Así que eso fue lo que hice.

Era un operador de excavadora de Dingle, ya olía fuertemente a Guinness, y al principio se persignaba en cada pequeña iglesia que pasábamos. A medida que avanzaba nuestro viaje, también se persignaba antes, y más tarde después, de cada curva, o mientras navegábamos por las turberas, y parecía propenso al mareo, este pálido hijo de la Isla Esmeralda.

Mejor aún, pude usar el mapa (que Fiona me facilitó amablemente). Eso sí, tuve que extenderlo en el asiento trasero para leerlo bien. ¿Las gafas? Ah, sí, ¿dónde estaban? Un momento, voy a rebuscar en mi bolsa de viaje... ¡Ay, Dios mío! Mis gafas están en la maleta, en la consigna de equipaje de Dublín, junto con mi traje, corbata y el material de la conferencia. ¡Bravo, maestro! Pero al menos tengo un par de repuesto en la guantera (por desgracia, mi coche con guantera está en Viena...).

No importa, soy hipermétrope (a veces incluso precoz), así que primero miro hacia adelante, leo la señal, luego miro hacia atrás para ubicar el lugar en el mapa, luego agarro el embrague y cambio a la si-

guiente marcha, pongo la señal a la izquierda y ¡giro a la derecha con decisión! Da aún mejor impresión si también sostienes el teléfono en la oreja (aunque no es necesario que esté encendido). ¡Prácticamente se le ven los ojos al conductor que viene de frente, de verdad!

Es asombroso el tipo de hábitos automáticos que una persona puede desarrollar a lo largo de su vida. Al principio, pensé que conducir por la izquierda (ya saben, cuando las madres van al volante) sería el mayor desafío: ¡para nada! Como peatón en Irlanda, estoy seguro de que miraba hacia otro lado el doble de veces. Lo más difícil fue acostumbrarme a que el cenicero estuviera a la izquierda. ¡No, no se rían, hablo en serio! Conducir y fumar son claramente dos cosas completamente distintas para mí, o mejor dicho, como zapatillas (izquierda) y aletas (derecha). Girar el volante con la mano derecha en lugar de la izquierda: sin problema. Cambiar de marcha con la izquierda, o usar el freno de mano al derrapar en una turbera, también es factible (la zona de derrape crucial después de las curvas cerradas para nosotros, los corredores de vacaciones, suele ser una turbera en Irlanda, ¡aunque las barreras sean de alambre de espino!). Pero cuando extiendo la mano izquierda por encima del volante y presiono el cigarrillo contra el panel de la puerta derecha, y el plástico chisporrotea y apesta con un ruido desagradable, entonces lo sé: ¡uy, ese no era el cenicero! ¡Ese cenicero (el que está a mi derecha) está en Viena! — Como ves, nadie es perfecto.

# Lectura de mapas II

Volvamos a las gafas. No, no a Dublín, al consigna de equipaje, sino al tema de las gafas y la lectura de mapas. Una noche, en un pub de Dublín, bromeaba con unos amigos sobre el hecho de que la cooperativa vinícola francesa Le Ventoux ha empezado a usar Braille en las etiquetas de sus botellas de vino: también se podría usar Braille en los mapas de carreteras y las señales de tráfico... Pero conviene reconsiderar seriamente el tema de las etiquetas de vino y el Braille, esta vez con mucha atención. Al fin y al cabo, también podría interpretarse como una advertencia: quien beba este brebaje podría...

Así que ahora estaba sin gafas y dependía de mi capacidad para confabular (no, ni siquiera hace falta buscarlo en el diccionario: confabular significa inventarse algo; indispensable para nosotros, los directivos del club, por cierto).

¿Y qué tenemos aquí? Una gran mancha azul, ajá, el Atlántico. Luego, una pequeña cosa amarilla verdosa con forma de salchicha que se adentra en el mar: la península de Connemara. Una mancha marrón oscura en su interior; probablemente sean las montañas de Doce Pins. ¡Oh, mira, una rayita! ¡Seguro que es la carretera que atraviesa las montañas! ¿Dónde está el sol? A la izquierda. Entonces (le doy la vuelta al mapa) el mar debe estar ahora a mi izquierda (sí, es cierto, hay un petrolero ahí atrás), las montañas a mi derecha, ¡y seguro que hay una carretera por algún lado! Así fue como se produjo el memorable encuentro con Henry y Thusnelda.

Lo agradable de allá arriba era que yo era el único usuario de la carretera en kilómetros a la redonda; los demás iban empujando y serpenteando valle abajo, mientras que aquí arriba encontraba verdes pastos y, a veces, un campo de turba (después de curvas cerradas).

Lo único molesto fue que el camino simplemente terminó; sí, leyeron bien, el camino terminó abruptamente en el páramo. Las nubes de tormenta azul oscuro que se acumulaban esa noche (aquí no oscurece del todo hasta la medianoche) no me asustaron, ya que tenía se-

guro a todo riesgo. Fue una lástima lo de la cama, pero estaba seguro de que volvería a tiempo para el desayuno.

Con un gemido, la Starlet se esforzaba por atravesar el paisaje montañoso, con los ojos ardiendo, hundiendo las ruedas en la suave hierba verde; al menos quienes vinieron después encontraron una pista bien preparada (para usar un término de esquiadores). En resumen, al final sí que me fui a la cama, pero me quedé dormido y no desayuné (ya que solo me acosté entonces, claro).

Así que, a pesar de sentirme culpable con Fiona, decidí comprar un mapa. La mujer de la tienda era amable; sí, exacto, ese es el mapa a mayor escala que quiere, el señor de Austria. Rebuscó y rebuscó hasta que sacó el de menor escala (= la mayor resolución, como diríamos los que estamos acostumbrados a las pantallas). El mar era enorme, y en lugar de una salchicha, había una península de verdad. Muy satisfecho, pagué el mapa y fui a la cafetería para verlo con más detalle.

Por favor, ahí están todos los pueblos, cada camino serpentea entre la corteza de los árboles como un canal de escarabajos. Cada riachuelo es una gruesa línea azul, cada cabaña, al menos, un pequeño punto negro. Las montañas son manchas de color marrón rojizo, entrecruzadas por bosques verdes y páramos de un verde claro. ¡El mapa es fantástico, me encanta! Lo único es que los nombres de los lugares están impresos con una letra tan pequeña y discreta que ahora, con cierta vergüenza, vuelvo a usar el mapa gigante de Fiona...

# Lectura de mapas III

Fiona y su mapa, ¡menuda anécdota! Casi a regañadientes, me dio su mapa de Dublín, disculpándose porque una vez había comido un pollo asado con algunas manchas. Le aseguré solemnemente que no me importaba en absoluto; que conduciría con cuidado esquivando las manchas.

Quizás fue un poco prematuro, porque cuando regresé a mi habitación la primera noche después de una larga caminata por Galway, decidida a abordar por fin mi problema de peso en serio y no comer nada más ese día —absolutamente nada, salvo quizás un par de Snickers, una o dos barras de chocolate y una lata de Coca-Cola— toda la habitación olía a pollo asado. Casi me volví loca de deseo, mi mente llena de imágenes de muslos tiernos y crujientes, alitas rojas y crujientes, ¡y pechugas llenas de hormonas! ¡Fiona! Ni dos segundos después, volví a salir, dejando atrás los Snickers y todas mis buenas intenciones.

Satisfecho, me senté con mi cerveza y encendí un cigarrillo “Gracias por no fumar”. Inhalé profundamente el humo, cerré los ojos e imaginé a Fiona sosteniendo con las yemas de los dedos un codillo de jamón tiernamente asado, mordiendo la corteza con un crujido satisfactorio... ¡No, algo en esta imagen no cuadraba! Volví a mirar el mapa, las manchas, la docena de huellas dactilares cerca del cruce de Galway-Dublín: ¡Sí, tenía que ser eso! Ahora veía a Fiona girando el animal de sacrificio de un lado a otro en el mapa, murmurando conjuros mágicos, contando eeny, meeny, miny, moe y snick-nack para decidir si girar a la izquierda o a la derecha. Eso, y solo eso, estoy dispuesto a creer: ella, como los augures en la antigua Roma, consultaba a los dioses sobre el camino correcto leyendo las entrañas de la ofrenda asada. Lectura de mapas en Irlanda.

# Aves en Irlanda

Por fin había visto todos los lugares de interés, y el tiempo se había vuelto decididamente irlandés: la lluvia, la niebla y las fuertes ráfagas de viento no facilitaban las cosas. Pero al fin, había llegado a mi destino. Amarré el Starlet en el aparcamiento, cogí mi paraguas, pan duro, el móvil y el portátil, y me puse en marcha a través de las dunas.

Bueno, algunos de ustedes saben que soy un gran aficionado a las aves. Este era probablemente el lugar más extraordinario de Irlanda, un verdadero paraíso para los pájaros. Subí al banco de arena junto al lecho de un arroyo, luego salté unas piedras hasta las pequeñas islas de aves cercanas a la costa, y allí estaba yo, justo en medio de ellas, mis aves. Saqué mi portátil, puse el paraguas entre los dientes e inserté el CD “Las aves de Irlanda”. Y allí estaban todas.

A la izquierda, un cormorán moñudo (en latín: phalacrocorax aristotelis, en celta: seaga) peleaba con un cormorán común (en latín: phalacrocorax carbo, en celta: broigheall) por un trozo de alga; a la derecha, una agachadiza (Gallinago gallinago, Naoscach) parecía esperar comida de mi parte, con la cabeza ladeada. La pareja de avefrías (Vanellus vanellus, Pilibin) cortejaba intensamente a pesar del viento helado y, al parecer, no les importaba que un ostrero (Heamatopus astralegus, Roilleach) los observara descaradamente. El charrán ártico (sterna paradisaea, Geabhrog artach) intentó ahuyentar al lascivo pervertido con chirridos salvajes, pero su primo, el charrán patinegro (sterna sandvicensis, Geabhrog dhuscotlach), simplemente dijo: “¡Déjalos en paz, los jóvenes de hoy quieren probar de todo, bastardo estirado!” La gaviota común (larus larus, Faoilean ban) sobrevolaba majestuosamente la colonia de gaviotas cabecinegras (larus ridibundus, Faoilean ceanndhubh), mientras que las gaviotas sombrías (larus marinus, Droimneach mor) maldecían fuerte y furiosamente a las gaviotas argénteas (larus argentatus, Faoilean scadan), cuyo último ataque había dañado gravemente las colonias de cría.

Así que allí estuve casi una hora entre mis queridos pájaros, tecleando afanosamente en mi portátil y esparciendo de vez en cuando

tostadas rancias (que Jutta, mi querida Deirdre, había dejado) para que no se fueran volando. De repente, sentí que me empujaban por detrás. Ahora sé, igual que tú, lector amante de las aves, que estaba completamente sola con ellos en las islas de pájaros, así que nadie podía empujarme por detrás. Pero aun así, la sensación persistió. Persistentemente. Ya sabes cómo es: no hay ningún error en el código del programa, y sin embargo el resultado es incorrecto.

Miré a mi alrededor. La brisa me azotaba la cara, las olas rugían como siempre y los pájaros chillaban como de costumbre; no habían aprendido otra cosa. Y el arroyo, allá junto a las dunas, fluía plácidamente cuesta arriba por su cauce.

¡Espera! ¿Qué? ¿El arroyo fluye cuesta arriba? Miré mis pantalones, pálido de preocupación, y efectivamente: ya estaba casi hasta los tobillos. La marea subía rápidamente, y yo, el autoproclamado experto, no había estado prestando atención. El vado de vuelta a casa ahora tenía al menos hasta las rodillas, o incluso más, así que no tuve más remedio que subir más alto en la isla de los pájaros. El cormorán y el moñudo levantaron el vuelo con graznidos indignados (tendrás que leer sobre los otros pájaros más arriba; también alzaron el vuelo cuando subí jadeando), y finalmente me paré en la roca de granito más alta, calculando unos 20 minutos hasta que estuviera sumergido.

Una buena bicicleta es cara, como dijo una vez mi amigo Miro. Miré mis pedales Bally, ahora completamente empapados, y me pregunté cómo habían sobrevivido a todo tan perfectamente. Más arriba, en las dunas, estaba el aparcamiento con un autobús de Peter's Reisen en Kassel (¿qué hacían allí, por cierto?), pero claro, nadie les prestaba atención.

Quizás solo me estén tomando una foto (titulada: Irlandés en una isla cercana). Más abajo, en las dunas, algunos anoraks coloridos, intrépidos viajeros irlandeses que no dejan que el viento ni el clima les impidan dar su paseo vespertino por la playa de arena y que, como mucho, niegan con la cabeza asombrados ante el anuncio viviente de las IBM Thinkpads en la isla de los pájaros.

En medio, en el centro, la marea, y en medio de ella, yo y mi pequeña isla, perdiendo terreno rápidamente. En la bahía, un barco de pesca giraba lentamente, y un hombre me saludó amablemente; por supuesto, le devolví el saludo. Con entusiasmo.

No entendí ni una palabra de lo que me gritó. Simplemente le grité de vuelta en alemán: "¡Sí, tú también!" y pensé en cuántas veces había decepcionado a los que se dejaban llevar por la corriente en colchonetas inflables en el lago Neusiedl (en realidad, nunca).

Mike —en aquel entonces, claro, no sabía que se llamaba Mike—, así que Mike subió a su bote y remó lentamente hacia mi isla de pájaros. A medio cable de la isla —¿o eran solo 20 metros?— redujo la velocidad y empezó a charlar. Lo único que entendí fue que hablaba celta, no inglés. Supe de inmediato que era una prueba de idiomas, porque si respondía en inglés (británico), me esperaba una noche larga y lluviosa. Reuní todas mis fuerzas y grité: «¡Soy de Austria!». Mike pensó un momento y luego exclamó: «¡Rainhard Fendrich!». Y yo, completamente atónito, exclamé: «¡Sí, es correcto!». Entonces Mike remó hasta mí, me dejó subir y me llevó a salvo a la orilla. Con una amplia sonrisa, me contó que rescataba al menos a cinco o diez turistas cada temporada. También era fan de un tal Wulfgeng Embrous, y para asombro de los jubilados de Kassel, los "dos irlandeses en una lancha neumática" gritaban a viva voz, de forma un tanto ridícula: "¡Siempre jóvenes, siempre ju-hu-hung!". En la orilla, pregunté cómo podía devolverle el favor: a las nueve y media en el "Wagoneer" de Kilmare, dijo Mike (un británico habría dicho las ocho y media), y partió. (Telón).

Resultó ser mi noche más cara en Irlanda, amigos: cuando Mike apareció, lavado, peinado y aparentemente muy sediento, el camarero palideció y mandó a buscar refuerzos. Mike, que conocía a todas las camareras del lugar y me las presentó a todas (ese maldito tipo de Austria se emborrachó en Kings Head, ¿entienden?). Mike, que podía beberse cuatro pintas sin parar. Mike, que me compadecía porque yo no podía con más de dos cervezas pequeñas. Mike, cuyos 150 litros de peso físico puro tuvieron que ser llevados a casa alrededor de la medianoche por su esposa, Mary, que profería palabrotas, y por mí. Mike, que me aseguró al menos una docena de veces en el ca-

mino que nuestro Presidente Federal, un tal Sr. Hölmut Cole, era un Sr. Presidente verdaderamente maravilloso. Y que lo quería mucho, Cole, Hölmut.

# Dos faltas graves

Sentí un gran alivio cuando por fin pude lavar mis calcetines y vaqueros en mi alojamiento y colgarlos para que se secaran. La viuda Plunkett, con quien me hospedaba, me ofreció una grabación en vídeo del partido Escocia contra Marruecos en su salón, y también una manta de lana con estampado escocés para abrigarme: «¡Si no, te resfriarás, querida!». La verdad es que fue pura casualidad que me levantara instintivamente cuando un jugador marroquí cometió una falta fea, pero luego, con prudencia, me contuve, aunque ella rebobinó esa parte tres veces más. Al fin y al cabo, uno tiene sus principios.

Estaba observando a los pescadores en el puerto, ordenando sus barcos, limpiando sus redes o simplemente descansando para fumar. Estaba a punto de seguir mi camino cuando un tipo se me acercó: «Hola, ¿cómo estás?» y comenzó un monólogo divagante sobre de dónde era, lo mucho que me gustaba Irlanda, etcétera. Durante la conversación, le pregunté cortésmente a qué se dedicaba (sospechando que no me daría una respuesta sincera, ya que había notado su mirada perdida y algo ebria, y sospechaba que todo terminaría con la propina obligatoria para la siguiente pinta). Entonces, dramáticamente, me agarró la mano y dijo: «Soy un visionario». Luego, tras otra pausa dramática: «El Visionario de Clifden». Me esforcé por reprimir una sonrisa y respondí: «Mis hijos también son visionarios... televisionarios». Sonrió forzadamente, me aseguró que tendría un viaje agradable y, discretamente, nos condujo hacia el pub. Cuando le dejé entrar primero, sus habilidades clarividentes parecieron abandonarlo, porque demasiado tarde se dio cuenta de que me había dado la vuelta y estaba avanzando hacia él.

# Merlín II

En el puerto de montaña, la lluvia torrencial, las carreteras sinuosas envueltas en la espesa niebla y las ovejas que deambulaban sin rumbo por el camino me resultaron insoportables. Encontré un hueco en el prado y dormité un rato en el asiento reclinable. Pero apenas cerré los ojos, un anciano golpeó mi ventana con su bastón.

"¡Failte, bienvenido!", dijo, "Soy Muirlinnhe, el consejero del rey."

—También te he fallado, Merlín, viejo amigo —dije con cansancio, pero aún sorprendido—. ¿Tú otra vez? ¿Qué te trae por aquí a estas horas? ¡Deberías estar revolcándote en el bosque encantado cerca de Douarnenez, en Bretaña!

"La malvada Morgana La Fay me mantuvo prisionero allí durante mil años", dijo el sabio anciano Merlín, "pero no sé cómo sucedió, de repente el hechizo se rompió..."

Entre risas, lo interrumpí: «Oye, ya hemos hablado de esto, después del 998 viene el 999 y luego el 000, ¡bingo! ¡Año 2000! ¿No te acuerdas?». Y así siguió, y Merlín desapareció.

Dormité un poco más, pensando en Morgana y en el evidente fallo de programación de la Edad Media, cuando volvieron a llamar a mi ventana. «Vale, Merlín, ¿qué pasa?», pregunté, despertándome. Pero el anciano que estaba fuera, bajo la lluvia, no se parecía en nada a Merlín, sino más bien a un viejo pastor con la inevitable gorra irlandesa en la cabeza.

—Se llama O'Brien —dijo con cierto desaprobación, y me preguntó si podía llevarlo al pub de Molly con este (¡bip!) tiempo; sus (¡bip!) viejas piernas ya no eran lo que eran, y eran unas buenas tres millas, (¡bip!) y (¡bip!) otra vez. Cuando llegamos allí después de un viaje en silencio, se bajó, me dio las gracias y preguntó: —¿Por qué me llamaste Merlín antes? No pude responderle, y sacudiendo la cabeza, desapareció en la guarida de iniquidad de Molly, (¡bip!) murmurando «extranjero».

# El filete más grande de Irlanda

En Wexford, me sorprendió bastante cuando, al regresar a mi coche después de un paseo al mediodía por el puerto, encontré un vale de la policía local (por valor de 50 libras) detrás del limpiaparabrisas. Por 50 libras (equivalentes a apenas mil), caminé kilómetros —unos dos kilómetros cuesta arriba, para ser exactos— hasta la comisaría. Una vez allí, me transformé al instante en un nativo alpino torpe y ansioso, hablando con un marcado acento inglés. No podía leer las señales de tráfico. No entendía nada, inspector, ¿qué clase de vale es este?

El bullicio en la colmena es palpable. Llamadas telefónicas, una conversación por radio: «¡Jamie, tienes un turista tonto! ¿Qué podemos hacer?». Cruzo los dedos y rezo en silencio a San Brendan, el santo patrón de los marineros irlandeses.

El agente tras la ventanilla me mira dos o tres veces, asiente enérgicamente y me describe con todo detalle (no puedo repetirlo aquí, pero podría convencerme...). Se oyen ladridos al otro lado de la línea, luego el hombre asiente y cuelga. Volviéndose hacia mí, dice: «Vale, no pagas nada, ni siquiera cincuenta libras, haremos tal cosa con la empresa de alquiler de coches». Bueno, creo que estará encantado, pero ¿para qué tener un seguro a todo riesgo?

Luego añade: “Ve al coche, Jamie te estará esperando allí”.

Me desconcierta el brillo ligeramente divertido en sus ojos (hay algo ahí, ¿verdad?, pero ¿qué?), así que recurro a todas mis habilidades lingüísticas y me despido de él con la mayor humildad. Salgo del templo y me dirijo con paso pesado al coche, que ahora está a casi tres kilómetros porque tomé un atajo.

Me imagino que, de camino, Jamie, ese bribón, querrá tomar algo. Vale, aún así merece la pena gastar dos o tres libras. Pero no debería cantar victoria antes de tiempo.

Jamie estaba de pie junto al coche; eso era visible desde lejos.

Más precisamente, Jamie estaba allí de pie, y justo a su lado, mi pequeña Starletter roja de Japón estaba agachada en una zona donde no se podía parar. Al principio, mis pies vacilaron al ver a Jamie, pero luego, a regañadientes, seguí adelante.

Cuando llegué, con los ojos más o menos a la altura de la hebilla del cinturón de Jamie, no pude decir mucho más que "¡Hola, señora!".

Jamie estiró los hombros hacia atrás de modo que las dos enormes cúpulas del Duomo de Milán se arquearon sobre mí, y bramó: "¡Así que eres tú quien cree que no puede leer los letreros irlandeses! ¡Oigan, miren, este es el dromedario de la lejana Austria que no puede leer este letrero, por favor, este letrero de aquí!" y señaló acusadoramente el letrero redondo azul con un borde rojo y una X roja en el interior (puedes mirar cualquier letrero de prohibido estacionar en Mariahilferstrasse si no sabes cómo es un letrero de prohibido estacionar absoluto, dromedario...).

Lo que siguió fue una charla de diez minutos sobre señales de tráfico y marcas viales. Cómo caminar, cómo pararse. Dónde mirar a la izquierda, dónde mirar a la derecha. Cuándo usar la señal de giro y cuándo no, a menos que, como Jamie se burló, seas del continente. Qué domingos, días festivos y días bancarios no se puede parar dónde y por qué, a menos que sea martes. Doble línea amarilla: "¡Ni siquiera alguien de Austria puede parar aquí!" Línea amarilla simple: "¡Puede parar brevemente aquí para cargar o descargar!" — "Señora", dije, "Señora, ¡solo hay una línea amarilla!" Jamie hizo una pausa, me miró con desprecio, a mí, la pequeña lombriz, que me atrevía a interrumpir: "¡Ahora no hables, hay dos líneas amarillas!" No me di por vencida. "Señora", dije, "hay dos líneas amarillas más adelante y dos más allá atrás, pero aquí, donde estoy aparcada junto con al menos otros diez coches, ¡solo hay una línea amarilla!" Jamie gruñe algo que no es inglés (presumiblemente (¡bip!)), camina brevemente de un lado a otro de la calle, se agacha junto a los coches y finalmente dice: "Esto debe haber ocurrido cuando estaban colocando la nueva superficie de asfalto, ahí, verás, se suponía que debía continuar en una doble línea, ¡pero simplemente le pusieron la superficie encima

(la echaron a patadas, por si no me crees que sé lo que significa 'patear' en inglés)!"

Jamie se encoge un poco, yo crezco un poco, y ahora ya puedo ver las marcas sudorosas de su Wonderbra bajo la camisa del uniforme. Si no se esforzara tanto por parecer oficial, sería una señora bastante agradable. Un poco severa, lo admito, y algo mordaz, pero cuando la imagino vestida de cuero, con una máscara y un látigo... "Te lo estás pasando bien", dice Jamie con severidad, sin saber muy bien cómo interpretar mi sonrisa pícara. Le digo: "Sabe, señora, llevo unos días en Irlanda: ¡un país maravilloso! Pero aún más, me he convertido en un admirador de las mujeres irlandesas. Tienen buen corazón, se enfrentan a los problemas con valentía y perseverancia, como perros de caza. ¡Eso me resulta muy atractivo!".

¡Bingo! Se pasa la mano por el pelo para arreglárselo: «Ningún irlandés ve a la mujer cuando llevas uniforme; no se supone que me vean como una mujer mientras estoy de servicio. Y en cuanto a los bull terriers...»—mi corazón travieso se detiene por un segundo —«estás exagerando. No insisto en una doble línea si no se ve claramente, ¡pero aun así serían veinte libras!». La mitad de cincuenta libras son veinte libras, por supuesto.

Antes de desviarme del tema de los uniformes y el "¡Dios mío, qué bien te queda!", permítanme añadir un poco más de halago: "Por supuesto, usted es ante todo una agente de policía, y así es como debe ser vista estando de servicio (perdón, saqué esa frase de una de esas telenovelas insoportablemente aburridas de los sábados por la tarde, Cagney y Lacey o algo así. Pero ahora viene la transición original de István, que ustedes, queridos lectores, ya conocen muy bien:). Pero cuando la imagino sin su uniforme (ups, demasiado pronto), con ropa de civil o informal (corrección exitosa), entonces veo a una encantadora irlandesa con corazón y carácter."

Jamie se ha alejado bastante de mí; varias personas nos rodean, mirándonos fijamente. «¡Ni se te ocurra imaginarme sin el uniforme!», me amenaza con una sonrisa y un dedo índice, luego se gira con un gesto coqueto y brusco, camina hacia el puerto y echa dos mi-

radas disimuladas para ver si ese tipo austriaco tan desagradable va a desaparecer de una vez por todas. Y así lo hace.

Esa noche, querido Arnold, me recompensé con un bistec tres veces más grande que el que solías comer en Planet Hollywood, y solo logré terminar el último cuarto después de una larga pausa para fumar (The Coach House, Roundwood cerca de Newtown Kennedy, 4.5 kg incluyendo verduras, ensalada, papas nuevas Y papas fritas), y por el resto brindé con una o dos cervezas por la salud de Jamie (esa horrible sin alcohol de Schmeck's, por la estrellita, ¿sabes?).

# humor irlandés

Más tarde, le cuento a Mike cómo, en el pantano elevado cerca del círculo de piedras neolítico, esquivé a un ciervo que pastaba tranquilamente, el cual, asustado por el flash de mi cámara, fingió un inofensivo bramido en mi dirección. Sobresaltado, salté bruscamente hacia un lado, sin darme cuenta de que estaba parado sobre piedras colocadas en el pantano. Y al hacerlo, dejé caer mi teléfono móvil al agua (¡querida Fiona, son nueve comas, y deben quedarse!). Instintivamente, agarré esta pequeña joya de la artesanía sueca y la salvé de una muerte segura. Tras un instante de shock, supe qué hacer: sentarme, llamar inmediatamente a Viena para explicar que probablemente el teléfono se había perdido o se había ahogado, para que no pensaran que estaba desaparecido. — Sin embargo, si alguien de Irlanda llamaba para decir que su teléfono se había "ahogado", bueno...

Mike se da una palmada en los muslos y casi se ahoga de la risa cuando le describo la escena: en medio del antiguo monumento pagano druídico, un loco habla por teléfono en alemán, con agua de turba goteando del aparato. Los cuatro o cinco italianos que doblan la esquina se quedan boquiabiertos cuando, para colmo, el tipo dice: «Questoqui ' un Druidofono — funziona solo con acqua, veramente!» y deja que el agua gotee del dispositivo. Le traduzco a Mike: «Eso es un Druidofono, ¡solo funciona con agua, de verdad!».

Esa noche, Mike probablemente me hace contar la historia diez veces, cada vez que aparecen nuevos amigos en el ruidoso pub. Él bebe muchísima cerveza, y yo le grito al oído a su criada Mary, que está encajada entre los taburetes de Mike y los míos, sentada sobre nuestros muslos: "¡Mike debe tener una vejiga enorme!", queriendo decir, por supuesto, que no ha ido al baño ni una sola vez.

Mary, inesperadamente, se pone roja como un tomate y mira el urogallo disecado que hay sobre la barra; obviamente, he dicho algo muy malo. Mike pregunta, así que le explico que me sorprende que no se vuelva loco después de cuatro litros de Guinness. Sonríe, saca una moneda de un penique del bolsillo y dice: «Eso es un pi». Intu-

yendo la broma, saco una moneda de dos peniques: «Eso es un pipi». Mike saca entonces una moneda de cinco peniques y se la pone delante de la nariz a Mary: «¿Y bien?». Pero Mary nos lanza a los dos miradas venenosas y se sienta. Humor irlandés, que no entendí del todo, pero Mike se rió a carcajadas durante un buen rato.

Mike no para de tener que cantar canciones de W. Ambros, Franz A. Heller o R. Fendrich, y yo le sigo a gritos, más desafinada y fuerte que bonita: "Niente Sandale, lauter Skandale", y así sucesivamente; probablemente conozcas la letra (yo, por supuesto, no). Entonces Mike me cuenta su viaje a Austria: estuvo en Wiesen, en un festival de jazz. Y comió de maravilla en casa de unos amigos en Baja Austria: le gustó especialmente la "Saumaise". Casi me atraganto con mi cerveza aguada y lo miro, respirando hondo: "¡Dilo otra vez, por favor!". Entonces le pido que recuerde "Saumaise, Maise Maise Maise" y que no vuelva a usar la otra palabra prohibida. Cuando digo "palabra prohibida", Mary se interesa, y ahora tiene que saber sí o sí qué significa. El retrato de Jon Bon Jovi está estampado en su camiseta, así que me atrevo a tocar justo donde —en mi imaginación— debería estar el ombligo de Bon Jovi, y exclamo: «¡Eso es!». Yo mismo me quedo un poco desconcertado, porque ella me mira con calma, sin inmutarse, sin mostrar la menor vergüenza. No entendía muy bien a las chicas irlandesas, pero entonces nos reímos a carcajadas durante un buen rato.

Interludio (dedicado a todos los que creen conocerme): Bueno, no sé ustedes, pero cada vez que me enamoro, ¡es absolutamente desgarrador! Por eso estoy atravesando este paisaje empapado por la lluvia, abrazando tiernamente los árboles: o un amor infeliz que me duele especialmente. O un dolor infeliz que amo especialmente. O una mujer particularmente infeliz a la que amo dolorosamente. — Abrazo otro árbol musgoso (la tradición dice que esto aumenta la fertilidad) y acelero por el sur de Irlanda. Claro, algunos de los conductores detrás de mí podrían haber tenido algo que decir, pero no me importa: si veo un árbol musgoso, freno en seco, dejo el motor encendido, salto a la lluvia, abrazo y beso el árbol, y luego sigo adelante. Seguro que hay tiempo para la fertilidad, ¿no creen? — Qué fastidio, pienso para mí mismo en el último árbol antes del puerto de montaña, ¡Dios mío, si tan solo no lloviera tan fuerte! Bueno, tengo que su-

perarlo, sufrir, llorar y seguir abrazando árboles. El amargo dolor de estar enamorado disminuye en proporción a la decoloración verde musgo de mi suéter claro. ¡Ay, todo es tan complicado! La vida privada de István, que probablemente nadie entiende, pero por favor, ríanse todos a carcajadas y durante un buen rato.

# Bonnie y Clyde

Esta mañana me están asaltando por tercera vez. Clyde me apunta con su pistola a la cabeza, Bonnie me apunta nerviosamente con su rifle láser naranja al pecho, con el agua goteando del cañón sobre mis pantalones. Clyde, con los labios fruncidos, murmura con voz a lo Eastwood: "Desconocido, 20 pi por caramelos Snoopie, ¡o se acabó tu tiempo!". Rebusco en mi bolsillo y le pongo la moneda en su mano pequeña, descarada y exigente. "Y otros 20 pi para Eli... eh, Bonnie, ¡ella también recibirá caramelos!". Saco otra moneda. Bonnie se muerde el labio con incertidumbre, luego mira a su hermano mayor, y cuando él asiente, ella agarra el botín con la agilidad de una gaviota (Larus larus, bueno, ¡ya lo verás!). El bandido me mira con una mirada despiadada y dice: "De todas formas, ya se acabó, desconocido, reza tu último Ave María" y "¡bang bang bang!". Me rocía la cara con todo el contenido de su pistola de agua.

Bonnie trastea frenéticamente con su rifle láser, pero no funciona bien. Ayudo a la niña de siete años y bombeo el mecanismo varias veces, que efectivamente se atasca, y entonces consigo disparar con toda mi fuerza. ¡Aaargh! Como un Godzilla herido, jadeo con los brazos agitándose, caigo de rodillas y respiro con dificultad sobre la hierba blanda. Bonnie y Clyde corren a mi alrededor, gritando salvajemente, con sus Colts goteando (decir que humean no sería del todo correcto) y vitoreando de alegría.

«¡Kevin, Eliza, pasen, dejen en paz al caballero de Austria!», grita la viuda Plunkett, apresurándose ansiosamente hacia el hombre alpino mortalmente herido. «Esperen, les traeré rápidamente una manta de lana (ver arriba), ¡denme la ropa mojada para que la cuelgue!». Intento calmar a la viuda Plunkett, negándome categóricamente a que me den la manta y me sequen los pantalones por ciertas razones (ver arriba). La viuda Plunkett es, como seguramente sabrán, descendiente directa de William Robert (en realidad Joseph) Plunkett, uno de los cabecillas de la rebelión del Sinn Féin de 1916, donde él y muchos otros, bajo el liderazgo de la condesa polaca Mankiewicz (!), lucharon por su (¿de quién? ¿cuál?) libertad en el parque St. Stephen's Green de Dublín. WR Plunkett (aquí la viuda lloraba des-

consoladamente y sollozaba tan lastimosamente que le puse una mano reconfortante sobre sus temblorosos hombros), así que WR Plunkett fue posteriormente ejecutado por los ingleses, pero la sentencia de muerte del aristocrático Mankiewicz fue conmutada por 6 años de prisión (liberado antes de tiempo después de dos) (aquí la viuda Plunkett tembló de ira ante la injusticia social y sacudió vigorosamente mi mano colocada terapéuticamente, me sentó sollozando y sonándome la nariz frente a la grabación de vídeo de Inglaterra contra Marruecos, colocó cuidadosamente el tartán sobre mis rodillas y desapareció con mis pantalones mojados en su reino).

No, Deirdre, ¡no! Solo para tu tranquilidad, no voy a suavizarlo ahora, como: "La viuda Plunkett, con quien me hospedé, era muy amable, habladora (véase William Robert, etc.) y ocupada; sus hijos tenían al menos mi edad, eran unos borrachos desempleados con la cara roja y un coeficiente intelectual mediocre, que vivían de la pensión de su madre y me observaban disimuladamente en el desayuno como si les estuviera robando la comida". Además, querida Deirdre, mis historias serían absurdas si estuviera jugando al Lejano Oeste con pistolas de agua con dos cincuentones (ya puedo oír el comentario de la señora Plunkett: "¡Ahora sí que se han vuelto locos! ¡Jugando a Bonnie y Clyde en el jardín! ¡Prefiero tener Alzheimer!"). Así que ahí lo tienes, y ahora me voy de nuevo (ahora puedo volver a besar los árboles).

# Campeón del ahorro

Además, a algunos irlandeses les encanta estafar a los turistas como si fuéramos tontos. Pagar 25 libras (aproximadamente 450 chelines austriacos) por una cama maloliente y medianamente limpia, una ducha rota y una pésima imitación del desayuno irlandés descrito anteriormente, te dan ganas de vengarte. Así que una mañana, pasé la cesta del pan por el comedor, señalando que el pan ya estaba verde de moho, esperando aplausos. La dueña de la casa lo reemplazó rápidamente con pan recién tostado. Cuando pagué, me hizo un descuento de 5 libras y se disculpó profusamente, negando con la cabeza, diciendo que realmente no sabía cómo el pan se había podido enmohecer... Salí de su establecimiento carísimo pensando que había hecho bien en no haberlo dado todo a los pájaros ese día...

# Merlín III

En retrospectiva, debo disculparme en silencio con aquel pobre irlandés que, muy amablemente y con mucha educación, se dirigió a mí en la cafetería frente al palacio de Ricardo II, construido en 1741 en Waterford (actualmente sede episcopal): "¿Y cómo está el Papa en Viena?".

Tengo experiencia y confianza en este tipo de situaciones, y expliqué pacientemente que el Papa se encontraba en Roma.

"No, en Viena", insistió obstinadamente, así que le ordené que diera una conferencia algo más extensa sobre los Habsburgo, el Palacio de Hofburg, la Escuela Española de Equitación y los caballos Lipizzanos, culminando con la instrucción —que no es incorrecta en sí misma— de que el Papa vive en Roma, o más precisamente, en la Ciudad del Vaticano, y lo ha hecho desde que se concluyó el tratado con el rey Manuel II de Italia en el año...

No, el Papa estaba en Viena, no en Roma, insistió el sinvergüenza, interrumpiéndome (!), y Emmanuelle estaba vetada en Irlanda, basura sexista, sí, efectivamente, solo había visto el vídeo una vez, e incluso entonces solo a regañadientes, en casa de su sobrino Brian...

Me enfurecí y le siseé con bastante veneno, diciéndole que Emmanuelle solo podía describirse como basura empezando por los episodios con Laura Gemser, y que el Papa sin duda vivía en Roma, que yo misma lo había visto allí alrededor de 1967, y que no debía decirme quién estaba en Viena y quién no...

Respecto a mis caballos Lipizzanos, que proceden de Yugoslavia y no de Italia, el sabelotodo comentó que, como todo el mundo sabe, eran de España y habían llegado allí con los moros del norte de África; los Habsburgo, por cierto, eran suizos de Argovia; solo me permitió saber, con gran generosidad, lo del Palacio de Hofburg. Cuando luego afirmó tener algunos conocimientos de fútbol, y yo le repliqué triunfalmente que los austriacos no necesitamos los primeros 89 minutos, que un minuto, y por lo tanto el minuto 90, es suficiente para

ganar, negó con la cabeza y se quedó callado, dejándome finalmente con mi Papa en Roma.

Casi me quedé mudo en el avión cuando, mientras embarcaba, el periódico Kronen Zeitung me sonrió: El Papa se ha ido de nuevo a Roma. ¿Schönborn será el próximo Papa?

Ahora sospecho que ese fue mi último encuentro con Muirlinnhe, el extraño mago del Rey Arturo.

# De Administraciónibus

*Finalmente, mi negocio iba tan bien que pude alquilar mi propia computadora nueva; pero la alegría duró poco, porque el fabricante, en su excesivo afán por reducir costos, aparentemente había despedido a las personas equivocadas, y los empleados mal pagados que se quedaron no podían con los clientes ni con el software. Entre nosotros, la administración era un verdadero desastre.*

*Mi dilema era complejo. Por un lado, era un cliente que pagaba y me negaba a aceptar un trato tan lamentable. Además, tenía proyectos con ordenadores del mismo fabricante y no podía criticar a mi propia empresa. Por otro lado, era el redactor jefe del único periódico verdaderamente excelente que mantenía el club de fans de esta serie de ordenadores. Claro que el término «redactor jefe» podría ser una exageración para un proyecto unipersonal, pero lo que es cierto debe seguir siendo cierto.*

*Ese era el cuarto problema. Era cierto que este fabricante producía la mejor computadora de su época. Pero también era cierto que algunos de sus empleados administrativos estaban claramente desbordados y enfurecía profundamente a los clientes. El periódico tenía que informar al respecto, pero ¿cómo?*

*La necesidad agudiza el ingenio; así que le pedí a mi amigo Quintilius Tertius Faber, de la ciudad latina de Vindobona, que escribiera un artículo como invitado. Poco imaginaba que este texto humorístico sería mi perdición como redactor jefe…*

por Quintilio Tercio Faber, Unio COMPUTANDI Latina

Quintilio Tercio Faber amici sui ad Unionem COMPUTANDEM salutat —

Apollonia, la mejor de todas las esposas, tuvo la idea: «La asociación es vuestro grupo de presión, vuestro poderoso…», cita de algún trozo de papel que probablemente le dieron en el mercado o en algún

otro sitio; en realidad, no tiene nada que ver con nosotras, podéis estar seguros. «Además», dice con desdén, «los editores anteriores han desaparecido, ¡así que ahora por fin podemos cumplir con la petición de escribir sobre nuestras experiencias!». Sí, nosotras. Nosotras, esa soy yo.

Unas palabras sobre mí: dirijo el departamento de reclamaciones de nuestra pequeña empresa (nuestra empresa se refiere a Apollonia); ella se encarga de todo lo demás, desde el diseño hasta la producción y la entrega. Solo me consulta ocasionalmente sobre asuntos legales y comerciales (excepto asuntos matrimoniales). Como su esposo, mi papel en la empresa es algo vago, pero no del todo definido.

Lo que más me gusta hacer es sentarme en mi oficina, en el departamento de quejas, y observar a los gorriones del cementerio. Apollonia me insistió en que mencionara nuestra empresa en este artículo; nunca se sabe. Quizás lo haga.

Por aquel entonces, me habría encantado ser un maestro sastre de paracaídas, sin duda, pero entonces conocí a Apollonia, la hija de un rico cantero, y dejé a un lado mi hilo y mi punzón. ¡Soy pésimo para decir que no! Así que aquí estamos, Apollonia y yo, con nuestra FABER GRABSTEIN CONSULTING GmbH. Entregamos lápidas de todos los tamaños y estilos, de mármol auténtico, imitación de mármol o plástico con aspecto de mármol, de forma rápida y gratuita (bueno, prácticamente hasta el cementerio), a los mejores precios.

Quizás con eso baste; Apollonia sin duda querría ver más aquí, pero pienso en su periódico, donde no se supone que uno deba autopromocionarse demasiado. Sin embargo, una última cosa: si alguna vez desea dar por terminado este asunto, como hicimos con nuestra Unio Computeris Latina, le ofreceremos las mejores condiciones posibles para una lápida. “Nosotros” se refiere únicamente a Apollonia, ya que yo solo estoy a cargo del departamento de quejas (¡con la excepción de los familiares sobrevivientes!).

Un día decidimos reemplazar nuestra vieja computadora PRAETOR de Rufus por una moderna de Businoxx Machinibus Internationalis (BMI). La consulta fue impecable, todo estaba en orden, el ven-

dedor de Businoxx estaba radiante, e incluso nos preguntamos si nos había vendido algo como la Tumba de Juliano. Pero esos pensamientos sombríos se disiparon rápidamente, porque el precio inicial exorbitante se vio compensado por un atractivo plan de pagos de Businoxx: solo tendríamos que pagar un par de puñados de sestercios de vez en cuando y luego pequeños puñados de sestercios mensualmente. Incluso le preguntamos al tío de Apollonia, un proveedor galo de menhires, qué opinaba de este ventajoso contrato, pero al final hicimos el pedido, de todos modos.

Más rápido que un corredor frigio, los formularios de pedido y los contratos de Businoxx llegaron flotando, y Apollonia comentó con ironía: «Ningún trabajo está terminado hasta que se complete el papeleo», un dicho que probablemente había aprendido de alguno de los esclavos escitas o pictos. Abrimos los papiros cuidadosamente sellados. Y nos quedamos helados.

Les ahorraré las siguientes maldiciones, que son completamente blasfemas; baste decir que todos, desde Júpiter el Padre hasta el germánico Loki, recibieron su merecido. ¿Qué sentido tenía todo esto? Los contratos —cinco en total— se otorgaron a cinco empresas diferentes: desde JF Faber, que vendía bicicletas para automóviles, hasta Gutemine Faber, senador en la propia Businoxx, pasando por la empresa de comercio de verduras Faber & Faber, y sí, Faber Castellum, el fabricante de bolígrafos, también estaba incluido.

Una llamada furiosa hizo palidecer al mecanógrafo de Businoxx, pero le aconsejé a Apollonia que se calmara, ya que el pobre hombre era el menos culpable. Sin embargo, por su tartamudeo, deduje que se trataba de un fallo ocasional del procesador de textos; no, no estaban usando el de Businoxx, sino el de Microproxx, tan popular en todas partes, incluso entre los piratas de Taiwán. Apollonia y yo nos miramos: sí, ¿acaso habíamos pedido algo equivocado después de todo? No olvidaré pronto la noche en vela que pasé —para escapar de la furiosa mujer— entre, o mejor dicho, encima de, nuestros fríos productos caseros.

En fin, al cabo de unos días, un amable empleado de Businoxx nos informó de que los contratos se habían corregido y todo estaba solu-

cionado; y así era. Nos tranquilizamos, firmamos y sellamos todo (el cónsul T. Ing. Faber sonaba muy pomposo para Consulting Faber; probablemente, el procesador de textos de Businoxx o el de Microproxx estaba fallando una y otra vez).

Los apacibles días de marzo transcurrieron sin incidentes; me senté en mi oficina a observar a los gorriones y me alegré de que no llegara ninguna queja del cementerio; entonces, algo volvió a suceder.

¡Oh, alegría, oh, júbilo, oh, regocijo! El servicio de paquetería (oops!) entregó el Abacus Electronicus AE/CCCC, envuelto en papiro de cartón, junto con todos los accesorios, incluyendo muchos papiros, cajas y manuales, pero también el ELP/CCCC (primer programa en vivo/400) en muchos discos compactos pequeños, con los que primero había que insuflar vida artificial al AE/CCCC, installare necesse. Apollonia y yo, sin embargo, primero tuvimos que soportar el estrés de la tumba después de las muchas bacanales, saturnales y otros festivales antes de que, ya sobrios, pudiéramos centrar nuestra atención en el nuevo Abacus.

¡Qué alegría ver a este hombre negro verdaderamente viril de pie entre nuestras igualmente atractivas lápidas de mármol negro, de imitación de mármol y de plástico!

Pero antes de que pudiera siquiera terminar de pensar en mi vaga idea para un nuevo modelo de lápida con forma de ábaco, Apollonia sugirió que echáramos un vistazo a todos los papiros; tal vez haya algo importante entre ellos, un Ridmi-först, o como sea que lo llamen en Businoxx. Así que revisamos todo para el nuevo AE/CCCC, y hasta ahora todo parecía estar en orden, pero oh cielos, el sello de licencia para todos los discos del programa estaba (esta vez uniformemente) a nombre de Gutemine Faber, la conocida senadora de Businoxx, una persona verdaderamente amable con amplios conocimientos generales e igualmente extensa formación especializada, con quien no tenemos ninguna relación, y cuyos negocios no tienen absolutamente nada que ver con nuestro negocio, FABER GRABSTEIN CONSULTING GmbH (se supone que debo mencionarlo de nuevo aquí).

Así que, otra llamada a Businoxx, tamborileando con los nudillos, jadeando, con el pecho oprimido. No, no somos quienes creen que somos. Tenemos piedras de plástico con aspecto de mármol y otras hechas de un sustituto de mármol real, y mármol real bajo pedido, pero no somos el honorable Senador Gutemine F., sino A. & QTF. ¿No se podría aclarar esto de alguna manera? Es inaceptable que tengamos que devanar los sesos sobre si somos o no con cada nuevo episodio de "¡ups!" o "Littercom". La amable mecanógrafa susurró "por supuesto, con mucho gusto" al auricular y prometió aclarar las cosas de una vez por todas. Sí, incluso más que eso, nos envió un correo electrónico a través de la UUU (Urbi Urbani Ubique, la red romana mundial) a nosotros, a Hibernia y a todas partes, para informar a todos sobre los Faber y sus derechos de marca registrada. Por último, pero no menos importante, nos envió un correo electrónico irónico, certificado digitalmente, asegurándonos que nosotros, los verdaderos Fabers, estábamos perfectamente justificados al usar los productos Businoxx Machinibus Internationalis en nuestro Abacus Electronicus/CCCC. En efecto.

Después de este último intercambio de correos electrónicos, Apollonia y yo organizamos una pequeña fiesta. Comimos callos de uro en miel y... bueno, eso no viene al caso. En fin, estábamos encantados de ser los Fabers, FABERS GRABSTEIN CONSULTING GmbH, para ser exactos (perdónenme, pero hay que decirlo). Fredericus de Carintia y Antonius de Panonia, y muchos otros amigos, charlaron con Cervisia de Noricum hasta altas horas de la madrugada. Luego llegó Littercom con una carta certificada urgente. De Businoxx.

Tras leer la carta (sorprendentemente dirigida correctamente a nosotros), Apollonia se rasgó la toga desde el ombligo hasta las rodillas, gritó aterrorizada y amenazó con destrozar el flamante Abacus Electronicus con un cincel de doce puntas. Con gran dificultad, los sirvientes nubios (copyright de Wolf, Gang) lograron calmarla y acompañarla al Budovarium. Los invitados y yo nos quedamos bastante asombrados al leer que Businoxx nos había enviado un primer recordatorio sobre el pago a plazos de unos cuantos sestercios correspondientes al mes anterior. Pero... habíamos acordado contractualmente que, tras el pago inicial, el primer plazo se abonaría en las próximas Saturnales, ¡así que en unas dos semanas!

Ese mismo día, me senté con determinación y escribí una carta, no del todo carente de humor, pero sí seria, al Businoxx, directamente a Quirinus Schlapfus, el custodio de los sestercios y demás bienes pecuniarios. Le informé de los hechos, copié los originales y envié todo por medio de un mensajero exprés de confianza.

Durante días me senté fuera de mi oficina, observando con desgana a mis gorriones y esperando impacientemente una respuesta. En lugar del mensajero esperado, llegó otro oficial uniformado de Littercom, entregando una carta certificada a los Faber. Sí, a nosotros, como ya todos saben. De nuevo, la carta era de Businoxx, y temiendo lo peor, la abrí sin esperar a que Apollonia regresara.

Los de Businoxx deben haberse vuelto completamente locos: un tercer recordatorio (¿dónde estaba el segundo?) por el mismo puñado de sestercios, una advertencia escrita en un latín horriblemente retorcido que decía que Businoxx lamentablemente tendría que entregar todo esto a un abogado y cobraría tantos intereses por pago atrasado, ¡ya que nosotros, los morosos Fabers, no habíamos pagado los sestercios que debían hace dos meses!

Tan seguro como que mi nombre es Quintilius Tertius Faber: me quedé boquiabierto ante tal audacia, que jamás había visto ni entre los boxeadores hibernios ni entre los chupadores de ostras francos (por favor, no consideren estas comparaciones racistas). Por otro lado, temía que Apolonia pudiera incluso desprenderse de toda su toga en su angustia, así que, con feroz determinación, agarré el altavoz y llamé furioso a Quirinus Schlapfus, el guardián de los sestercios y otros tesoros pecuniarios, omitiendo todo adorno y humor, y le pregunté sin rodeos si tenía algún tipo de Archaeopteryx o incluso Helicopteryx en la cabeza: ¡¿un tercer recordatorio con representación legal, a pesar de que el primer plazo no vencía hasta dentro de 10 días según el contrato?! Se mantuvo impasible y dijo que primero investigaría el asunto, pero tras su frialdad, percibí su aburrida indiferencia hacia mí, el subsúbdito imperial. Cuando mencioné casualmente que recientemente había partido un león libio por la mitad con mis propias manos, me aseguró apresuradamente que investigaría el asunto de inmediato y me devolvería la llamada; no necesitaba saber que se trataba de una ilustración en un papiro de periódico...

Unos minutos después, mi teléfono vibró; era Quirinus. Bueno, lo había revisado todo, el mensaje de recordatorio estaba completamente equivocado, porque en realidad se trataba del pago inicial que faltaba en este ábaco, pero (aquí interrumpió rápidamente mi apasionada intervención) sabía que habíamos hecho el pago inicial hacía meses porque podía verlo en otro ábaco electrónico. Solo que este era un ábaco y aquel era otro, y —puso el disco de broma— ya sabes, esos programas antiguos de tarjetas perforadas, ¿verdad? Y no, no tenía que hacer nada más, había corregido la situación en todos los ábacos electrónicos; podía reciclar los recordatorios sin pensarlo más. Cuando finalmente pude decir algo, no entendió en absoluto lo que quise decir al afirmar que Businoxx debería comprarse un ábaco decente y un buen software. Un zapatero no puede trabajar con sandalias desgastadas, un carnicero no puede trabajar con una intoxicación alimentaria, y un vendedor de lápidas... ejem, ahí terminó mi argumento.

Así que solo le conté todo esto a Apollonia cuando todo había terminado definitivamente. Por un lado, me agradeció que le hubiera evitado una crisis nerviosa. Por otro lado, hace poco la oí hablando por teléfono con su amiga Elena mientras se pintaba las uñas de los pies con púrpura fenicio rojo en el budario, y comentaba despreocupadamente cuánto nos había costado cambiar de Businoxx a Microproxx: no era mejor, pero ¿era más barato?

Estimados amigos de Unio Computandi, puede que ustedes no tengan estos problemas con su proveedor de ábacos, pero nosotros aquí en Urbs Latina necesitamos crear un grupo de presión fuerte para dejarle claro a Businoxx que solo ellos mismos, con una gestión ejemplar, pueden contribuir a ganarse la confianza en sus productos de gestión.

«¿Pero crees que es posible que esto te ocurra a ti también?» Participa en nuestro concurso único respondiendo a esta pregunta y enviándome un correo electrónico: uno de vosotros podrá ganar una preciosa piedra de mármol artificial con una inscripción dorada personalizada, soldada a mano con garantía; además, podrías decirme si te ha gustado mi primer trabajo.

Que Hermes guíe tus asuntos, Apolo selle tu semblante y Hebe bendiga a tus esposas.

Vuestro Quintilio Tercio Faber.

# ¡Feliz navidad!

*El asunto de Quintilius, Apollonia y el ábaco provocó directamente mi dimisión de la redacción del periódico, después de que el departamento de censura de nuestra asociación prohibiera enérgicamente al redactor jefe publicarlo. Jamás habría imaginado que existiera algo parecido a la censura.*

*En cualquier caso, me sacudí el polvo de las sandalias y les di la espalda a esos indignos. Porque, claro, era la misma vieja historia, como suele ocurrir con los poderosos de este mundo: cuando se enciende la luz roja de advertencia, quitan la bombilla, pero no solucionan el problema de fondo…*

*Durante un año y medio, recibí recordatorios de pago mensuales de Businoxx. Una soleada mañana de diciembre, mientras viajaba en avión a Chipre, escuché por casualidad una conversación entre dos empresarios. Uno de ellos era empleado de esa misma empresa fabricante y la elogiaba efusivamente. No podía intervenir, aunque casi me ahogué de rabia al escuchar involuntariamente semejantes cuentos, pero enseguida decidí escribir una historia navideña.*

*Aquí está.*

Tal como prometí, aquí encontrarás la historia navideña más conmovedora y desgarradora jamás contada. El único compendio verdaderamente completo de poesía prenavideña: ¡haría babear incluso a Selma Lagerlöf o Karli Waggerl!

Papá Noel en su trineo, con renos, copos de nieve y atascos en la autopista A2, pequeños ángeles querubines revoloteando emocionados alrededor del pesebre, con sus pequeños traseros congelados ocultos bajo sus delantales…

???

Un momento, por favor, ¡suena el timbre! Creo que es el cartero.

Originalmente, se suponía que sería una historia navideña realmente encantadora y sentimental con Papá Noel, renos, copos de nieve y villancicos. Pero entonces el cartero llamó dos veces...

**¡La sensación navideña europea!**

**¡La Navidad virtual en su máxima expresión!**

**¡Descárgalo ahora!**

Quintilius me llamó hace aproximadamente una semana, angustiado y bastante frenético.

"Estoy en el aeropuerto, ¡pero tengo que decirte esto primero!" Al parecer, está empujando la maleta de Apollonia con dificultad por la sala de salidas. Espero pacientemente hasta que cesa el crujido de su teléfono móvil, cuya señal, supuestamente nítida, se apaga, y entonces le animo: "¡Bueno, adelante!"

Quintilius parece muy exasperado y confundido, porque pregunta: "¿Y entonces?"

Como ya sabéis, queridos lectores, mi proverbial paciencia no se pone a prueba fácilmente, así que me quedo callada de forma ostentosa y sigo escribiendo "...schte, y entonces la madre trapo colocó al pequeño y adorable bebé trapo en el..."

"¡Oh, sí!", dijo Quintilius, "bueno, lo que quería decir es que nos vamos de vacaciones esta mañana, como ya sabes, y de repente suena el timbre y el cartero entrega un recordatorio certificado de Businoxx y creo que me va a dar un infarto, ¡lo cual seguramente comprenderás!"

"Por favor, querido Quincy, no tantos 'y', y además, ¿cómo sé que te vas de vacaciones? Y... ¿quién aprobó eso?"

Quintilius, por supuesto, no pudo resistir este magistral recurso retórico, y en la pausa que siguió corregí el pasaje "...pero por mucho

que Santa lo intentara, los renos se desviaban hacia los arbustos…" y volví a escuchar a Quintilius.

—No estoy de humor para bromas —gruñó Quintilius desafiante por teléfono—. Me han enviado otro recordatorio, amenazando de nuevo con acciones legales, ¡pero esta vez por correo certificado!

Me quedo callado y pienso: "Eso le pasa por no ser socio del club", pero bueno, ¡tiene que ser testarudo! Si no recuerdo mal, este club mediocre ya negó su historia una vez antes…

"¿Qué debo hacer?", interrumpe mis reflexiones filosóficas sobre el club, y oigo de fondo al locutor pidiéndole al conductor del coche con la matrícula W 236 KL que se dirija al mostrador de información.

El tiempo apremia, porque si ha aparcado su coche ilegalmente, probablemente tendrá que ir andando. Así que le ayudo y le respondo:

"¡Yo tampoco sé qué se puede hacer!" Toda esta saga de Businoxx se ha alargado demasiado; quizás haya que hacer algo…

"Tengo una idea, Quincy, ¿por qué no escribes toda la historia y me la envías por internet? ¡Luego veremos qué pasa!" Lo oigo suspirar aliviado y dice:

"Gracias, lo haré. Pero tengo que irme ya, mi coche está aparcado justo delante de la entrada de la estación de bomberos y la sombrerera de Apollonia está…"

Lo interrumpo rápidamente y le deseo un buen vuelo. — ¡Qué tipo tan molesto!

Unos días después, mientras escribía "…un pequeño trozo de estiércol de carretera salió disparado de la pezuña del último reno de Papá Noel directamente a su ojo, de modo que sus lágrimas se mezclaron con los copos de nieve…", mi PC cantó: "¡Tienes un correo electrónico!", así que lo revisé y, para mi sorpresa, era la historia que Quintilius me había enviado de sus vacaciones.

El estridente tañido del timbre de la casa me despierta de golpe.

¡7:01 AM! ¡Vaya, eso no puede ser! Pero la señal corta-corta-corta-larga me indica que es el Sr. Wawranek, nuestro cartero, un viejo radiotelegrafista empedernido que simplemente ignora la interrupción oficial mundial del código Morse (1 de julio de 2000) y me está despertando con la (ahora antigua) señal **de llamada** .

Seguramente no lo haría sin una buena razón, pensé alarmada, y me levanté con un gemido, intentando no despertar a Apollonia. Caminé arrastrando los pies por el pasillo y abrí la puerta: era el cartero.

“Bueno, jefe, ¿cómo está?”, pregunta como siempre, extendiéndome un sobre. Murmuro algo con un tono amable pero sombrío y miro al remitente: ¡Businoxx Internationalis Machinibus, BIM!

¿Están completamente locos? ¿Ahora envían sus molestos recordatorios mensuales por correo certificado?

Suspiro nerviosamente y asiento al Sr. Wawranek, luego regreso arrastrando los pies al dormitorio, me envuelvo en la cálida manta e intento volver a dormirme. Mi corazón se calma e Hipnos, el dios del sueño, me acoge amablemente bajo su protección una vez más. Mientras me duermo, pienso en que hoy nos vamos de vacaciones, y es precisamente por eso que este recordatorio tan tonto no me interesa en lo más mínimo. Prefiero mil veces imaginar el mar azul y las palmeras, los tequilas helados y corretear con Ornella en la arena caliente...

Y entonces la campana vuelve a sonar estridentemente. **¡Di** -Di-Di-Daaa! ¡Wawranek! ¿Qué se le habrá olvidado ahora, el idiota? ¿Por qué tiene que despertarme otra vez? Me levanto furioso con la gracia de una excavadora, despertando a Apollonia, que murmura adormilada: «Bueno, ¿qué pasa, cariño?» y vuelve a tumbarse de lado.

—¡Ya me voy! —susurro, saliendo a zancadas con cara de pocos amigos. ¡Para colmo, ahora seguro que estará de mal humor todo el día! Al abrir la puerta, bromeo con sarcasmo: «...¡y si el cartero llama dos veces!».

El señor Wawranek me mira con sus ojos de perro salchicha, confiado pero sin comprender, me extiende un paquete y dice: "Disculpe, ¡esto parece ser también para usted!".

Miro la carta; pesa muchísimo. Está dirigida a Quintilius T. Faber, el Gran Jefe. Le digo a Wawranek que no soy el Gran Jefe, pero él dice que soy el único QTFaber en la casa, excepto quizás mi sobrino, que se llama QQFaber, Quintilius Quartus.

Me encojo de hombros y firmo, luego regreso al dormitorio. De camino, dejo el paquete en el sofá, revisando primero el nombre del remitente. Pero es ilegible, una persona cualquiera de San Tacla, EE. UU. Ajá, de EE. UU. Bueno, probablemente sea algún tipo de aparato electrónico o algo así. Entro sigilosamente al dormitorio y estoy balanceando la pierna delantera sobre el borde de la cama cuando vuelve a sonar el timbre. Clic.

¡Vale, ahora sí que voy a darle un puñetazo a Wawranek, maldita sea! ¿Es que no puede entregarlo todo de una vez? Primero ese estúpido recordatorio de Businoxx, luego el paquete siniestro... ¿qué será esta vez? Camino con paso firme hacia la puerta y la abro de golpe, quedándome paralizado a mitad de camino. Afuera están Joshua, alias Samuel Jackson, y Vince, alias John Travolta.

No, no estoy completamente loco, como podrías pensar; simplemente estoy aquí boquiabierto. Ahí están los dos superasesinos de la película Pulp Fiction de Quentin Tarantino, Joshua y Vince. Vestidos de negro, Joshua con el pelo rizado y engominado, y Travolta con una peluca hasta los hombros. Empuñando con naturalidad sus pistolas con silenciador, están en plena acción. [Si aún no has visto la película: ¡una divertidísima comedia de atracos que te hará reír tanto que se te atragantarán las patatas fritas!]

“El Señor da, el Señor quita”, dice Joshua, el antiguo predicador, mientras me aparta para entrar en el apartamento.

“¡Solo venimos a recoger el paquete que dejaron aquí!”, explica Vince, eh, Travolta, y me empuja de vuelta al apartamento con el silenciador en el pecho, cerrando la puerta tras él.

Caminamos —yo hacia atrás— hasta la sala de estar, Joshua recoge el paquete del sofá y sonríe: “¡Buscad y encontraréis!”.

¡Es totalmente paradójico, no puede ser cierto! ¿Cómo llegaron estos personajes hasta mí? ¿Por qué quieren este paquete? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? Joshua —el Sr. Jackson— ve los signos de interrogación en mi frente y explica: «Tenemos la misión de entregar saludos del Pequeño Jefe al Gran Jefe; ahora quiere convertirse en el Gran Jefe. Enviar el paquete por correo parecía la forma más fácil; ¡sigue siendo el método más fiable!». Aunque sigo absorto en el sonido del disparo de Vince, no puedo evitar susurrar: «Probablemente sean los únicos que todavía se lo creen». Vince me empuja en el pecho con el cañón de su arma y le pregunta a Joshua: «¿Me matas?».

Estoy horrorizada de lo rápido que puede suceder algo así. Travolta me está apuntando, esperando la aprobación de Joshua. La desesperación y una buena dosis de ira me hacen soltar: “¡Es simplemente injusto! ¡Primero ese estúpido recordatorio de Businoxx! ¡Luego el paquete, y ahora ustedes dos, tratando de aplastarme así sin más!”

El señor Jackson —Joshua— reflexiona un buen rato y luego asiente. Travolta me apunta directamente; entrecierro los ojos y oigo un doble “¡ploff!”, y el impacto de las balas contra el yeso detrás de mí. Cuando vuelvo a abrirlos, veo a Vince manipulando el aparato con rabia, probablemente debido a un atasco.

No así Joshua. Agarra el silenciador de Travolta, el cañón cae al suelo. “¡Un milagro! ¡El Señor ha obrado un milagro! Escucha, hermano, ¡este milagro es una señal!”

Perpleja, escucho a Joshua dar un sermón, hablando del Señor y su milagro, de cómo Vince nunca, repite, ¡nunca ha fallado! Mientras

el enloquecido Joshua se enreda cada vez más en su sermón y Vince lo mira fijamente, cada vez más avergonzado, miro hacia la puerta del dormitorio donde Apollonia, aún con aspecto de estar completamente privada de sueño, está de pie con su corta toga de buenos días, cariño. De repente, caigo en la cuenta de por qué Vince había fallado: ¡ningún hombre puede pasar por alto esa diminuta toga!

Me temblaban las rodillas al dejarme caer en el sofá. El teléfono de Joshua sonó, interrumpiéndolo en plena conversación. Él dijo cortésmente: "¡Disculpe!" y se llevó el teléfono a la oreja, escuchando a la otra persona. Finalmente, dijo: "¡De acuerdo, jefe!" y guardó el dispositivo. Volviéndose hacia Vince, dijo lacónicamente: "Nuestra misión está cumplida; ¡el Gran Jefe se puso enfermo mientras corría esta mañana!". Vince se encogió de hombros y preguntó: "¿Y ahora qué?". Joshua se sentó, Vince también, e hizo un gesto a Apollonia para que se uniera a nosotros. Tras una larga pausa, Joshua me preguntó: "¿Qué fue eso de problemas esta mañana?".

Le pregunto con cautela si no ha leído mi historia en internet, pero Joshua lo niega. Entonces le explico a grandes rasgos que alquilamos una computadora a Businoxx. Y desde el primer pago, hemos recibido (¡hasta hoy!) un recordatorio cada mes, a veces incluso uno contundente que amenaza con acciones legales. Hoy, por primera vez, llegó uno por correo certificado, lo que sugiere que Businoxx finalmente ha perdido todo el control.

Vince me pregunta si no me he quejado. "¡Claro que sí!", respondo, "¡y lo hago!". Los he llamado al menos una docena de veces. Me dijeron que había dos sistemas informáticos involucrados: uno que recibe los pagos y otro que los registra en los libros contables. Al parecer, simplemente no se llevan bien. Y me aconsejaron que tirara los recordatorios de pago; se vuelven obsoletos después de unos días, una vez que el primer sistema ha notificado al segundo. Mes tras mes, llega un breve recordatorio, luego se realiza mi pago automático y después hay paz y tranquilidad durante otras tres semanas.

Además, dije, sospecho que Businoxx tiene un problema con mi orden permanente, ya que aparentemente solo programaron correctamente el débito directo; pero, y ahora miro inocentemente a esos

dos sinvergüenzas, ¿acaso le concederían un débito directo automático a una empresa así, viendo lo incompetentes que son en Businoxx? Cuando ambos niegan con la cabeza, sonrío y les explico que, para darle un toque de humor a todo esto en caso de una disputa legal, también hice un pago en exceso manualmente.

Cuando Joshua lo mira con expresión inexpresiva, Vince explica que Businoxx aparentemente no tiene ningún control sobre su sistema; en caso de un pago excesivo, los recordatorios deberían cesar de inmediato, después de todo, el cliente tiene un saldo a su favor. Es una vergüenza, dice Vince, él mismo trabajó en contabilidad, en los viejos tiempos, antes de las computadoras. ¿Pero Businoxx? Un fabricante de computadoras tan grande, que se jacta de su comercio electrónico y soluciones para un planeta pequeño, ¡y sin embargo usa un sistema tan desastroso que Dios se apiade de él! Bueno, la gente ha ahorrado dinero, añado con tono conciliador, de lo contrario no estaría recibiendo recordatorios de "(-,—) ATS" de vez en cuando; cero chelines, por así decirlo. Vince se ríe tanto que las lágrimas le corren por el maquillaje.

—Ya veo —dice Joshua—, así que alquilaste la máquina y configuraste una orden permanente; pero como no pueden administrar sus propios ordenadores y programas, ¡te bombardean con recordatorios de pago mes tras mes! Hace una larga pausa, dejando que la idea se asimile, antes de continuar lentamente: —¡Pues bien, entonces les devolveremos el bombardeo! Lo miro con los ojos muy abiertos, y él sonríe, dando palmaditas al paquete con la mano. —Bueno, ¿qué creías que había dentro? —pregunta con una sonrisa burlona—. ¡Un pequeño saludo de Papá Noel! — De repente entiendo lo que significa San Tacla, EE. UU.

"¡Pero no puedes hacer eso!" protesto, "No puedes simplemente..." Joshua sonríe y gruñe: "¡Oh, sí que podemos! ¡Entonces, vamos!" Él y Vince se levantan, y como ni Apollonia ni yo hacemos ningún movimiento para seguirlos, Vince saca su amortiguador y nos obliga a ir con él.

Comienza un viaje a toda velocidad en el Mercury blanco, por la carretera de circunvalación hasta el canal del Danubio, donde se en-

cuentra la sede de Businoxx. Cierro los ojos, rezando para que Joshua no pase por encima de un bache, ¡porque qué podría pasar! Recuerdo perfectamente que en la película, el coche rebota sobre un bache y se oye un disparo del cañón de Vince...

El coche se detiene justo delante de la entrada principal. Vince coge el paquete, ambos bajan y van a recepción. Mientras Joshua entabla una conversación compleja con la recepcionista, Vince entra en el ascensor y sale un segundo después. Abrazo a Apollonia, que tiembla con su toga de "Buenos días, cariño", contra mi pecho y rezo en silencio para que hoy sea festivo. Que los madrugadores aún no hayan entrado y los rezagados tampoco. Pero siguen siendo las 7:01 de la mañana, así que no hay peligro real.

Joshua y Vince regresan al auto. Joshua dice: "¡Feliz Navidad, Businoxx!". Vince enciende un cigarro y cuenta: "Cuatro, tres, dos, uno, ¡bum!". En ese mismo instante, una sorda explosión destroza el edificio de Businoxx, y Joshua añade: "...¡y feliz año nuevo!". El edificio queda destrozado desde adentro hacia afuera; escritorios, archivadores llenos de tarjetas perforadas y rollos larguísimos de impresiones de computadora salen disparados hacia la quietud de la mañana. Uno de esos archivadores llenos de tarjetas perforadas vuela directamente hacia nuestro auto, gira sobre su eje y está a punto de aplastarnos. Mientras los demás miran paralizados este proyectil, abro la puerta de golpe y me lanzo de lado hacia afuera...

...y caigo sobre la alfombra del dormitorio con un gemido. ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó con la explosión? Lentamente, reconozco el contorno familiar del dormitorio, me incorporo aturdida y me froto los ojos. Apollonia despierta con un suspiro, se inclina sobre mí sonriendo y me besa: "¡Feliz Navidad, mi amor, hoy nos vamos de vacaciones!"

Quintilius traga con gratitud y dice: "¡Feliz Navidad, mi amor!" (Y también un beso).

Su mirada se posa en la carta certificada de recordatorio, que yace arrugada en el suelo.

Y — bueno, entonces: “¡Feliz Navidad, Businoxx!” (pero sin beso), “…¡y feliz año nuevo!”

# Inductor de sudor

*István pasea de un lado a otro, emocionado, por el salón. «¡Lo sabía!», repite sin parar, agitando la tarjeta de invitación con entusiasmo. «Andy Ritter, es pianista, ¡ya te lo dije!», es la segunda frase que repite una y otra vez. Parece que al renombrado psicólogo le cuesta aceptar que se haya equivocado por completo con un compañero de su club de informática. «Pero», continúa, hablando consigo mismo, «tenía el presentimiento de que algo raro pasaba. Tiene algo que ver con la música, lo intuí enseguida, ¿y qué significa eso de "sudar a mares"? ¡Andy estará aporreando las teclas, empapándose de sudor! ¡Ah, en el Plutzerbräu! Tienen un escenario, a veces actúan artistas tímidos, o incluso algún pianista. Andy es sin duda pianista, manos delicadas, fuma como una chimenea... un pianista, eso es todo».*

*Satisfecho consigo mismo y con su análisis perfecto, István mira a su alrededor, se frota las manos triunfalmente y dice: "Bueno, si me equivoco, entonces no es más que un artista menor, como Josef Hader o I-Stangl, ¿sabes?".*

*Se vuelve hacia mí para explicarme todo con todo lujo de detalles por enésima vez, pone cara de padre y empieza: «Bueno, vamos a ir al concierto de Andy Ritter el domingo por la noche, escucharemos un poco, le saludaremos y todo eso, y luego iremos a tu casa. Solo veinte minutos, pero tenemos que ir, ¡está en el club de informática!». Sé que en cuanto pronuncie estas palabras, se volverá dócil y cariñoso; así de mucho le gusta su club de informática.*

*El domingo por la noche, había extendido al menos seis o siete corbatas sobre nuestra cama y las había movido, pero luego decidió prescindir de ellas de una manera verdaderamente revolucionaria. Así que el domingo por la noche caminamos hasta el Gasslwerk, cerca del Spittelberg (les ahorraré el hecho de que en casi cada esquina me decía que se acercaba el Plutzerbräu, pero luego era otra esquina más y otra...).*

István se dirigió directamente al gerente de la Plutzerbräu, le puso la mano en el antebrazo con aire jovial y le susurró con aire de complicidad: “¿Dónde está el escenario?”. El gerente retrocedió un paso, nos miró de arriba abajo dos veces y luego me dijo: “Ono koga ono wanna aisuru”. Le respondí: “Por favor, hable alemán, no entiende japonés”, pensando que si lo entendiera, le daría una buena paliza. El gerente respondió con calma: “No tenemos escenario, pero si quiere ir al evento SWEAT-WORKING, ¡baje esas escaleras!”.

István añadió, innecesariamente: «Tengo una visita de Japón y le voy a enseñar un pedacito de Viena». Luego descendimos lentamente al sótano mientras le susurraba al oído a István una traducción muy suave: «Todos los hombres adoran a esta mujer». Parecíamos ser los primeros invitados, pero entonces, como era de esperar, un joven delgado se acercó a István y le dijo lo complacido que estaba de que hubiera aceptado su invitación.

István me presentó brevemente como un amigo de Japón y estudiante de música, mintiendo deliberadamente para mi vergüenza: «¡Y toca el piano, igual que tú; sois prácticamente colegas!». Andy Ritter asintió fugazmente al «colega» y luego hizo el gesto internacional con la mano: «Está por todas partes». István miró a su alrededor, en la habitación casi vacía, con asombro. «¿Dónde está el piano?», le preguntó al Sr. Ritter, quien a su vez miró a István con cierta irritación por encima de sus gafas y se encogió de hombros: «¿Qué piano?».

Lo admito: me emociono muchísimo cada vez que el István encalla. Como un petrolero pesado, se dirige directamente al arrecife con una certeza casi sonámbula, se estrella, se parte en pedazos y entonces el petróleo se derrama muy, muy lentamente. Solo por eso, la caminata hasta Spittelberg ya merece la pena.

István volvió a mirar a su alrededor, observando con curiosidad detrás de una esquina y otra, y luego dijo vagamente, pero ya con cierta incertidumbre: «Pero la invitación, señor Ritter... ¿se supone que hay algo esta noche? Supuse..., quise decir..., usted parece pianista, así que ¿dónde está el piano, el piano de cola, el instrumento de sonido tan característico?».

Andreas Ritter rió, nos condujo al bufé, nos ofreció una bebida y nos explicó que en su tiempo libre creaba esculturas con chatarra (¡soldando y repujando, jaja!) y las regalaba a familiares y amigos hasta que un día reunió el valor suficiente para organizar una exposición (en Múnich). Como tuvo bastante éxito, decidió probar suerte también en Viena: ¡y voilà, aquí está! Nos enseñó las obras, nos presentó las piezas, algunas de las cuales aún estaban a la venta, y nos contó la historia personal detrás de cada una.

Como no tenía con qué escribir, tuve que sacarlo todo de la memoria, y no tenía sentido pedirle ayuda a István: ¡ya tiene Alzheimer! En el extremo derecho, junto al GUARDIÁN, un monstruo de aspecto amenazador, se encontraba UAKA TANKA, y Andy explicó que este era el Gran Espíritu de los nativos americanos. Una figura orgullosa, de la altura de un hombre, que, sobre todo gracias a la iluminación que Andy había creado él mismo, generaba una sensación poderosa. Junto a él había un HOMBRE CORRIENDO, que parecía bajar corriendo las escaleras del sótano. A lo largo del lado más ancho de la habitación había dos apliques de pared similares, el BANDIDO DE UN SOLO MANO y GOMBKÖTÖ, que según Andy pertenecían a Toni (G.) y solo estaban prestados. Estos apliques estaban soldados con sartenes, horcas y guadañas, y equipados con bombillas. ¡Sin duda quedarían genial en un apartamento moderno!

FELI y MAUSI parecían ser dos figuras femeninas, pero Andy nos trajo otra copa de vino e ignoró convenientemente la historia de estos personajes. Intuía que había algo más detrás de ellos, pero ya habíamos pasado a DON QUICHOTTE, y él había cautivado a István: allí estaba el viejo hispano, escudo y lanza en mano, listo para luchar contra todos los molinos de viento del mundo. “Lo quiero”, me susurró István al oído, así que le pregunté al señor Ritter si estaba en venta. Andy, que ya tenía una relación de confianza con István, dijo: “Bueno, lo siento mucho, pero Don pertenece a mi hijo de siete años; fue su regalo de cumpleaños. Ya no puedes quedártelo”. István siguió su camino, aparentemente impasible; solo yo noté su decepción. Llegamos a KAWASABE, cuyo nombre, como explicó Andy, provenía de una canción de Laurie Anderson. István le echó un vistazo rápido, y su mirada se desvió con nostalgia hacia Don Quijote. «Quichotte quedaría muy bien en mi despacho, y mis clientes sabrían enseguida

qué clase de persona soy», le dijo a Andy, con la esperanza de que Andy reaccionara.

Pero Andy Ritter continuó mostrando sus piezas: HÄLTA SCHIFFTA, explicó, estaba inspirada en la canción Helter Skelter de los Beatles. Vi a un tipo gracioso que claramente sostenía su enorme pene semierecto en la mano, presumiblemente para orinar. István siguió adelante, ya que nada de ese tema le interesaba, y examinó en silencio las dos últimas piezas, una de las cuales parecía estar inspirada en Mickey Mouse, la otra en una jirafa, y presumiblemente destinada a los hijos de Andy.

Andy se fue a hablar con otros invitados, e István y yo también vimos a una vieja conocida, Birgit, una modelo. Charlamos un rato y enseguida me di cuenta de que István estaba buscando desesperadamente una sesión de fotos. Me escabullí discretamente hacia el grupo de Andy, ya que se había formado una multitud alrededor de él y una visitante, regateando el precio de una escultura. Tras un tira y afloja, ¡Andy finalmente consiguió vender la escultura sin ningún descuento! Todos rieron a carcajadas (lo que, como siempre, me pareció muy inapropiado), mientras la mujer extendía el cheque y se lo entregaba ceremoniosamente a Andy. La primera en felicitarlo fue la madre de Andy, que podía estar muy orgullosa de su hijo.

En el bufé, me serví unos panecillos, admiré a Andy, que con ambas manos lograba equilibrar una copa de vino, un tazón de sopa de goulash, una hogaza de pan y una cuchara, pero aún así no podía comer ni beber nada, y me dejé llevar lentamente de vuelta hacia István a través de la sala abarrotada. Estaba rodeado de un grupo de chicas jóvenes, a las que gesticulaba con entusiasmo mientras les explicaba HÄLTA SCHIFFTA con todo detalle, deleitándose con sus ojos grandes y lascivos; además, en ese momento discutía con un sabelotodo que se había unido a la conversación, confundiéndolo con el artista, y que insistía en saber cuánto costaría la barandilla de hierro forjado que conducía a la bodega, negándose a que lo dejaran en paz.

Mi intervención con un beso en la mejilla salvó a István de un ataque de ira o un derrame cerebral, que claramente estaba a punto de sufrir. Volvimos a contemplar las maravillosas y exitosas exposicio-

nes, nos detuvimos largo rato, casi demasiado, frente al Don Quijote, y luego nos despedimos afectuosamente de Andreas Ritter. Mientras caminábamos a casa en silencio, István rompió su silencio irritado y pensativo solo una vez: «...¡y toca el piano! ...¡Pero, hagas lo que hagas, no le cuentes a nadie lo del piano!», exigió, y le prometí que lo haría.

Santísimo.

Michiko,
Modelo fotográfica

# Viaje nocturno

*En uno de los momentos más difíciles de mi vida, viajaba casi semanalmente en tren nocturno los 700 km para visitar a mis padres enfermos. Los viajes nocturnos parecían interminables; el golpeteo de las ruedas penetraba el colchón y la almohada hasta llegar a mi cerebro, haciéndome inventar las historias más absurdas. Una mirada casual por el pasillo del vagón-cama, el encuentro de dos vidas en una décima de segundo, me sumergía en fantasías angustiosas durante horas.*

*Siempre pensé que no tenía ningún problema con envejecer. Pero cuando las insinuaciones, las indirectas veladas y las pequeñas críticas dirigidas a mí, una mujer cercana a los cincuenta, empezaron a acumularse, comencé a replantearme las cosas seriamente. Empecé a oír cosas que nadie había dicho; comencé a observarme con más atención y pronto descubrí esto y aquello, cosas que solo se notan cuando uno empieza a observarse a sí mismo con espíritu crítico y suspicaz.*

*Lo que más me dolió fue que las chicas jóvenes y guapas que, como siempre, admiraba en el tranvía, reaccionaban a mis miradas coquetas con sorpresa o desconcierto, y me las devolvían cada vez con menos frecuencia. Tic. La constatación de que ya no era el conquistador irresistible (de bellezas en tranvía), aunque solo fuera durante el trayecto de la parada A a la parada B, hizo aflorar la duda. Tic. El engranaje de la autoalienación giró otro tic, la duda se hundió más profundamente y se posó como plomo sobre mis cada vez más débiles entrañas. Tic. Me estoy haciendo viejo, me decían mis entrañas, ¡pronto se acabará todo! Tic. ¡Maldita sea, ¿qué esperabas?! Tic.*

*Una mirada casual en el pasillo del vagón cama, el encuentro de dos vidas en una décima de segundo, me sumerge en fantasías angustiosas durante horas.*

«¡Estás loco!», citó Jack, «¡cuando el cielo está lleno de violines!». Miré disimuladamente de reojo a la guapa rubia que, como yo, estaba de pie en el pasillo del vagón cama, fumando. Me terminé la cerveza rápidamente y, temblando sin motivo aparente, me acerqué al revisor para pedir otra botella. «No seas tonto», oí decir a Jack, «¡solo quieres pasar junto a ella y hablarle!». Jack sabía, al igual que yo, que eso era imposible.

No, no soy esquizofrénico en absoluto, pero Jack es algo así como la personificación de mi ego paternal, como probablemente lo llamarían los freudianos. Ha estado conmigo desde mi juventud, corrigiéndome, criticándome y exasperándome con su lógica fría y clara. Que sea él quien se quede mirando la aguja del velocímetro y gruña "¡130!" o quien me dé en bandeja las frases sensatas y lógicas que luego solo tengo que repetir como un loro para parecer lógico y razonable es quizás aceptable. Que sea un lógico y matemático de pies a cabeza y que adore las computadoras por encima de todo, de hecho, que prácticamente pueda ver dentro de ellas con visión de rayos X, es la base de mi éxito profesional. Pero estaba firmemente decidido a ignorar por completo a Jack hoy, aquí y ahora. Como si mi vida dependiera de ello.

Con la botella nueva en la mano, regresé lentamente a mi compartimento en el tren que se balanceaba. Al pasar junto a ella, me miró, y esa mirada me desestabilizó por completo.

La verdad es que me detuve porque me faltaba el aire y no podía dar un paso más. Empecé a sudar profusamente, y probablemente ella notó cómo se me ruborizaba la cara a pesar de la poca luz.

Hablé con ella.

Me sonrió, con los ojos radiantes, y toda su presencia era acogedora. De repente, mi ensimismamiento se disipó y charlamos sobre las cosas que suelen hablar los viajeros en estas situaciones: adónde iban, qué hacían, a quién visitaban. Evi, ese era su nombre, trabajaba como terapeuta y acababa de regresar de visitar a mis padres. Le comenté que yo también iba a visitarlos y orienté la conversación hacia la enfermedad de mi anciana madre, ya que coincidía a la perfección

con el trabajo de Evi. No sé, tal vez la estaba irritando con el tema, pero lo tenía en mente desde que compré el billete.

Jack se retiró, refunfuñando. A lo lejos, a veces lo oía murmurar: «¡No se atrevería!», y desafiante, pensé: «¡Claro que sí!». Mientras Evi y yo conversábamos animadamente, la puerta de un compartimento se abrió tras nosotras y un pasajero somnoliento entró en el pasillo. Interpretando correctamente su expresión, le pregunté con ansiedad si lo estábamos molestando, y asintió con gesto sombrío. Miré a Evi, me sobresalté (¡y créanme, el puenting no es nada comparado con esto!) y le ofrecí mi compartimento para que pudiéramos continuar nuestra charla. Me temblaban las rodillas y esperaba que terminara, deseando que fuera rápido e indoloro.

Me preguntó de nuevo si estaba sola en el compartimento, y cuando le dije que lo había reservado para poder viajar sola, me respondió: «Sí». Casi pude ver cómo la cara de Jack se ponía verde, y me dijo: «¡No te atreverías!». «Sí», le susurré, y entré con Evi, con sorprendente calma, en mi compartimento.

La observé mientras hablábamos y sentí que me sentía cada vez más atraído por ella. Al principio, empecé hablando de mis éxitos profesionales, pero luego pensé que era una excusa poco convincente y terminé hablando de sexo, amor y relaciones. Quizás le sorprendió el cambio de tema, o tal vez no le importó hablar de ello, y así nuestra relación se volvió más seria y cercana.

Cercanía. Ella me ofreció el informal “tú”, comencé a abrirme a ella cada vez más, una embriaguez dichosa de apertura comenzó a apoderarse de mí.

Aprovecha. Me di cuenta de que en los últimos minutos le había estado tomando la mano cada vez con más frecuencia cuando hablaba de cosas que habían permanecido en secreto durante años.

En realidad, no importa de qué habláramos, querido Jack; lo importante era que tenía un carácter amable y abierto, y que no era ni una mujerzuela de ciudad ni una paleta ingenua y simplona. Era simplemente Evi, que hablaba de sus ideas sobre las relaciones, su traba-

jo, sus padres en Viena y su apartamento. Jack añade que fue Evi quien me dejó hablar durante mucho tiempo, casi demasiado.

Hablar. Como si hubiera sido condenado al silencio de por vida (¡lo cual no era cierto en absoluto!), me aferré a ella y le conté sobre mi soledad, mi dolor por las cosas que había perdido en mi vida, pero también sobre cosas que no me dejaban precisamente en buen lugar. De repente, me pareció importante estar allí completamente abierto, honesto y desnudo, dejando de lado toda pose social. A veces, realmente temía mi propio valor; me preocupaba que Evi se sintiera repelida por mi franqueza y mi negativa a presentarme como un personaje grandilocuente, y que se marchara.

Se fue. Se levantó de repente, dijo que necesitaba ir al baño y que, cuando volviera, aún no sabía si querría acostarse conmigo; tal vez no estuviera tan enamorada como yo, pero le gustaba mucho. La abracé mientras estaba de pie frente a mí y no dije nada, pensando solo para mí mismo: «Eso no importa, quiero estar cerca de ti, abrazarte... ¡Vuelve!». Después de que se fue, vi que había dejado su bolso. ¿Acaso eso era confianza? Nadie que yo conociera dejaría jamás su bolso en el compartimento de un desconocido.

Cuando regresó, apagamos la luz del compartimento y nos sentamos muy juntos. Nos besamos y abrazamos, susurramos y fuimos felices. Los besos y abrazos se convirtieron en caricias, mi mano buscando bajo su suéter. “Es un body”, susurró, pero yo no sabía qué era eso en ese momento. Le confesé mi problema, pero ella solo rió suavemente y se desnudó con rapidez y facilidad. Me quité la ropa rápidamente y nos acostamos uno al lado del otro.

Recuerdo hasta el más mínimo detalle; así de importante fue esa noche para mí. Jack y el pésimo aire acondicionado hicieron que mi masculinidad, ya casi olvidada, quedara en segundo plano; tenía demasiado miedo de acostarme con ella, ya que ninguno de los dos llevaba anticonceptivos. Fue algo inesperado y totalmente imprevisto. (Me daría risa si llevara condones conmigo todo el tiempo...).

Le presté toda mi atención, mi ternura, y dejé que toda la delicadeza que sentía por ella fluyera a través de mis manos hacia su her-

moso cuerpo. Le encantaba que la acariciaran, entregándose por completo a sus sentimientos, y yo intenté darle todo el amor y la ternura que sentía por ella. A menudo me sorprendía siendo demasiado fugaz e insensible, pero estaba terriblemente nervioso, irritado por mi entorno y pensando demasiado en el mañana. Solo una vez estuvimos a punto de dejarnos llevar demasiado, pero Jack, el confiable, ya estaba allí y nos separó justo a tiempo.

Las horas transcurrieron entre placer y ternura, entre dulzura y emoción, entre cercanía y preocupación. Finalmente, nos cansamos, susurramos al oído y fumamos, escuchamos el traqueteo de las ruedas y guardamos silencio. Evi dijo que tal vez quisiera dormir una o dos horas más antes de bajarse. Me despedí de su cuerpo con muchos, muchísimos besitos, besando cada rincón a mi alcance, y lloré en silencio, sumido en mi tristeza.

Luego se vistió, y mientras se ponía el body, Jack observó detenidamente cómo estaba confeccionado...

Le di mi tarjeta a Evi, anoté mi número de teléfono personal en el reverso y le pedí que se pusiera en contacto conmigo y me diera tiempo para aclarar las cosas. Habíamos llegado a un punto muy difícil. Sospechaba que ahora, cansada, agotada y somnolienta, tal vez no estuviera pensando en continuar. Le dije que se pusiera en contacto, por favor, pero también le dije (¿o fue Jack?) que era su decisión. No debía sentirse presionada por mí; yo ardía de pasión en ese momento, pero sabía que nunca quise ser insistente ni exigente con ella. Todavía puedo oírla decir lo mismo. Que podía sentir lo enamorado que estaba, pero que ella no estaba tan enamorada como yo. Guardó mi tarjeta en su bolso y dijo que tal vez se pondría en contacto, pero que no estaba segura. “Adiós”, dijo Jack.

No recuerdo el momento en que se fue; solo que la observé durante un buen rato después de que se dirigiera al frente. Se me llenaron los ojos de lágrimas que me ahogaban, y permanecí en el compartimento oscuro. Puse la alarma para estar despierta cuando Evi bajara, me acosté e intenté dormirme.

No dormí. Jack se había propuesto mantenerme despierto con sus comentarios. Lo único que tenía para ofrecer era burla y amargura. Y una lógica clarísima sobre la importancia de la posición de cada pieza en el tablero: ¡Jack y su tablero!

Jack explicó: después de dormir hasta tarde, Evi se despertaría y habría varias posibilidades sobre lo que sucedería a continuación. En primer lugar, si no era su primera aventura en un vagón cama, podría pensar que había sido bastante agradable y luego seguir con su rutina diaria sin darle mayor importancia a la noche. “Adiós”, dijo Jack.

En segundo lugar, si era su primera aventura de ese tipo, podría avergonzarse, culparse a sí misma o sorprenderse después por nuestra franqueza, o incluso pensar que la tachaba de “mujerzuela”; entonces difícilmente buscaría contactarme. Instintivamente, quise golpear a Jack, pero él solo se preocupaba por mí, así que no podía enfadarme con él.

Evi también podría ser sabia y saber que las flechas de Cupido pueden alcanzar a cualquiera en cualquier momento. Que en esa situación, ni ella ni yo teníamos otra opción. El inicio habitual de una relación, conocernos poco a poco y familiarizarnos gradualmente: ¡eso no era posible en esta situación! Pero, ¿estaba todo perdido por eso? Por otro lado, ¿qué esperaba? ¿Podría yo, a punto de cumplir 50, volver a encontrarme con una mujer tan bella y mucho más joven, y ser correspondido en su amor? ¿Sería capaz de controlar mi vida actual, agitada y estresante, para empezar de cero, con una persona tan querida como Evi? ¿De cero? ¿Para poder decir: «sin peros ni excusas»?

¿Y si Evi pensara que yo era un viejo astuto y pervertido? ¿Y si estuviera convencida de que viajaba en trenes nocturnos semana tras semana solo para atraer a chicas jóvenes a mi compartimento? Le pedí a Jack que me dejara en paz; ni siquiera quería pensarlo, porque en ese caso estaría completamente fuera de escena, totalmente fuera de juego; ella estaría encantada de haberse librado del viejo cerdo. “Adiós”, dijo Jack.

En el crepúsculo, Jack murmuró algo sobre otro hombre, sugiriendo que Evi seguramente tenía un amante, una relación que palidecía en comparación con nuestro encuentro, y que Evi olvidaría rápidamente esta noche y volvería con su pareja. Desesperadamente, luché contra ese pensamiento, aferrándome a su calidez, a su aroma, a su feminidad, a su cercanía con todos mis sentidos, y no le dirigí ni una palabra más a Jack.

Apagué la alarma antes de que despertara a todos y me vestí rápidamente. Vi que ya casi llegábamos y me adelanté; Evi se quedó sola, seria y en silencio junto a la puerta. Estaba muy cohibida y no podía articular una frase completa; tal vez lo notó, tal vez le molestó mi torpeza; me aterraba la idea de cometer un error grave en el último segundo. Permanecimos en silencio, una al lado de la otra, contemplando la última mañana brumosa de noviembre. Quizás incluso hablamos; no lo recuerdo.

A través de un muro de lágrimas que se desdibujaba lentamente, alcancé a divisar las primeras casas y las vías del tren, contra las que luchaba, igual que contra el nudo en la garganta. El tren redujo la velocidad y luego se detuvo. Al bajar, Jack se inclinó automáticamente sobre su equipaje, lo recogió y se lo entregó.

Jack vio que encima había una rosa roja marchita de tallo largo.

# Los diamantes son para siempre

*Quintilius Tertius Faber envía sus más cordiales saludos a sus lectores.*

*Durante mucho tiempo me pregunté si era posible escribir algo que algunos lectores (a quienes conozco bien) pudieran considerar blasfemo, irrespetuoso o simplemente de mal gusto, mientras que otros —la mayoría, creo, de los lectores que no me conocen— sin duda lo considerarían una lectura amena. Cuanto más reflexionaba sobre este tema de la publicación, más claro me quedaba el motivo de tal discrepancia, aunque solo fuera aparente.*

*En primer lugar, tras una muerte, no se considera apropiado que los dolientes hagan bromas; un poeta en duelo debería dejar de escribir. Paradójico, porque ¿qué se supone que debe hacer un poeta afligido ante el humor dionisíaco? Cualquier cosa que no sea una carcajada sería de mal gusto.*

*En segundo lugar, una historia siempre revela algo sobre su autor. Supongamos que el autor daba por sentado que la conclusión lógica A + B = C era evidente. Pero quizás tú lo veas de otra manera; para ti, A no es A, sino F o algo similar. Entonces seguramente pensarías: «¡Ah! ¡Así que los antiguos romanos creían que A y B estaban conectados!». Normalmente prefiero mantener mis procesos mentales en secreto, pero en este caso haré una excepción y cederé al impulso de escribir. Que así sea.*

*En tercer lugar, una historia dice mucho sobre los personajes. Por suerte, aquí todos son ficticios. Porque no sabría cómo defenderme de sus indignadas llamadas desde Vindobona, Ostia o Lutetia si fueran personas reales.*

*Quintilius Secundus, mi padre, ha fallecido. En vida, escribía sin temor contra césares, cónsules y augures, afilando diligentemente*

*su pluma y meditando a menudo largamente antes de clavarla con fuerza y vehemencia en las llagas venenosas y las trincheras papales. Pero también le encantaba reír; entonces su rostro serio se arrugaba formando mil líneas de expresión, y a veces reía hasta gritar, jadeando: «¡Basta, basta, no puedo más!».*

*Escribo esta historia para él, pensando en él y esperando que la lea y se ría hasta que le corran las lágrimas por las mejillas.*

*La blasfemia puede comenzar. (Siéntate venia verbo.)*

«Teléfono», ronca la voz de István desde el intercomunicador. Lleva días trabajando en la ilustración de su árbol genealógico, que le prometió a su padre, ya que tiene un programa de gráficos en su Abacus Electronicus. Durante estas fases creativas, es mejor no molestarlo, porque se toma cualquier interrupción como algo personal. Sobre todo porque este programa es de la empresa de Giulielmus Gattus, Microproxx, a quien István ahora considera un completo cretino, ya que sus programas se resisten a cualquier productividad continua y se ejecutan automáticamente con una deliciosa irregularidad. Durante estas fases, el teléfono ya no es un mal necesario para mantenerse en contacto con el mundo exterior, sino un adversario traicionero cuyo timbre es una intrusión hostil en la productividad del genio.

—¡Gracias y disculpen! —respondo rápidamente y contesto el teléfono—. Quintilius, ¿sí, hallus? —contesto, sin perder de vista a mis dos nietos, los gemelos Tiberius Primus y Tiberius Secundus, con quienes acababa de jugar.

Al otro lado de la línea está mi tía media Agrippina de Nueva Escocia. Me alegra su llamada, porque ella también está muy afectada por la muerte de nuestro padre, y hablamos de todas las cosas de las que hablan los familiares en estos momentos. Después de un rato, Agrippina va al grano.

«Dime, ¿sabes algo sobre diamantes? ¿Acaso papá te regaló uno?». Noto en su voz que le avergüenza un poco la naturaleza materialista de su pregunta. Sinceramente, respondo: «No, no sé nada al

respecto, y él no me regaló nada parecido». Veo en su rostro una decepción casi esperada.

«Bueno, solo era una pregunta. Podría haber sido eso», dice, desviando la conversación. Apollonia, mi esposa y dueña de A. Faber Grabstein Consulting GmbH (esto hay que mencionarlo de nuevo), ha oído fragmentos de la conversación y ahora agita los brazos como si quisiera decirme algo con urgencia, pero yo sigo concentrado en la llamada. Agrippina y yo nos despedimos y cuelgo.

—¿Qué era tan urgente? —gruño algo irritado hacia Apolonia, quitándole el tapón Schuko de la boca a Tiberio Segundo—. ¡Eso es malo, pequeño Segundo, muy, muy malo! ¡Es eléctrico, Stromus electricus, puede pellizcar al pequeño Segundo muy, muy mal!

La imperiosa necesidad de comunicación de Apollonia triunfa sobre su crítica habitual de que mis métodos de crianza, y especialmente mi lenguaje machista e infantil, son simplemente idiotas. “¡El diamante, el diamante de la abuela!”

Me quedo en blanco (no, no es Stromus electricus). ¿Qué diamante? ¿Qué abuela? Apollonia me mira con la misma sonrisa radiante que un presentador de concursos a su oponente durante la pregunta de cinco mil sestercios; es esa típica cara de “¡Vamos, dímelo!”. Si hay algo que odio, son los simplistas concursos de Apollonia en la televisión. Exempla trahunt.

István, que se ha refugiado en nuestra casa porque por fin quiere terminar este proyecto, se levanta y empieza a pasearse inquieto. Le pregunto qué le preocupa. Murmura algo sobre Microproxx y cómo el Javascriptum no siempre funciona como debería. Sigue dando vueltas en círculos e intenta encender su tabaco distraídamente, pero gruño y señalo a Primus y Secundus; ¡no hace falta Benzedrina en el tabaco!

Apollonia no pudo esperar más y soltó: “¿Recuerdan cuando murió la abuela Constantia? ¡Todos buscaban su diamante!”. Eso me impactó muchísimo. Esta historia me enfureció tanto que aún hoy podría estallar de rabia. Y así fue como sucedió:

La buena y vieja Constantia vivía en aquella parte del imperio ocupada por malvadas tribus orientales, cuyos pacíficos habitantes sufrían enormemente bajo su dominio, sobre todo en lo que respecta a sus posesiones económicas. Quienes antes habían sido ricos patricios eran ahora pobres indigentes; la inflación y las expropiaciones habían hecho estragos. Constantia había heredado una pequeña bolsa de sestercios de su esposo (Quintilius Primus), y cuando sintió que se acercaba su fin, me llamó, a mí, su nieto, el más interesado en el dinero, y me preguntó si era cierto que la mejor manera de invertir el dinero era en diamantes y luego esconderlos. Estuve de acuerdo, porque eso es lo que todos hemos hecho desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, cuando le pregunté a Constantia de cuántos sestercios hablaba, tuve que decirle, con gran pesar, que con esa cantidad, lamentablemente, no valía la pena tomar el arduo camino de los diamantes. Con cortesía y consideración, le oculté el hecho de que con sus sestercios difícilmente podría haber pagado más que una sola orgía para dos en el “Drago Imperialis Pekinensis”.

Tiempo después, al enterarme de que la Madre Constantia había llegado a su fin, salí inmediatamente con Apolonia a visitarla al hospicio. Cuando llegamos, ya estaba casi en comunión con los dioses, hablando con sus ancestros, y probablemente ni siquiera notó nuestra presencia. A veces veía a su Quintilius Primus a través de mí y le hablaba, balbuceando dulces palabras de amor hasta que las lágrimas corrían por mis mejillas. Apolonia y yo guardamos silencio y regresamos a casa en silencio.

Apenas la habían depositado en su humilde mausoleo y las flores de la tumba comenzaban a marchitarse, cuando mi tía Olivia me llamó desde Baleum Mallorquiniae y me preguntó si la querida abuela Constantia había fallecido en paz y felicidad. Me alegré de su llamada, pues ella también estaba profundamente afectada por la muerte de nuestra abuela; hablamos de todo lo que se habla en esos momentos. Después de un rato, Olivia fue al grano.

«Dime, ¿sabes algo sobre diamantes? ¿Quizás te regaló uno la abuela?». Noto en su voz que le avergüenza un poco el carácter materialista de su pregunta. Sinceramente, respondo: «No, no sé nada al

respecto, y ella no me regaló nada parecido». Me la imagino, con una expresión de decepción casi esperada reflejada en su rostro.

—Olivia —le digo—, la abuela Constantia era pobre como una rata. Simplemente no lo sabía, porque los sestercios no pesan tanto hoy como pesaban entonces, en su época. Me preguntó sobre invertir en diamantes, pero le aconsejé que no lo hiciera.

«Pero yo pensaba —de hecho, todos pensábamos— que ella tenía un diamante, y por eso creíamos que te lo había confiado». Olivia era una orgullosa patricia antes de convertirse en una orgullosa patricia empobrecida, y le costaba admitir que se había dejado llevar por un rumor. Declaré solemnemente una vez más que no había recibido ningún diamante de la abuela Constantia, pues ¿de dónde habría sacado uno la empobrecida abuela Constantia? Y ahí quedó el asunto para mí.

No lo era. Años después, mi madre también falleció. La visitaba a menudo en su lecho de muerte y hablaba con ella hasta que ya estaba a medio camino de los dioses y comenzó a comunicarse con sus ancestros. Luego me alejé y guardé luto hasta que ella también yacía en su humilde mausoleo y las flores de su tumba comenzaron a marchitarse lentamente.

Unos días después, la tía Cassiope llamó desde Lugdunum. Me alegré de su llamada, ya que ella también seguía muy afectada por la muerte de nuestra madre —su hermana— y hablamos de todas las cosas de las que hablan los familiares en esos momentos. Al cabo de un rato, Cassiope fue al grano.

«Dime, ¿sabes algo sobre diamantes? ¿Quizás tu madre te regaló uno?». Puedo percibir en su voz que le avergüenza un poco el carácter materialista de su pregunta. «Seguro que te refieres al diamante de la abuela Constantia, ¿verdad?», pregunto con cautela, y ella asiente.

Sinceramente, respondo: “No, no sé nada al respecto, ella no me dio nada de eso y, que yo sepa, ni siquiera existe”. Puedo ver su rostro, con una decepción casi esperada reflejada en él.

—Bueno, solo era una pregunta. Podría haber sido —dice con resignación, cambiando de tema—. Vuelvo al tema del diamante y le explico a la tía Cassiope que esto ha estado ocurriendo esporádicamente con cada muerte desde el fallecimiento de la abuela Constantia, y que realmente me está empezando a sacar de quicio. ¡No existe el diamante Constantia, y punto!

István, que seguía paseándose inquieto, se detuvo de repente e interrumpió mis pensamientos. «Dejaré el programa a un lado por ahora», dijo mirando a la pared, «y quizás continúe con los antepasados más antiguos; eso es más fructífero. He descubierto una rama interesante de la familia, la familia Weiss de Budapest». Y al cabo de un rato, añadió didácticamente, como si nosotros, los romanos, fuéramos bárbaros sin educación: «Budapest, la capital de Panonia». Me miró con curiosidad. «¿Te apuntas?».

En realidad, ya había jugado bastante con mis nietos y ahora los dejé con Apollonia, quien se retiró con ellos al banco de mármol e intentó enseñarles a jugar a los ratones, a pesar de que le había explicado repetidamente que todavía eran demasiado pequeños para ese juego de dados.

Luego me senté junto a István y juntos revisamos rápidamente las bases de datos antiguas, intentando ordenar cronológicamente a sus antepasados. Pero nos atascamos con el antepasado blanco más antiguo conocido. «¡Puede que hayan emigrado a América!», murmuré para mí mismo después de un rato, sin darle mucha importancia. István, sin embargo, retomó la investigación con entusiasmo.

«¡América! ¡Ah! ¡Definitivamente deberíamos investigar eso!», y sus dedos volaron sobre el teclado. Sí, alguien había emigrado de Budapest, un tal Dr. Samuel Weiss y su familia, en 1878. Leímos en silencio las listas de nombres, meticulosamente compiladas por los Archivos Imperiales y Reales del Estado.

István se aclaró la garganta y dijo: «¡No, no es lo que estás pensando, querido Quincy! Definitivamente hay trampa, igual que con esa abuela que, aunque llevaba el mismo nombre que los reyes húngaros, ¡resultó no ser mi abuela en absoluto!». Recordé que mi abue-

lo había sido un bígamo astuto y que, además de muchos corazones rotos, también había dejado tras de sí a unas cuantas abuelas... No pude evitar murmurar: «Parece que lo llevas en la sangre».

Imprimimos lo que habíamos encontrado y ordenamos las páginas. Era una historia asombrosa y emocionante que se desplegaba ante nosotros. En medio de ella, me preguntó qué sabía sobre Houdini, así que rebusqué en mi memoria: escapista estadounidense, acrobacias audaces y famosas actuaciones en las que se liberaba de sus cadenas bajo el agua, hasta que un día su celosa esposa cambió la llave y se ahogó miserablemente en las gélidas aguas...

"¡Tranquilos, romanos, tranquilos!", interrumpe István mi discurso, "¡nada de eso es cierto!". Luego se recuesta, da otra calada profunda a su tabaco y comienza a contar su historia.

Ehrich Weisz nació en Budapest el 24 de marzo de 1874, el tercero de cinco hijos del rabino Dr. Samuel Mayer Weisz y su esposa Cäcilia Steiner Weisz. Cuatro años después, la familia Weisz emigró a Estados Unidos, donde las autoridades de inmigración cambiaron su apellido a Weiss. Weisz se estableció en Appleton, Wisconsin, y se convirtió en el líder espiritual de un nuevo movimiento sionista de habla alemana, ya que hablaba alemán con fluidez, además de húngaro y yiddish.

El joven Ehrich americanizó rápidamente su nombre a Erik, repartía periódicos a los siete años y realizó diversos trabajos ocasionales hasta los trece para ayudar a su familia, que aún era muy pobre. Sin embargo, su verdadera pasión era la magia y las ilusiones; primero admiró al mago ambulante Dr. Lynn y más tarde al francés Jean Robert Houdin. El punto de inflexión llegó con un aprendizaje —que luego abandonó— con un cerrajero. El pequeño Erik aprendió rápidamente a abrir cerraduras. Su primera actuación fue el 28 de octubre de 1883, a los nueve años, como el trapecista y equilibrista "Ehrich, Príncipe del Aire". Aún con menos de trece años, Erik actuaba como "Erik el Grande" en pequeños escenarios y se escapó de casa, siguiendo al circo ambulante y regresando un año después con su familia, que para entonces vivía en Nueva York.

Tras la muerte de su padre (5 de octubre de 1892), Erik trabajó como mensajero, electricista, cortador y peón en la fábrica de corbatas Richter & Sons. También se dedicó a la fotografía y, una vez más, fue aprendiz de cerrajero. Al mismo tiempo, se mantenía en forma para sus actuaciones acrobáticas y ganó varias medallas deportivas en atletismo y natación. A los 15 años, leyó la autobiografía de Jean Robert Houdin: su vida cambió radicalmente. Lleno de entusiasmo por el entonces campeón mundial de escapismo, a partir de entonces se hizo llamar Houdini, Harry Houdini.

A finales de 1892, actuó con su hermano Theo "Dash" (quien más tarde alcanzaría la fama con el nombre artístico de Hardeen) en un espectáculo llamado "La ilusión de la metamorfosis: Los hermanos Houdini". Poco a poco fueron ganando popularidad y actuaron en la Exposición Mundial Colombina de 1893 en Chicago, así como con el Circo del Museo de P.T. Barnum y el Circo de los Hermanos Welch. A lo largo de su vida, Houdini realizó "La metamorfosis" 11.000 veces.

En junio de 1894, actuó en Coney Island, donde se enamoró de Bess, una de las Floral Sisters. Dos semanas después, se casó con Wilhelmina Beatrice Rahner, de 18 años (22 de junio de 1894). Bess pronto reemplazó a Theo en las actuaciones, quien inició una carrera en solitario como Hardeen, el Hombre de Hierro.

Desde 1898, Houdini desarrolló increíbles números con camisas de fuerza y esposas, ganándose pronto el apodo de "El Rey de las Esposas". Nunca falló. Su amistad con el agente de vodevil Martin Beck lo sacó rápidamente del aislamiento suburbano. Beck lo promocionó con amplia cobertura periodística, incluso organizando audaces fugas de prisión frente a la policía estatal y un público que pagaba por verlas, por supuesto. Su tarifa se disparó a 125 dólares semanales, y su fama pronto se extendió más allá de Estados Unidos, lo que lo llevó a su primera gira europea (en Londres) en 1900. Su tarifa semanal se estabilizó en 1200 dólares después de escapar de la custodia de Scotland Yard, esposado. En París, saltó de un puente sobre el Sena atado y luego engañó a los horrorizados espectadores escondiéndose detrás de un pilar del puente durante varios minutos. Después de eso, no solo se dejó esposar, sino que fue encadenado a una silla con una camisa de fuerza y empujado del puente; su tarifa aumentó a

2000 dólares. Houdini y Bess compran una hermosa casa en Nueva York.

En 1906, se hizo atar y encadenar minuciosamente en la celda de la muerte de Charles Guiteau, el asesino del presidente estadounidense Garfield, y escapó: toda América enloqueció de emoción. Saltó del puente Golden Gate en San Francisco, encadenado, esposado y lastrado con una bola de hierro de 34 kilos. El 27 de enero de 1908, en San Luis, cuando realizó la hazaña de escapar colgado boca abajo en una jarra gigante llena de agua, a pesar de las cadenas, la camisa de fuerza y las esposas, un imitador se ahogó. Profundamente afectado, Houdini escribió numerosos artículos para revistas especializadas y comenzó a escribir su autobiografía, en la que también describió algunos de sus trucos con detalle. Al mismo tiempo, se pronunció públicamente contra todas las formas de ocultismo y el charlatanismo asociado a él; este interés lo acompañó hasta su muerte. Houdini desenmascaró a varios estafadores, lo que también le valió reconocimiento mundial.

Compró un avión en Hamburgo por 5000 dólares y, en 1910, durante una gira de varios meses por Australia, estableció el primer récord aéreo australiano (en Diggers Rest), el decimoséptimo récord aéreo de la historia. Por alguna razón, Houdini nunca volvió a volar después de eso.

Inventó acrobacias cada vez más vertiginosas, escapando de tanques de agua por la noche o del cañón de un enorme cañón fracciones de segundo antes de que disparara. Su atrevido coqueteo con la muerte, una muerte bastante realista, contribuyó significativamente a su fama. Su invento más espectacular fue la celda china de tortura acuática, que sabía prolongar hasta tal punto que pronto surgió el rumor de que había muerto durante la misma, rumor que aún persiste en algunos lugares. Las combinaciones cada vez más audaces de cuerdas tendidas entre rascacielos o colgando de los edificios más altos del mundo, de las que el maestro Houdini se colgaba y se liberaba de cadenas, esposas y camisas de fuerza, le proporcionaban constantemente nuevos titulares en los periódicos y unos ingresos considerables. En 1918, hizo desaparecer a la elefanta Jenny en el Hipódromo de Nueva York ante miles de espectadores.

Hollywood lo descubrió en 1919; interpretó varios papeles pequeños y luego protagonizó dos películas, ambas con gran éxito de taquilla. Houdini estaba en la cima de su carrera y, sin duda, era el mago más famoso de su época.

El 22 de octubre de 1926, Houdini se presentó en Montreal. Mientras se preparaba para el espectáculo en el camerino, conversó con algunos estudiantes de la Universidad McGill, donde había dado una conferencia esa misma tarde. Uno de los estudiantes, J. Gordon Whitehead, le preguntó si era cierto que podía soportar cualquier golpe en el estómago (como su hermano Hardeen, el Hombre de Hierro). Antes de que pudiera responder, fue tomado completamente por sorpresa y recibió tres golpes en el estómago. Nueve días después, el 31 de octubre de 1926, Houdini falleció en Detroit a causa de lesiones internas (peritonitis, para ser exactos).

Me quedé en silencio, profundamente conmovido, porque lo que István había desenterrado en términos históricos, comenzando con un antepasado hasta entonces desconocido llamado Weiss en Budapest, ¡era realmente asombroso! Claro que no se trataba de una esposa celosa y asesina ni de un hombre agonizando en las gélidas cataratas del Niágara, pero...

«¡Tranquilo, Roman!», me reprendió István, adivinando mis pensamientos. «¡Nuestras cervezas blancas no tienen nada que ver con las estadounidenses, créeme! ¡Seguro que había muchas más en Budapest!». Siguió una larga pausa, durante la cual permanecí pensativo mientras él exhalaba el humo de su tabaco.

De repente, se da una palmada en el muslo, me sonríe y estalla en una carcajada sonora y estruendosa. “¡Eso es!”, exclama, “¡eso es!”. Y mientras lo miro, preocupada e inquisitiva, lentamente sale de su boca, entre risas atronadoras: “¡Eso es: el diamante Houdini! ¡Está ahí, no está ahí! ¡Desapareció, reapareció, desapareció!”. Normalmente soy muy ingeniosa, pero ahora me cuesta seguir su hilo de pensamiento, desde Harry Houdini hasta la llamada telefónica de la tía Agrippina de antes.

Entonces yo también me río.

*Hasta aquí la contribución del buen Quintilius, queridos lectores. ¿Cómo iba a saber que a veces, por la noche, cuando todos duermen, me escabullo hasta mi caja fuerte y saco el hermoso y gran diamante de su estuche de cuero para admirar su brillo a la luz de la luna...?*

# Lo que pasa con el faisán

El manuscrito estaba prácticamente terminado. Prácticamente, claro, porque, por desgracia, faltaba lo más importante: el título. Consideré brevemente conservar el título original, "Mi colorido pelaje", que había encontrado en internet, y consulté con familiares y amigos, pero incluso el brillante título provisional, "Ojalá pudiera escribir como Kishon", fue rechazado tras la primera conversación con el abogado de la empresa. Me devané los sesos, y la fecha de las vacaciones se acercaba cada vez más...

Con meses de antelación, decidí llevar a mi hija menor, Julia, a Venecia unos días. ¡Ay, qué rápido crecen los niños en este mundo tan acelerado! Como padre, uno tiene que compensar con tiempo todas las vacaciones perdidas, porque algún día ella también se irá de casa y preferirá pasar sus vacaciones con sus amigos en lugar de con sus padres. La adultez de Julia es engañosa, porque yo todavía me aferro con éxito a los últimos vestigios de mi propia juventud...

Venecia. Respiro profundamente el aroma de esta maravillosa ciudad lagunar, me deleito con la bruma otoñal y paso horas con Julia en el vaporetto —los barcos de transporte público— recorriendo los canales. Con un poco de suerte, conseguimos los mejores asientos en la proa, dejamos que el viento nos azote la cara y contemplamos, contemplamos, contemplamos. A veces, algo llama nuestra atención y nos resulta familiar, y entonces rompemos el silencio y charlamos en voz baja. «Sí, mira, allí: ese pequeño palacio con el jardín en la azotea tan verde... ¡A mamá seguro que le encantaría!».

Estábamos imaginando cómo usaríamos los millones restantes de la lotería para comprar palacios, exuberantes jardines en las azoteas y barcos rápidos y ágiles, cuando un pasajero se inclinó hacia adelante en su asiento y dijo en voz baja: "¡A juzgar por su voz, podría ser István!".

Lo miro con asombro: el pelo corto y canoso, los rasgos angulosos, los ojos brillantes tras las gafas... ¡Dios mío, es...! "¡Y tú eres Chris-

tian NN!”, digo, aunque al principio de la frase aún no sabía el nombre y tuve que recuperarlo del archivo polvoriento de mi cerebro.

La alegría de reencontrarme con un antiguo compañero de internado después de 33 años. El destino final, que se acercaba demasiado rápido, me obligó a tomar una decisión rápida: cenaríamos juntos en tal fecha, luego él y su familia desaparecieron entre la multitud de la Plaza de San Marcos, y Julia y yo continuamos nuestro viaje a las islas de la laguna. Me emocionó volver a ver a este amigo; se me llenaron los labios de alegría al contarle a Julia nuestra época juntos en el internado. Pronto, solo me refería a él como Winnetou, ya que ese era el apodo de Christian entre sus amigos. Inmediatamente tuve que contenerme, porque la esposa y la hija de Christian me miraron con extrañeza cuando lo llamé Winnetou por primera vez (de nuevo). No, ya no éramos niños: ¡tendría que cambiar a Christian!

En total, se extendió a dos veladas, ya que la primera no bastó para compensar 33 años. Como se imaginarán, la distribución de los asientos se dio de forma natural y casi automática: los dos, ya entrados en años, nos sentamos juntos, mientras que Julia, la esposa de Winnetou, y su hija intentaban encontrar un punto en común cuando ya no podían seguir el ritmo de nuestras anécdotas. Solo hacia el final de la segunda velada, nuestra curiosidad inicial quedó suficientemente satisfecha como para que ambos rompiéramos nuestro aislamiento y, por fin, pudiéramos hablar todos juntos.

Julia, con toda inocencia y sinceridad, había mencionado la navegación y la escritura de libros cuando las señoras le preguntaron a qué más se dedicaba su padre. Yo solo prestaba atención a medias, pero la conversación amenazaba con desviarse hacia el tema de los libros, y me opongo a eso: ¡da mala suerte hablar de un libro que ni siquiera se ha publicado! Así que, como un ratón, busqué un hueco por donde escabullirme.

No es la primera vez en mi vida que volver a empezar desde el pasado ha resultado ser un error, generalmente con “ah, sí, lo que quería preguntarte...”. Pero como aún no he llegado a la edad en que evitar errores se considera sabiduría, comencé: “Ah, sí, lo que quería

preguntarte, Winnie, ¿qué haces en tu tiempo libre?, ¿cuál es tu pasatiempo?".

La respuesta inicial de Winnetou fue inofensiva, pues el hecho de que hubiera asumido las tareas de caza de su padre y se hubiera convertido en cazador me pareció perfectamente legítimo, sobre todo porque mis averiguaciones revelaron que trataba la caza y su población de una manera muy profesional y concienzuda. «No como antes», sonrió Winnetou, y su esposa levantó la vista atentamente, «cuando cazábamos faisanes, ¿verdad?». Su hija y Julia guardaron silencio de inmediato y también nos miraron expectantes.

—¿Ah, sí? —dijo su esposa lentamente.

—Sí, ¿y qué hay del faisán? —preguntó su hija.

Julia me miró sorprendida: "¿Faisán?", y sus cejas se arquearon inquisitivamente.

—Bueno, no sé nada al respecto, no estuve allí y tengo una coartada irrefutable —balbuceé, intentando evitar lo inevitable, aunque sabía perfectamente que no podía detener la avalancha. Winnetou malinterpretó por completo mi leve patada en la espinilla y dijo con indiferencia: —¡Ah, eso es historia antigua!

Ya conoces mi teoría sobre las avalanchas: sudando, por fin te fumas tu cigarrillo de la cima, tiras la ceniza hacia abajo, que cae en la nieve y forma un pequeño cúmulo grisáceo y sucio; el pequeño cúmulo rueda cuesta abajo y crece rápidamente, arrancando pronto enormes placas de nieve de la ladera, y entonces el Expreso de Arlberg descarrila al llegar abajo, con docenas de muertos; algo así, en fin.

Ahora no hay quien las pare; las señoras primero preguntan y luego exigen con vehemencia la historia del faisán. Winnetou la cuenta (con demasiada naturalidad, en mi opinión, y sin duda con un tono demasiado seco) y luego me da un codazo en las costillas: «Bueno, así fue, ¿no?».

Asiento en silencio y pienso en el Arlberg Express.

Durante años escribí mis historias y dejé que mis hijos las leyeran todas; al fin y al cabo, todo era cierto, quizás adornado aquí y allá, pero así es la licencia poética. Claro que no escribí sobre todo lo que sucedió con el tiempo; ¡uno siempre guarda sus pequeños secretos! Y ahora Julia me mira en silencio, con unos ojos grandes e inocentes en los que puedo leer el título: «¡MI PADRE, EL CAZADOR FURTIVO!».

Winnetou mira de Julia a mí, luego se aclara la garganta y dice: "¿Qué? ¿Todavía no se lo has dicho?" Niego con la cabeza con disgusto y pienso que no hay nada que odie más que un libro que termine así: ¡Continuará!

# Notas del autor

El autor debería comenzar aclarando que todas las personas, acciones y eventos que aparecen en los textos, si no ocurrieron realmente o le sucedieron, son completamente inventados y, por lo tanto, ficticios. Cualquier parecido con personas vivas, muertas o no muertas es, por consiguiente, pura coincidencia y, en este último caso, sumamente sorprendente.

No debería sorprender que las personas que aparecen en todos los textos autobiográficos existan o hayan existido realmente, aunque, por buenas o malas razones, algunos de sus nombres hayan sido cambiados. Cabe señalar, asimismo, que algunos de estos sucesos, reales o imaginarios, vistos en retrospectiva —y con frecuencia bajo los efectos del alcohol, algo que el autor admite con pesar, advirtiendo a sus lectores, posiblemente jóvenes, que no hagan lo mismo—, han sido ligeramente o seriamente distorsionados, lo cual puede atribuirse al olvido, a la tendencia a divagar o, simplemente, a la licencia poética propia de la escritura.

Sin embargo, en ningún caso se pretendía engañar al estimado lector, ni siquiera presentar al autor como un héroe o un bon vivant, aunque a él le gustaría verse como tal. Si no fuera por el inquietante hecho de que los primeros suelen yacer en hermosas tumbas de mármol y los segundos, con bastante frecuencia, terminan en prisión.

En tercer lugar, el autor debería mencionar que este libro es una recopilación de textos, algunos de los cuales ya han sido publicados en su sitio web y en revistas de informática, lo que podría resultar frustrante para sus lectores habituales. Aunque parezca paradójico, esta presión resulta más gratificante para el lector inconstante, es decir, el nuevo lector, que para el lector fiel que ya conoce los textos gracias a la prensa o internet.

Cabe esperar que algún día un estudiante de psicología aborde científicamente este fenómeno de la paradoja lector-psicológica y su impacto en la autoría a principios del siglo XXI (incluyendo la prope-

déutica y la prueba de viabilidad económica para la industria editorial) y que, de este modo, consiga su máster o incluso su doctorado.

Y puesto que ya se ha mencionado a la editorial, el autor también debería mencionar, en cuarto lugar, que el constante ir y venir de editores, buenos o no tan buenos, le sacó de quicio desde el principio, y que por ello optó por la vía —probablemente no tan— poco convencional de la autopublicación; a pesar de un software de PC lento y una impresora láser obstinada, trabajó repetidamente en el texto hasta quedar agotado mental y electrónicamente, hasta que lo compuso y, gracias a la ayuda de un amigo editor, pudo imprimirlo y enviarlo al encuadernador.

También hay que dar las gracias, sin duda. Al autor mismo en otra ocasión, pero primero a sus hijos y a las mujeres que compartieron su vida con él (y él la de ellas con ellos).

Su vida también significaba leer sus textos.

Muy elogiado.

Ten cuidado con tus críticas.

Con mucho cuidado.

Los niños fueron los más afectados, sin duda. Normalmente, cuando daban una serie de televisión emocionante o sus amigos charlaban en línea, el autor aparecía en la puerta, con las gafas empañadas por el sudor y el pelo (escaso, hay que admitirlo) al viento, para pedirles urgentemente a sus queridos hijos que realizaran la interminable tarea de corregir el texto. Era muy insistente. Por supuesto, también hay que agradecerle al reproductor de vídeo, que grababa simultáneamente la emocionante serie mientras los niños cumplían con su deber para con su padre.

Gracias también a todos aquellos que fueron amigos del autor (al menos hasta ese momento) y que leyeron sus textos, contribuyendo a darles forma con sus opiniones. Sería justo agradecerles a cada uno individualmente, pero el autor reconoce sus errores y simplemente se

abstiene de hacerlo. Quienes aún son sus amigos ya lo saben, y en cuanto a los demás, pues, que se las arreglen solos.

De forma poco convencional, el autor agradecerá ahora también a los personajes de la historia (aunque sean puramente ficticios), simplemente porque nunca ha oído hablar de un autor que agradezca a sus protagonistas (lo cual, hay que admitirlo, también podría deberse a la sordera del autor). ¿Acaso William Shakespeare escribió alguna vez una sola palabra de agradecimiento a su Mercucio, o Agatha Christie a su viejo Hercule Poirot?

¡Así que lo que!

Finalmente, el autor tiene el honor de agradecer a todos aquellos que lo han conocido en el transcurso de su vida y que han permanecido en su memoria con este o aquel pequeño o gran acontecimiento (o que le han brindado alguna idea peculiar o incluso la idea para una historia divertida, extraña o seria).